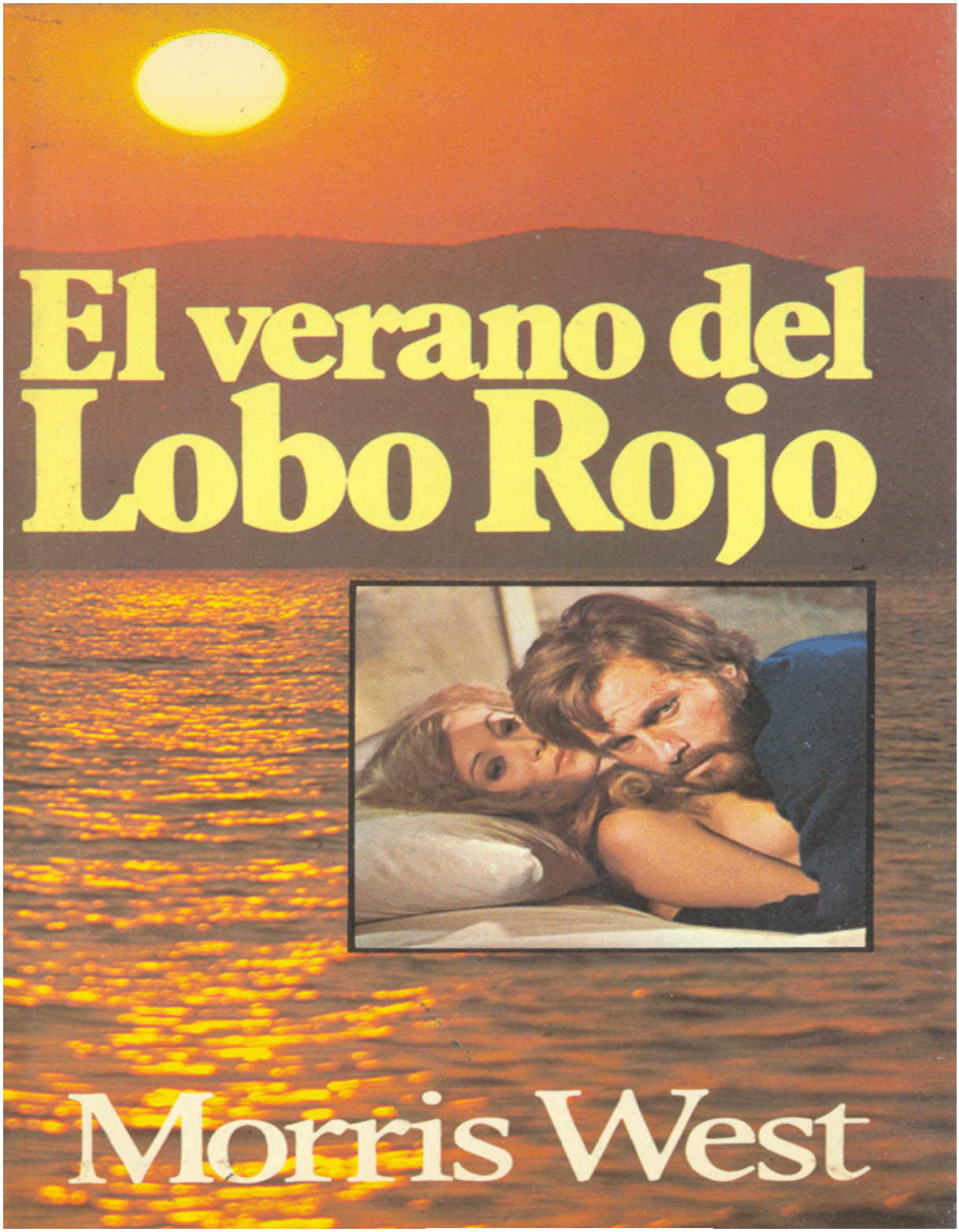
El verano del Lobo Rojo

Morris West



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para JOY
con quien he vivido largo tiempo en el país del amor

Librodot

«Los lobos deben morir con la piel puesta.»

(GEORGE HERBERT, Jacula Prudentum)

Librodot

PRELUDIO

De repente, quedé hastiado del salvajismo del mundo. Me sentí cansado de tantas guerras y matanzas, de la aparición de nuevas tiranías, del refinamiento de las ya existentes, de los embustes y de la política, de la llamada cultura de las drogas y de la árida pornografía, del hedor de las ciudades y del horror que se cierne sobre todos los mañanas. Ser hombre me aterraba, avergonzaba y entristecía. Necesitaba un nuevo nacimiento o, al menos, un bautismo en una nueva hermandad. Pero el mundo no dejaría de rodar, con el solo fin de complacer mis deseos. El único recurso que me quedaba era arrojarme a una dudosa eternidad.

Comencé a padecer una reiterada pesadilla. Soñaba en monstruos, en gigantescos reptiles que vivían en un paisaje de helechos y licopodios, de pantanos con lepra de extrañas flores. Terroríficos seres alados ennegrecían los cielos. En las profundidades de los océanos se retorcían animales de rapiña, con dientes como sierras. Y allí estaba yo, arrancado del ámbito del tiempo, devuelto a aquel vasto matadero que era la realidad situada detrás del humano sueño del Paraíso Terrenal. Estaba solo, gritando aterrado entre los megaterios indiferentes. Huía del espectáculo de sus sangrientas batallas. Corría desatentado por entre la primigenia jungla, ensordecido por las discordancias de la pesadilla. Despertaba sudoroso, entre las sábanas revueltas, temblando por la impresión que en mí había causado tan vasta obscenidad.

Por fin, me convertí en un ser desconocido, en un extraño ante mí mismo. Incluso el corazón se me antojaba hostil, como si todos los talismanes que definían mi identidad se hubieran transformado en fetiches hostiles. Tenía la impresión de resquebrajarme, de quedar hecho añicos. Sabía que si no me serenaba, recogía del suelo las porciones de mi persona y volvía a unirlas, corría el peligro de enloquecer, de realizar un acto de absoluta negación y abandonar toda esperanza de existencia propia. Entonces ocurrió un hecho de naturaleza mágica, que incluso ahora me maravilla y atemoriza.

Pasó en una mañana de primeros de agosto. Dominado por mi negro humor, paseaba sin rumbo por la vieja Vía Apia, por aquel paraje en que las piedras caídas, los fragmentos de mármol y las tumbas expoliadas dan testimonio de la inutilidad de los humanos esfuerzos. Por la noche había llovido, y yo andaba con la vista fija en la tierra mojada de los márgenes de la Vía, pensando que si escarbaba un poco quizás encontraría una de esas monedas o amuletos que a veces salen a la superficie de la tierra blanda y maleable. Entonces oí una voz que me saludaba, diciendo mi nombre, en un inglés suavizado por acentos escoceses.

Sorprendido y molesto por esta interrupción de mi infantil pasatiempo, levanté la vista. Quien me había saludado era un hombre alto, de más de dos metros, atlético, calzado con botas de excursionista, cabello blanco como la nieve, y rostro rojizo y pecoso en el que lucía una sonrisa que le daba expresión de sátiro saciado. Le estuve mirando, con la boca abierta, mientras poco a poco reconocía aquel rostro.

-¡Dios mío! ¡Alastair Morrison! ¡Pensaba que aún estabas en Tailandia, dedicado a curar de sus enfermedades a los paganos!

-Lo dejé hace cosa de un año. Sí, al final ya no sabía quién era pagano y quién no lo era, allá. ¿Se puede saber qué haces en Roma?

-Precisamente ésta es la pregunta que quería hacerte. A ti y a muchos otros.

Al decirle estas palabras no hice más que imitar una frase suya que solía emplear en tiempos pasados. Se echó a reír, y yo también. Con tristeza y sorpresa me di cuenta de que llevaba mucho tiempo sin reír. Le invité a casa y allí comimos pasta y bebimos vino, y hablamos de los tiempos en que Alastair Morrison era médico en una misión de Chiengmai, y en que yo vagabundeaba, en mi calidad de escritor, por las tierras del Asia septentrional. Me dijo que se había retirado a la casa de sus antepasados y que había arrendado tierras de las

propiedades del clan de los Lews, y adquirido derechos de pesca en las aguas limítrofes. Le conté mis andanzas en los últimos tiempos, y le hablé de la extraña enfermedad que había contraído en los últimos meses. Me escuchó sin dejar de dar caladas a la pipa, en un silencio solamente interrumpido por lacónicos comentarios y preguntas intencionadas. Cuando terminé mi relato, se sirvió otro vaso de vino y emitió su diagnóstico:

-A veces los hombres se cansan hasta de la luz del sol. Lo ven todo con tanta claridad que quedan ciegos, y entonces nada ven. Otras veces se cansan de razonar, debido a que se quedan sin esa savia que alimenta los sueños. Entonces para estos hombres llega el momento, el momento de plantar una concha en el sombrero, coger el báculo del peregrino, y emprender el camino.

-¿Qué camino?

-El camino que lleva a las tierras del no saber.

-¿Y dónde diablos están esas tierras?

-Son tierras en las que eres un extraño y en las que te sientes solo, y en las que, debido a eso, tienes miedo.

-En los presentes momentos, incluso pasear por esta ciudad, que conozco palmo a palmo, me da miedo. Y temo mirarme al espejo porque sé que veré el miedo en mis ojos.

-Parece que te ha cogido muy fuerte, muchacho.

-Sí, bastante.

Quedé silencioso unos instantes, sin dejar de mirarme al través de una nube de humo de tabaco. Sin que viniera demasiado a cuento, recordé que incluso los mosquitos de Chiengmai huían de las emanaciones de su apestosa pipa. Entonces me hizo la oferta.

-Ven a mi casa. Podrás quedarte el tiempo que quieras. La casa está prácticamente vacía, y te permitiré que me pagues pensión y que contribuyas a los gastos de la bebida. Sin embargo, te dejaré pescar gratis, y también tendrás muchas otras cosas que no te costarán ni cinco.

-Te lo agradezco. Es muy generoso por tu parte.

-Sí, en mi pueblo somos generosos. Bueno, casi siempre...

-¿Dejas que lo piense un poco?

-Sí, pero decídete pronto o, de lo contrario, la enfermedad volverá a dominarte, y no harás nada. Además, ahora el aire es aún tibio, los salmones no tardarán en aparecer, y si recuerdas la oración adecuada, quizás el mar se encalme para que tengas una travesía feliz.

-¿Cómo podré comunicarte mi decisión?

-No hace falta que me la comuniques. Te daré las señas, y tú vas o no, como más gustes. Ahora bien, tanto si emprendes este camino como si sigues otro, te recomiendo que eches a andar cuanto antes, ya que si no lo haces acabarás como una de estas estatuas que hay aquí, sin orejas, sin nariz, sin órganos con que amar a una mujer, y sin ojos con que ver la luz de las estrellas o la del sol en las colinas.

Tardé diez días en hacer acopio de voluntad y valor. Entonces, orienté mi rostro al Norte, y emprendí el camino de las islas. Partí dominado por el terror, como un hombre despellejado, todo nervios y tejidos al descubierto. El aeropuerto de Fiumicino era un horror de turistas desorientados y políglota confusión. Y el de Londres, lo mismo. Allí me anestesié con copas, mientras esperaba el momento de volar hacia Inverness. Apretujados como sardinas en un pesado «Viscount», ascendimos hasta penetrar en una nube de lluvia, y me sumí en un intranquilo duermevela hasta el momento del aterrizaje.

Entonces me acometió un nuevo terror. Había nacido en tierras de sol. Había vivido toda la vida en las luminosas islas del Pacífico y en las ciudades del litoral mediterráneo. Pero aquí veía la negra pista del aeropuerto, a la que el último chubasco había charolado, una tira de vegetación parda, verdes pastos más allá, y un macizo de negros pinos cuyas más altas ramas quedaban veladas por una baja nube desgarrada. El cielo era bajo, la luz fría e inhóspita, y yo era un insensato peregrino impulsado por el vano empeño de huir de sí mismo.

Había alquilado de antemano un automóvil sin chófer, a fin de viajar al ritmo que me diera la gana, de huir con cuanta velocidad quisiera, pero el automóvil no había llegado todavía, y tuve que esperar media hora, mientras el minúsculo aeropuerto se vaciaba, y la vieja melancolía aparecía e iba creciendo y creciendo en mi interior.

Al fin el automóvil llegó. Una muchacha con cara de manzana vino a mi encuentro, me pidió excusas, me dio el contrato, las llaves y un mapa con las carreteras de las Highlands. Luego, se fue. Recuerdo que estuve largo rato sentado ante el volante, fingiendo estudiar el mapa cuyos signos no comprendía en absoluto. Estuve así, en estado cataléptico, mirando sin ver, con la cabeza clara pero incapaz de efectuar un solo movimiento. Cuando el síncope desapareció, puse en marcha el motor, crucé la valla, y tomé la carretera que llevaba a Inverness, al Oeste.

Si me detengo en el recuerdo de este viaje ello se debe a que ahora comprendo que sus diversas etapas fueron como una preparación de cuanto me ocurriría en las Islas Exteriores. No, nada tuvo carácter accidental. Todo estuvo predeterminado. Yo era como un actor que, sin saberlo, estaba siendo caracterizado para interpretar un drama cuyo texto no había leído, cuya profundidad no hubiera podido siquiera soñar. Yo, otrora creyente, había perdido la fe en el destino, ya benévolo, ya maligno. Por esto, era un hombre muy ignorante, muy abierto a todo, y muy, pero que muy vulnerable

A un kilómetro y medio del aeropuerto, aproximadamente, había una desviación con un cartel: Culloden, Monumento Nacional. Tuve la tentación de seguir adelante, haciendo caso omiso del cartel, ya que no quería añadir viejas melancolías a mi viva tristeza presente. Pero me dije que tal actitud era una locura. Me había convertido en un peregrino, y los peregrinos deben pagar tributo de piedad ante los santuarios que encuentran en su camino, o de lo contrario los santos en ellos albergados les volverán la espalda, y los demonios les perseguirán. Por esto fui allá, fui a donde no quería ir, y veneré unos recuerdos que no formaban parte de mi herencia.

¿O sí? A fin de cuentas, no todas las herencias que un hombre recibe tienen su origen en testamentos y calculadas previsiones. Durante un tiempo, en Roma, viví en el palacio en que murió el cardenal Enrique Estuardo, duque de York, hermano del príncipe Carlos, último vástago del real linaje. Los romanos, gente respetuosa con los recuerdos, cuando no devota, habían puesto una placa conmemorativa. Y yo, aunque no quisiera, tenía que verla todos los días, en mis entradas y salidas.

Ahora me encontraba en el campo en que el joven pretendiente al trono había librado la Última y trágica batalla por la Corona de Inglaterra. Vi las tumbas en las que, según se dice, no ha crecido jamás la hierba, ni jamás crecerá, las tumbas de los ingleses y las tumbas de los hombres de los clanes, de los Cameron, Mackintosh, Fraser y todos los demás, la tumba de los Campbell en Argyll que lucharon por el rey alemán contra los hombres de las tierras altas. Dejé sobre esta tumba una rama de arbusto debido a que, a pesar de no llevar sangre escocesa, estoy emparentado con los Campbell por vínculo matrimonial. Descansé junto a la piedra de Keppoch, en el lugar en que Alasdair, el decimosexto con este nombre en su linaje, murió al frente de los hombres de su clan, en una carga. Recordé -¿cómo y por qué ?- el lamento que en su honra escribió el bardo:

... Digno hijo de Coll, el de las hachas de guerra,
al que incluso los sureños honraban,
el halcón, el de más valeroso vuelo...

Vi el monumento en memoria de los irlandeses jacobeos, del Ganso Salvaje, de los hijos de Mileadh, que cayeron en las acciones de retaguardia, antes de que Cumberland comenzara la matanza de los hombres de las tierras altas y de sus locas y tristes esperanzas. Me alejé a lo largo de un sendero bordeado de pinos, recordando algo que había olvidado durante largos años, ya que también yo era descendiente del Ganso Salvaje que había levantado el vuelo en

los malos tiempos y se había dirigido a los últimos confines del mundo, a Australia y al Canadá y a la América del Norte y a todos los puertos de China.

De Inverness poco recuerdo, como no sea la cortesía de las gentes que me orientaron en la ciudad, los turistas ingleses y su parloteo, los gritos de las gaviotas siempre sonando sobre las grises techumbres, y las primeras cadencias, nuevas para mí, del idioma celta. Si dejamos esto a un lado, Inverness no era más que una ciudad atestada de gente ajetreada, y yo era un hombre que huía de negocios y discusiones, de congresos y. comercio. Iba hacia el Oeste, hacia las islas y hacia el oscuro océano. Únicamente la llegada de la noche y el cansancio de la carretera me obligaban a detenerme.

El cansancio me abatió al llegar a Fort Augustus, el triste pueblecito junto al lago Ness, desde el que Cumberland lanzó a sus hombres a la lucha en los campos. Soplaba un frío viento del Este, y con el viento iba lluvia, y las aguas del Ness eran tenebrosas y amenazadoras. El hotel estaba atestado de ingleses, pero aún quedaba una habitación libre, en las buhardillas, en la que podían alojarme si me conformaba con aquella estrechez, y también me darían de cenar si bajaba al comedor antes de veinte minutos. Además, el conserje de noche me serviría un vaso de aguardiente a cualquier hora.

Acepté la habitación en la buhardilla, y también la cera, esta última pesada aunque abundante. El trago de aguardiente no pude tomarlo porque el bar estaba ocupado por los ingleses que formaban grupitos y grandes enclaves, algunos de ellos hablando en voz demasiado baja y otros en voz demasiado alta, debido a que eran extranjeros en una tierra asolada por sus antepasados, y la costumbre les había dado demasiada confianza en sí mismos o demasiado poca. También yo me sentía inseguro -¡cuán débil me veo en el recuerdo de aquella noche!-, por lo que salí al viento y a la lluvia alzada por el viento, en busca de un lugar en el que tomar una copa y alegrarme un poco con el alcohol. Lo encontré al cabo de un par de minutos. Era una tabernita con paredes de piedra, con un mostrador, tan atestada que apenas se podía dar un paso en ella, con un fuego de ramas secas, dos camareras, hermanas mellizas de la mismísima Madre Tierra, y un viejo gaitero que soplaba y soplaba de modo que parecía fuese a reventar como una monstruosa rana gigantesca.

Empujando con los hombros, conseguí acercarme al mostrador, en uno de sus extremos, y pedí un doble de alcohol de cebada, castaño como agua de charca, y procuré olvidarme de quién era yo y de lo que era. No tardé en echarme a cantar, no con palabras, por cuanto no sabía yo el idioma celta, y en celta era la canción, sino sólo la melodía, ya que sabía muchas de las melodías que allí se entonaban a pesar de que, aunque me hubieran matado, no hubiese podido decir dónde diablos las había oído por vez primera. Debido a que se habían dado cuenta de que cantaba, quienes se encontraban cerca de mí me hablaron, y un hombre muy alto puso su brazo sobre mis hombros y me ordenó que tomara una copa con él, para «humedecer el gaznate» , dijo, ya que «ni siquiera un tordo puede cantar sin una gota de rocío en la garganta».

En aquel lugar imperaba una animación selvática y primaria que levantaba el espíritu. La gaita gemía. Las conversaciones eran ruidosas, picantes y vitales, y el zumbido del habla escocesa se mezclaba con la aguda cadencia céltica en las mismas sedientas gargantas. Las muchachas, pechugonas como bien alimentadas gallinas, gritaban al unísono con la concurrencia, y servían más y más cerveza negra a los muchachos del lugar. Las camareras iban sudorosas de un lado para otro, sin parar ni un instante. Un viejo campesino trenzó unos vacilantes pasos de baile regional en medio de la taberna, mientras los espectadores rugían y pateaban de complaciente entusiasmo. El humo del tabaco y de las ramas secas que ardían en el hogar había puesto azul el aire, húmedo de las emanaciones de los cuerpos sudorosos y las mojadas ropas de tweed. Pero había vida, allí. Era un lugar de unión, de calor y de hermandad entre quienes arrancaban migradas cosechas a las tierras altas, apacentaban sus rebaños en los esquilmados montes, y se preguntaban sin cesar si los ahorros y la hierba de ayer bastarían para que hombres y bestias pasaran el invierno.

Para mí el lugar era algo diferente. Era un alto en el camino hacia el no-saber. Podía quedarme allí un año entero sin trabar con aquellos hombres otra amistad que la ya existente. No tenía yo raíces en su vivir de clan. Lo que para ellos era conmovedor recuerdo de su pueblo, ayer familiar, para mí no era más que un capítulo de la Historia, un capítulo cerrado, agotado, olvidado. Aquella gente jamás me cerraría las puertas de sus casas, jamás me negaría techo y alimento, caso de que yo lo necesitara, pero ellos quedarían aislados tras el seto de su vieja habla, su vieja fe separatista, su temor de los extranjeros que, una y otra vez, les habían robado sus tierras para apacentar ganado, para que los caballeros cazaran venados en buena lid deportiva.

A las diez estaba ya empapado de whisky y sentimientos. El gaitero, borracho cual todo músico popular debe emborracharse, me echó a sones de gaita, lo mismo que a los restantes parroquianos. Pero éstos se fueron a casita, en tanto que yo anduve bajo la lluvia, y, después, subí las escaleras del hotel hasta llegar a mi habitación en las buhardillas, y me dejé caer en la cama, más borracho todavía que el gaitero. Aquella noche no hubo monstruos en mis sueños. Pero me desperté con tal dolor de cabeza que olvidé agradecer tan singular acontecimiento.

A pesar de la resaca, decidí reanudar mi camino a primera hora. El empleado nocturno, medio dormido, me sirvió un té con tostadas, y me indicó el camino.

-Ahora, lo primero, pasará por Glengarry, y así llegará a Glen Shiel. Si hay niebla en las montañas, y siendo tan temprano seguro que la habrá, mejor será que conduzca despacio y con cuidado, porque la carretera es alta y estrecha, y más de un desgraciado ha ido a parar a un lago. Después de pasar por delante de las Cinco Hermanas, que son las colinas al otro lado de Kintail, llegará usted al Shiel Bridge, y, luego de este puente, llegará usted a otro puente, que se llama el Croe Bridge, y que está junto al lago Duich. Después, verá que el lago queda siempre, siempre, siempre, a su izquierda, y, como sea que a la derecha no hay camino, forzosamente llegará a Eilean Donan, que en otros tiempos era la plaza fuerte de los MacRaes. Si todavía le queda media corona en el bolsillo, le dejarán ver un par de estancias del castillo, lo cual, dicho sea con franqueza, no vale la pena, porque por este precio se puede tomar un buen trago en el hotel, que está a tiro de piedra del lago. Luego, llegará a Ardelve, en donde no hay nada que merezca la pena verse. Y, después de Ardelve, llegará usted a Kyle of Lochalsh, y allí, si es que los turistas no lo han hundido con su peso, y si el Ministerio de Industria y Comercio no ha anulado la licencia, podrá meter el automóvil en el transbordador que le llevará a Skye. Al desembarcar, se encontrará usted en tierras de los MacLeod, y ya puede usted comenzar a pedir a San Donan que le proteja.

Siguiendo estos prudentes consejos, como se decía en las viejas crónicas, y después de pagar la posada, enfilé la carretera, en dirección a Glengarry. Había poco tránsito, y después de poner el automóvil a sesenta por hora lo mantuve a esta velocidad, ya que quería disipar de mi cabeza los vapores del alcohol y dejar que mi vista descansara fijándola en el verde paisaje de altos pinos y abedules con copas de pluma, y hiedra trepando por las rocas, y maleza alta hasta la rodilla en los ribazos.

Hacía cinco minutos que había cruzado Glengarry, y la carretera pasaba aún por la zona de bosque, cuando oí un largo sonido de trompetería a mis espaldas. Miré por el retrovisor, y vi un automóvil deportivo rojo que se acercaba muy de prisa, con una mujer al volante. Ante mí tenía una cerrada curva, por lo que frené, a fin de dejar paso al automóvil rojo. Cuando la mujer me pasó sentí en el costado el golpazo del aire. Comprendí que para pasar la curva sin mayores males, la conductora tendría que cortarla y ceñirse mucho. Pero no lo hizo así. Y a unos veinte metros del punto de máxima curvatura, en dirección contraria, apareció un camión cargado de troncos de pino. La conductora tuvo que ceñirse más, sin poder dominar el automóvil, cuyas ruedas invadieron la zona de grava junto a la carretera, y el deportivo rojo se precipitó por la ladera, fuera del campo de mi visión. Oí los choques del metal contra los abedules, y los otros choques, más recios, contra los pinos. El camión ya había desaparecido, y yo era el único mortal a quien incumbía el deber de hacer lo que fuera menester.

Librodot

El daño no era tan grande como había temido. Los abedules habían impedido el vuelco del automóvil y aminorado la fuerza de su choque con los pinos. El costado izquierdo del automóvil estaba abollado y hundido, pero la conductora salía ahora de él, al parecer ilesa. Se quedó en pie unos instantes, abiertas las piernas, contemplando el descabalado coche, y, después, se sentó con brusquedad en la hierba húmeda, inclinando la cabeza sobre las rodillas. Bajé, y le pregunté:

-¿Se ha hecho daño?

-Me parece que no. Por favor, déjeme sola unos instantes. Había en sus palabras cierto acento escocés, a pesar de que era el inglés el dominante. No pude ver su rostro, pero su cabello era negro azabache, y las piernas me parecieron bonitas. Llevaba una falda de tartán. Me aparté. Fui hasta el automóvil, cerré el contacto, abrí el portamaletas y saqué el equipaje, compuesto por una maleta, un maletín y una pequeña bolsa de viaje. Con ello subí la cuesta, y lo puse todo en mi automóvil.

Cuando regresé, estaba sentada, con la espalda erguida, echándose el cabello hacia atrás. Vi un rostro ovalado y pálido. Con evidente sentido común, dijo:

-He sido muy imprudente.

-Estoy plenamente de acuerdo. ¿Y ahora qué hacemos?

-¿Tiene usted coñac, por casualidad?

-No, pero la acompañaré hasta Glengarry, y allí podrá tomar una copa y llamar por teléfono a un médico.

-No necesito médico. Soy médico. No me he roto nada, y no me he hecho sangre. Pero estoy segura de que me echaré a temblar como una azogada de un momento a otro. Por favor, ayúdeme.

La ayudé a subir la cuesta, la metí en el automóvil, y la llevé a Glengarry, en donde le dieron un coñac y un té caliente, y desde donde telefoneé al Auto Club para que fuesen a buscar el deportivo rojo. A la mujer le dio el temblor y se portó con mucha serenidad y profesionalismo, hasta que se le pasó. Entonces, me preguntó

-¿Hacia dónde se dirige?

-Hacia Kyle of Lochalsh, como primera etapa.

-¿Puede llevarme?

-Sí, será un placer.

-Usted conduce con más seguridad que yo. Vamos.

Y nos fuimos, pero antes de irnos celebramos -¡el Señor nos ampare!- uno de esos rápidos ritos de recíproca presentación. Se llamaba Kathleen McNeil, y era doctora en medicina por las universidades de Edimburgo y Londres. Lo dijo de una manera muy amable y algo altiva, de modo que advertí quería quitarme de la cabeza cuantas ideas hubiera yo podido formarme acerca de las consecuencias de conocer por casualidad a una dama en la carretera, y ayudarla en sus desdichas de conductora imprudente. Y si ella se portaba así, pensé que también yo podía quitarle cuantas ideas se hubiera podido formar, por lo que abrí la boca, solté un «Ah ...», inhalé aire profundamente, tosí un poco, y pensé que aquella mujer igual hubiera podido decirme que no imaginara que era un mal médico por la sola razón de tener las piernas bonitas y una linda figura, y no haber cumplido aún los treinta y dos años -¿o los treinta y cinco, quizá?-. Pero, en fin, querida señora, es de muy mala educación negar algo que nadie le ha pedido todavía, y, además, ni siquiera que fuese usted la Reina de Saba conseguiría interesarme, en el estado en que me encuentro. Y, más aún, quizá sea usted el mejor médico que quepa imaginar para prescribir un eficaz tratamiento contra la gota y los cálculos renales, pero debo decirle que conduce infernalmente.

En Glen Shiel todavía había niebla, por lo que ascendimos lentamente por los flancos de las colinas, rogando que de la niebla no surgiera rugiendo un alocado ciudadano de las tierras altas, convencido de que el Dios de su pueblo guiaba la mano con la que dirigía el volante. Ibamos envueltos en un fantasmal silencio, quebrado tan sólo por el sonido de alguna que otra cascada de agua o el balar de los corderos, tan alarmante como el grito de un niño extraviado.

Librodot

Entonces, bruscamente, penetramos en un esplendor, en una gloria matutina, como jamás había visto ni había tenido esperanzas de ver. El cielo era de pálido azul, sin una nube. Las colinas se elevaban hacia él, regias en la purpúrea vestimenta de los arbustos y los diamantinos destellos de fuentes y riachuelos, y el brillo del granito gris. Abajo, la tierra descendía y se alejaba, mostrando las grandes manchas de las turberas y ciénagas, camino de las brillantes aguas del lago Cluanie. Detuve el automóvil en el margen de la carretera. Salimos, y quedamos en pie, juntos, los únicos seres humanos en aquella primitiva soledad. Cerca estaban los corderos, con su cara negra, lanudo el cuerpo, triscando por las tierras onduladas. Arriba, muy alto en lo azul, un halcón planeaba trazando perezosos círculos. Lo demás era cielo, agua, y la extraña y agria belleza de las colinas.

Recuerdo que me faltó poco para echarme a llorar en aquellos instantes. Comprendí muy claramente la naturaleza de aquel impulso que inducía a los anacoretas a huir de la confusión de las ciudades de la antigüedad, de sus injusticias, corrupciones y crueldades. Comprendí el señuelo de los desiertos y de los lugares elevados en los que el hombre podía comenzar a ser, otra vez. Me sorprendí en trance de preguntarme cómo terminarían mis íntimos terrores, en una explosiva locura de frustración o en una átona imbecilidad en la que me limitaría a sobrevivir, sin esperanzas, atrapado en la desolación por mí mismo buscada. La doctora Kathleen McNeil dijo:

-Está usted pensando cosas muy tristes.

-Efectivamente.

-Pues deje aquí sus pensamientos, y olvídelos para siempre.

-Procuraré seguir su consejo, doctora.

Entonces, se echó a reír. Su rostro adquirió bruscamente juventud y belleza, y yo me alegré de que estuviera a mi lado. Por lo menos tendría a alguien con quien hablar y sentirme a mis anchas durante el viaje.

Le pregunté:

-¿A dónde se dirige?

-A Harris. Esto se encuentra en las Islas Exteriores. Voy a sustituir temporalmente a un viejo amigo de mi padre. Estas

son las únicas vacaciones que por el momento puedo permitirme.

-Yo voy a Lewis, y pasaré la noche en Skye. Luego, si hay sitio, tomaré el transbordador, el primer viaje de la mañana, en Uig. Si quiere evitarse un largo viaje en autobús, y si le gusta ver el paisaje, tendré mucho gusto en llevarla.

-Gracias. Me gustará ir con usted.

Al recordar ahora estos años, me maravillo ante la sencillez de aquel momento y ante la violencia del drama al que nos abocó a los dos. No nos conocíamos, y por casualidad nos conocimos en las tierras altas. Nada teníamos que ver, el uno con el otro. Y cada uno, por razones particulares, quería seguir sin tener nada que ver con el otro. Compartimos únicamente las casuales intimidades de los compañeros de viaje, fortuitos contactos de la mano, momentos de entusiasmo y de pasmo... Los dos procurábamos reprimir la curiosidad que el otro despertaba. Y ninguno de los dos emitió opiniones que pudieran revelar nuestro íntimo modo de ser. Hablábamos tan sólo de realidades exteriores, inmediatas, visibles, de carácter evidente. El pasado era un libro cerrado, debido a que mañana sería otro día y volveríamos a ser desconocidos el uno para el otro. Además, ninguno de los dos podía sospechar lo que Muirgen, la deidad de los celtas, nacida en el mar, estaba tejiendo en las telas de nuestros destinos.

El dibujo que aquel día la diosa tejió era sencillo y bonito. Y si en él había encantamientos, eran, para mí, encantamientos saludables. Hubo en aquel viaje música de nombres raros, tales como Morvich y Auchtertyre, Balmacara y Luib, Sligachan y Kensaleyre. Hubo el negro bote en la playa de guijarros, sin un hombre, una mujer o un niño a cinco millas a la redonda; hubo el viejo, viejísimo pescador de truchas, con agua hasta las rodillas, lanzando el hilo con gracia ritual, como si cumpliera una sagrada función; hubo los

Cuillins, altos y mágicos, apagados volcanes de los tiempos cataclismáticos; hubo la dorada capa de líquenes tendida como una alfombra sobre las negras rocas, por debajo de la línea de la marea, y el vuelo de las blancas gaviotas sobre las blancas casitas en la playa. Hubo la mujer amontonando la hierba recién segada; hubo el pastor ocupado en reunir su rebaño de corderos de negra cara, ante el que nos detuvimos para pagarle los derechos de peaje que le pertenecían. Y, en todas partes, hubo los arbustos y el verde césped, y, en algunos lugares, los pinos plantados por los de la repoblación forestal, y, a veces, un vasto montón de piedras acarreadas por un viejo glaciar.

Cuando llegamos a Uig, en la larga y lenta caída de la tarde, soplaba el cálido viento de la corriente del golfo, con el aroma del océano, y la promesa de buen tiempo en el día siguiente.

En el hotelito había cena para los dos, pero solamente un dormitorio con dos camas, que hubiéramos podido compartir en el caso de estar casados o de parecerlo. Pero como no era así, no lo compartimos. Por esta razón, me encontré en un dormitorio en la casa de unos campesinos que me ofrecieron huevos con jamón para desayunar -con porridge, caso de que quisiera-, y me aseguraron que me despertarían con el tiempo suficiente para tomar el primer transbordador. En cuanto a la doctora Kathleen McNeil, por las universidades de Edimburgo y de Londres, me limité a desearle buenas noches, con mis deseos asimismo de que durmiera bien, aunque en realidad me importaba un pimiento que durmiera bien o mal. La iría a buscar a las ocho de la mañana, la llevaría al muelle, y., después, adiós muy buenas.

Aquella noche estuve tumbado en la cama largo tiempo sin dormir, escuchando el débil sonido de la marea, y contemplé cómo la luna se encarama en el Bein Edra. Nunca, en los últimos veinte años, había estado tan solo, y nunca me había alegrado tanto de mi soledad. Súbitamente, tuve una cómica visión de Atlas, cansado de cargar el mundo en sus hombros, y dispuesto a soltarlo y dejar que emprendiera una loca carrera, a su aire. Ahora, el gigante flexionaba sus envarados músculos y se preguntaba por qué diablos había llevado durante tanto tiempo tan ingrata carga. Sin embargo, lo que Atlas haría con su libertad era harina de otro costal, algo que decidiría otro día.

A las ocho y cuarto teníamos el automóvil aparcado en primera línea, junto con otros, en espera del transbordador con destino a Tarbert, el puerto situado al Sur, en el que se embarcaba para ir a Harris y Lewis. Nos dijeron que el transbordador llegaría con retraso debido a que no sé qué le había ocurrido a la grúa. Por esto no nos quedaba más remedio que matar el tiempo durante una hora. La doctora Kathleen McNeil sentía la necesidad de tomar otra taza de café, ya que se había desayunado con muchas prisas. Se fue con la pretensión de tomarse el café en el quiosco de madera situado a un extremo del embarcadero.

Yo bajé a la playa para contemplar de cerca el velero allí anclado. Era una bonita embarcación, de poco meros de veinte metros, sólida, bien construida para navegar por los mares del Norte, pero con una quilla que prometía buena andadura. En su proa se leía «The Mactire, Stornoway». Junto a la proa había un bote, y entonces de la cabina salió un hombre con un brazo en cabestrillo y comenzó a manipular los cables para bajar el bote al agua. Con dificultades bajó el bote, y con un solo remo avanzó con el bote hacia el embarcadero.

Era un hombre alto y corpulento que me pasaba media cabeza, con brillante cabello rojo, roja barba de vikingo, y un pecho como un barril de arenques. Le ofrecí ayuda para acercar el bote al embarcadero, pero la rechazó con una amplia sonrisa.

-Puedo hacerlo solo, aún me queda una mano sana, pero si tiene usted automóvil puede ayudarme. Esta mañana he resbalado en cubierta (realmente ha sido una estupidez) y me parece que me he roto la muñeca. Será cuestión de encontrar un médico que me la acabe de fastidiar.

Le dije que no sólo tenía automóvil, sino también un médico domesticado. Estas palabras le hicieron reír, lo que hizo echando la cabeza atrás. Dijo:

-Bueno, parece que a fin de cuentas la providencia existe. Ahora lo único que necesito es un marinero que devuelva The Mactire a Stornoway.

Y éste fue el instante en que me metí de lleno en las redes que la divinidad marina de los celtas había estado tejiendo. En un impulso insensato repuse:

-A lo mejor puedo proporcionarle el hombre que busca.

-¿Se trata de algún chico del pueblo, quizá?

-No. Yo mismo.

-¿Y qué sabe usted de navegar?

-Pues sé izar una vela y llevar el timón.

-¿Dónde ha navegado?

-En Sydney y en los mares del Sur, en el Tirreno y en el mar de las islas griegas.

-¿Y su esposa?

-No es mi esposa. Pero si la convenzo de que suba el automóvil a bordo del transbordador, y de que lo conduzca al llegar a Tarbert, ya puede usted contar con un marinero.

Me miró largamente, como si midiera mi cuerpo. Tenía ojos azules y fríos como el mar. Pensé que era un hombre capaz de asesinar a quien se cruzara en su camino, si se le pillaba de mal humor, y también capaz de arrasar montañas para cumplir la palabra dada.

-Bueno, pues le alisto. Y gracias. Ahora vayamos a hablar con ese doctor que me ha dicho.

Y así quedaron las cosas planteadas, fácilmente, sin darles la menor importancia, al modo de las islas. Y pese a que ninguno de nosotros lo sabía, el mágico cuadrilátero quedó completo: Alastair Morrison, de la familia de los Morrison; la doctora Kathleen McNeil, por las universidades de Edimburgo y de Londres; el corpulento barbarroja que dijo llamarse Ruarri Matheson, y yo, el extranjero en tierras celtas.

Todavía me pregunto por qué razón fui elegido para que los cuatro quedásemos unidos. Y todavía ignoro hasta qué punto soy responsable de la lunar locura y el épico terror que, al fin, se adueñaron de nosotros.

I

-Primero izaremos el gallardete -dijo Ruarri Matheson- para que todos sepan quienes somos. Luego aparejaremos y nos haremos a la mar.

Se quedó junto al timón, contemplando con crítica mirada mis trabajos. Icé el bote y lo amarré en su lugar en cubierta. El gallardete era extraño. En él se veía el hocico de un lobo rojo, mostrando los dientes sobre fondo blanco. Le pregunté el significado de aquella imagen, y se echó a reír.

-Digamos que es la bandera de mi familia. Bueno, la cabeza de lobo expresa el nombre del barco. Mactire es una vieja palabra celta que significa lobo, y también es el apodo que me han dado en la isla. Sí, me llaman Rojo Ruarri, el Lobo. Realmente no sé si este apodo resulta halagador o no, pero el caso es que ya no hay quien me lo quite.

-Pensaba que era usted de la isla.

-Y lo soy. Sin embargo, pasé diez años fuera, luego volví, y ahora ya llevo tres viviendo en ella.

-¿Y a qué se dedicó mientras estuvo fuera? -Hice de todo un poco.

-¿A qué se dedica ahora?

-Soy labrador. Y también he puesto algún dinero en la pesca. Además, navego en esta preciosidad siempre que puedo. Después de izar la vela mayor y de poner el foque y el contrafoque, aflojé los cables de amarre, con cuidado, para que la embarcación se apartara suavemente del embarcadero, y me apresuré a levar el ancla. Cuando volví al lado de Ruarri, éste ya había puesto proa a la boca del lago y hacia ella navegábamos. Entonces tuvimos que comenzar a trabajar de firme, porque soplaba viento del Oeste y era preciso maniobrar para evitar las rocas que sobresalían del agua a la salida del lago, acercándonos a la playa a sotavento, antes de poner rumbo al Norte. Cuando hube tensado los cables de las velas, Red Ruarri me dirigió una sonrisa y lacónicamente dijo:

-¡Buen trabajo, *seannachie*!

-¿Qué diablos significa *seannachie*?

-¡Hay que ver lo ignorantes que son los sassenach! Un *seannachie* era un tipo como tú, un tipo que se dedica a contar cuentos, aunque no lo hace exactamente igual que tú, ya que el *seannachie* recuerda todas sus historias, las lleva ahí, en la cabeza, en vez de escribirlas. Son viejas historias de los clanes, y cuentos de magos y brujas, anteriores a los clanes, y también las historias de los nombres de los lugares. En algunos casos el *seannachie* también es poeta y cantor, y canta viejas canciones o compone versos para una boda o un funeral. Todavía quedan unos cuantos *seannachie*s en las islas, y si vas a una fiesta a lo mejor tienes ocasión de escuchar a alguno, aunque no entenderás nada si no aprendes el celta.

-Si me quedo mucho tiempo, lo aprenderé.

-¿Y piensas quedarte mucho tiempo?

-No lo sé.

-¿Dónde te alojas?

-En casa de Alastair Morrison, junto a Laxay. ¿Conoces al tipo?

-Sí, y me parece simpático, aunque creo que no aprueba todos los aspectos de mi manera de vivir. Agarra el timón, que voy a preparar un trago para que no cojamos frío. Mantén firmemente el rumbo, o de lo contrario iremos a parar a Vaternish Point.

Estas palabras significaban un halago para mí, y, a pesar de que en el fondo carecían de importancia, me sentí absurdamente orgulloso. No hay placer más saludable y más puro que el de empuñar un timón y navegar con buen viento, sintiendo el vaivén del mar, contemplando la blanca y tersa barriga de una vela bien dispuesta. Después de haber vivido tan largo tiempo prisionero de mí mismo, en una sociedad en la que había dejado de tener fe,

me sentía súbitamente liberado, elevado, como la gaviota que en aquellos instantes se deslizaba, sin apenas un temblor en las alas, junto al tope del mástil.

Sin embargo, la veracidad me obliga a declarar inmediatamente que no soy un gran navegante, ni mucho menos. Carezco de esa fortaleza física, de este temple, de ese olfato para conocer el viento y el tiempo, y de esas matemáticas extrasensoriales, que son los factores imprescindibles en un buen navegante. Me gusta el mar, pero también le tengo miedo. Temo su soledad, sus misterios, la enloquecida brutalidad de sus iras, la siniestra amenaza de sus calmas. Sin embargo, me consta, porque lo siento en la sangre, en las entrañas y en los huesos, que si los tiranos volvieran, con sus espías, esbirros, burócratas y entrometidos, preferiría izar velas, levar anclas y entregarme a la merced de los vientos y los mares, y al riesgo de no tener donde recalar, a ver mi personalidad invadida por un falsario esclavizado.

Y, entonces, me di cuenta de que cantaba. Cantaba una vieja canción aprendida en una infancia perdida.

Ruarri subió a la cubierta con dos tazones en el puño. Contenían negro café con abundante whisky. Me dio un tazón, comprobó el rumbo, y me dirigió una mirada luminosa e intrigada.

-¡Vaya! ¡También tú llevas sangre celta! -No, no la llevo. ¿Por qué lo dices?

-Por la canción. Es una canción que aquí llamamos Morag of Dunvegan. Y tú la estabas cantando en céltico.

-La verdad es que la canto sin comprender ni media palabra. La aprendí por instinto de imitación, como tantas otras cosas. Me la enseñó un viejo monje irlandés que tocaba el arpa, y que se vanagloriaba de conocer todas las canciones populares escocesas e irlandesas. Este monje tenía la pretensión de que todos nosotros fuéramos misioneros o jóvenes revolucionarios fenianos.

Estas palabras parecieron tranquilizar a Ruarri, igual que si hubiera creído que le había mentido en algo. Ahora, al comprender su error, se sintió obligado a repararlo:

-Eres un excelente timonel.

-En otros tiempos tuve una embarcación. Participaba en regatas, pero no tenía la menor posibilidad de ganarlas porque carezco del instinto de la lucha y la matanza.

-Me parecen palabras un tanto raras ésas...

-Es una frase como otra cualquiera.

Ruarri era un tipo precavido. Hombre de paso suave, cauteloso como un animal de bosque, con todos los sentidos constantemente alerta. No tenía edad suficiente para haber estado en la guerra, pero mantenía siempre la actitud vigilante y sigilosa del que ha prestado servicio en comandos, la mirada penetrante, la reacción rápida y la sonrisa pronta para ocultar la tensión interior. Incluso en su modo de hablar había cierta naturaleza de camaleón. Casi siempre hablaba con la suave y cantarina entonación de los isleños, y sus frases eran de giro céltico. Pero en otros instantes, esta entonación desaparecía, y en sus palabras se advertían acentos extranjeros. Nunca abordaba un tema del modo en que lo hacen los hombres de montaña, hablando del tema en sí, de sus derivaciones, contemplándolo por encima y por debajo, recorriéndolo en todos los sentidos, de modo que el discurso parece un tejido. Ruarri se expresaba mediante una serie de frases sueltas, ahora sobre un tema, ahora sobre otro, por lo que uno nunca sabía a donde iría a parar.

-Dime, *seannachie*, ¿qué hay entre tú y esa doctora?

-Nada. Iba conduciendo como una loca y se pegó el gran tortazo. Entonces yo le ofrecí llevarla a Uig.

-¿No estás interesado en ella?

-No, no puedo decir que sea la mujer que me pueda quitar el sueño.

-Pues no está nada mal.

-Son muchas las mujeres que no están nada mal.

-Además, a lo mejor resulta fácil.

-No le propuse nada.

-Quizá se lo proponga yo, el día menos pensado.

-Estamos en un país libre.

-¿Libre, dices? ¡Y un cuerno!

Vació de un trago el tazón y lo dejó violentamente. Dijo: -Regresé hace tres años, y puedes tener la seguridad de que estamos todos castrados por las leyes y reglamentos, con las carnes hinchadas como las de los eunucos, gracias a este virus que se llama «socialismo británico». Incluso aquí, a la vuelta de Long Island, en donde el mar hierve de peces y hay multitudes de langostas arrastrándose, lo que podría representar una bendición para Europa, incluso aquí, ¿qué pasa? Bueno, pues todavía estamos en la era del trabajo manual en los campos, y de las manufacturas de tejidos con subsidios del gobierno, y las flotas dedicadas a la pesca del arenque van de capa caída porque no hay modo de formar las tripulaciones, ni siquiera ofreciendo porcentaje. ¡Nos dicen que esto es un país turístico! Sí, es cierto que no hay en el mundo país tan bueno como éste para la pesca del salmón, pero también es cierto que no se puede encontrar ni un solo dormitorio con baño desde Berneray hasta Butt o Lewis. Sí, es cierto que los hoteles ganan dinero, pero es dinero que procede de los tejedores y de los labradores, y también dinero que la Comisión de Desarrollo de las Tierras Altas suelta a manos llenas. Ahora bien, este dinero va a parar a los bares, y, en definitiva, a los bolsillos de los dueños de destilerías. Por esto las mujeres todavía trabajan como caballos, y los hombres beben como cosacos el sábado, y comen berzas el domingo. Y así es en todas partes, salvo en Eriskay y en Barra, debido a que allí son católicos y jacobinos, y, en consecuencia, más tolerantes con las necesidades de la carne, aun cuando es difícil encontrar carne, porque todas las muchachas se van a servir a Londres, en donde se pueden beneficiar de las nuevas leyes sobre el aborto. -Entonces, ¿por qué te quedas?

-Buena pregunta, *seannachie*. Cualquiera de las próximas noches, si consigues que me emborrache lo suficiente, te la contestaré. Pero mira, ahí, a estribor, tenemos Score Bay, y este cabo es el de Rubha Hunish. Seguiremos este rumbo durante una hora, y luego nos dirigiremos hacia Shiants, en donde espero encontrar a un cliente mío, un cliente de Trondheim, en Noruega.

No le pregunté quién era este cliente, ni tampoco la naturaleza de aquel negocio que, por lo visto, tenía que efectuarse en el mar. Me bastaba con la felicidad de navegar a vela, y de ver desfilar lentamente los acantilados que surgían de la neblina estival.

Pero Red Ruarri quería hablar, y, en consecuencia, habló. -¿Qué te ha traído a las islas?

-He estado enfermo. Las ciudades y las discusiones de toda índole se me indigestaron. Morrison me aconsejó que viniera. Esto es todo.

-Pero tú no eres un hombre sencillo, ni mucho menos, *seannachie*. Has vivido mucho, y se te nota en la cara. Yo no creo en todas las medievales sandeces que se dicen acerca de las Islas Benditas y demás.

-Quizás en estas islas había algo que hemos perdido. Y quizás este algo todavía esté.

-¿En las islas?

Echó la cabeza atrás, y rió. Dejó de reír, y un nuevo pensamiento le hizo fruncir el ceño.

-Bueno, quizá no estés tan equivocado como parece. La verdad es que, cuando yo estaba en... bueno, poco importa el lugar en que estaba; cuando yo vivía alegremente y era audaz y corría riesgos, pero ganaba el dinero que quería, entonces, de vez en cuando, soñaba en los antiguos escandinavos. Eran gente de pelo en pecho aquellos hombres del Norte. Pero también eran soñadores. Echa una ojeada al mapa, y fíjate en los lugares a los que llegaron sus alargadas embarcaciones, a las Feroes, a las Orcadas y a Shetland, a Islandia, a las costas de América, y, en navegación fluvial, hasta Kiev. En el suelo de Santa Sofía, en Estambul, hay palabras rúnicas grabadas por ellos, ¿no lo sabías?, y fueron los dueños de las Hébridas hasta mediados del siglo XIII, y la mitad de nuestras playas tienen nombres escandinavos, como Tolsta, Seilebost, Taransay y Grjmoval. Aquí todavía tenemos pelo de estopa y barba roja, en recuerdo de los escandinavos, y sus tradiciones se mezclan con las celtas. Me has preguntado por qué regresé. Hay una razón que lo explica. Estaba cansado de tanto sol, y de

tanto sudar. El sudor elimina la sal de la sangre de los hombres. Quería vivir otra vez en el país de las aguas negras, de las galernas, del venado en los altos montes y de las tierras que es preciso domeñar de nuevo, y que se pueden domeñar si los hombres ponen sus músculos y su inteligencia a contribución.

-Pues ahora ya tienes lo que querías.

-No todo, *seannachie*. Pero lo tendré. Entretanto, llevo una vida un poco loca, y te diré que si quieres gozar de buena reputación entre las piadosas gentes de Lewis, más te valdrá no tratarme demasiado.

-Gracias, procuraré pensar en el asunto, y tomar la decisión que considere mejor. ¿A qué hora esperas llegar a Stornoway? -Si el viento se mantiene, llegaremos en ocho horas de navegación, lo cual significa que los bares aún no habrán cerrado. Te invitaré a una copa, te buscaré lugar en que dormir, y te presentaré a una rubita que te calentará la cama, si te da por ahí.

Y mañana por la mañana te llevaré a Tarbert para que recojas el automóvil. Ahora bien, te agradecería que no mencionases a nadie esta entrevista que tendré a la altura de Shiants.

-Es asunto tuyo. No tengo por qué hablar de ello. Advertí que quedaba aliviado. Se sentó en el suelo, junto al timón, y, como un buen camarada, comenzó a contarme leyendas de los mares del Norte. A pesar de su carácter violento, estaba dotado de cierto sentido poético, y sus narraciones armonizaban con el rítmico movimiento del mar y el cálido empuje del viento del oeste.

Contó relatos de viejos balleneros, y de querellas entre pescadores, relatos de cazadores de focas y de naufragios en las grandes galernas atlánticas: leyendas del gigante Cochull Glass y de los oscuros pigmeos del Ness, y de los antiguos y olvidados hombres que alzaron las grandes piedras verticales. Conocía los nombres de las aves marinas. Contó también leyendas de pescadores, como la de la ballena asesina que costeaba a treinta nudos, y la del tiburón que arrastraba, con un arpón clavado en los músculos dorsales, durante millas y millas a las embarcaciones, y la de la morsa gris con su nariz romana y sus costumbres tímidas y solitarias, y la de los bancos de escombro que producían una extraña música, como el sonido de latigazos, cuando cruzaban el liso mar de verano.

Todo era raro, exótico y maravilloso, como un viejo tapiz alzado entre mi persona y el mundo que había dejado atrás. Al cabo de cierto tiempo, quedé como adormecido por la magia de aquellos relatos. Por esto, tan pronto cambiamos el rumbo y abandonamos nuestro avance hacia el Oeste para dirigirnos hacia el Norte, Red Ruarri se hizo cargo del timón y me pidió que bajara a preparar la comida.

La cabina estaba limpia y reluciente como una moneda recién acuñada. Había dos literas, cubiertas con una pieza de visillo impermeable, con sendas lámparas junto a la cabeza, y un par de estanterías con libros, al alcance de la mano. Había una mesa para los mapas, con un aparato de radio emisor-receptor. También había un amplio mostrador con una pileta y una cocina fija, y un taburete fijo, para poder guisar con mala mar. Todos los objetos móviles se encontraban colgados de ganchos o en cavidades, para que no se cayeran por fuerte que fuese el golpe de mar. No se advertía allí el desorden propio de los habitáculos de los hombres solteros, y la labor de carpintería era perfecta. No había ni un solo tornillo suelto, y todas las cerraduras estaban engrasadas. Los cacharros relucían, los cubiertos estaban limpios, e incluso los trapos de cocina aparecían inmaculadamente blancos. La techumbre olía a fresco desinfectante. Red Ruarri quizá fuera un aventurero rudo y alocado, pero no cabía negar que también era un hombre ordenado. Comía bien, y la alacena en que guardaba los licores contenía abundantes medios de protección contra el frío de las guardias nocturnas.

Mientras la comida se calentaba, eché una ojeada a los libros. Me llevé otra sorpresa. No había allí la basura que suele hallarse en los anaqueles de la gente de mar. Eran libros propios de un lector serio, e incluso especializado. Vi la traducción de Laing de las Sagas de Olaf y de las Sagas de los reyes escandinavos, la versión de Dasent de El cuento de Burnt Njal, y una antigua edición de la Saga de los hombres de Laxdale. También vi una obra de

Frank O'Connor sobre literatura irlandesa, un volumen de las crónicas de MacDonald sobre el folklore de Les, y un ejemplar de Los antiguos emigrantes de Brogger. Había dos gramáticas, una de ellas noruega, y la otra danesa. Fuera lo que fuese lo que él creyera ser -celta en busca de su patria o escandinavo en camino de regreso-, lo cierto era que Ruarri Matheson se informaba acerca de sus orígenes, ¿o acaso leía para llenar el vacío creado por diez años de exilio? Era una interesante incógnita, pero no tuve tiempo de intentar despejarla, ya que el caldo comenzaba a hervir y un hambriento marinero lanzaba gritos, en cubierta, pidiendo comida y una jarra de cerveza.

Me hice cargo del timón mientras Ruarri comía con una sola mano, maldiciendo las dificultades con que tropezaba. Luego comí y bajé para dejarlo todo limpio y ordenado. Me encontraba a mitad de este trabajo, cuando Ruarri volvió a gritar. Por proa, las Shiants iban acercándose, y el cliente de Ruarri venía a nuestro encuentro en un viejo pesquero a la rastra, que soltaba grandes bocanadas de humo formado en un motor diesel que forzosamente tenía que estar muy sucio. Tuve que trabajar, porque Ruarri me ordenó que bajara velas y que pusiera las defensas. Luego, tomó el timón, mientras yo me encargaba del motor, y entre los dos pusimos el Mactire junto al pesquero.

Me quedé a bordo, mientras Ruarri pasaba a bordo del pesquero. Le recibió un hombre corpulento que me pareció el patrón. Luego, los dos desaparecieron por la escotilla. Diez minutos después, Ruarri regresaba con una cartera de cuero bajo el brazo, y una botella de aguardiente en la mano. Nos pusimos en marcha. Cuando volvimos a avanzar rumbo al Norte, Ruarri me ofreció un trago de aguardiente, y se refirió al encuentro con estas palabras, único comentario que hizo al respecto:

-Buena persona, Bollison. Es más honrado que muchos que presumen de ello. Y trabaja como un negro, además. En verano pesca a la rastra, y en invierno caza focas. El barco que lleva es un cascajo. Tiene más de veinte años, pero Bollison lo hace navegar por el Ártico como si fuera un rompehielos. Hace cosa de año y medio le compré la mitad del trasto, y ya cobro beneficios.

-¿A dónde va ahora?

-A las islas occidentales, Entre Barra e Irlanda hay buenos bancos de arenques. Y si tiene suerte, también encontrará bacalao.

De nuevo estábamos hablando de pescado, y, por esto, decidí ponerle un cebo:

-¿De modo que también eres un magnate de la pesca?

Me dirigió una mirada hostil, y, a continuación, una fácil sonrisa.

-Estás de guasa, *seannachie*. Sin embargo, me parece que te equivocas. En el mundo de nuestros días hay que tener un pie en tierra y el otro en la mar. La tierra es el lugar para comer, para ahorrar y ganar dinero y tener una identidad nacional y todo lo demás, y también es un lugar en el que retirarse, cuando uno se hace viejo. Pero el mar aún es libre, en el mar los legisladores no pueden hacerte la pascua, y los recaudadores de impuestos no pueden leer tus cuentas; el barco es como un reino en el que nadie puede entrar, si el capitán no invita a hacerlo. Mientras uno se porte bien cuando tiene el buque en el puerto, uno se aprovecha de lo mejor de cada ley y no tiene por qué aguantarlo peor. El mar es lo que alimenta las refinerías de petróleo y los altos hornos y las manufacturas de algodón, y el mar alimentará a la Humanidad hambrienta, cuando la mitad de la tierra se haya transformado en un ensangrentado desierto.

-¿Y en qué piensas convertirte, Ruarri? ¿En el Onassis de las Hébridas? ¿O quizás en un señor de las islas, al viejo estilo? Reaccionó con la rapidez de la trucha ante el cebo: -Quizás en un poco de las dos cosas, lo cual me parece mejor que las dos cosas a la vez. ¿Crees que estoy loco?

-No, no... Solamente me gustaría saber cómo imaginas que acabarás, cuando vengan las enfermedades o cuando te hagas viejo, como tú has dicho.

-¡Ahí es donde te equivocas, *seannachie*! Ahí es donde todos se equivocan. Lo que me importa es hacer, y no lo que hago. ¿Te has encontrado alguna vez en una galerna, en el Atlántico? -No.

-Bueno, pues en este caso voy a contarte cómo llega, y te advierto que podría llegar hoy, aunque no lo creo porque el barómetro se mantendrá durante algún tiempo. Pero lo cierto es que primeramente llega el frente de la galerna, con cielo frío, cirrocúmulos que se apilan y se apilan, y, luego, el viento pega en el mar, y el mar se alza, y la espuma se te hiela encima. Y así estás, en el barco, con la tripulación y el mar, y tú eres el único que puede mandar. Entonces, si no mandas y los dominas, date por muerto. Pero si sabes hacerlo, cuenta con billetes en el Banco, para comprar buenas tierras o depositar el dinero para la compra de otro barco, lo cual significa que en la próxima ocasión tendrás dos oportunidades en vez de una, o para comprar un cargamento en Estocolmo, a fin de venderlo con ganancias en otro lugar. Esto es lo que hacían los antiguos escandinavos. En las batallas eran auténticos carniceros, pero también sabían ser comerciantes. Y quitaron Inglaterra a los sajones, y Dublín a los irlandeses, y los daneses todavía comercian con maderas de Tailandia, y tú has comido mi bacalao en Roma. ¿Tiene o no tiene sentido lo que digo?

Tuve que reconocer que sí. Tuve que reconocer que las actividades de Red Ruarri Mactire eran infinitamente más estimulantes para el espíritu que aquel triste y meditativo aburrimiento en el que yo me había sumido durante un período excesivamente prolongado. Pero quería formularle otra pregunta.

-De todos modos, Ruarri, tengo la impresión de que pretendes meterte en la piel de otro hombre, de un hombre que no eres tú. Laverhulme intentó hacer exactamente lo que tú intentas hacer... ¡Y era el dueño de la isla! Quiso organizar la pesca en general, y la de la ballena en particular, la industria del hilado y la agricultura, y tenía ya un mercado dispuesto para estos productos... Pero nada consiguió, a pesar de sus millones.

Evidentemente no era la primera vez que Ruarri se enfrentaba con una argumentación por el estilo, ya que me dio una respuesta clara y contundente:

-¿Y sabes por qué? Porque este hombre era el dueño de la isla, sí, pero no pertenecía a ella. E intentó llevar a cabo sus planes de una manera anticuada, al modo del rico gran señor que se inclina para hacer un favor a sus vasallos. No fueron aceptados estos favores, y me parece bien. Yo lo hago de un modo diferente. Yo soy uno más entre ellos. Soy el hijo de Anne Matheson, de ahí, de Gisla, pero ignoro quién fue mi padre, y éste es un detalle que ha dejado de importarme. Soy un salvaje, sin duda alguna, y los muchachos que trabajan para mí también son unos salvajes, pero todos nosotros pertenecemos a la tierra, somos gente del pueblo. Y a pesar de que despertarnos la envidia de todos, y de que los curas y los misioneros no nos tienen la menor simpatía, nosotros somos la esperanza, sí, porque somos gente de aquí que quiere quedarse aquí, y porque hacemos cosas que valen la pena, y porque tenemos dinero en el Banco. Y un buen día, cuando estés cansado de pescar con Alastair Morrison, te llevaré de paseo en automóvil, y te enseñaré lo que he hecho con unas turberas cuya tierra ha estado inactiva durante siglos. Y subiremos a una barca de pesca, y te enseñaré lo que hacemos en la mar. Dame un par de años, y tendré una flota pesquera como la de los rusos, con una embarcación base que suministra a las demás embarcaciones, y en la que se procede a la elaboración primera de la pesca. ¿Señor de las islas? Quizá sí, quizá me gustaría serlo... Pero al viejo estilo. Siendo hermano de todos, y, mejor que hermano todavía. Y, cuando me case, si es que me caso, no me casaré con los nombres de Ruarri Matheson, el hijo natural de Anne Matheson, sino que me casaré con los nombres de Ruarri Mactire, con el apellido legalmente cambiado, y mis hijos serán los hijos de Lobo Rojo. ¿Qué te parece, *seannachie*?

Fue un mal momento, y yo tenía la culpa. Le había incitado a decir más de lo que hubiese querido decir, y más de lo que yo deseaba escuchar. Por esto procuré distraer su atención con una frase de halago.

-Pues me parece que eres un hombre de mucho empuje, Ruarri, y creo que seguramente conseguirás lo que te propones, o casi todo.

-Pero también te preguntas en qué consiste mi empuje, ¿verdad? Te preguntas si acaso no estoy un poco loco.

-No sé, quizá tengas ribetes de visionario. Pero no hay nada malo en eso, ¿no crees?

-A veces es como una obsesión.

-Cierto.

-Y también te sume en soledad. Es la soledad de los recuerdos que otros hombres no tienen, de los sueños que, si los contaras, darías lugar a que la gente se burlara de ti. Y esto te empuja a ser igual que ellos, que todos ellos, pero más que ellos, te empuja a beber más que ellos, a perseguir más mujeres, a correr mayores riesgos, para que, al fin, crean en tus sueños. ¿Entiendes?

-Sí. Pero me pregunto cuánto tiempo se puede vivir dentro de la piel de otros hombres y de la propia, al mismo tiempo.

-Todo el que sea necesario, *seannachie*. Todo el tiempo que sea necesario para convertirlos en creyentes, seguidores y constructores, y para que dejen de ser semovientes, con un número de los seguros sociales en vez de nombre.

-Si crees que puedes conseguirlo, adelante y buena suerte. Pero no esperes que te agasajen con flores y banquetes cada vez que vuelvas a tu pueblo.

Le costó un poco digerir estas frases. Vi la ira en su rostro, y comprendí por qué le habían dado el apodo de Lobo Rojo. Luego dibujó la fácil y luminosa sonrisa, otra vez.

-Eres muy listo, *seannachie*. Me gusta que seamos amigos, ya que de lo contrario seríamos enemigos. Ahí, a estribor, puedes ver Kebock Head. Llámame cuando lo tengas enfilado con la proa, y pondré rumbo a casita.

Bajó, y me alegré de quedarme a solas. Era demasiado combativo, y siempre he procurado mantenerme al margen de los conflictos ajenos. Sin embargo, había en aquel hombre rasgos enormemente simpáticos, cierta heroica dimensión que le distinguía de los grises ciudadanos y los histéricos intelectuales que con tanta seguridad en sí mismos deambulaban en el ocaso de una civilización desacreditada. También había en Ruarri una desafiante invitación, la invitación a la aventura, a cruzar cerradas fronteras, a abandonar esterilizantes comodidades, a medirse con los elementos y con las tiranías de una época descoyuntada.

Me pregunté cómo sería la mujer con la que Ruarri contraería matrimonio, para engendrar en ella los lobeznos que deseaba, y cómo reaccionaría la doctora Kathleen McNeil si alguna vez Ruarri posara en ella su hambrienta mirada. Me pregunté cómo reaccionaba ante sus rivales en los negocios o en el amor, y hasta qué punto sus ambiciones le apartarían, o le habían apartado ya, de la ley. Había insinuado la existencia de un violento vivir, en tiempos pasados, y la bandera con el lobo demostraba que estaba orgulloso de ello. Entonces, el viento comenzó a refrescar, y a venir a rachas procedentes de las rías occidentales de Lewis. A partir de este momento, tuvimos mucho trabajo con las velas y el timón, hasta llegar a Stornoway.

Eran casi las siete de la tarde cuando amarramos la embarcación en la parte más interior del puerto. Todavía había luz, una luz clara y fría, desconocida y desagradable para cualquier hombre del Mediterráneo. El agua estaba gris como peltre viejo, los acantilados eran negros, y las colinas eran verdes, doradas y purpúreas, aun cuando extrañamente melancólicas en la agonía del día. El pueblecito, con sus casas de techos negros y paredes de estuco, blanco, castaño y amarillo, parecía replegado sobre sí mismo, como buscando protección junto a los muros de un castillo tremendamente victoriano. El paraje estaba envuelto en el silencio de la hora de la cena, quebrado únicamente por el quejoso grito de las últimas gaviotas. El alto muelle del transbordador estaba desierto, y en las barcas de pesca, con cicatrices producidas por el mar, no había ni un hombre. Las pocas figuras humanas que se veían en las calles

tenían expresión cerrada e indiferente, como si hubieran vuelto la espalda al mar y no quisieran saber nada de él durante cierto tiempo. Oí a Ruarri:

-¿Seguramente piensas que es un lugar muy triste?

-Algo por el estilo.

-Pues sí, lo es. Mira el mar y recuerda las vidas que se ha llevado. Allí puedes verla marca de socorro, que recuerda a todos que el mar, mañana, se llevará más vidas. Mira las colinas, en ellas vive gente que se ha quedado sola, gente que llora a parientes muertos y a otros que se han ido.

-¿Y éstas son las islas de la felicidad?

-Sí, a pesar de todo. Y ahora arriaremos las velas, si no te importa. Luego, las plegaremos y las llevaremos a tierra, para que se sequen. Después, te demostraré que aún se puede encontrar felicidad ahí.

Estaba rendido, y comenzaba a sentir frío, pero el trabajo significaba, por lo menos, un alivio en mi constante cavilar. Mientras me apresuraba a terminar mis tareas, oí que Ruarri maldecía con todas sus fuerzas. Alcé la vista y vi el bote de aduanas dirigiéndose hacia nosotros. Pregunté a Ruarri qué pasaba. No me contestó. Se quedó inmóvil, inclinado sobre la borda, airado y hostil, hasta que el bote llegó junto a nuestra embarcación. Yo seguí doblando las velas, con el oído aguzado para escuchar el diálogo que iba a desarrollarse.

-Ruarri, quiero subir a bordo un instante. -¿Para qué?

-Para efectuar una inspección de puro trámite.

-¡Narices de puro trámite, Duggie! Esto no es más que una coacción y ganas de perjudicarme, y a ti te consta. Desde que me hice a la mar, que fue precisamente ayer, no he salido de las aguas territoriales.

-De todos modos, quiero subir. No te pongas pesado, Ruarri. -Y yo quiero saber por qué quieres subir.

-Inspección de trámite, ya te lo he dicho. Y no desembarcarás hasta que la haya efectuado. ¿Qué te ha pasado en el brazo? -Me lo he roto.

-¿Quién es ese que llevas a bordo?

-Un tipo al que recogí en Uig, un turista. Me ha ayudado a regresar en el barco.

-Me gustaría hablar con él.

Estimé que había llegado el momento de intervenir, por lo que metí la última vela en la cesta y me acerqué a la borda. El aduanero, hombre moreno, de rostro estrecho y mirada astuta, me dirigió una sonrisa profesional y me saludó torpemente con la mano.

-Lamento molestarle, señor. ¿Puedo ver sus documentos? -Los tengo en la cartera, en la cabina. Voy a buscarlos. Mientras bajaba, la discusión se reanudó, en tono más bajo, pero con igual vehemencia.

Soy hombre inquieto, a quien no gusta quedarse demasiado tiempo en un sitio, y por esto he aprendido a viajar con poco equipaje. Voy siempre con una sola maleta, y la llevo abierta debido a que pierdo las llaves con igual facilidad que los encendedores y las plumas estilográficas. Puse la maleta en una litera, y la abrí. Sobre mis ropas dobladas, vi la cartera de cuero con la que Ruarri volvió a bordo, después de su visita a la embarcación de pesca. Este descubrimiento me sorprendió e irritó. Abrí la cartera, y la encontré repleta de billetes de banco, libras esterlinas inglesas y dólares norteamericanos. En un instante, vi el dilema que se me planteaba. ¿Debía poner la maleta en el camastro y dejar que Ruarri se las arreglara como pudiera, o debía dejarla donde estaba y arrostrar las consecuencias de haber mentido, en el caso de que el aduanero decidiera inspeccionar mi maleta?

Decidí adoptar un expediente que podía sacarnos del apuro a los dos. Saqué la carterita con mi documentación, la metí en la cartera de cuero, y con ella subí a cubierta. Fingí que rebuscaba en el interior de la cartera de cuero, y entregué los documentos al aduanero, el pasaporte, el billete del avión, el contrato de alquiler del automóvil, y el recibo del hotel de Fort Augustus. Para mayores seguridades le di el nombre de mi anfitrión en Laxay. Al ver la serie completa de documentos, el aduanero se permitió una sonrisa, y me los devolvió.

-Todo en orden, señor. Le deseo una feliz estancia en las islas, señor.

Se dirigió secamente a Ruarri:

-Y, ahora, muchacho, terminemos de una vez.

Subió a bordo, e inmediatamente bajó a la cabina. Ruarri le siguió sin dejar de gruñir y lanzar maldiciones. Yo me quedé en cubierta, temblando de frío y de rabia, con la cartera de cuero en las rodillas. El aduanero seguramente efectuó una concienzuda búsqueda, ya que tardó veinte minutos en volver a subir a cubierta, en donde, no sin rencor, anunció que podíamos bajar a tierra, si así lo deseábamos. Acto seguido se fue.

Ruarri, con insoportable altanería, ni siquiera se excusó ante mí. Se limitó a sonreír, y a darme las gracias de manera indirecta y displicente:

-Ya sabía yo que no te había juzgado mal, *seannachie*. Eres hombre de ideas rápidas.

-¡Vete al cuerno, Matheson! ¡Eres un mal nacido de la cabeza a los pies!

-No me gusta que me llamen eso.

-Pues tanto mejor.

-Ten cuidado, que te parto la cara.

-Con una sola mano no puedes, Ruarri. Bajemos al bote. Me voy.

-¿No dejas que te explique lo ocurrido?

-No.

-¿Y tampoco aceptas una copa para rematar un día de buena navegación?

-Tampoco, muchas gracias.

Silenciosos, en el bote, fuimos a tierra. Sobre un muelle desierto, nos separamos sin estrecharnos la mano. Anduve por el pueblo, de un lado para otro, durante media hora, hasta encontrar un lugar en el que me ofrecieron un dormitorio anodino y una cena insípida. Me tumbé en la cama, dispuesto a olvidarme de una vez para siempre de Ruarri el Lobo Rojo, y convencido de que en las Islas de la Felicidad acabaría loco de atar.

Me desperté. La mañana era soleada.

Descansado, después de haberme bañado y desayunado, salí a dar un paseo para echar una ojeada menos biliosa a aquel lugar desconocido.

El viento se había cansado de soplar durante la noche, y, ahora, el mar estaba liso como un espejo. Las primeras barcas de pesca salían del puerto; un enmohecido carguero descargaba carbón, y las calles y muelles estaban animados. Vi amas de casa con la cesta de la compra, un grupo de ociosos ante la oficina del administrador del puerto, unos mozos cargando balas de algodón en camiones que las transportarían a los talleres industriales y caseros, y un movimiento de las aguas, junto a uno de los muelles, provocado por unas barcas que se disponían a hacerse a la mar. Un niño pescaba en un bote inmóvil. Una foca sacó del agua el curioso hocico. Un viejo remendaba una red. Dos fornidos individuos sacaban brillo a los metales de la lancha de socorro.

Poco a poco, comencé a darme cuenta del lugar en que me encontraba, un lugar frío, austero y silencioso, digno de respeto, a pesar de que no despertaba el instantáneo afecto que los lugares más soleados suscitan. Los edificios eran cuadrados y tristones, pero lo bastante sólidos para desafiar las galerna. A primera vista, la gente también era tristona, con ropas de tweed y prendas de punto, las mujeres con mejillas de calidad de manzana, recio el cuerpo, y los hombres curtidos por el mar y de habla lenta. Pero, cuando les pedí una información, sonrieron y no dudaron en perder cuanto tiempo fuera preciso para ayudarme, con toda cortesía. Eran gentes extremadamente reservadas y sin la menor curiosidad acerca de la persona de aquel forastero que les pedía ayuda. Sin embargo, quizás esta actitud fuera lógica, ya que casi todos aquellos hombres habían servido en la marina mercante, y aquel minúsculo puerto había sido refugio, durante la guerra, de marinos de todas las nacionalidades.

Librodot

Pero también estaba presente el miedo al mar, alimentado por los recuerdos de pasados desastres y futuros riesgos. A quinientos metros del puerto acechaban las Bestias de Holm, en donde doscientos soldados y marineros que regresaban a su patria murieron ahogados, con tierra a la vista. Tiempo hubo en que la flota pesquera contaba con mil naves, pero ahora había quedado reducida a cincuenta embarcaciones. Y rara era la temporada en que no menudearan las llamadas de socorro, y no salieran las embarcaciones en auxilio de un carguero en peligro ante los Flannans, o un buque a la deriva hacia el cabo Wroth. Era natural que las diversiones de aquellas gentes fueran muy mesuradas y su talante amargo, era natural que tuvieran un sano menosprecio hacia las gentes que vivían según la ley y el orden de las ciudades.

En las tierras atestadas de nuestros tiempos, en las ciudades como hormigueros, los hombres son hechos y deshechos por los hombres. Sus personalidades son talladas, moldeadas, pulidas, formadas y deformadas por el contacto con el prójimo, tal como ocurre con las piedras de los ríos turbulentos. El pasado no los domina debido a que viven arrastrados por e! turbulento torrente del ahora. La tierra no los domina debido a que está sepultada bajo el asfalto y bajo el cemento, y sus pies nunca la tocan. El mar no les rige debido a que no lo huelen ni lo oyen, mientras recorren los corredores de ladrillos y cemento, como ratas en un laberinto.

Pero en los lugares primitivos, en las islas y en las tierras altas, el hombre debe adaptarse a los elementos, a la tierra y al agua y al aire cambiante, ya que de lo contrario perece sin remedio. El pasado está siempre presente en él debido a que la savia del conocimiento y de la resistencia debe extraerse de él todos los días. La vida comunitaria del hombre de estas tierras no le desgasta tanto debido a que es más abierta, más fraternal, más tribal, debido a que es más próxima a la madre tierra, y debido a que la conciencia del peligro común crea vínculos de unidad. Incluso los nombres de los lugares nos lo dicen. Son nombres que no ensalzan a antiguos tiranos, a campanudos políticos, a ídolos inútiles; son nombres como Islas de los Corderos, Playa de las Focas, Tierras de Rebaños, Aguas del Salmón.

A medida que fui comprendiendo el mundo en que me hallaba, fui dándome cuenta de que Ruarri el Lobo Rojo formaba parte de él. Era un hombre que afrontaba los riesgos, igual que todos los demás. Su insolente gallardía de pícaro tomó otro significado. Era la gallardía del vagabundo que se ríe de los que se quedan siempre en casa, la gallardía del navegante que se burla de los mercaderes presos en tierra. Lamenté haber declinado la oferta de una explicación, y de un trago para celebrar un día feliz en la mar. Comprendí que me había perdido un buen momento.

Era media mañana. Había llegado el momento de alquilar un taxi para ir en busca de mi automóvil, el momento de llamar por teléfono a Alastair Morrison y decirle que me disponía a ir a Laxay. Cuando regresé al hotel para pagar la cuenta y coger la maleta, allí encontré a Ruarri, esperándome. Me dio un juego de llaves y un paquete.

-He hecho traer un automóvil desde Tarbert. Está aparcado detrás de la taberna. También he pagado la cuenta del hotel, ya que te dije que iba a ser tu anfitrión aquí. Y este paquete es como una excusa. Espero que lo aceptes.

¿Qué cabía hacer ante un hombre como aquél? En un momento determinado parecía que le quisiera estrangular a uno, y segundos después se portaba con principesca cortesía. Las palabras que dije sonaron con secos acentos a mis propios oídos.

-No había razón alguna para que hicieras todo lo que has hecho. Anoche me quedé sin sentido del humor por unos instantes.

-Entonces, ¿tomarás un trago conmigo, cuando se tercie?

-Con mucho gusto.

-¿Y algún día, cuando estés ya aposentado, vendrás a cenar a mi casa, supongo?

-Cuando quieras.

-Magnífico. Que lo pases bien.

Nos estrechamos la mano, y contemplé cómo se alejaba, exuberante, balanceando los hombros, como si fuera el dueño del pueblo y de todos los peces del mar. Me senté en el automóvil y abrí el paquete. Contenía una pieza de ajedrez, de unos diez centímetros de altura, labrada en un colmillo de morsa, y en forma de guerrero vikingo. También había una nota en caligrafía enérgica y culta, que decía: «La encontré en tierras de mi propiedad. Dicen que tiene más de mil años de antigüedad. Si crees que podemos ser amigos, consérvala. Si no, devuélvemela. Las cosas viejas, lo mismo que los mal nacidos, han de tratarse con cuidado. Ruarri.»

Todavía conservo la figura. Se encuentra en mi mesa, ahora, mientras escribo estas palabras. Es un viejo y amarillento enano, reliquia de una época heroica, que trae a mi mente unos breves momentos de violencia, un amor apasionado y una larga pena.

Librodot

II

La casa de Alastair Morrison, de los Morrison, se alza en una punta de tierra, en forma de dedo, que penen-a en las aguas del llamado Lago Erisort, lago que no es sino una lagaría o fiordo, al Norte.

Para ir hay que seguir la carretera que empieza al sur de Stornoway, carretera que no es más que una sinuosa cinta de asfalto maltratada por las inclemencias del tiempo, con anchura para un solo vehículo, que avanza por entre tierras baldías y alguna que otra granja. Hay que conducir con mucha atención, debido a que si uno se encuentra con otro automóvil o con una de esas grandes tiendas sobre ruedas, pertenecientes ala Cooperativa de las Islas, no le queda más remedio que echarse a un lado para darle paso. Además, la carretera es como una serpentina, con sus vueltas y revueltas, por lo que uno debe prever que el trayecto no puede recorrerse de prisa, ni mucho menos. Cuando hay niebla, más vale no conducir, a no ser que sea sábado, día en que Dios trata con especial benevolencia a los hombres de las Islas, a fin de que en el sermón del domingo no se lleven una buena reprimenda. Al llegar a Laxay, que es la islilla del salmón, hay que virar hacia el Este y avanzar por un abrupto sendero, con negras aguas a un lado y bajas colinas cubiertas de brezo al otro. En este camino, son los carneros lo que a uno le obliga a detenerse, unos carneros de larga y dura lana, con los cuernos pintados y los cuartos traseros teñidos de rojo o verde o amarillo, a fin de que sus propietarios puedan reclamarlos cuando se encierran en los rediles. Por fin, se divisa una joroba en la tierra, de la que salen dos chimeneas, como si allí hubiera una casa subterránea. Al otro lado de la joroba, de cara a oriente, se encuentra el hogar de Alastair Morrison.

A primera vista, parece una casa inhóspita, de piedra gris, con salientes gabletes, estrechas ventanas y un muro de piedra que la protege de los vientos marinos. Ante la casa hay una playa de oscuros guijarros, con algas arrojadas por el mar, y, más allá, las aguas grises, y las peladas puntas de la costa' del Sur. Pero, tan pronto uno se encuentra al otro lado del muro, todo cambia. Allí hay un jardín como los que se pueden encontrar en Kent o en Surrey, con rododendros, azaleas, tulipanes y dalias, y también hay un huerto cuyos frutos van a parar a la cocina. En la puerta, se recibe la bienvenida de Hannah, pequeña, vivaracha, más allá de toda edad, con una invernal sonrisa y un veraniego destello en sus negros ojos agitanados. Una rolliza criada se hace cargo de la maleta, y le lleva a uno a un dormitorio del piso superior, cálido como las tostadas recién sacadas de la parrilla, con olor a cera y a flores frescas. Sobre la mesa hay una Biblia, y en una estantería libros para hombres del siglo. Cuando uno se ha sacudido el polvo del camino, baja a una gran estancia de paredes cubiertas con paneles de roble, estanterías con libros, y viejos grabados, en donde uno es recibido por el señor de aquellos dominios, en faldellín del país. El dueño de la casa saluda al recién llegado con la frase ritual en las Islas: Ceud Mile Failte, o sea, cien mil veces bien venido. Le ofrece a uno un vaso de whisky, le invita a sentarse ante el fuego del hogar, y le informa de lo que él llama «las jerarquías de la casa.

-En primer lugar, estoy yo. Todos los viernes cobro el dinero que se me adeuda. Escucho todas las quejas, pero nada hago para remediar los males que las motivan. Soy un pozo de conocimientos históricos acerca de la localidad, casi todos ellos inexactos. Cuando no estoy pescando, o durmiendo, o escribiendo mis memorias, memorias que, por cierto, nadie publicará, doy, a cuantos me los pidan, consejos espirituales y temporales. Si quieres conocer a alguien en particular, haré cuanto esté en mi mano para complacerte. Si hay alguien a quien prefieras no ver, también haré cuanto sea preciso, salvo mentir, para complacerte, aun cuando interpretaré la verdad de un modo levemente favorable a tus intereses, ya que por algo eres un pensionista. Y, ahora, hablemos de Hannah, quien jura tener diez años menos de lo que se deduce de su partida de nacimiento, según la cual cuenta sesenta y nueve. Hannah dirige la

casa, así como la cocina, en la que hay dos muchachas que no despertarán en ti el menor interés. Hannah sirve el desayuno a las ocho, el almuerzo a las doce y media, y la cena a las siete, y si no estás en casa a estas horas no comerás; sin embargo, me consta que alguna vez Hannah ha dejado un bocadillo y una botella de cerveza en el dormitorio de algún invitado que le ha caído simpático. Hannah también tiene apariciones, es vidente, aun cuando no le gusta hablar del asunto. Pero si te habla de ello, te aconsejo que la escuches. En lo referente a la pesca, tenemos a Fergus, mi escudero, y a sus chicos. Fergus te venderá los trastos de pescar y te preparará los cebos, y también te dará muchísimos consejos que de nada te servirán. Si, de vez en cuando, le das una botella de whisky, los consejos de Fergus quedarán reducidos a la mitad, y pescarás el doble. Si enfermas o te rompes una pierna, yo te cuidaré gratis. Y si hay algo que no te gusta, dilo ahora, porque mañana será tarde.

-¿Cuánto tiempo puedo quedarme aquí?

-El que te dé la gana.

-¿Puedo tener invitados?

-Si me son simpáticos, sí. Y si no me lo son, llévalos a Tarbert o a Stornoway. La vida es demasiado corta para aguantar pelmazos.

-A lo mejor yo soy otro pelmazo...

-Si llegas a serlo, te lo diré con toda franqueza. Lo cual me recuerda que mañana vendrá a cenar una tal doctora Kathleen McNeil, mujer muy bella, al igual que su madre, con quien quise contraer matrimonio en cierta época de mi vida. Me parece que ya la conoces.

-Efectivamente. El mundo es un pañuelo.

-Sí, y en Lews es mucho más pequeño todavía, más de lo que imaginas. También se interesó por tu persona un tal Duggie Donald, miembro del cuerpo de aduanas y exacciones de Su Graciosa Majestad.

-¡No puede ser!

-No te preocupes, muchacho, no te preocupes. Di de ti unas referencias mucho mejores que las que en realidad mereces, por lo que puedes estar tranquilo, siempre y cuando te andes con tiento en lo referente a las personas con quienes te mezclas.

-¿Como, por ejemplo, Ruarri Matheson?

-Quería decirte únicamente que eres un forastero que tiene mucho que aprender todavía.

-¿Y qué significa esto?

-Pues significa que debes pisar con cuidado, hablar sin levantar la voz, y decir, siempre, mucho menos de lo que sabes.

-¿Y qué he de saber de Ruarri?

-Todo lo que has de saber con respecto a Ruarri puede esperar hasta la hora de los quesos y el café. Ahora vayamos al comedor, porque, si no vamos, el almuerzo se enfriará, y Hannah nos tratará con dureza.

El almuerzo fue una gran comida, servida con reverencial deferencia por la propia Hannah. Tomamos un rico caldo, salmón pescado en el lago, pierna de cordero con buen Borgoña, tarta de frambuesas con crema, y, para calmar los últimos gritos del hambre, quesos servidos en una gran bandeja. Durante la comida, pude saborear, también, las palabras de un hombre satisfecho de sí mismo y de su herencia y tradiciones.

-Esta casa era de mi padre, que también fue médico, aun cuando no viajó tanto como yo, sino que pasó la vida aquí en Lews. Trabajó en el hospital de Stornoway, y allí murió una mañana, súbitamente, mientras visitaba a los enfermos, lo cual no deja de ser un modo muy decente de morir. Como habrás podido ver, la tierra es bastante mala, y sólo sirve para sacar turba y criar corderos; sin embargo, para pescar, éste es uno de los mejores lugares de la isla. La buena tierra se encuentra al Oeste, en donde las arenas se han ido amontonando durante siglos y siglos, y toda planta crece ufana. Allí se puede criar ganado y cultivar hortalizas. En verano sopla viento fuerte de vez en cuando, pero, en tiempo de bonanza, la lluvia es suave y la corriente del golfo calienta el aire. ¿La gente? Al principio, las gentes son muy cerradas, se ocultan en la lengua celta, y, por otra parte, la vida en régimen de clan es mucho más estricta

Librodot

de lo que a primera vista parece. Por otra parte, no tienes necesidad alguna de cerrar el puerta automóvil o la puerta de tu casa, aquí, en las islas, pero ándate con cuidadito los domingos, porque las obligaciones religiosas se cumplen a rajatabla, y está mal visto que andes por ahí pescando o conduciendo el automóvil, mientras los demás van a la iglesia vestidos con sus mejores ropas. A pesar de lo muy religiosos que son y de su sentido místico, si asistes a un entierro quedarás

bastante sorprendido, porque esta gente tiene ideas muy realistas acerca de la muerte. Por otra parte, antes de que se inventara la píldora, e incluso después, no era raro que las muchachas estuvieran ya embarazadas al contraer matrimonio. El nivel de educación es alto, por cuanto se tiene respeto al saber, y, además, para conseguir trabajo fuera de las islas, si es que a uno le interesa, es preciso estar bien formado en algo. ¿Violencia? No la hay. Esta es tierra en que la gente joven no corre peligros, y en que da gusto envejecer... Sin embargo, impera aquí cierta tristeza debido a que estamos siendo testigos de la agonía de toda una cultura celta. La agonía comenzó en Culloden, y prosiguió con el régimen jurídico especial que nos impusieron, pero ahora tenemos otros verdugos, tales como la televisión, la radio, el turismo y la brutal economía del siglo XX. Los idiomas minoritarios están abocados a la desaparición. Los pueblos poco numerosos serán absorbidos por otros, a no ser que prefieran encerrarse en sí mismos, terminando en estériles enclaves. Creo que todo lo que está ocurriendo, en este aspecto, es lamentable. El hombre se encuentra en la disyuntiva de adaptarse o afrontar la extinción, como los dinosaurios. Pero, además, se da el caso de que no hay nadie con la personalidad suficiente para conseguir la fidelidad de los celtas y darles de nuevo una identidad. Pero igual da, porque ya es tarde. esta manera, poco a poco, volvimos a hablar de Ruarri y de sus altivos sueños. Conté a Morrison mi viaje en compañía de Ruarri, el modo en que terminó, y el obsequio que me había ofrecido aquella mismísima mañana. Morrison era hombre que sabía escuchar, y lo hacía con agudo sentido crítico. Dejó que terminara mi relato, y, entonces, me contó, a su manera, los antecedentes de la historia.

-Como te he dicho, éste es un mundo muy pequeño, muchacho. Y ahora verás hasta qué punto tengo razón. Ruarri Matheson nació en esta casa, en el dormitorio que tú ocupas. Fue en el mes de enero, y un día de tormenta. Había caído la nevada más fuerte que se recordaba en los últimos diez años. Anne Matheson estaba de criada en esta casa, debido a que mi padre le ofreció cobijo cuando sus padres la echaron de Gisla, al descubrir que estaba embarazada y sin novio con quien casar. La pobre murió ya, pero en su juventud fue una belleza. Como puedes ver, se daban todas las circunstancias necesarias para que se encontrara en un ambiente hostil, y para que lo mismo le ocurriera, después, al muchacho. Además, las gentes de la parroquia eran muy duras, y todavía lo son, a pesar de que algo se han suavizado, y por otra parte, en un lugarejo como éste difícilmente se olvida el hecho de que un muchacho sea hijo natural, sin padre conocido.

-¿Quién era el padre? -Anne murió sin decirlo.

-Mujer valerosa, sin duda.

-Ciertamente, tenía mucho temple, lo mismo que Ruarri. El chico salió peleón y revoltoso, y suerte tuvo, porque de otra manera su vida hubiera sido muy difícil, con la carga de su nacimiento a cuestas. Cuando los padres de Anne murieron, sus tierras, en Gisla, pasaron a ser propiedad de la chica, y Ruarri las trabajó con ella hasta su muerte. Después, las vendió y se fue. Nadie sabe qué fue de su vida durante los diez años siguientes. Sólo se sabe lo que él mismo ha contado, lo cual es muy poco, y, además, tampoco debemos olvidar que, cuando le da por ahí, es un magnífico embustero. Hace tres años regresó con dinero, con mucho dinero en el banco. Compró tierras, junto a Carloway, en el Oeste. Obtuvo crédito para comprarse una barca de pesca a la devolvió el préstamo al cabo del año. Contrató una n de muchachos duros, bebedores y jugadores, a los que llaman los buannas de Ruarri el Rojo. Buanna es una vieja palabra con la que se designaba a la guardia personal del señor de las islas. Les hace trabajar mucho y les paga bien. De vez en cuando va con ellos de juerga.

-¿Y a qué puede atribuirse el interés que por Ruarri ha demostrado el Cuerpo de Aduanas?

-Francamente, lo ignoro. Y te advierto que Duggie Donald no dará satisfacción a tu curiosidad. Sin embargo, Ruarri Matheson jamás pierde la oportunidad de ganar dinero, legal o ¡legalmente.

-Me ha invitado a su casa.

-En tu lugar, yo aceptaría. Y tráelo aquí siempre que quieras. Es un muchacho divertido. Ahora bien, no permitas que te meta en líos. Bueno, si te sientes con ánimos de dar un paseo te presentaré a Fergus William McCue, tu profesor de pesca.

De esta manera abandonamos, por el momento, el tema. Sin embargo, me quedé con la impresión de que Alastair Morrison me había dicho mucho menos de lo que sabía, y de que, si quería saber más, tendría que descubrirlo por mí mismo.

Caminando a buen paso, tardamos diez minutos en llegar, a casa de Fergus William McCue, escudero de Alastair Morrison y factótum de su casa. Le oímos antes que le vimos. Con nasal y aguda voz de viejo cantaba Thoir a'Nall am Botul, o sea, la «Canción de la botella. Durante el tiempo que estuve en la isla, nunca le oí cantar otra canción, y tengo el convencimiento de que era la única que sabía. Era un auténtico celta cetrino, pequeño como un jockey, ágil y saltarín como un gallo de pelea, con dentadura postiza que producía secos sonidos al hablar. Sólo Dios sabía los años de vida que aquel hombre contaba, o, mejor dicho, que cuenta, ya que sólo un rayo hubiera podido matarle. Estaba sentado en un banco de madera, fuera de la casa, con una plana gorra encasquetada hasta las orejas, el cuello de la chaqueta levantado, ocupado en preparar las moscas adecuadas para la pesca del salmón.

Cuando Alastair me presentó, Fergus William McCue me miró de la cabeza a los pies, y expresó el despreciativo juicio que de mí se había formado:

-Pobre tipo... Este hombre no sirve para la pesca. No tiene manos de pescador, no tiene vista de pescador... En fin, tendré que hacer yo todo el trabajo, a cambio de una ínfima parte de lo que pesque.

-¿Pero procurarás enseñarle a pescar, Fergus?

-Sí, sí... ¡Válgame Dios, qué remedio! Pero ¿por qué me trae tipos así, míster Morrison? ¿Por qué?

-Porque necesitas ganar dinero, Fergus. Y yo también.

-Sí, es verdad, necesitamos dinero.

Me miró con ojos legañosos, y esparció las moscas en el banco.

-Veamos, veamos a ver qué les enseñan a ustedes en Europa. Diga los nombres de estas moscas.

-No lo sé. Son todas iguales.

-¡Dios! ¡Que todos los santos de la corte celestial le protejan de las tormentas! ¿Cómo diablos pretende usted pescar, si ni siquiera sabe esto? Estas tres son para la pesca de la trucha, y se llaman Araña Blanca y Gris, Matadora Dorada y Polilla de Brezo. A ésta la llamamos María Peluda y a ésta Rayos y Truenos, y las dos son del tamaño diez para la pesca del salmón. Y éstas sirven para la pesca de lo que aquí llamamos trucha de mar, y se llaman Fantasía Watson, Pennell Negra, y Peter Ross. ¿Se lo ha metido bien en la cabeza?

-No.

-Es duro de mollera este hombre, míster Morrison. Duro de mollera, sí señor. ¿Sabe lanzar el hilo?

-No.

-Entonces, ¿qué sabe usted?

-Nada. Por esto he venido en busca de Fergus William McCue, para que me enseñe.

Librodot

-¿Es que imagina que yo tengo tiempo que perder? Soy ya un hombre muy viejo. Y seguramente me moriré antes de que pesque usted su primera presa de media libra.

-Si se muere, le enterraré en compañía de una botella de «Glenlivet», para que no pase frío.

-Mejor que ponga dos, una en la cabeza y la otra en los pies. Y si lo hace, me comprometo a enseñarle a pescar.

-De acuerdo. ¿Cuándo quiere que venga?

-A primera hora de la mañana y a última de la tarde, cuando el sol no da en el agua. Venga con su vehículo. Yo traeré los avíos. ¿Es solvente este hombre, míster Morrison?

-Por una semana, al menos.

-¿Bebe?

-Mucho me temo que sí.

-¡Agradezcamos al Señor sus pequeñas bondades! Hasta mañana a las nueve, muchacho. Y no olvide traer algo para tomar algún traguito, no sea que cojamos frío. Buenas tardes, míster Morrison y compañía.

En cuanto hubimos dado diez pasos, ya estaba Fergus William McCue de nuevo ocupado con sus moscas y cantando a las gaviotas la Canción de la botella. Morrison me dijo:

-Su esposa murió cuando él contaba treinta años, y él solo se las arregló para educar a dos hijos, con un carácter tremendo. Ahora, cada uno de ellos abulta tres veces más que él, pero no se atreven siquiera a alzar la voz en presencia del vejete. Hace años que ha cumplido los setenta, pero todavía recorre quince kilómetros a pie, en un día, y su corazón y sus arterias se encuentran en mejor estado que las tuyas y las mías. Y si eres capaz de aguantar sus regañinas, que nunca cesan, te enseñará cuanto hay que saber acerca de la pesca con mosca, y mucho más.

De esto no tenía la menor duda, pero me preguntaba si sería capaz de aguantar las agrias lecciones de aquel hombre, en aquellos parajes silenciosos y sobrios, en los que cada individuo se ocupaba tan sólo de sí mismo, en donde el menor conocimiento era detallado, comentado y recordado puntualmente. Yo era hombre inquieto por naturaleza. Hasta aquel momento había vivido una vida cambiante, en constante contacto con hombres de las más diversas razas, idiomas y conocimientos. Ahora, me encontraba anclado en la monotonía, aislado en una cultura tan sencilla que me hacía sentir desnudo y me daba temor. Envidiaba a los hombres capaces de pasarse la jornada dedicados a conseguir que el salmón picara el anzuelo, y las noches relatando gozosamente los lances de la pesca. Sabía que tal divina simplicidad jamás me dejaría satisfecho.

Ascendimos hasta el sendero, y seguimos sus vueltas y revueltas alrededor de los altos hombros del cabo, descendiendo a minúsculas calas de aguas oscuras, para volver a subir a las tierras de turba, con sus riachuelos de agua manchada y sus oscuras y ácidas charcas bordeadas de flores de pantano. Avanzando a largas zancadas, revoloteándole el faldellín alrededor de las piernas, agitado por el viento el blanco cabello, Alastair Morrison era la viva estampa del viejo hombre de clan, un elemento plenamente concordante con el lugar y su historia. Sin embargo, esta concordancia parecía demasiado perfecta, y uno no podía dejar de preguntarse cómo era su vida interior. No hubiera jamás dicho que aquel hombre era un monje, a pesar de que como tal vivió durante mucho tiempo. Le conocí en un país en que cualquier hombre podía dar rienda suelta a sus impulsos sexuales sin ser objeto de censura; sin embargo, allí gozaba de la reputación de ser de comportamiento intachable y austero. Me hubiera gustado saber cuáles fueron sus pasiones, y en qué batallas había conquistado su presente equilibrio. Le pregunté:

-¿Después de la vida que has llevado, no te sientes solo aquí?

-A veces sí, muchacho. Sí, a veces. Pero, a fin de cuentas, creo que obré como debía, al regresar a las islas.

-¿Qué fue lo que te decidió a volver?

Librodot

-Nada espectacular. Creo que un buen día me di cuenta de que hay un momento en que ya es demasiado tarde para regresar. -¿Has sido siempre soltero?

-Sí. En cierta ocasión, hace muchos años, quise a una mujer. Y lo estropeé todo. Después, no sé por qué, fui incapaz de amar a otra mujer. Además, me gustaba mi trabajo. Prestar un servicio a los demás siempre es una compensación, a pesar de que no satisfaga todas las necesidades. De todos modos, y visto así, de un modo general, creo que he tenido una vida feliz, especialmente en los últimos años.

-¿Nunca echas de menos el Oriente?

-Sí. Y más de lo que creía. A menudo sueño en el Oriente, en o

los templos en sus torres iluminadas por la luz del sol, en los demonios con sus planchas de cristal y de porcelana en el pecho, reluciendo después de la lluvia, en las barcas cargadas de fruta, descendiendo por los ríos, en el espíritu de las lámparas flotando en el río durante la fiesta de las luces, en los lotos, en las lagunas de la jungla, y en las rojas amapolas en las laderas de las colinas. A veces, al despertarme, imagino que oigo los tambores del templo y los cánticos de los monjes, y el parloteo de las mujeres, menudas, lindas, en el mercado, un parloteo como el de los pájaros.

-Muy diferente a Lews.

-No tanto como imaginas, muchacho.

Una sonrisa de fauno iluminó su rostro, quitándole veinte años.

-A muy poca gente le gusta recordarlo, pero lo cierto es que esta isla fue vendida por los MacKenzies en 1844, por ciento noventa mil libras esterlinas, dinero que con el comercio de opio ganó sir James Matheson en la costa china, es decir, dinero con barro amarillo del Asia. ¿Qué te parece?

-Que el paso del tiempo transforma en santos a los bellacos, y que no hay que creer los embustes de la Comisión de Turismo, ni tampoco de los que se dedican a tener invitados de pago.

-Sí, señor, tienes razón, muchacho, tienes razón. Soy el primero en reconocerlo. No hay duda de que la vida de las islas

tiene dos caras. Formamos un grupo cerrado, levemente incestuoso. Aquí hay enemistades que duran veinte años. Hay supersticiones, embriaguez, tiranías domésticas, y los más curiosos vicios.

-Y ahora otro Matheson se está abriendo camino.

-¿Ruarri?

-El mismo. ¿Hasta dónde crees que llegará?

-Morirá rico o en la cárcel. Sus probabilidades de acabar de una u otra manera son del cincuenta por ciento. ¿Le tienes simpatía?

-Sí, es cierto. Sin embargo, creo que si le tratara demasiado a menudo terminaríamos muy mal, él y yo.

-En este caso, quizá puedas hacerle un favor. Eres un hombre que ha viajado mucho. Has realizado una labor que él admira o, por lo menos, respeta. Y te ha indicado claramente que quiere ser amigo tuyo.

-¿En qué favor estás pensando?

-Convéncele de que vuelva al seno de la ley. Lleva demasiado tiempo fuera de ella, y, para este chico, el gusto de la ilegalidad es dulce, tan dulce como peligroso.

-¿No crees que es pedir demasiado a un forastero?

-Se lo pediría a cualquiera, si creyese que puede ser eficaz.

-No puedo hacerlo, Alastair. Es demasiado arriesgado, y no conozco lo suficiente la historia de este muchacho, siquiera para elegir las palabras adecuadas.

-De acuerdo; si así es, te la contaré. Y quiero que, de amigo a amigo, me prometas guardar secreto.

-Prefiero que no me la cuentes. Vine aquí para gozar de libertad. No puedo asumir nuevas cargas.

-En este caso no te pido que prometas nada, muchacho, sino que te suplico que guardes silencio, te lo suplico en el nombre del Dios en que tú creas, en el nombre de la caridad que necesitas para ti mismo. Ruarri Matheson es hijo mío. Y esto sólo lo sabemos, ahora, tú y yo.

Sinceramente, en aquel momento odié a Alastair Morrison. Con la promesa de paz y descanso, me había inducido a efectuar un viaje de tres mil kilómetros, y, ahora, me arrastraba a una tragedia doméstica en la que yo no tenía arte ni parte. Había confiado tanto en él, en su olímpica calma, en su sereno buen humor, que aquella súbita humillación me parecía una traición. Y mi enojo era mayor todavía al darme cuenta de que estaba avergonzado de mí mismo por haber sido tan débil como para confiar en él. Estaba avergonzado de mi peligrosa facilidad en el trato con mis semejantes, de una facilidad que a veces se confunde con la cortesía, pero que, en el fondo, no puede ser calificada más que como curiosidad personal o profesional. Suelo escuchar a todos atentamente, y esto me ha convertido más de una vez en el muro de lamentaciones de gentes desesperadas o excéntricas. Y ahora, precisamente ahora, era el momento en que menos dispuesto estaba a recibir las lágrimas de un ser humano, fuera hombre o mujer. Estaba asqueado de las desdichas del mundo y de mis propias desdichas. Quería aprender a reír de nuevo, aprender a amar, y mandar al cuerno el ayer y el mañana. Sin embargo, no encontré palabras con las que expresar estos sentimientos. Sólo fui capaz de formular una resentida :

-¡Por el amor de Dios! ¿Y por qué he de ser yo, precisamente No pudo, o no quiso, mirarme cara a cara. Estaba en pie, como un gigante avejentado, en el borde del acantilado, apartado el rostro, con la vista fija en las aguas, abajo.

-No lo sé, muchacho, no lo sé. ¿Por qué razón un buen día el muro de una presa se resquebraja, después de haber aguantado durante siglos? ¿Por qué cae un árbol o un pájaro? ¿Por qué tú y no otro? Bueno, esta última pregunta tiene más fácil contestación. Porque aceptaste el regalo de Ruarri, lo cual fue como una promesa de amistad. Porque reaccionaste favorablemente ante algo que descubriste en Ruarri, como yo nunca podré reaccionar a causa de los años de silencio transcurridos. Me ha parecido ver una buena ocasión, y he decidido aprovecharla. Si me he equivocado, te pido disculpas.

-Efectivamente, te has equivocado. Y te mentiría si no te lo dijera así. Nada te prometeré, salvo guardar tu secreto. No estoy dispuesto a convenirme en apóstol; sin embargo, procuraré dar a este muchacho el consejo adecuado, si la ocasión se tercia. Ahora bien, ni siquiera esto podré hacer, si sigues dándome sorpresas. Recuerda que no soy de aquí, y que nada sé de vuestra céltica manera de comportaros.

-Pues si no quieres sorpresas, más valdrá que te cuente el resto de la historia. Cuando te la haya relatado, daré por terminado el asunto.

-Adelante, cuenta.

Mientras nos dirigíamos a casa, a través de las tierras de turba, con la sola compañía de los pintados carneros y los cuervos con capucha, me contó el resto de la historia. Fue una extraña y conmovedora narración de unos hechos ocurridos en los primeros años treinta, cuando la sombra de la gran depresión se cernía sobre aquellas tierras, cuando la división entre las clases sociales era un abismo que únicamente los más valerosos se atrevían a saltar. Las gentes del pueblo y los campesinos formaban un mundo. Las gentes de la mansión señorial y del castillo formaban otro mundo. Alastair Morrison, a la sazón estudiante de medicina, había regresado de Edimburgo para pasar las vacaciones en su casa, con la idea de ir después a Londres e iniciar una carrera profesional según las normas tradicionales. Vagaba por la isla, al igual que cualquier otro muchacho de su edad, dedicado a pescar, a cazar venados, a beber y a bailar. Su compañera de diversiones, en aquel mundo que no podía llamar suyo, era Anne Matheson. Cuando Alastair Morrison ya llevaba un mes de vuelta en Edimburgo, recibió una carta de Anne en la que le decía que estaba embarazada. No cabía siquiera pensar en el matrimonio. El aborto se consideraba un crimen inimaginable en Lews. En consecuencia, el problema se solucionó tal como entonces se solía. Se entregó una suma de dinero, se pactó secreto, y todo quedó arreglado. Alastair Morrison podía proseguir su

carrera, y luchar como mejor pudiera con sus sentimientos de culpabilidad. El silencio se convirtió en un rasgo del vivir de los interesados, y el precio de romper el silencio era demasiado alto para todos.

-Pero es imposible, muchacho, acallar la verdad. La verdad queda enterrada, pero espera el momento del juicio, y este momento ha llegado para mí. Sé que he perdido para siempre a Ruarri. Pero no quisiera que se perdiera, que se perdiera a sí mismo. Ya sé que he echado una carga sobre tus hombros, pero ahora me siento mejor. Espero que sepas perdonarme.

Entonces me sentí humillado por cuanto sabía que Alastair Morrison había prestado, en su vida, más servicios que yo, que había pagado más por menos. Cuando llegamos a casa, volvíamos a ser amigos, aun cuando me constaba que jamás volvería a ser tan libre como aquel día en que crucé en automóvil Glen Shiel, y vi por primera vez la maravilla de los montes, sin hombres en ellos.

Incluso la casa me pareció diferente. Desde el instante en que pisé el jardín tuve la sensación de que los muros de la casa me rodeaban como los brazos de una amante indeseada, pidiendo la entrega. Incluso la vieja Hannah me causó la impresión de mirarme de una manera diferente. Me cuidaba como una gallina a sus polluelos. No podía sentarme, sin que antes esponjara los almohadones. Tenía que avivar el fuego, o de lo contrario corría yo el riesgo de resfriarme. Sólo pensando en mí, la vieja Hannah nos servía los bollos recién salidos del horno y la nata recién batida. Y rogaba a todos los santos que hubiera acertado en la medida del té. No podía dejarnos solos, sin darme una palmada en el hombro y decir una breve frase en celta a Morrison. Cuando pregunté a éste el significado de la frase, dudó, y, encogiendo los , repuso con amargo acento:

-Cosas de vieja. Dice un proverbio de la localidad: Na'm be an diugh an dé. Quiere decir: «si hoy fuera ayer, y los hijos estuvieran en casa...»

El día siguiente fui de pesca. No se crea que esta frase o carece de importancia, sino que, al contrario, está tan preñada de significado y es tan tremenda como cualquiera de las que se encuentran en el Génesis, tales como «Fiat lux» o «El séptimo descansó». En realidad, en las islas hay un amplio grupo de individuos que se consideran cristianos solamente porque en las viejas tradiciones figura la imagen del pez, pero que con igual facilidad doblarían la rodilla ante Dagon, el pez-dios de los babilonios, o ante Orfeo, debido a que no sólo era músico, sino también pescador.

Sin embargo, estos fanáticos son silenciosos, como suelen serlo los monomaníacos, lo cual da carácter agradable a la convivencia con ellos. Algunos han llegado a altos grados de misticismo, lo cual les permite pasarse días y semanas sin la presencia de una mujer, y comiendo y bebiendo muy poco.

Siempre rinden su culto en lugares solitarios, junto a oscuras lagunas, a la orilla de riachuelos en la montaña, y en escondidas riberas marítimas. Se muestran celosos de la intimidad de estos sitios, y tratan con hostilidad a los intrusos. Miden la redención por libras, y valoran los méritos de un hombre según la habilidad con que se enfrentan con el pez que se debate. Se les reconoce por sus rostros colorados y pacientes, por la lejanía de su mirada y por las moscas de colores que llevan clavadas en el sombrero. Observan la disciplina del silencio y del secreto, y adiestran a los neófitos mediante constantes regañinas y frecuentes humillaciones. Arrostrarían el martirio antes que utilizar una red, y algunos de ellos añoran los viejos tiempos en que los furtivos podían ser condenados a muerte, de acuerdo con la ley, y ejecutados a flechazos, y en que el hombre capaz de pescar una trucha en aguas de otro hombre podía ser desterrado a las colonias.

Fergus William McCue era miembro de esta secta, y en ella había alcanzado el más alto grado. Con la caña en la mano era un verdadero genio, y trataba como un tirano a sus discípulos, entre los cuales yo era, según me dijo el propio maestro, uno de los más torpes y menos prometedores. Y si por casualidad llegaba a pescar un miserable pececillo, ello se debería a un milagro por el que tendría que dar gracias arrodillado al Señor.

Me obligó a penetrar unos diez kilómetros en el interior, a bordo de mi automóvil, y, después, a recorrer a pie un kilómetro y medio, aproximadamente, hasta llegar a un lago oculto en el que nadie podría ser testigo de las locuras e insensateces que cometería. Tomó un largo trago de whisky para humedecer el gaznate y fortalecerse ante la dura prueba que le esperaba, y luego me dio una lección oral, de media hora de duración, acerca de la caña, del carrete y de las diversas partes de que se componían. Me habló del hilo, del hilo preparado y sin preparar, del hilo liso, del hilo encerado y del doblemente encerado. Peroró sobre los cebos húmedos y los cebos secos, sobre el modo de lanzar el hilo y de tirar de él, de «buscar en el agua, etcétera. Y cuando estimó que me había armado el lío suficiente para ello, me puso la caña en las manos y me ordenó que lanzara el hilo.

El desastre fue inmediato. El hilo voló desmadejadamente, y se enredó en la maleza. Fergus William McCue sacudió lúgubremente la cabeza, tomó otra dosis de whisky para serenarse, y me insultó con gran vigor. Tenía yo muñecas, ¿no? ¿Tampoco era yo uno de estos robots que se mueven a sacudidas, y que en vez de entrañas tienen un mecanismo de relojería? ¿Sería para mí demasiada molestia probar otra vez, y esforzarme en mostrar un poco de respeto hacia los peces, que eran seres inteligentes y respetaban, por lo tanto, a los pescadores inteligentes? Probé una y otra vez, mientras Fergus lanzaba gruñidos y maldiciones a mis espaldas, hasta que conseguí lanzar el hilo con cierta decencia. Pero los peces no aparecieron y el whisky fue desapareciendo. Por fin, el maestro cogió la caña en sus manos, y a los quince minutos ya había pescado dos maravillosos seres acuáticos, ambos de una libra de peso aproximadamente. Después de haber padecido esta humillación, ya estaba yo en condiciones para recibir más enseñanzas.

-Muchacho, tal como habrá usted visto, la pesca es un arte de paciencia. Es como pintar un cuadro con colores, o tallar un ángel en un bloque de mármol. Es un arte de las manos, pero también un arte de la mente, ya que el pescador debe averiguar qué conducta seguirá el pez, mientras él está con el espinazo encorvado pensando en pescarlo. E incluso cuando el pez ha mordido el anzuelo, el pescador debe saber hasta qué punto se alejará el pez en su huida, y cuál es el momento de comenzar a enrollar el hilo en el carrete. El hilo sólo puede resistir una tensión de cuatro libras, lo cual es muy poco cuando un pez gordo, con el anzuelo clavado en la boca, huye a toda velocidad. No, en estos momentos no hay tiempo para filosofar o para pensar poemas, o para soñar despierto, recordando a las chicas a las que uno no ha podido besar jamás. ¿Le molestaría mucho volver a probar, antes de que el sol dé en el agua?

No me molestaba; probé otra vez y ocurrió el primer milagrillo. Un pez picó y esto me produjo tal excitación que olvidé soltar hilo, y al primer tirón del pez el hilo se rompió, y perdí pez, cebo y anzuelo en un instante. Fergus William McCue se entregó a una desesperación bíblica. Y si el tejido de tweed de las islas se pudiera rasgar con las manos, Fergus William McCue se hubiera rasgado las vestiduras. Y si hubiéramos tenido un fuego al alcance de nuestras manos, se hubiese puesto cenizas en la cabeza, y también con cenizas hubiera cubierto la mía. Sólo le calmó el largo trago de whisky que se echó al coleto, dándome después, con evidente renuencia, un corto trago de lo mismo, a fin de calmar los temblores de mis manos y aclarar un poco mi espesa cabeza de sassenach. Ignoro si se debió al whisky o a ese temeridad que nace de la desesperación, pero lo cierto es que en la próxima lanzada tuve éxito. Un pez picó, y yo le di hilo, y luego recogí hilo, y, por fin, saqué una modesta presa de media libra. El desganado cumplido de Fergus sonó a música celestial en mis oídos. -No está mal, teniendo en cuenta que es un principiante. Si el pez hubiera sido mayor, no hubiera sido usted capaz de sacarlo. Tiene manos de labrador, sin gracia ni delicadeza. Pero con el tiempo, y si yo tengo la paciencia suficiente, aún podemos albergar alguna esperanza.

-Es usted muy duro conmigo, Fergus.

-Sí, sí, es cierto. Soy un hombre duro. Y si no lo fuera, ¿cómo podría soportar a todos los idiotas que aquí acuden durante la temporada? Usted es muy malo, realmente, pero los hay que sor, una verdadera maldición de Dios. Quizá no me crea, pero el año pasado vino una

mujer que me recomendó el propio Morrison. Era una mujer como un caballo, con una grupa terrible, y que se reía de una manera que incluso asustaba a los cuervos. Dijo que la mayor ilusión de su vida era pescar un salmón. Sí, sí, en realidad lo que quería era pescar a un hombre, y este hombre era el mismísimo Alastair Morrison. Al cabo de una semana se la devolví a Morrison, y le dije que, si le daba por ahí, podía casarse con ella o asesinarla, pero que jamás conseguiría que aprendiera a pescar. El pobre Morrison perdió un invitado de pago, mas peor hubiera sido que me hubiera perdido a mí. Esto se lo digo para que se dé cuenta de los malos tragos que paso.

Fergus comenzaba a escatimarme el whisky, pero yo no protesté porque me gustaba oírle hablar. Estaba tan asqueado de las discusiones, las controversias y las opiniones discrepantes, que la sencillez e inocente malicia de Fergus representaban para mí un descanso. Además, volvía a aprender una de las más primarias artes de supervivencia, lo cual me hacía sentir como dignificado. Me gustaba volver a encontrarme en el papel de discípulo, de ignorante, de hombre que espera con ansiedad la más displicente felicitación. Era como beber agua pura después de un hartazgo de vino, como morder una manzana arrancada del árbol. Sentía súbitamente agudo dolor por la inocencia perdida a lo largo de la vida. Sin embargo, no por ello perdí el aguijón de la curiosidad, ni la costumbre de formular preguntas indirectas para enterarme de algo. Y, por ello, mientras me esforzaba en pescar otro pez en el agua, no dejaba de sondear a Fergus, en busca de indicios que me revelaran el secreto vivir de las islas.
-Los Morrison son una familia muy antigua aquí, ¿verdad, Fergus?

- Sí, muchacho, sí. Es una familia antigua y muy respetada, a pesar de que no siempre fueron tan respetables como son ahora. Durante muchos años, los Morrison fueron brieves de Lewis. Y si no sabe usted lo que es un brieve, se lo diré. Un brieve es un hombre que juzgaba a los demás, en su territorio, e incluso podía condenar a muerte. El cargo pasaba de padre a hijo, y, al comenzar a ejercerlo, el brieve juraba hacer tan equilibrada justicia como equilibradas están las espinas de uno y otro lado de la raspa del arenque. Ahora bien, no siempre cumplían su juramento. Y hubo un tal Hucheon Morrison que engendró un hijo en la esposa de McLeod de Lewis, y a los hermanos Allan y Niel les cortaron la cabeza y la llevaron en un saco a Edimburgo. Y hubo un tal John Tacksman que fue bardo, y un tal Roderick que tocaba el arpa, y un bastardo al que llamaban el incendiario porque tenía la costumbre de incendiar los pajares de los demás. En este clan hubo muchos ministros del Señor, y algunos médicos muy buenos, como, por ejemplo, Hugh Morrison, padre del actual Morrison. Pero, tal como están las cosas, parece que no habrá más médicos en el clan, a no ser que Alastair se decida a última hora, lo cual dudo mucho llegue a hacer.

-Tengo entendido que muchas mujeres le han ido detrás.

-Sí, sí, y tanto que sí. Y las chicas siempre le han gustado a Alastair Morrison. Al menos me consta que le gustaron hasta que le entró la religión en el cuerpo, y se fue a atender paganos por estas tierras de Dios. Pero el caso es que aún no le han pescado. Y le advierto que si sigue sosteniendo así la caña tampoco pescará usted nada. Vuelva a lanzar el hilo, muchacho, y láncelo ahí, donde la sombra termina... ¿Está usted casado? -Ahora no, pero lo he estado.

-¿Y busca esposa? -En este viaje, no.

-Pero si una guapa muchacha se cruzara en su camino no le haría ascos, ¿verdad?

-¿Está usted pensando en alguna mujer concreta, Fergus?

-Quizá, pero no para usted, muchacho. Tengo dos hijos a los que casar, y estos muchachos se están divirtiendo demasiado por ahí. Pero si le interesa a usted obtener una lista de candidatas, la vieja Hannah puede dársela. Las conoce a todas, y sabe si son buenas para tener hijos, si saben guisar y llevar la casa, y la dote que aportarán al matrimonio. Muchacho, antes de buscar mujer, hable con Hannah.

-Me han dicho que Hannah es vidente. ¿Utiliza esta facultad también en sus tareas de casamentera?

Librodot

-Sí, sí, es verdad. Hannah es vidente. Un año antes de que mi esposa muriera, Hannah ya lo sabía. Y también supo que Alastair Morrison regresaría antes de que el propio Morrison lo supiera. En cuanto a su oficio de casamentera, si usted le ha caído simpático a Hannah, le dará unos cuantos consejos; pero si no le es simpático...

No oí el resto de la frase, porque en aquel momento un pez picó y yo tiré y le clavé el anzuelo. Fergus se puso inmediatamente en pie, y comenzó a bailar a mi alrededor, dándome instrucciones en escocés y en celta. Decía que si dejaba escapar aquel pez, jamás me perdonaría, y tampoco yo me perdonaría a mí mismo. Que se fueran al cuerno las visiones de Hannah y toda la ciencia popular celta. Tenía a un pez clavado en el anzuelo, el pez luchaba por liberarse, y yo no estaba dispuesto a permitir que lo consiguiera. En dos ocasiones muy poco faltó para que así ocurriera, debido a que comencé a enrollar hilo prematuramente, y juzgué mal la fuerza de mi presa, pero en las dos ocasiones el hilo aguantó, y al fin conseguí tener el pez a mi disposición, en la red, a un pez que era como una libra y media de gracia redentora, y del que cualquiera se hubiera sentido orgulloso. Grité y reí y di unos enloquecidos pasos de baile en la orilla del lago. Fergus, mi sabio maestro, decidió que nos habíamos ganado un trago. Tomamos dos. Brindamos por nuestra noble presa. Tomamos otro trago para cobrar fuerzas, y emprendimos el camino de vuelta por la tierra de turba, cantando a discordado dúo Thoir a'Nall am Botul.

Regresé a casa contento como un colegial. Alastair Morrison estaba encerrado :n su estudio, por lo que fui a la cocina para enseñar mi presa a Hannah, a la que encontré, con los brazos cubiertos de harina hasta los codos, ocupada en preparar un vasto pastel para la cena. Hannah se entusiasmó, igual que si yo hubiera pescado al Rey de los Peces. Luego, con su invernal sonrisa en el rostro, Hannah me previno:

-Si se bebe media botella cada vez que sale con ese pillo de McCue, estará usted en lamentables condiciones cuando llegue el momento de irse. Ahora necesita mojarse la cara con agua fría y dar un paseo por el jardín, o, de lo contrario, se dormirá sobre el almuerzo.

-Hannah, no me riña, por favor. Hoy me siento feliz. Soy un pescador, cosa que jamás creí ser.

-Ha bebida usted un par de copas de más, y debiera sentirse avergonzado de sí mismo.

-Hannah, míreme a los ojos, y en ellos verá que soy un hombre feliz.

-Ya he mirado. Vamos, vamos, salga a dar un paseo. -Quizás haya mirado, pero no me ha dicho lo que ha visto. La charla era leve, pero fui lo bastante tonto para insistir demasiado en ella. De repente, Hannah dejó de sonreír. Sus ojos negros se nublaron, como si una membrana hubiera cubierto las pupilas. El cuerpo se le puso rígido, y Hannah alargó la mano para tocarme la parte delantera de la chaqueta. Cuando habló lo hizo en voz apagada y monótona, como si recitara un ritmo penosamente aprendido de memoria.

-Hay luz a la llegada y tinieblas en la partida. Hay vida que se desea y vida que se deniega. Y sueño y muerte, y, después, despertar.

Bruscamente, tal como había comenzado, la catalepsia desapareció. La mano de Hannah cayó a su costado, luego sacudió la cabeza como si hubiera despertado de un modo súbito. Me dirigió una mirada intrigada, y me dijo secamente:

-Y, ahora, salga de la cocina. Falta media hora para el almuerzo y no tengo tiempo para hablar con usted.

Lo más raro fue que no quedé sorprendido. Acepté el breve fenómeno como si fuera la cosa más natural del mundo. ¿Por qué? Realmente, no lo sé. Había «Tomado, como dicen los celtas, pero no estaba embriagado. Mis propios antepasados me habían hablado de los videntes. Sabía la vieja conseja según la cual quienes tienen el don de ver el futuro no deben casarse, para evitar de esta manera transmitirlo con todas sus anejas tristezas. Sin embargo, ni siquiera ahora puedo comprender cómo pude ser testigo de aquel hecho sin alterarme, sin creer ni dejar de creer, sin sentir siquiera curiosidad.

Sólo una cosa puedo afirmar con certeza. A partir de aquel instante, la conciencia de la realidad quedó alterada, y comencé a vivir difícil pero apasionadamente en la dimensión ce

los sueños. Era yo un hombre que huía, un hombre que huía del pasado y de un amenazador futuro, un hambre que huía de una identidad que, de repente, me parecía desastrosa, incompleta y desequilibrada. Buscaba una imposible novedad en mi ser. Y si no la encontraba, estaba dispuesto a convertirme en mitómano, y a crearla yo mismo. Me entregaría a todo género de impresiones y experiencias. Me apoderaría de todos los símbolos que encontrara en mi camino, y los incorporaría a una cosmogonía de ilusiones particulares. No me daba cuenta de lo enfermo que estaba, de lo vulnerable que era en mi imaginaria convalecencia, ni de lo peligroso que era para cuantos estaban en relación conmigo. Y ahora me siento culpable, y mis sentimientos de culpabilidad son especialmente intensos por cuanto al llegar a aquel extraño lugar me entregué inmediatamente al espejismo de la inocencia. El cielo sobre mi cabeza había cambiado, y creí que también yo había cambiado. Al término de la cena que Alastair Morrison nos ofreció, el engaño del espejismo era total.

Librodot

III

A media tarde el tiempo cambié Comenzó a caer una lluvia suave y constante, con viento proveniente del Oeste. Las nubes pasaban sobre las colinas, y la lluvia formaba un triste barro por el que los pintados carneros deambulaban perdidos y quejosos, mientras las gaviotas se guarecían en las oquedades de la tierra de turba. De las chimeneas surgía el humo pesadamente, y los únicos sonidos eran el lento vaivén del mar, la lluvia sobre la tierra, y algún que otro balido.

Morrison pensaba con preocupación en Kathleen McNeil, quien vivía en casa del médico al que sustituía en la zona sur de Harris. Kathleen MacNeil tendría que recorrer más de sesenta kilómetros en automóvil por las carreteras de la montaña, y después tendría que regresar a casa a altas horas de la noche. Por esto, acordamos que yo me encargaría de ir a buscarla en automóvil. Kathleen pasaría la noche en casa de Morrison, y, por la mañana, yo la devolvería a casa del médico. La telefonista de Harris pasaría todas las llamadas dirigidas a Kathleen a la enfermera del distrito, quien llamaría a casa de Morrison en el caso de que fuera necesario. Para estar de vuelta a las siete, tendría yo que ponerme en camino a las cuatro, debido a que la carretera era sinuosa y ofrecía gran número de sorpresas, tales como baches y jorobas, márgenes desgastados, súbitas estrecheces, carneros extraviados, y nieblas en los collados.

Recuerdo el viaje con tal vividez como si lo hubiera efectuado ayer. Recuerdo la monótona y fina lluvia, las oscuras colinas y el agua todavía más oscura, el ir y venir del limpiaparabrisas sobre el cristal empañado, el sonido de los cauchos al pasar por los charcos, los jirones de niebla sobre las colinas, y las amarillentas luces de las pocas casas ante las que pasé. Recuerdo que canté para ahuyentar la melancolía, y que me esforcé en combinar rítmicamente los nombres de los lugares por los que pasé: Aglmachan, Ardhasig, Borvemore, Obbe. Recuerdo la sensación de alivio y de triunfo menor que experimenté al ver la vieja iglesia de San Clemente, en Rod el, anuncio de que iba a llegar a la casa en que Kathleen vivía, con muy pocos minutos de retraso.

Me dijo que había llegado antes de lo previsto. Había estado ocupada hasta última hora con un caso difícil. Todavía iba con las ropas de trabajo. Me ofreció una copa, y me dijo que tenía que tomar un baño y vestirse. No fue una recepción demasiado calurosa, y cometí la insensatez de picarme un poco. Entonces me di cuenta de que la doctora Kathleen McNeil había llorado. Sirvió las bebidas con mano tan temblorosa que el cuello de la botella chocó reiteradas veces con el borde del vaso, y el líquido se derramó en la bandeja de plata. Le pregunté cuál era su problema.

Se envaró e intentó contentarme con un breve resumen profesional:

-Hoy se me ha muerto un niño. Nacimiento prematuro. El cordón umbilical enroscado en el cuello. No he podido reanimarlo.

-Lo lamento.

-Son cosas que ocurren. Pero era el primer nacimiento de este matrimonio, y, para colmo, yo no soy el médico del pueblo.

-No tiene usted la culpa.

-No, pero quizás ellos digan lo contrario. Y será difícil que se olviden.

-Se olvidarán cuando tengan otro.

-Es posible. Sin embargo, aquí un hijo significa mucho. Es como una esperanza contra la soledad de las colinas y el mar. Cogí el vaso y lo dejé en la mesa. Le puse las manos en los hombros y se los oprimí levemente, mientras se calmaba. Le dije: -Las colinas seguirán aquí, y aquí seguirá habiendo niños, cuando usted lleve ya mucho tiempo fuera de este mundo. Si

quiere llorar, llore ahora y termine de una vez. Luego suba arriba y arréglese como debe arreglarse toda muchacha que sale a cenar.

-No quiero que me compadezcan.

-Bueno. Pero el viaje hasta la casa de Alas ir Morrison es largo, y quiero tener compañía alegre. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

Me dirigió una dubitativa sonrisa y se fue. Me senté ante el fuego, tomé un sorbo, y pensé en la tristeza de la vida en las Islas Felices. Allí todo era inmediato, desnudo y fuerte. Allí no había multitudes que suavizaran el impacto de los aconteceres, no había distracciones que consolaran el espíritu dolorido o atemorizado. El nacimiento, la enfermedad y la muerte ocurrían en un mismo lecho. La comida pasaba directamente del huerto a la mesa. Una misma tormenta azotaba al hombre y a la bestia, y un mismo sol débil los calentaba. El enlutado y el festivo recorrían la misma abrupta senda hacia el lugar de reunión, entre las montañas y el mar.

Sin embargo, se advertía allí la presencia de cierta alegría. Allí, el primitivo misterio de la hermandad y la interdependencia se representaba a diario. Nadie pasaba hambre sin que una mano le alimentara. Nadie era demasiado viejo para que se le olvidara. No había ni un solo niño sin una familia que le mimara. Ni un hombre moría sin que se derramara una lágrima por él. Entre todos, cortaban y apilaban con amor la leña para que en invierno se calentaran los viejos y los enfermos. La lancha de salvamento de náufragos estaba a disposición de todos los hombres de mar, y no había hogar que no pudiera ofrecer al caminante un strupach, o sea, comida, un trago y una buena despedida.

En el mundo del que yo había huido se predicaba el evangelio de la violencia, como si de una cirugía para curar a la sociedad enferma se tratara. Los adolescentes se mataban a sí mismos con la heroína. Los amantes jóvenes se contagiaban la gonorrea. Los diplomáticos concertaban tratados de ventas de armas. Los revolucionarios utilizaban a los inocentes como rehenes. La policía con armas luchaba contra los estudiantes. Los estudiantes incendiaban bibliotecas, igual que los tiranos de la Inquisición. Los negros luchaban con los blancos. Las computadoras calculaban matanzas. Y ciudades como inmensos hormigueros devoraban los dulces campos. A pesar de la soledad de aquellas tierras, a pesar de las amenazas de los elementos, me alegraba estar allí. Y pensaba que quizá me gustara quedarme. Cuando Kathleen MacNeil bajó las escaleras, estaba yo seguro de esto último.

Incluso ahora, después de haber envejecido un siglo, con mis locuras por todo recuerdo, no me avergüenza confesarlo: estuve enamorado de ella a partir de aquel momento. La necesitaba en todos los aspectos en que un hombre puede necesitar a una mujer, apasionada y urgentemente, con el cuerpo y el espíritu. Sí, ríanse si quieren. Fue algo tan loco que de nada les culparé si se ríen. Llámenle como quieran -coup de foudre o locura de verano-, pero lo cierto es que ocurrió. Fue un hecho, y, ahora, no puedo explicarlo, del mismo modo que tampoco entonces pude explicarlo. ¿Pasado de moda? ¿Impropio de mí? ¿Juvenil? ¿Apayasado? Todo a un tiempo. Pero me parece verla ahora con el cabello peinado hacia arriba, iluminadas las mejillas, con encajes en el cuello y las muñecas. Y me veo a mí mismo mirándola, sabedor, con absoluta convicción, de que aquélla era la mujer de mi vida, que aquélla era la mujer por la que yo era capaz de derribar montañas, y de luchar contra toda clase de adversarios.

Sin embargo, primeramente tenía que conquistarla, y yo sabía que no sería fácil. No se trataba de una virgen insensata, ni tampoco de una matrona ligera de cascos. Sabía muy bien en qué consistía el juego, y lo jugaba con habilidad y encanto. Cualquier pretendiente torpe o incompetente la indignaría. Y, llegado el momento de la declaración, estaría plenamente preparada para aceptar o rechazar con seguridad. Sin embargo, a mí competía la tarea de juzgar cuál era el momento oportuno, y yo, que he conocido a más de una mujer en mi vida, comencé a dudar de mi habilidad. Tuve una visión de mí mismo bajo las apariencias de

cómico pescador, enredando el hilo en la maleza, mientras todos los peces me sacaban la lengua.

Kathleen McNeil me preguntó: -¿Está pensando en algo gracioso?

-Efectivamente. La saqué de un automóvil despeñado, en Glengarry. Nos hemos mantenido alejados el uno del otro durante nuestra estancia en esta isla, y ahora vamos a cenar juntos.

-¿Es que no le gusta la idea de cenar conmigo?

-Al contrario. Intentaba averiguar qué me dirá usted cuando yo le pida que vuelva a cenar conmigo.

-¿Por qué no espera a verlo?

-Madame, ¿acepta usted, en un día soleado, cuando todos sus pacientes estén convalecientes, dar conmigo un paseo en automóvil por las Islas de la Felicidad?

-Muchas gracias, señor. Será un placer.

-Gracias a usted soy un hombre feliz; mil gracias, señora. Y, ahora, salgamos de aquí a toda velocidad, o de lo contrario llegaremos tarde.

Llovió, y la luz de la tarde fue lúgubre mientras recorrimos la estrecha carretera de la costa oriental, por entre montañas y acantilados en el mar. Cualquier patinazo, cualquier curva mal tomada hubiera bastado para que nos precipitáramos al agua negra, ochenta metros más abajo. Era una solitaria carretera, dominada por los recuerdos de las luchas entre los clanes y de las tristes fechorías de los piratas. Tanto Kathleen como yo teníamos conciencia del peligro que nos acechaba, y Kathleen se acercó tanto a mí que respiré su perfume, y en cada curva sentía el calor de su cuerpo que se acercaba al mío. Pasamos un momento de peligro, cuando una oveja extraviada se cruzó en nuestro camino. Frené con excesiva brusquedad y el automóvil patinó acercándose peligrosamente al abismo. Por un instante, pensé que estábamos perdidos, pero una gran piedra, con la que un neumático tropezó, nos devolvió a la carretera y a la seguridad. El corazón me latía apresuradamente, y quedé con las palmas de las manos húmedas.

Kathleen McNeil estaba rígida, mirando fijamente a través del chorreante parabrisas. Cuando habló, lo hizo como si meditara en voz alta.

Siempre causa la misma impresión.

-¿Qué?

-El instante de luz que precede, en un segundo, a las tinieblas. -¡Por el amor de Dios! ¡No es un pensamiento demasiado optimista!

-En cierto modo, lo es. No hay miedo, no hay lamentación. Sólo hay pasmada expectación.

-Bueno, si quiere que le diga la verdad, Kathleen McNeil, me he llevado un susto tremendo. ¡Y no olvide que aún he de conducir durante quince kilómetros más!

Entonces, se echó a reír, y puso su mano helada sobre mi mejilla.

-En este caso, ¿por qué no para el automóvil, tan pronto pueda, y descansa hasta que el pulso haya recuperado su ritmo normal?

-Porque también podría ocurrir que el ritmo de mi pulso se acelerara, y que no pudiéramos seguir nuestro camino.

-¿Es esto un aviso?

-Si lo prefiere, llámele confesión. En voz baja, Kathleen dijo:

-Por favor, todavía no. Aún falta mucho, mucho, para que llegue el momento oportuno.

-Se lo he dicho para que se entere.

-Sí, ya lo sé, pero no estoy dispuesta a volver a dedicarme a esta clase de juegos de niños.

-Tampoco yo. En consecuencia, seamos amigos, Kathleen, y veamos a dónde nos conduce esta amistad.

Librodot

Cuando llegamos a la casa de Alastair Morrison, los restantes invitados ya estaban allí. Estaban los Macphail; el marido, pastor protestante recién nombrado, y la mujer, tímida, de grandes ojos, excesivamente preocupada por ser amable, y víctima de múltiples inhibiciones. Otro invitado era Andrew Ferguson, del servicio de guardacostas, hombre de cuerpo de barril, gran barba gris, cejas hirsutas, y con inconfundible aspecto de marino. Con Andrew Ferguson había ido Barbara Stewart, la maestra de escuela de Dumfries, pelirroja graciosa, de lengua viva, y con un escandaloso sentido del humor.

Alastair Morrison nos presentó, indicándonos con la mano, mediante las siguientes palabras:

-Un bardo y una matasanos, solteros ambos, sin compromiso, de mentalidad liberal. La matasanos es escocesa, y el otro es un sassenach, pero buen chico, a pesar de todo.

Acto seguido, Alastair Morrison nos dio un whisky, nos cogió por los hombros y nos dio sendas sacudidas. Durante los primeros minutos quedé pegado al pastor Macphail. Era un hombre alto, rubicundo y tranquilo, pero tan joven que me atreví a preguntarle qué razón le había inducido a pertenecer a la secta de los Free Wees, aquel último ramalazo de protestantismo escocés.

Los fieles formaban un minúsculo grupo de cristianos. Su teología era primaria, su liturgia austera y su moral rígida. No tenían himnos, sino que cantaban salmos. En sus reuniones ni siquiera el órgano se permitía. Los domingos no se podía guisar, ni consumir alcohol. Tampoco estaba bien visto ir de visita a casa de los demás. No faltaba quien considerase poco menos que una infracción del descanso dominical el mismo hecho del coito, fuera entre seres humanos, fuera entre animales domésticos. Sin embargo, aquella secta estaba firmemente arraigada en las islas. Macphail me explicó su doctrina con evangélico fervor:

-Somos creyentes, querido amigo, y no gente que duda. Nos interesa vivir de acuerdo con el Evangelio, y no discutirlo. Nos limitanos a ser hermanos en Nuestro Señor, libremente y con el derecho a reunirnos también libremente. Observamos el descanso dominical porque así lo mandan las Sagradas Escrituras. Vivimos con austeridad y sencillez. Y necesitamos una fe sencilla, para vivir de esta manera.

-¡Bum, bum, bum! -interrumpió burlona Barbara Stewart-. Esto es sólo la mitad de la historia, Jamie Macphail, y lo sabes muy bien. En el fondo, no sois más que unos puritanos. Y bastante tiránicos cuando se os presenta la oportunidad.

-No, Barbara, estos reproches no son justos. Quizá seamos estrictos, pero no se nos puede acusar de tiranía.

-¿Que no? Si un domingo me da por conducir mi automóvil, me echáis de la carretera a malas miradas. Y si quiero beber, cosa que por lo general quiero hacer, me consideráis como una pecadora babilónica. Y en cuanto a mandatos de las Sagradas Escrituras, te diré que solamente escogéis los que os interesan. Si quisiera imitar al rey David, y bailar desnuda ante el Arca, ¿me dejaríais hacerlo?

Andrew Ferguson soltó una gran carcajada, y terció en la conversación:

-Si de esta manera consiguieras perder un poco de peso, estoy seguro de que te lo dejarían hacer. De todos modos, nuestro clima es demasiado frío para estas exhibiciones.

-¡Andy, no creo que tú seas el más indicado para hablar de exceso de peso! Mírate al espejo. Vives sumergido en whisky y ron, y te pasas ocho horas diarias de guardia, sentado como un rey.

-¡Soy el ángel tutelar de los marinos, Babs! Me paso el día y la noche escrutando el mar para arrancar de sus fauces a los navegantes en peligro. Guardo un recorte de Prensa, para demostrarlo siempre que sea necesario. Y conste que también lo escribió una mujer.

-¿Y cuánto le pagaste para que escribiera estas líneas de prosa ejemplar?

-Le pagué con atenciones y buenos modales, cosa que tú nunca sabrás lo que es, muchacha.

El pastor Macphail esbozó una sonrisa, y se dirigió a mí.

-Ahora habrá usted podido comprobar por qué en esta parte del mundo la religión es tan importante, incluso en el caso de que sea tiránica. Sin religión, nos devoraríamos los unos a los otros en menos de una semana. Uno de mis profesores solía decir que las tierras de celtas eran el manicomio particular de Dios, y que, por esto, Dios tenía que distinguirlos con un amor especial. Barbara Stewart no estaba dispuesta a dejarse ganar la partida. Gritó:

-¡El amor y los celtas! ¡Bonito tema para nuestro invitado escritor! Primera escena. Un muchacho bebe en la taberna hasta quedarse impotente, un sábado por la noche, mientras su novia está en casa ocupada en preparar las tortas del domingo. Segunda escena. A las once de la noche, el muchacho llama a la puerta de la chica, borracho como un pez, y con una botella de whisky en el bolsillo. Los dos van en el automóvil del chico, a un baile que se celebra en un granero. Tercera escena. Son las seis de la mañana. Los dos están en sus respectivas camas, roncando, durmiendo la borrachera, para poder ir a la iglesia a las once de la mañana. Cuarta escena. La chica queda embarazada en la parte trasera del automóvil. Se casan y viven felices en una casita de piedra, situada en un desierto. Amén.

Barbara Stewart era una actriz cómica por naturaleza, y contó esta historia de un modo tan gracioso que incluso la esposa del pastor se rió a grandes carcajadas. Alastair Morrison la abrazó, y le juró que era la mujer a quien más quería en el mundo.

-Y, además, esta mujer es la más dulce cantora de canciones celtas que hay a este lado de Inverness. Sí, señor, y esto es un don inapreciable. Por lo tanto procuren tratarla bien, si quieren oírla cantar después de la cena. Y, ahora, por favor, vayamos un nuestro y todos al comedor, o de lo contrario Hannah me reñirá. Me habían dicho que aquella noche celebraríamos una ceilidh, palabra que había oído repetir a menudo, pero de cuyo significado auténtico no me enteré hasta aquel día. Si consultan ustedes diccionario celta -libro que no se encuentra fácilmente en complicado mundo-, sabrán que dicha palabra significa visita o estancia, alternativamente. La estancia es lo más colorido e importante. Viajero en un país desolado en el que difícilmente se encuentra cobijo, uno llega a la casa. Se le recibe con gran cortesía, debido a que en las tierras poco pobladas todo ser humano tiene un alto valor. En los viejos tiempos, el obispo Knox tuvo que promulgar una ley contra los sorners, es decir, contra los inquietos individuos que iban de casa en casa, abusando de la hospitalidad de las pobres gentes. Tan pronto uno entra, se encuentra en la comodidad de la luz, el calor del hogar, las fragancias de la cocina, así como con el respeto que todos muestran hacia quien suponen que uno es. Esto es el agasajo que la casa ofrece a uno. Pero el recién llegado también debe ofrecer un obsequio, por insignificante que sea. Si uno sabe noticias, debe decirlas. Y si uno sabe tocar música o contar relatos o tiene cualquier otro conocimiento especial, debe hacer generoso uso de él. Si uno tan sólo tiene opiniones, está obligado a terciar con ellas en las discusiones, ya que quien efectúa una estancia y guarda silencio es como una rama seca en el árbol de la Humanidad. Si no es uno el que llega a una casa, sino que se trata de una pareja de enamorados, el ceilidh resulta un tanto molesto, por cuanto la pareja no encontrará un lugar en el que arrullarse, y si la pareja se acuesta, ello será objeto de comentarios, e incluso de sabios consejos, y quizá no falte quien recomiende hierbas y encantamientos, si un miembro de la pareja, o los dos, los necesitan. Si uno se siente triste, debe dejar la tristeza en la puerta de entrada. Si uno está embriagado, debe procurar mostrarse feliz, y evitar las broncas. Además, al que se embriaga se le debe acompañar hasta un lugar seguro, no sea que muera de frío en un camino solitario. Se puede murmurar, pero entonces se corre el peligro de ser objeto de murmuraciones en otra casa. Si hay un gaitero o un violinista, se puede bailar, e incluso está uno obligado a bailar, ya que el baile es un don que alegra la vista y endulza la sangre.

El ceilidh de Alastair Morrison fue exactamente así. Sus invitados constituían, a primera vista, un extraño grupo. Apenas habíamos terminado la sopa, ya estábamos todos discutiendo felizmente acerca de una multitud de temas diferentes, tales como la moral y la medicina, la presencia rusa en el Atlántico, la base de cohetes dirigidos en Barra, la ortografía celta, las insensateces de la Comisión de Turismo, los problemas del Ulster, y la última historia

referente a la diáspora de los isleños, según la cual en Harris había un hombre que estaba reclutando mercenarios para la guerra de Cambodia.

Con exuberante buen humor, Alastair Morrison actuaba de director de escena. Además, él era el primer actor, e interpretaba su papel con elegancia y entusiasmo. Se mostraba generoso de sus vinos y de su persona. Era increíblemente galante con las mujeres, y trataba a los hombres con irónico respeto. Su comportamiento producía el efecto de que todos sus invitados se lucieran. Hacía mucho tiempo que no había sido testigo de unas discusiones tan agudas y de tanto sentido común, mucho tiempo que no había escuchado relatos tan brillantemente contados. Los irlandeses pueden hablar con elocuencia; sin decir nada. En cambio, los ingleses son capaces de liquidar en cuatro palabras temas como el del fin del mundo. En la mesa de Morrison, todos estaban obligados a expresar su opinión, para demostrar que pensaban.

A pesar de tan animada conversación, no podía yo apartar la vista de Kathleen McNeil. Estaba totalmente colado por ella, y, a pesar de esto, comprendía, con ciertos celos, que casi nada sabía de ella. Era escocesa; era médico; era una temeraria conductora; era capaz de llorar la muerte de un niño; tenía extrañas reacciones cuando se encontraba al borde de la muerte. Y esto era todo. ¿Había estado casada? Me parecía que no, pero se trataba solamente de un parecer. ¿Había tenido un amante o tenía ahora un amante? Nada me había dicho al respecto. ¿Ante qué realidades reaccionaba su corazón o su cuerpo? Lo ignoraba. En consecuencia, la observaba, escuchaba ávidamente sus palabras, analizaba sus gestos, la acribillaba a preguntas, y procuraba exhibirme como un pavo real para llamar su atención. Todas sus reacciones me entusiasmaban. Hablaba con inteligencia y escuchaba con atención. Reía fácilmente, y sus juicios demostraban tolerancia y comprensión. También había en su manera de ser indicios de facetas secretas, tales como una reacción de sorpresa cortésmente velada, de tristeza reprimida al instante, de impaciencia disimulada con la sonrisa. En mi imaginación, veía el instante en que Kathleen McNeil abandonara la defensa y me dijera: «Estoy cansada; ante ti no voy a fingir más; yo soy así; compréndeme y sé tierno.

Nos acercamos a este instante después de la cena, cuando Alastair Morrison extrajo de su caja un hermoso violín, pulido por los años, y con él acompañó en su unto a Barbara Stewart. No cabía duda de que Barbara tenía lengua cáustica, pero tampoco cabía negar que cantaba con voz Ota y pura, sin el menor esfuerzo, con un estilo que recordaba el vuelo de un pájaro. Cantó unas canciones que yo no había escuchado desde la infancia, como Kishmul's Gallery, Lovelilt of Eriskay, y aquella otra, de Mingulay, todavía más dulce, The, Lament of Flora Macdonald, así como los cantos veraniegos de las vaqueras. Estas canciones elevaron nuestro espíritu, transportándonos a un soñado ayer, y reaccionamos todos como niños atentos a un cuento de hadas, conmovidos por viejas penas, con la alegría de los goces de unas vidas ya extinguidas. Durante aquellos instantes no nos avergonzamos de nuestras emociones, sino que nos las confesamos recíprocamente mediante sonrisas y movimientos afirmativos de la cabeza y rítmico batir de palmas. La música era como un precioso y sutil hilo que nos unía, y todos formábamos una minúscula tribu encerrada en una casa solitaria, con la lluvia fuera, y el mar aislándonos de los comercios de un mundo brutal. Entonces cantamos todos juntos, iniciando cada cual las diversas canciones, hasta que quedamos con el rostro encarnado, sin aliento, y llegó el momento de tomar la última copa, antes de partir.

Cuando se hubo ido el último invitado, quedamos los tres sentados ante el fuego, descansando de las emociones del celidh. Kathleen McNeil expresó mis pensamientos:

-Hemos olvidado el arte de divertirnos tal como hoy nos hemos divertido, a pesar de lo sencillo que es. Lo hemos olvidado, y no sé por qué razones.

-Quizá -dijo Alastair Morrison- debido a que estamos obligados a recordar demasiadas cosas desagradables, tales como los impuestos, gastos e ingresos, las guerras y las revoluciones, y las multitudes de vendedores que no nos dejan en paz ni un segundo. Llevamos el mundo igual que los presidiarios llevaban una bola de hierro unida por una cadena al tobillo. Nos cuesta olvidarnos del mundo, y así poder levantar la cabeza y el ánimo.

Librodot

-Pero no podemos seguir así. La mitad de los pacientes que acuden a mi consultorio están enfermos porque se sienten asqueados del mundo, y no tienen fuerzas para cumplir con todas sus exigencias.

-¿Y qué les prescribes, Kathleen oge?

Utilicé el cariñoso tratamiento de oge inconscientemente, pero Morrison se dio cuenta y me dirigió una rápida e intrigada mirada. Kathleen McNeil no dio muestras de haber reparado en ello. Contestó encogiendo los hombros y dibujando una media sonrisa.

-Un poco de amor para aliviar la carga. Desde luego, esto es algo que no se puede adquirir en la farmacia, y además no hay el amor suficiente para compensar los pesares. En consecuencia, lo sustituimos con sedantes y tranquilizantes.

-Sin embargo, esta noche ha habido amor aquí. Todos hemos dado algo de nosotros mismos.

-Bueno, aquí es diferente -terció Alastair Morrison-, ya que en las islas estamos obligados a colaborar los unos con los otros. Contrariamente, en las ciudades hay que competir. La misma naturaleza de la vida es distinta, y las de los individuos también. Sin embargo, el vivir ciudadano ha pasado ya a la historia para mí. Estoy aquí, me siento feliz, y voy a acostarme. Buenas noches a los dos, que durmáis bien.

Pero nosotros aún no queríamos acostarnos. En consecuencia, permanecimos sentados a la mortecina luz del hogar, y charlamos.

Kathleen McNeil se sentía intrigada por la vida de nuestro anfitrión.

-¿Realmente puede aislarse tal como dice? ¿Puede, de veras, cerrar la puerta al ayer, y olvidarse de él?

-¿Olvidar el pasado? No. Me parece que se ha limitado a reconciliarse con él.

-Pero ¿cómo es posible que haya llegado a esta reconciliación por sí mismo, sin un mediador?

-Sí, es una buena pregunta, joven Kathleen. ¿Quién media entre el hombre que yo quisiera ser y el hombre que creo ser?

-¿Puedes despejar tú esta incógnita?

-No. Tú eres quien tiene la profesión de curar, joven Kathleen. ¿Puedes contestar la pregunta?

-Qué más quisiera, *mo gradh*...

Empleó estas palabras celtas tan inesperadamente, y mi oído estaba tan poco preparado, que poco faltó para que no me enterase. *Mo gradh*... querido, mi amor, y también mi amante, si el corazón está dispuesto. El corazón me dio un vuelco, pero no quise correr el riesgo de basarme en el pasajero tratamiento cariñoso. Por esto dejé que siguiera hablando, ya que la menor revelación a ella concerniente tenía para mí un valor inapreciable.

-Tiempo hubo en que yo despreciaba todas las religiones, por considerarlas una tiranía sobre los ignorantes. Hubiera rechazado, sin siquiera escucharle, a un hombre dotado de las serenas certidumbres del pastor Macphail. Pero la gente necesita certidumbres. Incluso la certidumbre de tener que morir es una ayuda para muchos. La enfermedad de la mente es la enfermedad de la incertidumbre y del no saber.

-¿Y la cura?

-Pues creo que consiste en que alguien le ame a uno lo suficiente, en dejarse amar un poco. Bueno, creo que no me expreso con la debida claridad. Pero fíjate...

Hizo una pausa. De repente, había comenzado a hablar con entusiasmo de colegiala.

-Fíjate... Tomemos, por ejemplo, dos pacientes de la misma constitución y con la misma enfermedad. Uno de ellos muere y el otro se salva. ¿Por qué? En uno de ellos, la necesidad de vivir, el amor a la vida, es fuerte; en el otro es débil. Parece que la vida sea un don para los que aman. Y si te ríes de lo que acabo de decir, te atizo.

-No me río. También yo he estado en el valle de las tinieblas. Pero conseguí salir de él y llegar hasta aquí, con la ayuda de algún que otro empujoncito de Alastair Morrison.

-Pues ya somos dos.

Librodot

-¿Cuál fue tu problema?

-Me enamoré y me desenamoré, y entre una cosa y otra quedé desorientada, sin rumbo.

-¿Te gustaría contarme esta historia?

-Hoy no.

-Tenemos tiempo por delante.

-Sí, y me gusta saberlo.

Nos dimos un beso, como dos nuevos amigos, aunque todavía cautelosos ante los riesgos de la amistad.

-Buenas noches, Kathleen McNeil; que tengas hermosos sueños.

-Buenas noches, *mo gradh*. Y me gustaría que te acostaras recordando una frase.

-Dímela.

Me la dijo. Era un viejo proverbio celta, cuyas palabras sonaban como música que era colofón de un día feliz: Is maith am buachaill an oidche, o sea, la noche es como un buen pastor que conduce a cobijo tanto al hombre como al animal.

Sin embargo, pasé la noche inquieto. Dormí en estado de nerviosismo, atormentado por pesadillas eróticas, y me desperté diez o doce veces acuciado por el deseo de poseer a la mujer que dormía a pocos pasos, y que, sin embargo, estaba tan lejos como las galaxias. Llevaba demasiado tiempo durmiendo solo. El hecho de que me hubiera mostrado renuente a contraer un nuevo compromiso era síntoma inequívoco de mi anormal estado. Nada podía dar, como no fuera mi semilla. No podía dar cariño ni atenciones, ni una parte de mí mismo para compartir la vida, ni siquiera curiosidad por una mujer casualmente conocida. Pero en un solo día todo cambió. Me había convertido en un ser que amaba, ansioso de poseer y de ser poseído. Me sentía envarado de deseo, necesitando ardientemente la dulce muerte menuda. Si no me hubiera encontrado en casa de Alastair Morrison, hubiera arrojado toda cautela por la ventana y hubiera ido en busca de Kathleen McNeil, en su propia cama. ¿Me habría aceptado? Durante un instante de locura, pensé que sí. Pero la sensatez volvió a mi mente, encendí la luz, y leí hasta el alba. Cuando oí los pasos de las criadas, salté de la cama, me afeité y bajé a la cocina en busca de una taza de café.

La vieja Hannah me lo preparó, y, después, se quedó en jarras, mirándome burlona, mientras yo tomaba el café.

-¿De modo que durante toda la noche ha tenido agujas entre las sábanas, y un pajarito cantando canciones de amor en la almohada?

-¿Tanto se nota?

-¿Que si se nota? ¡Que el Señor nos proteja de las tormentas! Anoche estuvo usted todo el rato con mirada de cordero, y ahora va y me pregunta si se le nota... Es la morena, ¿verdad?

-Sí, la morena.

-¡Ach!

-Qué quiere decir con este ach?

-Pues quiero decir que a mí me pagan para regentar esta casa, y que no es asunto mío el meterme con lo que los invitados hacen por la noche, siempre y cuando no lo hagan en la propia casa y escandalicen a las muchachas.

-¿Le gusta la doctora McNeil?

-¿Más café?

-Sí, por favor. Pero no ha contestado mi pregunta.

-Creo que es una buena mujer, con los rastros de un hombre que no le conviene. Y creo que puede usted conquistarla, siempre y cuando lo intente con el debido empeño.

-¡Hannah, es usted una maravilla!

-Sí, sí, todos sentimos simpatía hacia el predicador que nos ofrece la gloria en la mano, y que nada dice del otro lugar.

-Hannah, voy a hacerle una promesa: usted bailará en mi boda.

Librodot

-Y yo voy a hacerle otra promesa. No compraré los zapatos hasta que escuche las amonestaciones. Y ahora vaya a lo suyo. Dé un paseo por ahí, a ver si recobra el color normal del rostro, antes del desayuno. Tiene cara de cadáver de ahogado en el mar.

Salí riéndome de Hannah, y, silbando, paseé en aquella gloriosa mañana. Ya no llovía, el sol iluminaba las aguas, y el brezo de las colinas era dorado y purpúreo. Todos los augurios me eran favorables. La regañina de aquella vieja mujer no era más que una comedia de cocina que no debía yo tomar en serio. Además, tenía que estructurar mi estrategia. La doctora tenía que visitar a sus pacientes en el hospital. Le ofrecería llevarla a Stornoway, lo cual me permitiría, de paso, ver un poco el paisaje. Después, almorzaríamos en el hotel de Tarbert. Por la tarde, la doctora visitaría a domicilio a sus pacientes, y yo pescaría en compañía de Fergus. Y por la noche... Interesante aspecto de la cuestión... Si no éramos amantes, o si no comenzábamos a serlo, poco podíamos hacer por la noche, como no fuera tomar una copa en un bar, o estar en casa leyendo un libro, o embrutecerse con la televisión escocesa. Resultó que, por lo visto, yo era un general demasiado ansioso. La estrategia era demasiado impulsiva, y, por otra parte, no había batalla que librar. La enfermera del distrito dijo que la noche había sido tranquila, sin casos urgentes. La doctora dijo que aceptaba gustosa que la acompañara. Aceptó gustosa almorzar conmigo. Tras esto, sólo me quedaba rezar para que a la doctora no se le hubieran ocurrido mejores planes que los míos.

A las nueve y cuarto ya estábamos en la carretera, camino del hospital de Stornoway. A las diez y media, la doctora McNeil había visitado a todos sus pacientes del hospital, y nos dirigíamos, a través de las tierras pantanosas, hacia la costa occidental, en donde las olas atlánticas rompían en las blancas playas, respaldadas por las dunas cubiertas de dulce hierba verde. Se dice que en los días claros, cuando el mar está en calma -si uno tiene fe, lo cual es muy raro en nuestro tiempo-, y si uno mira hacia occidente al ponerse el sol, ve la legendaria Hy Brasil, la bendita isla sin tormentas, en la que todos los hombres son buenos y todas las mujeres son puras, y en donde Dios se retira para descansar de los cuidados que le imponen el resto de los mortales. Para ser veraz, debo decir que no vimos dicha isla debido a que la química del sexo comenzaba a actuar en nosotros, lenta pero fuertemente, a través del contacto de las manos, de la cercanía de los cuerpos, y el goce en común de pequeñas maravillas, tales como una roca esculpida sobresaliendo de un mar de cristal, un pescador de ostras buscando crustáceos en la arena, un pájaro que alzaba súbitamente el vuelo en un prado...

De entre todos los días de nuestro amor, creo que éste fue el más sencillo y gozoso. No éramos niños. Ninguno de los dos era inocente. Tanto ella como yo habíamos probado la manzana de la ciencia, y la habíamos encontrado amarga. Llegaría el momento, y los dos teníamos conciencia de ello, en que cada uno de nosotros tendría que explorar al otro, tendría que explorar los gustos del cuerpo, las complicaciones del espíritu secreto. La primera confesión de deseo de amor abriría la caja de Pandora de los temores, las culpabilidades y las amargas antipatías. Por otra parte, también podría abrir las puertas de un perdido Edén, rebosante de hermosos frutos y densamente habitado de aves canoras. En consecuencia, por tácito acuerdo, diferíamos el momento de los riesgos, y nos entregábamos a los plácidos placeres de la mañana.

Paseamos por una playa desierta. Visitamos las «casas negras», antiguos habitáculos que los isleños construían con piedras sin labrar, madera y hierba. Subimos a una colina para ver los restos de una atalaya que los hombres pintados construyeron para de las incursiones de los colonizadores romanos.

Tomamos

el té en la casa de campo de unos tejedores, y contemplamos cómo manufacturaban tweed. Apoyados en un parapeto observamos cómo un pastor adiestraba a un perro en la tarea de reunir el ganado. Después, mientras nos alejábamos de Carloway por la carretera que conduce a Breasclete y Callanish, tuvimos ocasión de contemplar el desarrollo de una actividad rara en aquellos solitarios lugares.

En una larga ladera, un tractorista trazaba con su máquina anchas y profundas franjas, arrancando la tierra de turba, con la que formaba montones a uno y otro extremo de la ladera. Un camión volquete arrojaba arena en la zona excavada, arena que tres corpulentos trabajadores iban esparciendo con palas. Dos franjas habían sido ya cubiertas de arena y tapizadas con algas secas, que olían a sal y a yodo. Cuando nos acercamos, vi que el conductor del tractor era Ruarri. Iba con el torso desnudo, el brazo todavía enyesado, y conducía la pesada máquina con una mano. Cuando vio que le saludaba con la mano, aceleró el motor, y se acercó peligrosamente al borde de la ladera, empujando un gran montón de tierra. Entonces, paró el motor, saltó, y nos gritos:

-¡Dios mío, pero si es el *seannachie*! ¡Y la chica que es médico! ¡No, no salgáis del automóvil u os hundiréis en barro hasta la rodilla! ¡Estaba seguro de que volvería a verte, *seannachie*! ¡Pero, francamente, no esperaba el regalo de la doctora!

Rebosaba satisfacción y orgullo por el hecho de que viéramos los trabajos a que se dedicaba. Nos estrechó la mano, me puso un brazo sobre los hombros, y nos explicó con gran entusiasmo el trabajo a que se dedicaba y las razones por las que lo hacía.

-Ahí, precisamente ahí, es donde hay que invertir el dinero y las horas de trabajo. La turba comenzó a formarse hace ocho mil años, por lo menos, cuando el clima cambió y dejó de ser cálido y seco para convertirse en frío y húmedo, y entonces los musgos se comieron los bosques de abedules que cubrían estos lugares. Como podéis ver, la turba forma una alfombra muy gruesa, y el agua corre por debajo de esta alfombra. Aquí falta oxígeno, y, por esto, los microbios que producen la descomposición no pueden trabajar. Por otra parte, el agua se lleva el limo, y la tierra queda áspera e inútil. Pero ahora nosotros nos encargamos de invertir el sentido de la historia. Quitamos la capa de turba y dejamos que el aire entre en contacto con la tierra. Además ponemos arena y algas, y echamos abono. De esta manera, dentro de un par de años tendremos buena tierra de pasto... Y un subsuelo que se renovará todos los años. ¿Veis la importancia del asunto? Bueno, me temo que os estoy mareando con tanta explicación. Si me lleváis hasta la próxima curva, os enseñaré mi casa.

Nos llevamos otra sorpresa. Ruarri vivía en una de las viejas casas negras, larga y baja, ruinosa, capaz solamente de albergar enanos. Había reconstruido los muros, dándoles una altura de un metro más. Había comprado roble para las vigas, y lo había llevado a la isla en su propia embarcación. Luego había construido una sólida techumbre a prueba de galernas. También había levantado un muro de piedra alrededor de la casa, y, utilizando arena y abono en abundancia, había conseguido un huerto fértil.

Con más arte del que le hubiera creído capaz, había decorado el interior de la casa al viejo estilo vikingo. En un extremo de la edificación estaba su dormitorio, y al otro se encontraba la cocina, una cocina lo bastante grande para dar de comer a un escuadrón de caballería, y lo suficientemente moderna para entusiasmar a un ama de casa. Entre cocina y dormitorio, había una amplia estancia, comedor y sala a la vez, con un hogar de piedra cuya chimenea estaba adornada con cobre batido. En el suelo había pieles de ciervo. Las sillas y los bancos habían sido tapizados con tweed de las islas. Había estanterías con libros, un soporte para rifles y escopetas, un bien provisto bar, y una mesa de comedor a la que podían sentarse más de doce comensales. En las paredes colgaban recuerdos de viajes, cabezas de jíbaro y una máscara a, un haz de espadas escocesas y un cinto, un trozo de piedra escandinava con una inscripción rúnica, clavada a la pared con clavos forjados, una guitarra española, varias oxidadas puntas de lanza, un trozo de madera labrada que en otros tiempos fue la barra del timón de un velero, una estantería con fragmentos de vidrio artísticamente trabajado y cuentas de turquesa, y una cajita dorada con el esqueleto de una minúscula serpiente.

Orgulloso como un colegial que acaba de ganar un premio, Ruarri decía:

-Todo es mío, y yo soy así. Se vive cómodamente aquí. El sistema de tuberías y agua funciona bien, y aunque no se vea hay una calefacción que calienta el suelo, tal como la tenían los romanos. Aquí durmieron más de doce invitados, un día en que estuvimos bebiendo hasta última hora de la noche, y nadie se quejó de frío.

Kathleen McNeil cogió la cajita dorada con el esqueleto de serpiente.

-¿De dónde sacó eso?

-Lo encontré en una vieja tienda en que vendían de todo, en las Oreadas. Creo que es de origen vikingo. Un danés me dijo que los esqueletos de serpiente se utilizaban para proteger la virilidad.

Dibujó su característica sonrisa de pillastre, y añadió: -Desde que regresé de la guerra no he tenido necesidad alguna de utilizarlo.

Era esta frase el viejo truco del tronera: da a una mujer una muestra de audacia, y observa cómo reacciona; si le gusta, ya puedes seguir adelante. Kathleen McNeil no sonrió. Miró a Ruarri con expresión de profesional interés, y le preguntó:

-¿Le preocupa la posibilidad de perder su virilidad, míster Matheson?

Ruarri -y hay que reconocer a cada cual sus méritos- supo salir airoso por la tangente:

-Ahora no. Pero, mientras estaba en África, era lo que más miedo me daba. Allí los nativos tratan muy mal a sus prisioneros. -¿Luchó en África?

-Era mercenario. Primeramente en el Congo, y luego, durante una temporada, en Nigeria. Desde luego, no se puede decir

que cumpliéramos al pie de la letra los acuerdos de Ginebra. -Jamás he alcanzado a comprender las razones por las que alguien llega a ser mercenario.

-El dinero, señora, el dinero. Siempre hay un mercado abierto para los que quieren pegar tiros. Cuando el riesgo es mucho, la ganancia también lo es. Pregúnteselo al *seannachie*. Desde hace un par de siglos, en Italia hay una colonia de mercenarios escoceses, y en Rusia se encuentra una rama de los Leslie desde los tiempos de la emperatriz Catalina. Espero que aceptarán una copa, antes de proseguir su camino...

Me alegró que Kathleen aceptara en nombre de los dos. Kathleen tenía sentido del humor suficiente para sostener su punto de vista sin insistir en la pretensión de obtener la victoria total. Además, al aceptar, dio a Ruarri el tiempo necesario para que se recuperara. Mientras Ruarri preparaba las bebidas, Kathleen anduvo de un lado para otro, admirando los diversos objetos, mirando los lomos de los libros...

Ruarri me guiñó el ojo, con expresión de conspirador, y dijo: -Chica lista, *seannachie*. ¿Crees que podrás con ella?

-Creo que sí.

-No vas a perder el tiempo con ésa, no... Y, pensándolo bien, también yo podría probar a ver qué tal se me da.

-Hermano lobo, cada cual a lo suyo.

-Era broma, hombre, olvida lo que he dicho. En voz alta, me dijo:

-¿De modo que te gustó la figura de ajedrez?

-Sí, y me gustaría conservarla.

-Magnífico. Creo que tú y yo podríamos pasarlo bien aquí. Por ejemplo, podríamos salir a pescar de noche. Y sé un paraje en donde hay ciervos rojos que podemos cazar sin que nadie se meta con nosotros. Cualquier día podemos salir tú y yo y alguno de mis muchachos, a ver si hay suerte y cazamos un macho. La semana próxima me voy a Noruega, en viaje de negocios, y al volver pescaré a la rastra. Si quieres, puedes venir.

-Muchas gracias. Me gustaría acompañarte. -Bueno, pues ya me pondré en contacto contigo.

Cuando Kathleen McNeil estuvo junto a nosotros, Ruarri añadió:

-Y, cuando regresemos de Noruega, celebraremos un ceilidh

aquí. Vendrán mis muchachos, y habrá chicas, y bailaremos. Será una noche muy larga, pero conocerás el auténtico sabor de las islas. Queda usted también invitada, doctora.

-Acepto, siempre y cuando no me traten de doctora, y sea pura y simplemente Kathleen McNeil.

-¡Alabado sea Dios! Al fin parece que es humana... Ruarri esbozó una sonrisa, y se llevó el vaso a los labios: -¡Buena suerte a los dos!

Maldije la sonrisa que vi en sus pupilas. Aquel hombre tenía la audacia y el estilo propios de un artista de circo. Sabía hacer todos los números, el paseo por la alta cuerda floja, la pirueta en el trapecio volante, y el mortal papel de hombre bala. Pero no le bastaba con los alardes de habilidad visible, sino que también tenía que asombrar con la invisible habilidad del prestidigitador, y dejar con la boca abierta a los palurdos gracias a los conejos blancos y las cintas, y el vino manando del codo. Y lo peor del asunto era que a uno no le quedaba más remedio que aplaudirle, mientras él se iba con el dinero de uno en el bolsillo. Kathleen McNeil no era, ni mucho menos, una ingenua campesina, pero antes de que hubiera vaciado el vaso Ruarri ya la tenía hipnotizada. Yo sabía quién era y qué era Ruarri, lo cual era mucho más de lo que él sabía. Había yo aceptado la misión de evitar que fuera a parar a la cárcel, si podía conseguirlo. Su charlatanería me molestaba. Pero, a pesar de todo, no me quedaba más remedio que reír, y reconocer su talento.

Entonces lo vi oscuramente, y ahora lo veo con toda claridad. Aquella mañana, en su casa, comenzó la batalla entre él y yo. Debo confesar que Ruarri me hizo sentir ciertos celos. Por dos veces se había comportado como un posible rival, con respecto a Kathleen McNeil, pero mi vanidad de varón me impedía aceptar a Ruarri en este papel. Además, había razones más profundas. Ruarri había nacido sin identidad, y se había creado una identidad por sí mismo. En cambio, yo había recibido en bandeja mi identidad, y, a pesar de ello, estaba en grave riesgo de perderla. Había trabajado tan duramente como él, había viajado tanto como él, y había ganado más dinero y fama que él. Pero el efecto de su presencia física, la magnitud y el empuje de su ambición, me obligaban a sentirme deficiente, vencido desde todos los puntos de vista, como un payaso al lado del ídolo de la pista.

Kathleen McNeil dijo:

-Me gusta. No sé hasta qué punto confiaría en él, pero me gusta. Creo aconsejable que seáis amigos. Los dos saldréis beneficiados. Respeta tu personalidad y lo que has hecho. Y seguramente desea que tú le respetes a él.

-Te advierto que le respeto, y mucho. Es un hombre de acción y un soñador, al mismo tiempo. Y esto es algo que despierta mi admiración.

Ya nos habíamos despedido de Ruarri, y descendíamos por la sinuosa carretera, camino de Callanish, para visitar el lugar de los monolitos. La copa y la conversación tuvieron efectos beneficiosos en Kathleen, a la que dejaron tranquilizada. Ruarri le había contagiado su entusiasmo, y ahora Kathleen se comportaba con más espontaneidad que en cualquier momento anterior. También yo estaba animado, ya que me sentía obligado a estar a la altura de Kathleen, y, por otra parte, no podía permitir que nuestro exuberante anfitrión me ganara en materia de galantería. Si Ruarri tenía objetos raros que exhibir, tampoco a mí me faltaban. Y si él tenía cuentos que contar, más tenía yo, y lo hice sin el menor rubor. Pero era muy difícil alejar a Ruarri, el Lobo Rojo, y allí estaba, con nosotros, mientras avanzábamos en el automóvil, como una presencia en los pensamientos de Kathleen y en sus palabras.

-Es muy niño, y al mismo tiempo muy hombre. Sí, es un niño travieso, pero simpático.

-Estoy de acuerdo en que es simpático, pero no creo que sea un niño. Es un excelente mimo. Sabe convertirse en cualquier cosa, según la conveniencia del momento.

-Pensaba que le tenías simpatía.

-Y se la tengo. Nadie mejor que él como compañero de copas, de juego o de navegación. Pero si yo tuviera algo que él quisiera para sí, no dudaría un instante en quitármelo y largarse sonriendo.

-No sé, me parece un juicio muy duro.

-Creo que tengo pruebas de que es así, aunque no podría decirte cuáles son estas pruebas.

-¿Tú crees que realmente mató por dinero?

-Eso dice, y probablemente no miente. Obtuvo grandes beneficios, no se sabe dónde, y ser mercenario es algo muy

Librodot

armónico con su manera de pensar. Se considera un aventurero vikingo, en pleno siglo XX.

-No sé, no acabo de creerlo.

-Importa mucho que lo creas o no?

-No, claro, no importa.

Lo dijo demasiado de prisa, y, después de decirlo, su silencio fue demasiado largo. Entonces supe que no podía actuar con la debida sencillez, y alejarme con mi mujer del brazo y mi orgullo intacto. Muirgen, la diosa marina, había atado los últimos cabos de la trama. Ahora estaba atrapado en ella. Y no podía escapar hasta después de haber librado mi batalla con el Lobo Rojo.

Era ya más de mediodía cuando llegamos al lugar de los monolitos, un lugar elevado y cubierto de césped, que desciende hacia el Sur, hacia Loch Roag, con su tatuaje de islillas y los negros acantilados de Bernera al fondo. Incluso ahora es un lugar fantasmal, remoto y dominado por un silencio únicamente quebrado por los gritos de las gaviotas y el murmullo del viento por entre la hierba. Allí no hay árboles. La colina yace desnuda bajo el cielo, y en ella se alzan los monolitos, altos, muy altos, de una altura tres veces superior a la de un hombre. Hay cuatro hileras de monolitos, al Norte, al Sur, al Este y al Oeste, y allí donde las hileras convergen se encuentra la tumba circular con una piedra, mayor que las otras, de cara a Oriente. Poco se sabe de los hombres que levantaron estas piedras, salvo que vivieron en aquellos lugares antes que los celtas -hace tres mil años-, y que esta colina, así como sus contornos, era el lugar en que se congregaban para dar culto al Sol, al que consideraban la fuente de la vida, por lo que la vida ritual de estos hombres quedaba regida por los movimientos del Sol. No dejaron idiomas ni historia. Incluso su tumba fue expoliada, antes de que comenzara a escribirse la historia. Sin embargo, todavía están allí, frágiles y tenues como fantasmas. Sentimos su presencia, Kathleen McNeil y yo, mientras estábamos allí, cogidos de la mano, junto a la piedra del sacrificio, y contemplamos cómo una dorada águila se elevaba y se elevaba hasta perderse en el esplendor.

Kathleen McNeil tembló como si un ganso hubiera pasado sobre su propia tumba. La acerqué a mí, y besé su oscuro cabello.

Y entonces, porque sentía la necesidad de hacerlo, y porque los dos sentíamos la extraña presencia, le dije:

-No me importa que sea demasiado pronto o demasiado tarde. Ya no soy un muchacho, sino que, al contrario, soy demasiado viejo para fingir. Te amo, Kathleen McNeil, y quiero contraer matrimonio contigo.

¿Recuerda la feliz bobería de sus amores? Si no la recuerda, más valdrá que abandone esta historia. Tire el resto por la ventana. Vaya y pida a cualquier chico o a cualquier muchacha que le expliquen la historia, una palabra de cuatro letras, todas las palabras monocordes, y no hay más que lo que se puede ver en cualquier pajar, entre la primera luz del alba y las primeras sombras del anochecer. Cualquier necio puede trazar dos líneas en una pared y llamar amor al dibujo. Cualquier borracho puede llorar, y cualquier estúpido medio sereno puede reírse de sus lágrimas. Únicamente un poeta podrá comunicarle -y, aún, a medias- el dulce sufrimiento de un hombre y una mujer suspendidos entre cielo y tierra, con su pasión momentánea como único apoyo. No soy poeta, sino *seannachie*, es decir, un narrador de historias, un narrador desaliñado y anticuado, como el Ciego Raftery con su arpa, o como un viejo mendigo que dibuja con yeso sus sueños en el pavimento, para que la lluvia los borre a medianoche. Por esto, sólo le puedo contar lo que pasó después, cuando los espíritus nos abandonaron y nos sentamos en un muro de piedra desde donde observamos los plácidos corderos, mientras Kathleen McNeil me daba su respuesta:

-*Mo gradh*..., querido, no sabes cuánto me alegra que me lo hayas dicho. Lo estaba deseando. Te conozco bien, debido a que lo que dices y lo que haces es lo que eres. Pero tú no me conoces. ¡No ... ! ¡Por favor, escucha! Te quiero y te deseo. Pídeme que me acueste

Librodot

contigo y me acostaré, sin formular preguntas antes, ni acusaciones después. Ahora bien, ¿te amo? No lo sé. Realmente no lo sé...

-El amor es muy sencillo, Kathleen oge.

-¿De veras? ¿Ha sido sencillo para ti? Para mí no lo ha sido, y dudo mucho que quiera arriesgarme otra vez.

-¿Qué te ocurrió?

-¿Qué me ocurrió? ¡Dios! No hace mucho tiempo creía todavía que cualquier hombre que pasara por la calle podía verlo

escrito en mi cara, y cualquier mujer podía reírse de mí. El día siguiente al de la consecución del título, hace siete años, no, ocho, me casé... ¿No lo sabías? Era un hombre brillantísimo. ¡Un noble! Era actor de cine y de teatro, con un árbol genealógico meticulosamente descrito en el Debrett. Eramos felices. Ni siquiera ahora podría negarlo. Pero mi marido necesitaba una madre. ¿Qué actor no la necesita? Y a mí me gustaba hacer el papel de madre. Supongo que ésta es la razón por la que estudié medicina. Me gustaba que la gente confiara en mí, e ignoraba que yo necesitaba confiar en ellos todavía más de lo que ellos confiaban en mí. Entonces, a los cuatro años de matrimonio, quedé embarazada. De repente mi vivir se vio colmado. Realmente, nada más podía pedir. Cuando lo comuniqué a mi marido, se horrorizó. El hijo, que aún no tenía forma humana, era para él un rival en el hogar. No podía siquiera tolerar la idea. Estuvo insistiendo día y noche, con lágrimas, lloriqueos y pataletas, hasta que al fin accedí. Soy médico. Se arregló todo sin dificultad. Pero, cuando todo hubo terminado, odié a mi marido. Le odié durante dos largos años, hasta que me dio motivos legales para solicitar el divorcio. Desde entonces, me he odiado a mí misma. Y ahora, *mo gradh*, ya sabes quién es la mujer a quien acabas de solicitar en matrimonio... ¿Qué dices a eso?

-¿Qué quieres que diga, Kathleen oge?

-No lo sé.

-Supón que te diga que soy celoso, pero que no soy capaz de sentir celos de un hijo por cuanto un hijo es un fruto del amor, nacido para ser amado por quienes, amándose, le han dado la vida.

-Me siento más tranquila, pero no segura del todo.

-¿Por qué no?

-Porque he dejado de saber quién soy. Amo y odio. Curo y mato al mismo tiempo.

-¿Y Ruarri también mata?

-Es brutal. Esto es brutalidad.

-Pero, ¿es verdad?

-En cierto modo, sí. En cieno otro modo, no. ¡No, no, no!

-Entonces, todavía hay posibilidades para nosotros.

-Solamente si tú lo dices.

-Es preciso que lo digamos los dos. Hemos de creerlo los dos.

Escucha, mi querida muchacha de negro cabello, todos tenemos sangre en las manos, sangre de grandes delitos o de pequeños delitos, de delitos soñados o consumados. Antes de que cualquier otra persona pueda perdonarnos, hace falta que busquemos nuestro propio perdón.

-¿Has sido tú capaz de eso?

-No del todo. Pero tú misma lo has dicho. Es preciso que alguien nos ame lo suficiente para que nosotros nos amemos un poco. ¿Qué contestas, Kathleen?

-Dame algún tiempo.

-¿Abrirás tu corazón y me dejarás penetrar en él? Fuera hace frío.

-Vamos, vamos, *seannachie*, entra, por favor. Entra y vuelve a contarme cuentos de hadas.

Si ésta fuera una trivial historia de unos seres vacíos y sin rostro, yo ahora relataría nuestra cópula de aquella noche, y lo que hicimos con esta o aquella parte de nuestro cuerpo,

y los locos placeres que experimentamos, y la novedad y la maravilla que para nosotros fue. Pero la verdad es que nada hicimos. Nos besamos y nos abrazamos como casi amantes que éramos. Nos separamos en el punto al que llegamos. Ella durmió en su cama y yo en la mía, y, con sabiduría o insensatez, esperamos el día en que el águila dorada descendiera vertiginosamente, con el don del dios-sol en sus triunfales garras.

Librodot

IV

Tres días pasaron, y estos tres días fueron magníficos para mí, ya que en ellos pesqué mi primer salmón, ganándome el primer elogio sin ambages de Fergus William McCue, y alquilé un bote y fuimos a nadar, Kathleen McNeil y yo, a la playa de Borvemore. Red Ruarri me llamó por teléfono a casa de Alastair Morrison. Dijo que proyectaba salir a pescar de noche, y me propuso acompañarle, anunciándome que podía ir con mi chica si es que a ella le gustaba la pesca. Iríamos con una botella de whisky y quizá dos bocadillos, y más nos valdría acudir bien abrigados, porque a medianoche hacía frío. Le dije que iría con mucho gusto, y acordamos que estaría en su casa a las diez de la noche del día siguiente. Cuando comuniqué lo dicho a Alastair Morrison, dijo que el proyecto no le gustaba ni pizca.

-Si no me equivoco, salir a pescar de noche con Ruarri no es más que dedicarse a la pesca furtiva. Ruarri carece de derechos de pesca, que yo sepa. Por la noche no se puede pescar con caña y cebo. Hay que utilizar red, y esto es otra infracción. Hay vigilantes en todas partes, y estos vigilantes están bien organizados. Se mantienen constantemente en contacto entre sí por radio, y también comunican con la Policía. Si te sorprenden con un solo pescado, e incluso con el aparejo de pesca solamente, tendrás que pagar una crecida multa, y perjudicarás tu reputación, así como la mía. No creo, además, que tener que comparecer ante un juez favorezca la carrera profesional de la doctora McNeil.

Estas palabras dieron un nuevo sesgo a la invitación de Ruarri. Si le acompañaba me convertía en un compañero de actividades ilegales de Ruarri y sus buannas. Y si me negaba a acompañarle me convertía en un moralista sin el valor suficiente para realizar un acto en contra de las fuerzas de los privilegiados. La pesca furtiva no era algo de lo que uno pudiera avergonzarse, ya que lo único que realmente resultaba vergonzoso era ser descubierto in fraganti. Los derechos de pesca y caza constituían una vieja lacra en aquellas tierras, ya que fuera lo que fuese lo que la ley dijera, no había hombre a quien Dios hubiera dado derechos sobre los peces del mar y los ciervos de la montaña. Además -y me pareció ver la torcida sonrisa, y los burlones ojos azules-, el hombre que temía a los vigilantes de caza y pesca mal podía proteger a su mujer de los ataques de Ruarri, el Lobo Rojo. Por otra parte, tampoco debía olvidar que yo era un invitado de Alastair Morrison, quien me había ofrecido su amistad y ayuda cuando más lo necesitaba. En consecuencia, si yo pretendía burlar la ley, lo menos que podía hacer era decírselo.

Por lo tanto, también tuve que contarle cuál era mi situación con respecto a Kathleen McNeil y a Ruarri. Si Alastair Morrison me había confiado su secreto, también yo podía confiarle el mío.

Me escuchó pacientemente, mientras paseábamos por el jardín, y cuando hube terminado se echó a reír.

-¡Vaya, parece que estás con agua hasta el cuello, muchacho! Tendrás que nadar, sí señor, tendrás que nadar con todas tus fuerzas.

- ¿Crees que he cometido un error?

- No. Esto probablemente es la cura que necesitabas. Sí, necesitabas tener que luchar por una mujer o por una causa, incluso en el caso de perder la batalla. Y es posible que la pierdas, ya que, por lo que sé, Ruarri juega sucio.

-Sí, es lo que siempre he creído. Por el momento nos limitamos a pequeñas escaramuzas.

- La última batalla puede ser sangrienta.

- Es posible que no llegue a librarse.

- Apostaría cualquier cosa a que no tendrás más remedio que librarla.

- En fin, consientes en que vaya de pesca furtiva, ¿no es eso?

-Muchacho, soy ya un viejo. Estoy medio sordo, y, por la noche, nada veo. Además, no tengo derecho alguno a meterme en lo que tú haces en tus horas libres. Sin embargo, te voy a dar un consejo. Ruarri te ha puesto un cebo. Ahora bien, sin embargo ignora que tú has visto ya el anzuelo debajo de la carnada. Si yo estuviera en tu lugar, no tendría la menor prisa en decírselo.

Y aquí dejamos el asunto. Llamé a Kathleen McNeil y la invité a participar en nuestra inocente excursión. Pasé una instructiva hora leyendo la obra de Farran sobre las leyes de caza y pesca en Escocia, y me enteré de que a los derechos de pesca del salmón se les llamaba regalia minora, que podían ser objeto de compraventa, y que estaban plenamente protegidos contra los delincuentes como yo, bajo la pena de multa e incluso de privación de libertad. Las palabras regalia minora me parecieron excelentes para esgrimirlas, cuando los vigilantes nos persiguieran.

Sin embargo, previendo la posibilidad de que estas palabras no solucionaran todos nuestros problemas, me metí una pequeña botella de whisky en el bolsillo y fui a casa de Fergus William McCue, para compartirla con él.

F. W. McCue era, con respecto a regalia minora, lo que el Kama Sutra con respecto al sexo. Se conocía el tema del derecho y del revés, de arriba abajo, de derecha a izquierda, por delante y por detrás, con matices de todo género, y con anécdotas de todo matiz para ilustrar los diversos modos de conseguir la victoria y de consumar el delito. Como jurista, Fergus William McCue tenía sus fallos -algunas de las leyes por él citadas eran del tiempo del primer Morrison que se aposentó en aquellas tierras-, pero en cuanto a estratega daba sopas con honda a Farran. Si Fergus William McCue no hubiera sido el hombre de confianza de Alastair Morrison, hubiera podido ser el más excelso pescador furtivo del país. En realidad, creo que lo fue, y que de buena gana lo sería todavía. Procuró no darme los últimos consejos hasta que la botella de whisky estuvo casi vacía. Sin embargo, sus palabras merecieron sobradamente el precio que por ellas pagué.

-Si algún día se propusiera usted infringir la ley, lo cual ya sé que no hará, pero voy a suponerlo por unos instantes, debería hacerlo de la siguiente manera: en primer lugar, evite pisar tierras de propiedad privada, ya que, incluso en el caso de que no le puedan acusar de pesca ilegal, le podrían acusar de penetrar en tierras ajenas, lo cual también se castiga. Además, todo propietario tiene derecho a tener un perro suelto en sus tierras, y son muchos los que hacen uso de este derecho, y muchos de estos perros son animales feroces que se le llevan un bocado del trasero en cuanto uno se descuida un tanto así. Tampoco debemos olvidar que también hay mucha gente que tiene permiso de arma de caza, y puedo asegurarle que no hay trucha que valga una descarga de postas en las partes más sensibles de la anatomía. En consecuencia, hay que pescar furtivamente en aguas abiertas, con lo que se evitan los peligros de los perros y las escopetas de caza, y uno siempre puede alegar que no estaba en aguas de Fulano de Tal, sino en aguas de Zutano, de manera que si a uno le acusa Fulano, uno sale absuelto, y puede demandar daños y perjuicios al acusador, por haber mancillado la reputación de uno. Y esto es así siempre y cuando a uno no le encuentren en posesión de pescado o de aparejo de pesca. Otra ventaja de pescar en mar abierto, si es que uno pesca en barca, estriba en que la Policía o los vigilantes no pueden identificarle a uno fácilmente, y si quieren cogerle a uno tropiezan todavía con mayores dificultades. La costa es tan larga y las carreteras son tan malas, que a los vigilantes o a la Policía no les queda más remedio que ir al lugar en que imaginan que uno desembarcará, sentarse, y esperar a que uno desembarque, lo cual significa una espera muy larga y con mucho frío, mientras uno se dedica a contar las piezas pescadas, a dos kilómetros de distancia. Desde luego, hay que tener en cuenta que usted es hombre con automóvil, y si los vigilantes o la Policía encuentran su automóvil parado en un lugar sospechoso pueden formularle preguntas muy molestas, pero, a pesar de todo, nada podrán hacerle si no encuentran el pescado. ¿Me he expresado con claridad?

-Realmente, no podía hablar con más claridad, Fergus.

-En este caso, quizá no le moleste contestar una pregunta que me gustaría hacerle. ¿Con quién va a ir de pesca, y a dónde?

-Esto no es una pregunta, sino dos. Y si contestara cualquiera de las dos, usted, Fergus, jamás volvería a tener confianza en mí.

-En este caso, le haré otra pregunta. ¿Por qué se arriesga usted a pagar una multa cuando tiene todas las aguas de Morrison a su disposición, y a mí para guiar sus vacilantes pasos?

-Porque un amigo me ha lanzado un reto, y hay una mujer de por medio; a usted no le gustaría ni pizca que un alumno suyo se rajara, ¿no es cierto, Fergus?

-¡Así se habla, muchacho! Brindemos por su triunfo. Y la próxima vez, traiga una botella entera. Estas medias botellas no son más que muestras.

La noche era fresca, clara y estrellada; era un regalo para los en, morados, pero en modo alguno adecuada para la pesca furtiva, por cuanto, a medianoche, la luna daría de pleno en el agua, , cualquier vigilante que no estuviera ciego podría vernos a un kilómetro de distancia por lo menos. Sin embargo, yo iba armad con los consejos de Fergus, y me sentía bastante seguro. Por otra parte, se me consideraba como el alma cándida que nada sabe, por lo que decidí no decir ni media palabra. Cuando llega os a casa de Ruarri, le encontramos solo. Nada dije, pero me pareció que esta soledad de Ruarri no era más que una treta que le permitiría exhibir sus habilidades de pescador furtivo, sin la competencia de otros entendidos, dejándome a mí en el lugar de un hombre torpe y tonto que forzosamente debe mantenerse en un segundo término. Dijo que más valdría que fuéramos en su automóvil, pero yo me opuse. Quería ir en mis propias ruedas, y no tener que depender de las habilidades de conductor de aquel loco pelirrojo, en las difíciles carreteras de aquel país. Ruarri accedió encogiendo los hombros, nos sirvió una copa, y salió para dejar los avíos de pesca en el portamaletas. Cuando regresó, le pregunté con toda inocencia qué cebos iba a utilizar para la pesca nocturna. Se echó a reír:

-Pescaremos sin cebo, *seannachie*. Utilizaremos redes como en pasados tiempos. Esta noche pescamos para comer y para ganar dinero, no por deporte. Cojamos lo que cojamos, trucha o lo q e sea, será dinero para nosotros.

Kathleen McNeil terció:

- Creía que estaba prohibido pescar con redes.

-S a lo si a uno le pillan con las manos en la masa.

Entonces la bendita doctora, por propia iniciativa, sin necesidad d que yo la hubiera instruido de antemano, dijo: -¿tiene usted derecho de pesca?

- Bueno, aquí es preciso hacer algunas distinciones. Siempre he creído que tengo derecho a pescar en aguas de mi isla. Sin embargo, la ley me niega este derecho. En fin, se trata de un punto discutido. Esta noche opto por mi opinión.

Yo fui quien formuló la siguiente pregunta:

- Entonces, ¿vamos de pesca furtiva esta noche?

Con una sonrisa en los labios, pero seria la mirada, Ruarri se dirigió a mí:

-¿Te opones a ello, *seannachie*?

-No, en modo alguno. Pero me gusta saber cuál es el juego. Además, no creo que tengamos derecho a mezclar a Kathleen en el asunto, caso de que nos cojan.

-No nos cogerán. Si nos cogieran, mis muchachos se negarían a trabajar conmigo. ¿En marcha?

Recorrimos unos siete kilómetros por la carretera principal, y, luego, penetramos en un estrecho sendero con abundantes baches, que conducía a la playa. Nos detuvimos a unos ciento cincuenta metros de la playa. Ruarri sacó del portamaletas un gran saco repleto de pertrechos, se lo puso al hombro y, seguido por nosotros, emprendió el camino hacia la playa. Allí nos esperaba un bote con dos remos.

Ruarri arrojó el saco en el bote, y, antes de que nosotros subiéramos a bordo, nos hizo una misteriosa advertencia:

-No os mojéis los pies. Es posible que luego tengamos que andar. Y hablad en voz baja. Los sonidos se oyen desde muy lejos, en el agua.

Ya estábamos a bordo, y Ruarri, remando, doblaba las puntas rocosas de la bahía. Advertí que procuraba navegar cerca de la playa y que remaba muy cautelosamente, sin producir sonido de agua, ni gemidos de los remos sobre la borda. También advertí un leve incremento de la tensión nerviosa de Ruarri, una nueva atención en los ojos, una sonrisa de examen de sí mismo, como si estuviera en trance de valorar su habilidad y la encontrara todavía aceptable. Ya había visto una expresión semejante, en tiempos pasados. Era la expresión en los rostros de los hombres antes de una incursión nocturna, en Nueva Guinea; la que animaba los rostros en el Valle del Jordán, en busca de las huellas de los fedayin en la arena. Era la marca del cazador, del profesional que se mueve con cautela y confianza en territorio hostil.

A los cinco minutos, nos encontrábamos en un lugar en que el agua penetraba, formando como un dedo, profundamente en la tierra, entre dos acantilados. A uno y otro lado del canal vi como unas piezas de hierro clavadas en la roca, a la altura del nivel de las aguas en marea alta. Ruarri las indicó con alegre vanidad:

-Las puse el año pasado. Nadie las ha descubierto todavía. En estos hierros atamos las redes para coger a los peces cuando entran y salen con la marea. Ahora tendrás que ayudarme, *seannachie*, y ten cuidado en no caerte al agua, o, de lo contrario, vas a pasar una noche de frío.

La red era fuerte y espesa, de modo que los peces quedaban cogidos en ella, en plena trayectoria, sin poder escapar. Para el honesto pescador de caña, la red es anatema, mas para el hombre hambriento que necesita pescado para la sartén o dinero en el bolsillo, la red es una invención genial. En pocos minutos colocamos la nuestra. La dejaríamos allí, y la recogeríamos al regresar. Entonces, nos dispusimos a pescar con la red de arrastre. Esta era una especie de calcetín de gran tamaño, muy abierto en la boca, que se colocaba a popa y se arrastraba con un cable. Era preciso utilizarla en mar abierto, donde no hubiera rocas superficiales, lugar en el que se nos vería muy claramente tan pronto saliera la luna.

Cuando hubimos dispuesto la red de arrastre, propuse a Ruarri que me dejara los remos, a fin de evitar que efectuara esfuerzos con la muñeca lesionada. Pero Ruarri no aceptó. Dijo que el yeso estaba ya plenamente solidificado y que los músculos se movían libremente; además advirtió que él pesaba más que yo. En consecuencia, me senté, con un brazo alrededor de los hombros de Kathleen McNeil, y dejé que Ruarri echara el bofe, si le daba por ahí. Cuando hubimos recorrido algo más de medio kilómetro, sacamos la red del agua. En ella encontramos media docena de abadejos y un salmón pequeño. Los echamos al saco y devolvimos la red de arrastre al agua. Volví a proponer a Ruarri hacerme cargo de los remos, y él volvió a rechazar la oferta.

Ahora estaba saliendo la luna, globo de plata manchada, y en la parte inferior del blanco disco se recortaban en negro las colinas. Su luz era como el haz de un faro, y se reflejaba en el agua quieta. Estábamos bajo la luz de la luna, con la red de arrastre dejando un surco plateado a popa. Después de recorrer seis o setecientos metros más, nos dispusimos a sacar de nuevo la red. Mientras estaba en pie tirando del cable, vi las luces, una, dos, tres, cuatro, muy espaciadas, avanzando por la parte alta de las colinas al Norte. Se las indiqué a Ruarri. Afirmó con la cabeza y dijo:

-Vigilantes, sin duda. Y por lo menos uno de ellos lleva un foco.

- ¿Qué hacemos?

- Veamos primero lo que hemos pescado.

Esta vez habíamos pescado un gran salmón, de ocho libras por lo menos, y unos cuantos albures pequeños. Vaciamos la red y la dejamos a bordo. Ruarri volvió a sentarse, y remó suavemente para evitar que la marea nos arrastrara. Dijo:

- Vigila esas luces, *seannachie*, y dime hacia dónde van.

Al cabo de unos cinco minutos, el movimiento de las luces era evidente. Descendían por la colina, dibujando una semicircunferencia que iba cerrándose en circunferencia sobre el punto en que habíamos dejado el automóvil.

Ruarri maldijo en voz baja:

- ¡Malditos sean! Esta vez apenas tendrán trabajo. Les basta con llegar al automóvil, llamar a la Policía y decirle que bloqueen un par de puntos de la carretera, y atraparnos. Claro que siempre nos queda el recurso de recorrer quince kilómetros por el monte. E incluso en este caso pueden identificar al titular del automóvil. ¡Dios! Hacía meses que no habían hecho acto de presencia. ¿Por qué diablos han tenido que aparecer esta noche, precisamente esta noche?

La luz de la luna le traicionó. El reflejo de la luz en un remo incidió en su barbado rostro. El hijo de mala madre sonreía. La voz que nos dirigía era lúgubre, pero, interiormente, se reía sin el menor rebozo. Nuestra obligación era mostrarnos preocupados y atemorizados. Entonces, tendríamos que hacer un profundo acto de fe en su habilidad y rogarle que nos salvara de la multa y de todas las humillaciones, así como de la deshonra de comparecer ante el juez. Serenamente calmaría nuestras inquietudes, y nos llevaría, remando en silencio, a un lugar seguro, en donde aguardaríamos que el peligro se disipara. Pero Ruarri no podía salvarnos a todos. En realidad sólo podía salvar a Kathleen McNeil y a sí mismo. Yo era quien había alquilado el automóvil. Hoy podía yo esquivar a los vigilantes y a la Policía. Pero mañana llamarían a la puerta de mi casa, y, con voz cortés y suave, me formularían una larga serie de preguntas que yo no podría contestar sin mentir. Y Ruarri se reiría de mis problemas. Sería una graciosa historia que contar en los bares de Stornoway.

Iba a abrir la boca para decir a Ruarri que su astucia me parecía repulsiva, cuando recordé el consejo de Alastair Morrison. Debía fingir que no veía el anzuelo oculto por la carnada. Cerré la boca, y guardé silencio, mientras veía cómo las luces se acercaban más

y más al lugar en que había dejado mi automóvil. Entonces, como si obedecieran una orden, todas las luces se apagaron.

La luna estaba ya en lo alto, y esto nos permitía ver con claridad la costa, en la que divisé una serie de minúsculas caletas. Reconocí el lugar en que subimos al bote. e volví a Ruarri y señalé con la mano la próxima caleta.

- Llévanos allí, Ruarri.

-¿Qué dices, loco? ¡ La Policía está ahí, a lado!

-Bueno, si sale mal el plan pagaré las multas de todos.

-¿Puedes decirme, al menos, qué pretendes hacer?

- Desde luego. Es fácil. Farran, en su tratado de derecho de la tierra y cuanto a ella es anejo, como la regalia minora, por ejemplo, dice que únicamente la posesión d aparejos de pesca o de pescado o de los medios de transponer el mismo, o el navegar en aguas prohibidas, constituye prueba de pesca furtiva o de penetración ilegal en propiedad ajena. E consecuencia, tú vas y nos dejas en la playa. Por si no lo sabes, te diré que Kathleen y yo somos una pareja de enamorados. Estábamos los dos juntitos en la playa, gozando de unos instantes de soledad. Esta noche Kathleen y yo hemos decidido contrae matrimonio, aun cuando esta manifestación no constituye anuncio oficial todavía. Mientras explicamos todo lo anterior a los representantes de la ley, tú vas al sitio en donde has dejado la re, y la quitas. Nos darás la llave de tu casa, iremos allá, y beberemos unas cuantas copas de tu whisky a tu salud, y a la una de la madrugada iremos a buscarte a la carretera principal.

Me miró largo rato. Luego se echó a reír, y a intentar ahogar la risa se atragantó. Al fin dijo:

¡Valiente granuja! ¡Astuto sassenach! Mientras yo me devanaba los sesos intentando salvarte de la horca, tú ya tenías la solución... ¿estás seguro de que sabrás interpretar la comedia?

-¿Está la primera dama dispuesta a ello?

Entusiasmada, la primera dama repuso:

-¿Con qué matices quieres que interprete el papel? ¿Levemente borracha y cantando? ¿O tierna y derramando lágrimas de felicidad?

- Interprétalo según el dictado de tu corazón.

Ruarri dijo:

-Dame la botella. Necesito un trago.

Cuando llegamos a tierra, tuvimos que recorrer a pie una caleta de suelo cubierto por los guijarros, saltar por encima de una roca y, ya en la playa, caminar hasta el automóvil. Los representantes de la ley nos estaban esperando. Eran dos amables guardias y un vigilante de amarga expresión, con un perro con collar y correa. Los dos guardias se mostraron amables, aunque un tanto escépticos. ¿Era mío aquel automóvil? Sí, ciertamente. ¿Me molestaría mucho decirles qué hacía el automóvil allí, en aquel lugar y a tan alta hora de la noche? No, no, no tenía el menor inconveniente; sin embargo, ¿acaso había yo infringido alguna ley de la localidad al dejar allí el automóvil? No, no había infringido ley alguna. Sin embargo, aquél era un lugar solitario, y ellos tenían el deber de preguntarme por qué estaba el automóvil allí; era una pregunta rutinaria, en servicio general del público. Se lo expliqué: la doctora McNeil y yo éramos viejos amigos, y nos queríamos mucho; habíamos salido a dar un paseo; nos habíamos detenido allí para estar solos y contemplar la luna y su reflejo en el agua. ¿Cuánto tiempo llevábamos en la playa? Realmente no lo sabía con exactitud. Los enamorados pierden fácilmente el sentido del tiempo. ¿No habríamos estado pescando, por casualidad? ¿Teníamos acaso aspecto de venir de pesca? ¿Habíamos visto pescar a alguien, quizá? Bueno, habíamos visto una barca, y nos pareció muy hermosa, a la luz de la luna. ¿Sabíamos por casualidad quién iba en la barca? No, realmente no lo sabíamos. Los dos éramos forasteros. La doctora McNeil sustituía a un colega en Harris. Yo era huésped de Alastair Morrison, en Laxay. Tendría mucho gusto en mostrar el documento de identidad, si es que lo consideraban necesario. No, no lo consideraban necesario, y lamentaban mucho habernos causado molestias. Una última pregunta: ¿a dónde nos dirigíamos, ahora? A casa, por Carloway. ¿Alguna pregunta más? No, podíamos irnos. Sólo me cabía esperar que Ruarri se hubiera perdido de vista, y que no encontrara un automóvil de la Policía en la carretera, cuando fuera a buscarle.

Diez minutos después, estábamos cómodamente aposentados en casa de Ruarri, junto al fuego, bebiendo y riendo.

- ¡Regalía minora! ¿Cómo se te han ocurrido semejantes palabrejas?

- No se me han ocurrido, ni mucho menos, querida. Las he descubierto esta tarde, mientras me preparaba para la pesca.

-¿Quieres decir con esto que Ruarri había ya previsto lo que iba a ocurrir?

-No, creo que no. Sin embargo, sabía que podía ocurrir. Es un muchacho travieso, y le gusta ganarle la partida al prójimo. Por esto, estimé aconsejable prepararme.

- ¿Y por qué no me avisaste?

-Porque si nada ocurría, habría quedado como un ser ridículo. Y no hay nada que me moleste más que quedar en ridículo ante ti, Kathleen oge.

- Pero ¿crees que a Ruarri le hubiera gustado verte ridiculizado?

-Sí, me consta que sí.

-Francamente, no me siento halagada por estos manejos. Se levantó, se acercó al fuego, y quedó de espaldas a mí, calentándose las manos.

-¿Estás enfadada conmigo?

- Sí.

-¿Por qué?

Dio media vuelta y se enfrentó conmigo, encendidas las mejillas, la mirada brillante y hostil.

- ¡Porque no soy un objeto! No soy como una presa para que dos hombres se peleen y se la jueguen a dados. Soy Kathleen McNeil, y quiero a quien me da la gana. Me entrego a quien

Librodot

quiero y cuando quiero. Ya me he degradado bastante, y no estoy dispuesta a degradarme más.

Entonces me enojé, fue un enojo frío y amargo. Me puse en pie, extraje del bolsillo las llaves del automóvil, y se las ofrecí.

- Si te consideras degradada por la sola razón de que te he dicho la pura y simple verdad, te diré que estás equivocada. Ahí tienes las llaves, coge el automóvil. Iré a buscar a Ruarri en su automóvil. Pero antes de irte, te ruego que me escuches. No soy un hombre fuerte, ni mucho menos. Intento recuperar mis facultades, después de haber sufrido una grave crisis en la que pensé que nunca más podría creer, trabajar, interesarme por algo o amar. Nunca he interpretado la comedia de suplicarte que me amparases como una madre. Nunca te he pedido que te acostaras conmigo. Te he pedido que aceptaras casarte conmigo porque, sea lo que fuere, te quiero. Dios sabe que he tenido una vida muy

dura, y que no he sido un hombre ejemplar. Sin embargo, jamás he comprado, vendido o compartido una mujer. Y tampoco he revelado los secretos que una mujer me haya confesado. ¿Qué ha pasado hoy? Ruarri siente interés por ti. Te consta. Me consta. He procurado cortarle la hierba bajo los pies porque creía que había todavía una esperanza para ti y para mí, y pensaba que también tú lo veías así. Si esto constituye un insulto para ti, te diré que lo siento infinito. Y si no me quieres, dilo ahora. Por lo menos podremos ser amigos, y respetarnos recíprocamente.

Mi vehemencia la pasmó. Y, en realidad, también me asombró. Al parecer, el dominio sobre mí mismo era más débil de lo que creía. A Kathleen le faltaba poco para llorar; sin embargo, el orgullo le impedía abandonarse a sus impulsos. Durante largos instantes estuvimos mirándonos, con las llaves colgando entre los dos, entrechocando al impulso de los temblores de mi mano. Por fin, Kathleen dijo:

- Odio las peleas.

-También yo.

- Y no me gusta regresar sola a casa.

- Puedes elegir conductor.

-Prefiero volver con el hombre que me ha traído.

Entonces volvimos a juntarnos, quedando cuerpo con cuerpo, boca con boca, y durante largo rato aquel lugar no fue la casa de Ruarri, sino nuestra casa, cerrada al mundo entero, compartiendo el fuego, y con la esperanza fortalecida, aunque no totalmente asegurada.

Cuando llegó el momento de ir en busca de Ruarri, dejé a Kathleen hojeando un libro. Me alegraba conducir solo, y creo que a Kathleen también le gustó quedarse unos instantes a solas. Las peleas no son tan malas como eso, cuando uno puede pronunciar todas las palabras desagradables, hasta que llega el momento en que ya no hay más palabras, y solamente queda un tú y yo que comienzan a ser un nosotros, y nosotros nos dormimos juntos, sabedores de que mañana será un día mejor que hoy. Pero, en tanto no ha llegado el momento de dormir juntos, más vale separarse, comparar las ofensas con las necesidades, y regresar renovados los dos.

La luna brillaba sin la menor sombra. La dura tierra parecía plateada y suave bajo la luz. El agua brillaba. Las casas parecían habitáculos de muñecas dormidas, y eran blancas, con pacífico aspecto. Incluso los corderos descansaban, formando grises bultos junto a los pajares o resguardados por 1 s peñas. Ya no soplaba viento. No se oían los gritos de las gaviotas ni los cantos de los pájaros, sino sólo el susurro del mar batiendo en las negras rocas y lamiendo las amarillentas playas. Eran momentos de calma, momentos para estar solo sin sentir sol dad.

Vi a Ruarri a unos cien metros del cubremotor del automóvil. Era una figura encorvada que destacaba contra el cielo estrellado, y en la oscuridad brillaba la punta del cigarrillo. Cuando me acerqué vi que se hallaba junto a una gran cesta de pescado, con las redes apiladas al otro lado. Estaba fatigad. y se le notaba. Estaba algo borracho, y también se le notaba ' Pero a pesar de todo, todavía se sentía obligado a alardear.

Librodot

-¡Cincuenta libras de pescado, por lo menos, *seannachie*! Seis salmones grandes, tres truchas de mar, y albures más que suficientes para dar de comer a un asilo. Eres puntual, *seannachie*. Esta es una cualidad que siempre he admirado. ¿Has tenido problemas con la Policía?

- No. Carguemos las redes y el pescado, y pongámonos en marcha.

- ¿Dónde está Kathleen?

-Durmiendo en tu sala de estar.

- ¡Pobre muchacha! ¿Por qué no os quedáis a pasar la noche? Os dejaré mi dormitorio. Yo dormiré en el suelo, junto al fuego. De aquí a Rodel hay sesenta kilómetros, y, luego, tú tendrás que recorrer otros tantos para volver a casa de Morrison.

-Gracias, pero creo que será mejor que lo decida ella.

Durante el primer kilómetro rodamos en silencio. Luego, Ruarri me miró y dibujó una sonrisa de borracho. Dijo:

¿*Seannachie*?

- ¿Qué?

- Eres un hijo de mala madre.

- Más lo eres tú.

-Pero te tengo simpatía.

-Soy hombre propicio a la amistad.

- Esta noche me has tomado el pelo.

- Te lo habías ganado.

-Es verdad. Y me temo que me lo ganaré muchas más veces, porque soy así. Procuraré siempre engañarte; en cuestiones de juego, de dinero y de mujeres, y si te dejas engañar no tendré el menor respeto hacia ti.

-Te agradezco la información. Me será útil la próxima vez.

-Oye, *seannachie*, preferiría que ahora no pelearas conmigo. Déjame hablar, y ten la seguridad de que no miento, aunque luego no creas ni media palabra más de lo que te diga. Soy un bastardo. Soy un bastardo, legalmente hablando, con un certificado de nacimiento que lo dice. También soy un mal nacido por manera de ser, y en esto ya no hace falta documento. Por esto soy un hombre solitario, igual que el lobo rojo del gallardete de mi barco. ¿Sabes por qué me dedico de vez en cuando a la pesca furtiva, yo que tengo mi buen barco y asuntos más importantes? Pues te lo voy a decir. Porque nací pobre, he vivido pobremente durante mucho tiempo, y temo volver a ser pobre. Mañana vendrá uno de mis muchachos y limpiará todo el pescado que he cogido esta noche. Ahumaremos el salmón, y guardaré el resto en el refrigerador, para el invierno. Y así sabré que no me faltará comida, y que no tendré que recurrir al ministro, o a la asistencia pública, o a las limosnas de los amigos.

-Eres pesimista, Ruarri. Imaginas que la vida es más dura de lo que en realidad es.

-La vida fue dura para mí, y sigue siéndolo. ¿Sabes qué echo de menos? Un hermano. Un hermano que me insulte, un hermano mayor que me dé de bofetadas, un hermano que me meta en cama cuando regreso borracho y con la mandíbula rota. Y este hermano eras tú, *seannachie*. Eras tú, mientras navegábamos en The Mactire y me protegías de Duggie Donald, en Stornoway. Esta es la razón por la que te di la figura de ajedrez, con la esperanza de que comprendieras lo que esto significaba.

- ¡Dios!

- Este hermano ha muerto, *seannachie*.

- Cuando llegué a las islas estaba casi muerto.

- Pero ahora estás vivo, ¿no? La sangre corre por tus venas. Has conseguido la mujer que querías. Y estás dispuesto a pelearte conmigo y con cualquiera.

- Bueno, si tantas ganas de pelea tienes, dilo, y nos pelearemos.

-No me molestaría pegarme contigo.

-Podemos hacernos mucho daño, Ruarri. Puede correr la sangre.

-Siempre corre la sangre. Ni siquiera sé de dónde proviene mi sangre. Y también ignoro por dónde correrá. Pero sí sé que he derramado mi semilla en centenares de camas, desde el Pireo a Puerto España, sin darle la menor importancia, sin que la mujer tuviera la menor importancia. Pero ahora hay una mujer que me importa, que me importa un poco, por lo menos.

- Deja en paz a mi mujer.

- Lo procuraré, pero no puedo prometértelo. Me gustaría poder dejarla en paz.

-¿Qué pretendes?

- Que nos tratemos como hermanos, mientras podamos.

- ¿Y si no podemos?

- En este caso, quiero que me respetes, *seannachie*. Sólo te pido esto: respeto.

-Ya te respeto, así es que cálmate.

-Lo que tú digas, hermano, lo que tú digas.

Se reclinó en el asiento, cerró los ojos, y durmió durante el resto del sinuoso trayecto hasta su casa.

Mi abuelo, que era un hombre mucho más sabio que yo, decía que la verdad acerca de un hombre se encuentra siempre en la última pulgada de whisky de la botella. En esta afirmación hay un fallo, como lo hay en todos los proverbios celtas, y cuando antes lo perciba uno, mejor. La botella revela la verdad, pero uno no puede saber de cierto si se trata de la verdad que el embriagado imagina saber, o de la verdad en sí. Y media un abismo entre una verdad y otra.

Ruarri, pobre muchacho, no era absolutamente sincero. No era un ser tan pobre como había dicho, no era un pobre que tuviera que recurrir a la limosna ni a la parroquia. La suma que los Morrison pagaron era una protección contra la pobreza, y las tierras heredadas de su madre era otra. Ahora bien, humilde por las circunstancias, sí lo era. Y humillado por un estigma social, también. Y tampoco tomé en serio lo que dijo sobre guardar el pescado en el refrigerador, debido a que había yo visto su cocina, y en ella las diversas vituallas no dejaban sitio para guardar cincuenta libras de nada. En mi opinión, Ruarri se quedaría el salmón, y repartiría el resto entre sus asalariados, para presumir de hombre audaz. ¿Qué cabía decir de su necesidad de un hermano mayor? Bueno, si decimos padre en vez de hermano, nos acercaremos más a la verdad. La auténtica verdad se encontraba en el fondo de la botella. Sí, Ruarri necesitaba que le respetaran. Su tragedia consistía en que se ganaba sobradamente el respeto de todos, pero que, en el momento menos pensado, lo perdía tontamente, lo tiraba por la ventana, en méritos de cualquier bravata o deshonestidad. ¿Cuál era el remedio? En su confusión mental, Ruarri imaginaba que yo lo sabía. Y quizás estuviera en lo cierto. Pero no tenía yo permiso para emplearlo, y, caso de emplearlo, quizá le causara daño.

Pasamos el resto de la noche en casa de Ruarri, debido a que él insistió en ello, a que Kathleen McNeil estaba muerta de fatiga, y a que recorrer más de cien kilómetros a las dos de la madrugada era una brutalidad. Kathleen durmió en la cama de Ruarri, y éste y yo dormimos en improvisados camastros en la sala de estar. Yo no podía soportar la imagen de Kathleen durmiendo en las sábanas de otro hombre, mientras éste me sonreía con cazurrería en la oscuridad, por lo que dormí y me desperté constantemente, hundiéndome en depresiones de sueño y alzándome en cumbres de vigilia, igual que navega un barco en un mar agitado.

Una o dos horas antes del amanecer, desperté temblando. La casa estaba oscura como una tumba, pero un sonido que helaba la sangre estremecía el aire. Era un quejido alto y extraterreno, como el grito de un hombre torturado más allá de los límites de la humana resistencia. Y el grito se repetía una y otra vez, ululante, en un sufrimiento intolerable. Salté del camastro, desnudo y tembloroso, y encendí las luces de la sala de estar. Era Ruarri, envuelto en las mantas, que se estremecía y se debatía, gritando como un hombre presa del delirio. Tenía el cabello y la barba mojados por el sudor, y los labios tensos en un rictus de terror. Las manos, como las garras de un pájaro atrapado, agarraban crispadas el embozo.

Corrí hacia él y le sacudí, sin dejar de repetir su nombre. En el instante en que despertó, con la vista desorbitada, me echó las manos a la garganta, como si quisiera estrangularme. Era fuerte como un orangután, y poco faltó para que me desvaneciera. En el último instante le propiné con todas mis fuerzas un puñetazo en la barriga. Sus manos me soltaron. Se incorporó, con la boca abierta en busca de aire, y entonces despertó realmente.

Mientras se recobraba, me mantuve alejado de él. Durante unos instantes, me miró sin comprender. Después, sacudió la cabeza para apartar la niebla que la rodeaba.

-¿Qué ha pasado?

-Tenías una pesadilla. Gritabas. He intentado despertarte, y poco ha faltado para que me estrangularas.

- Lo siento.

Jadeaba y tenía el rostro cubierto de sudor.

- Lo siento, *seannachie*, pero no vuelvas a despertarme de esta manera. Si vuelve a ocurrir, ponte junto a mi cabeza, en un lugar en que yo no pueda cogerte, y haz presión con los dedos debajo de mis orejas. Hubiera podido matarte. Dame un trago.

Eché whisky a un vaso y se lo di. El primer sorbo le dio náuseas, pero, con un esfuerzo, consiguió tragarse el líquido. Se secó la cara con la manta, y rió.

- Es una pesadilla vieja, que he tenido muchas veces. Me encuentro en un claro, en el bosque, atado, y vienen muchas mujeres con cuchillos, me despedazan, y dejan allí los pedazos para que las hormigas se los coman. No creas que sea una broma lo del esqueleto de serpiente para proteger mi virilidad. En los campamentos, siempre dormía con una pistola debajo de la almohada y un cuchillo atado a la cintura, y procuraba dormir y vigilar al mismo tiempo, siempre a punto de despertarme.

-¿Crees que podrás dormir, ahora?

-Si me das otro trago, creo que sí.

Se lo di.

Esta vez lo bebió muy despacio, sosteniendo el vaso con las dos manos, y con la vista fija en mí.

-No creas que estoy loco, *seannachie*.

- Claro que no. También yo tengo pesadillas.

-Quizás ésta sea la razón de que, alguna que otra vez, me trates como a un hermano.

-Quizás.

- ¿He despertado a la chica?

- No.

-Menos mal. Vuelve a la cama. Ya me encuentro bien. Volví a meterme en cama, y observé cómo Ruarri rehacía la suya. Era meticuloso como una enfermera. Alisaba las sábanas con gran cuidado, y examinaba la posición de las mantas levantando un pico de las sábanas, como si efectuara una inspección. Me dirigió un irónico saludo, apagó las luces y se metió en cama. Diez minutos después, ya roncaba.

Me mantuve despierto hasta que la gris luz del alba comenzó a revelar el paisaje fantasmal. Ahora comprendía lo que me había pasado en los últimos días, y esta comprensión me producía una profunda inquietud. Dos hombres y una mujer me habían revelado los más íntimos secretos de sus vidas, y yo era la última persona en el mundo capacitada para llevar aquella carga.

V

Mientras llevaba en el automóvil a Kathleen McNeil a su casa, le conté mi conversación con Ruarri, así como la pesadilla que éste había sufrido a primeras horas de la madrugada. No quería yo desprestigiar a Ruarri, y ni siquiera lo intenté. Sólo quería que Kathleen supiera aquellos hechos, y creía que tenía derecho a decírselos, a fin de que Kathleen supiera la clase de hombre que Ruarri era y las explosivas posibilidades que una relación con él encerraban. Kathleen reaccionó muy profesionalmente, quizá demasiado para mi gusto, debido a que, después de pasar la noche insomne, me encontraba en un estado de nerviosismo e hipersensibilidad.

-Las pesadillas son normales, e incluso cabe decir que constituyen un buen síntoma. Durante el sueño, se abandona todo control y se abre la válvula de seguridad. Las violencias en que soñamos son las que jamás cometeremos. Bueno, lo he dicho de una forma excesivamente simplificada, pero ya comprendes el sentido de mis palabras. Lo lamentable es el terror que las pesadillas producen. Realmente, siento lástima por ese muchacho. Es demasiado joven para tener unos recuerdos tan terribles. Y la necesidad de un hermano también es muy sincera. Es algo que no puede acallar, del mismo modo que yo no puedo ignorar la llamada de un paciente que ha tomado una dosis excesiva de píldoras somníferas. Incluso el hecho de que te advierta de que se enfrentará contigo equivale a pedirte perdón por lo que él cree ser. Quiere que le tengas afecto, que te preocupes por él. Este muchacho se está encaramando tan alto, y lo hace tan de prisa, que teme le fallen los soportes, teme que alguien aparte de una patada sus apoyos, en cuyo caso sufriría una caída tremenda.

-¿Y por qué me ha elegido precisamente a mí como hermano?

- ¿Y por qué ha de elegir un hermano? ¿Y por qué viniste aquí, cuando Alastair Morrison te ofreció un refugio? Hay ciertos momentos en que a uno no le queda más alternativa que apoyarse en alguien o enloquecer.

- Pues si se escoge a una persona que no sirve, el resultado será una tragedia para los dos.

- Este es uno de los riesgos de vivir, ¿no crees?

-Realmente no veo qué puedo hacer en beneficio de Ruarri.

- Haz lo que te pida. No le rechaces. Y está siempre dispuesto a perdonarle.

-¿A perdonárselo todo?

-Las cifras que da la Biblia son setenta veces siete.

Recordé que Kathleen no había hablado tan a la ligera cuando se refirió a sus propios errores, ni tampoco tan firmemente dispuesta a perdonar al insensato individuo con quien había contraído matrimonio. Le dije:

-Practicas la cirugía de cortar por lo sano, doctora.

-Creo que eres lo suficientemente fuerte para soportarla. -Gracias por el cumplido.

-¿Otra vez enfadado?

- No. Admiro tu ojo clínico. Me gustaría hacerte otra pregunta.

-¿Qué?

- ¿Cómo crees que reaccionaría Ruarri si llegara a enterarse de la identidad de su padre?

-¿Y cómo puede llegar a saberla? ¿Está vivo, o muerto? Caso de que esté vivo, ¿quiere su padre que Ruarri se entere? ¿Suponemos que Ruarri lo averigua por sí mismo, o suponemos que se lo dicen? ¿Y si se lo dicen, por qué razón se lo dicen? ¿Reconciliación? ¿Herencia? ¿Para ayudar al padre, para ayudar a Ruarri o para ayudarles a los dos? No creo que haya quien pueda contestar a estas preguntas.

-Sí, éste es el problema. Sin embargo, sé las respuestas de algunas de tus interrogantes.

- ¡Dios mío!

Pronunció la exclamación con acentos de arrepentida ternura. Comentó:

-Y pensar que he sido tan mal pensada que imaginaba que me estabas haciendo otra escena de celos. ¡Dios mío, qué lío!

-Tú eres la única luz en esta tenebrosa situación. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Harris?

-Hasta fines de verano. ¿Por qué?

-Mientras estés en Harris, siempre y cuando seas feliz, me quedaré.

- Sí, pero sintiéndote libre en todo instante, por favor. No quiero compromisos todavía.

- Sin compromisos, Kathleen. Sólo para gozar de tu presencia.

Era fácil hacer aquella promesa. Un nuevo día estaba comenzando. Era pleno verano. Las tiendas de los que hacían camping parecían coloridas flores en las dunas, y los niños ya gritaban en las cálidas arenas blancas. Apartamos de nuestras mentes el recuerdo de la noche anterior, y seguimos nuestro camino cantando por la ribera de un océano amigo.

Dejé a Kathleen en su casa, y me metí en la carretera de Tarbert. Tenía tiempo sobrado, y me dediqué a pasear sin rumbo por el puertecillo, contemplando la llegada del transbordador con su carga de turistas, madera, automóviles, balas de lana para los tejedores, periódicos, verduras, carne congelada, e isleños que regresaban a sus hogares. Era una agradable y animada escena, aun cuando en ella no se daba la alegría y la confusión que suele verse en los puertos mediterráneos, los gritos, los amplios ademanes, los bocinazos y los pitidos de los guardias que parecían tocar el silbato sólo para divertirse un poco. Los ingleses gozan serenamente de sus placeres, y los escoceses componen su más amarga expresión para contar sus chistes, y creen que las cortesías propias de un lugarejo de cerrado ambiente deben practicarse escrupulosamente. Mientras paseaba por entre la multitud, observando atentamente los rostros, y con el oído presto para escuchar los giros idiomáticos -lo cual constituye un hábito de escritor que nunca he perdido-, me topé de manos a boca con Duggie Donald, el aduanero de Stornoway.

Nos saludamos e iniciamos una conversación acerca del tiempo, de los turistas y de si me divertía o no e las islas. Cuando la multitud de recién llegados desapareció, l invité a tomar un café. Aceptó y fuimos al hotel situado en una colina, sentándonos en la terraza, desde donde contemplamos el matutino éxodo de los pescadores con caña, y el paso de animadas familias camino de las playas de occidente.

Duggie Donald era un hombre amable, astuto e ingenioso, que trataba con gran amabilidad a las gentes destacadas que visitaban la isla. Y también le gustaban las sorpresas.

- Me han dicho que la Policía de la localidad le sometió a un interrogatorio anoche. Sí, a usted y a una señora.

-¿Y cómo diablos se ha enterado?

Esbozó una feliz sonrisa.

-Es fácil. Aquí, cuando alguien estornuda, al cabo de un par de horas toda la isla se ha enterado. Tenemos muy poco que

_ hacer, por lo que la principal ocupación es cotillear.

- Eso parece. Morrison me dijo que usted le había visitado para obtener informes de mí.

- Efectivamente. Esto es algo que forma parte de mi trabajo. Me dio excelentes referencias, por cierto.

-En este caso, supongo que no tendrá inconveniente en decirme por qué razón se interesó usted tanto por Ruarri Matheson, cuando llegamos.

- ¡Hombre, hay que ver qué cosas pregunta usted! Realmente no sabría cómo decírselo. Esta es una pregunta que no tengo el menor inconveniente en contestar así, en términos generales, pero que no puedo contestar al detalle, ¿comprende? Nuestro amigo Ruarri es un muchacho tremendo, y no creo cometer un delito de injurias al sentar esta afirmación. Hace locuras, sólo para divertirse, y también hace algunas cosas que no debiera, para ganar dinero. Le estoy vigilando, y quiero que se dé cuenta de que no le pierdo de vista.

-¿Qué clase de cosas hace?

- ¿Y por qué está usted tan interesado en Ruarri?

-Porque nos hemos hecho amigos. Me ha invitado a ir con él, cuando salga de pesca.

-¿Ah, sí?

-Sí, y me gustaría ir. Soy escritor, y por esto me gusta enterarme del modo como la gente vive. Y, como es natural, me gustaría saber de antemano en qué clase de líos me meteré, si es que me encuentro metido en líos, ¿comprende?

- ¿Y por qué no se lo pregunta a Ruarri?

- Porque su invitación es un acto de cortesía, y yo debo ser también cortés a mi vez, y aceptarla sin formular preguntas.

- En este caso, lo que más le conviene es mantenerse en total ignorancia, sin recibir información alguna, sea mía, sea de Ruarri. -Me parece un excelente consejo. Lo seguiré.

-Sin embargo, este consejo ofrece un peligro. Si, por casualidad, se ve usted mezclado en actividades ilegales, lo más probable es que la Policía le formule preguntas, y que después tenga que prestar testimonio en juicio. Y si usted se niega a contestar las preguntas o a testificar en juicio, pueden acusarle de encubridor.

-Claro, es natural. Le agradezco mucho la información.

-De nada, ha sido un placer. Gracias por el café. La próxima vez que venga a Stornoway no deje de visitarme en la oficina, y tendré mucho gusto en invitarle a una copa.

Y se fue. Pedí otra taza de café, y se me enfrió mientras yo me embarcaba en mis lejanos pensamientos. Los ingleses eran los más hábiles conquistadores de mujeres que cabe encontrar en nuestro orbe. Primero violaban a la muchacha, después le enseñaban a amar al hijo que ella no quería tener, luego regresaban a la patria, cruzando los mares, y allí escribían unos tremendos volúmenes sobre el asunto: los vínculos imperiales, la unidad de la Commonwealth, la larga tradición de libertad regulada por la ley, venta de armas a Sudáfrica, restricciones de comercio con Rodesia, liberación de los malteses, desprecio de los norteamericanos, construcción de elefantes blancos con los franceses, traída de las gentes de Jamaica a Inglaterra, prohibición de entrada a los paquistaníes, enfrentamiento con los españoles por lo de Gibraltar, amistad con los portugueses por ser antiguos colonialistas, subyugación de los celtas a fin de que se conviertan en amables y competentes funcionarios públicos gracias a la promesa de cubrir de bosques de pinos las tierras altas, y establecimiento de nuevas industrias en Gales, cuando el carbón se termine y el último minero haya muerto con los pulmones negros.

Duggie Donald no me resultó antipático, ni mucho menos. Era un hombre inteligente y cortés, que trabajaba honestamente a cambio de un sueldo de funcionario. Por otra parte, tampoco podía decir que yo sintiera una arrolladora simpatía hacia Ruarri Matheson. Era un formidable embustero, le faltaba poco para merecer el título de pirata, y por nada del mundo le confiaría mi talonario de cheques o mi hermana. Sin embargo, en un mundo gris, con orden en las calles y un policía en cada esquina, y el indispensable requisito de un sello oficial para echar una meada o acostarse con una chica -¡que el Señor me ampare!-, no podía sino sentir cierta simpatía hacia el hombre que izaba en su barco un gallardete con la cabeza de un lobo rojo, y que andaba por el mundo con los bolsillos repletos de moneda extranjera a cambio libre. Reconocí que mis pensamientos eran un tanto sediciosos, y pensé que más me valía regresar inmediatamente a casa de Alastair Morrison, no fuera que me diera por meterme en un bar, expresar en voz alta mis pensamientos, y hacerme desagradablemente popular en la minúscula isla.

En la cocina, Hannah me sirvió un vaso de cerveza, y me acribilló a preguntas.

- ¿Salió anoche?

-Efectivamente.

-¿Y fue de pesca furtiva con Ruarri el Lobo Rojo? -¿Quién le ha contado semejante historia, Hannah?

- ¿Jura que no fue de pesca furtiva con Ruarri?

-No juro nada. La Biblia dice que no se debe jurar... ¡Y la Biblia es el mejor libro entre todos los libros!

- ¿Dónde durmió?

- No dormí, Hannah. La conciencia me lo impidió.

- Y es natural... ¿Durmió solo?

- No tiene usted el menor derecho a saber si dormí solo o acompañado, Hannah. Pero la verdad es que dormí solo, y que no me gustó ni pizca.

- Pues duerma usted solo todos los años que yo he dormido así, y sabrá lo que es bueno. ¿Hubo buena pesca?

- Según mis informes, hubo pesca. Pero yo ni siquiera cogí una caña.

-Pues es una lástima. A lo mejor hoy hubiera comido salmón en el almuerzo. ¿Dónde está la doctora?

-Cuidando enfermos, lo cual constituye un acto de bondad por su parte.

-Pues es una lástima que no se encuentre aquí, porque me gustaría que echara un vistazo a Morrison.

-¿Se encuentra mal?

-El dice que tiene más salud que una trucha. Pero yo sé que no es así. Desde ayer tiene las mejillas grises y los labios amoratados. Le he observado mientras subía la escalera, y antes de la mitad ha tenido que pararse para recuperar el resuello. En el bolsillo lleva un frasco con píldoras que le ha comprado Fergus, por encargo suyo, y durante toda la mañana, mientras leía, ha tenido un vaso de agua y una botella de coñac al lado.

-¿No ha llamado al médico que le atiende?

- Me mataría si lo hiciera. Dice que por algo es médico, y que no está dispuesto a pagar una guinea a otro loco para que le tome el pulso.

-¿Dónde está ahora?

-Descansando en el dormitorio. Pero no le gustará que vaya usted a verle. ¿Verdad que no le dirá lo que acabo de contarle?

- Se lo prometo, Hannah.

-¿Y no podría pedir a su amiga que se dejara caer por aquí, como quien no quiere la cosa?

-Podría, efectivamente, pero un médico no puede andar por ahí ejerciendo su profesión como si de pesca furtiva se tratara.

-Hay algo que tiene muy preocupado al señor, y esto perjudica su salud.

-¿Y no sabe usted qué es este algo, Hannah?

- Lo sé y no lo sé. Usted no puede comprender lo que me pasa, porque no es vidente como yo. Lo que me pasa es que no sé cómo expresarlo con palabras, ¿sabe?

- ¿Se trata de algo que yo sé también?

Durante unos instantes pareció replegarse sobre sí misma. Luego volvió a entrar en contacto conmigo.

- Sí. Por lo menos, creo que usted lo sabe.

-Entonces, no se preocupe. Haré cuanto esté en mi mano. También yo tengo a Alastair Morrison en gran afecto.

- Si no fuera así, no le permitiría siquiera que se acercara a él.

Lo dijo con toda seriedad. Cuando miré aquellos viejos y negros ojos, comprendí que aquella mujer era perfectamente capaz de hundirme un cuchillo entre las costillas y de enterrarme en el huerto, entre las coles, antes que permitir que hiciera el menor daño a Alastair Morrison. Sin embargo, Hannah me había planteado un problema que yo no sabía cómo resolver. Era su huésped, allí. No tenía derecho alguno a cuidar de la salud de mi anfitrión. Ni siquiera en mi calidad de amigo podía yo intervenir en sus íntimas reacciones con respecto a la vida y la muerte. Sin embargo, tenía derecho a intervenir en las relaciones entre él y Ruarri. Aquí podía alegar que actuaba desinteresadamente. Pero, ¿era realmente así?

Kathleen McNeil me había recordado algo que yo hubiera preferido mantener en el olvido. Durante toda mi vida, y en más de una ocasión equivocadamente, había yo luchado para mantener el principio según el cual todos los hombres son hermanos, de que la injusticia cometida con un hombre es un ataque a todos los hombres, y de que la enfermedad de un solo miembro es una dolencia que afecta a todo el organismo. En mi lucha para conseguir el reconocimiento de este principio me había fatigado hasta la desesperación. Ahora deseaba una tregua, quería denunciar el pacto de sangre, dejar que el mundo entero se fuera al infierno encerrado en su cáscara. Esto era lo que mi huida a las islas significaba. Pero ahora comprendía que también en las islas se estaba librando aquella batalla, y que yo me encontraba envuelto una vez más en ella. ¿Es que aquella tortura no terminaría jamás, es que no podría descansar y sumirme plácidamente en la contemplación de todas las locuras de las que había conseguido salir con vida?

Cuando Alastair Morrison bajó a almorzar, tenía mejor aspecto de lo que yo esperaba. Sin embargo, noté que quizás estaba algo pálido, con poco apetito, y menos animado que de costumbre. De todos modos, se animó cuando le conté la aventura de la noche anterior, y rió a grandes carcajadas cuando le relaté nuestro encuentro con la Policía. No le expliqué directamente el resto de la historia, sino que la enfoqué desde la retaguardia, formulando a Alastair Morrison una de las preguntas que Kathleen me formuló.

-He estado pensando en lo que me pediste que hiciera con respecto a Ruarri. Y hay algo que me gustaría saber, aunque si no quieres decírmelo tampoco me voy a ofender. ¿Cuando tú mueras, heredará algo Ruarri?

-Lo heredará todo, aunque sin derecho a enajenar; es decir, tendrá el usufructo, y el patrimonio pasará a sus hijos, si es que los tiene.

-O sea que Ruarri seguramente está ya enterado de tus disposiciones testamentarias, ¿no es eso?

-No lo sé, es posible que tenga una vaga idea. En realidad no puede saberlo con toda certeza. ¿Por qué me preguntas eso?

-Pues porque he pensado que quizás, al no decírselo, estés abortando la posibilidad de que tanto él como tú paséis unos años felices.

-También podrían ser unos años de desdicha.

-Es cierto.

-Entonces, ¿por qué te planteas el asunto?

Se lo dije. Procuré no dar aspecto dramático a la cuestión, esforzándome en hacerle comprender la necesidad que Ruarri me había expresado, mis reservas con respecto a ella, y las opciones que a los dos se ofrecían. Escuchó en silencio. En determinado instante cogió una cajita, extrajo de ella una píldora que se echó a la boca, y bebió después un trago de vino. Cuando hube terminado, Alastair Morrison se quedó largo rato en silencio, con los codos apoyados en la mesa y la mirada perdida. Luego, muy despacio, en voz tranquila, comenzó a hablar de una manera que parecía pesar y medir cada palabra antes de pronunciarla.

- Creo en la Providencia. Siempre he creído en la Providencia. Lo malo es que uno nunca sabe cómo actúa hasta después de que haya actuado. Cuando uno ha aprendido un poco el funcionamiento de la Providencia, procura cooperar con ella, pero entonces se advierte cuán irónica es la creación. Uno nunca alcanza el resultado buscado. Anoche, mientras tú estabas fuera, tuve un aviso. Y no fue un mal aviso, en realidad fue una llamada a la puerta, para decirme que el tenebroso vigilante rondaba por ahí y que quizá llegara antes de lo previsto. Entonces, pensé en Ruarri. Pensé que había llegado el instante en que todo hombre agradece tener un hijo en el que apoyarse, cuando la escalera es demasiado empinada para subirla solo. Pero uno no puede llamar a su lado a un hijo al que jamás ha reconocido, con la sola finalidad de utilizarlo como muleta. Por otra parte, Ruarri tiene unos derechos que son independientes de los míos. Y estos derechos han sido conculcados durante demasiado tiempo. Ruarri es víctima de una conspiración de ocultación. Yo he sido quien ha perpetuado esta ocultación, y quien le ha dado el nombre de protección. Entonces, tú viniste acá, y yo te

impuse un compromiso que no tenía derecho alguno a imponerte. Si consideramos todo lo anterior, inevitablemente tendremos que concluir que soy un hombre muy egoísta. No es un gran consuelo para quien se encuentra en el atardecer de la vida, y muy cerca de la noche silenciosa que inevitablemente se producirá...

Mi corazón sangraba, pero nada podía hacer para ayudarle. En cierta ocasión, hacía ya muchos años, había yo recibido una dura lección inolvidable. Un amigo contrajo una enfermedad incurable. Le visité. No encontraba palabras con las que consolarle. Lo único que pude ofrecerle fue una bien intencionada actitud sencilla y vulgar. Me maldijo con fría furia: «¡El decreto de muerte está ya firmado y entregado a los ejecutores! ¡Deja que al menos dé con dignidad mis últimos pasos!» No podía ahora negar esta dignidad a Alastair Morrison. Guardé silencio, fumando un cigarrillo y tomando sorbos de coñac, hasta que Alastair Morrison prosiguió.

-Desde luego, uno puede siempre dejarse embargar por los sentimientos de culpabilidad. Uno desea que venga alguien y le diga que ha sido perdonado. Pero uno no puede quedar perdonado, sin hacer antes el debido acto de reparación, o si el perjudicado no cancela la deuda que uno no puede pagar.

-El perjudicado no puede cancelar la deuda cuando ignora el nombre del deudor. Además, estás hablando en unos términos muy limitados, ¿no crees?

-¿Limitados? ¿Qué quieres decir con eso?

-No has hablado más que de crédito y deuda, faltas y perdón, ¿y por qué no has hablado del amor?

La palabra le sobresaltó. Casi pareció que hubiera dicho una obscenidad.

-¡Santo Dios! ¿Crees que el amor es posible ahora?

-Sí. Tu hijo es un hombre de indudable altura (y también es un pícaro, en cierto aspecto), pero tiene altura y espíritu, y una tremenda vitalidad que le impulsa a coger la luna. ¿Por qué no le invitamos a esta casa, y juzgas por ti mismo? Le debo una invitación. Yo le invitaré.

De momento, no contestó. Examinó mi propuesta cuidadosamente, dándole vueltas y más vueltas, como si esperase encontrar en ella algo que le permitiera rechazarla. Al fin dijo:

-De acuerdo, invítale. Y dile que venga con una amiguita, si quiere. Y tú invita también a Kathleen McNeil. Si tienes sentido de la ironía, será una cena muy interesante.

-Es posible que te lleves una agradable sorpresa.

-¡Que el Señor cuide mis palabras en esa noche, muchacho! Y ahora, ¿quieres hacerme el favor de largarte, antes de que me ponga en ridículo ante ti?

Metí una caña de pescar y un par de botas de goma en el automóvil, y me fui a Stornoway. Tenía que hacer unas cuantas compras, y, al regresar, pensaba pescar un poco en las aguas de los alrededores de Leurbost, en donde podría escuchar el canto de calandrias y mirlos mientras pescaba. De todos modos, me alegraba la idea de pasar unas horas en soledad. Comenzaba a sentirme nervioso otra vez, irritado por el contacto con un grupo; cerrado de individuos inteligentes y con intensos sentimientos. Después de las primeras oleadas de optimismo provocadas por los espacios libres y la novedad, padecía las consecuencias opuestas del síndrome de las islas, es decir, una sensación de aislamiento, de monotonía en el escenario, de exclusión y de alienación. Para los espíritus en desorden no hay Edén duradero, sino tan sólo breves instantes, huidizas armonías.

Primeramente, me dirigí a una librería. Quería comprar una gramática y un diccionario celtas. La pecosa muchacha detrás del mostrador me miró con la boca abierta, igual que si le hubiera pedido un cargamento de rocas lunares. Desde luego, hablaba el celta, pero en su vida había visto un libro en este idioma. Quizá lo más aconsejable fuera que escribiera al Ministerio de Educación, y que diera un paseo hasta las oficinas de la Sociedad de Estudios Celtas, que seguramente estarían abiertas. ¿Música celta? Eso, en la tienda de televisores, a la vuelta de la esquina. No, ella no era lo que se 'dice una entusiasta de esa música, no señor. Sí, la tocaban de vez en cuando en los conciertos, pero nunca en los bailes. También la tocaban

en los festivales folklóricos. Sí, porque ahora interesaba mucho más la música de los Beatles y de los Rolling Stones, así como el soul, esas cosas, ¿sabe usted? Le dije que sí, que efectivamente lo sabía, lo cual parecía despertar en la muchacha ciertas esperanzas de que, a fin de cuentas, no estuviera loco de remate.

Tampoco encontré discos de música celta. Sin embargo, pasé una instructiva media hora en compañía de un viejo anticuario que me vendió un regalo para Kathleen McNeil, consistente en un relicario con fina cadena de oro. El anticuario me dijo que no tenía demasiados clientes. Las mejores cosas siempre eran exportadas de las islas e iban a parar a Edimburgo y a Londres, ya que en las islas no había afición, ni tampoco el dinero suficiente, para comprar antigüedades. Allí la gente vivía de tejer y pescar, pero el dinero ganado regresaba siempre a las grandes islas de donde venía, en forma de barriles de cerveza vacíos, y, por otra parte, la televisión creaba el descontento entre los jóvenes, quienes ya no se avenían a vivir al modo tradicional. Sí, evidentemente, Leverhulme encontró la gran solución, pero iba por lo menos medio siglo adelantado a su tiempo. Bueno, ahí estaba ese joven, Ruarri Matheson, que tenía grandes ideas y que hablaba con gran entusiasmo, pero su pasado era una grave rémora para él, y aun cuando gastaba el dinero como un manirroto, nunca conseguiría lo que se proponía. En las islas la gente era orgullosa y tozuda - el anticuario procedía de Barra, y se había casado con una mujer de la isla-, y le molestaba que alguien le diera lecciones que iban en contra de la tradición. Dijo que si no me importaba pagar un poco más, me proporcionaría una cajita en la que guardar el relicario. A las mujeres les gustan esos detallitos, ¿verdad? Pagué el precio -que no fue bajo ni mucho menos, si tenemos en cuenta la alegada atonía del mercado-, salí a la estrecha calle, y me dirigí al puerto.

Algo ocurría allí. Vi una ambulancia en el muelle, y un grupo de curiosos a su alrededor. A un carguero alemán le había explotado una de las tuberías de las calderas, y dos maquinistas habían sufrido quemaduras de consideración. La lancha de socorro se encargó de ir a recoger a los heridos. Me dijeron que los accidentes de este tipo solían ocurrir. Eran normales. Siempre hay accidentes en la mar. Allí todavía se recordaban los malos tiempos de la guerra, cuando las lanchas rápidas actuaban, y no pasaba semana que a las islas no llegara algún desdichado con los pulmones llenos de gasolina, o con miembros volados, o despellejado de cabeza a pies. En el libro registro del hospital constaban apellidos de hombres de todas las naciones del mundo, y algunos de ellos murieron y fueron enterrados en la isla, amigos y enemigos juntos, hermanados por el mar amargo.

Cuando la lancha de socorro se acercó al muelle, el sonido de las conversaciones y comentarios se hizo más intenso, y luego cesó, mientras los heridos, atados con correas a las camillas, cubiertas las manos y la cara con unas gasas, eran transportadosa tierra. El médico, tipo corpulento, incongruentemente vestido con n traje de tweed y calzado con amarillas botas d e pescador, subió a la ambulancia, en la que ya se encontraban los heridos, y así terminó el drama del día. Mientras la multitud s e dispersaba, oía 1. voz de una mujer que decía a una amiga:

- Por lo menos, mi Jamie ha conseguido una beca. A éste no se lo llevará el mar.

Estas palabras sonaron a mis oídos casi como una invocación. Todas las mujeres odiaban al mar. Luchaban contra el mar igual que 1. s viejos misioneros luchaban contra los demonios, con oraciones y exorcismos. A veces, las mujeres ganaban la batalla, pero su victoria se tornaba amarga cuando sus hombres se rebelaban al ver incumplidas sus esperanzas, y llegaban los largos días invernales, sin trabajo. A veces, las mujeres perdían la batalla, debido a que el señuelo del mar era demasiado atractivo, ya q e los hombres, cansados del duro trabajo en las tierras estériles, se dejaban seducir por las promesas de ganancias y aventuras, por la seducción de las experiencias exóticas, lejos de la vigilante mirada de sus mayores y del pastor. Pero, victoriosas o derrotadas, viudas o en espera, todas quedaban hermanadas por e miedo y el odio al mar. Incluso las jóvenes y casquivanas confesaban que no recibían con calor a los marineros que volvían para o asar una temporada en casa. Todas

Librodot

querían a sus hombres en el hogar, seguros en cama durante la noche, con o sin la bendición del clero.

Oí un grito:

-¡Eh, *seannachie*!

Allí estaba Ruarri, que me hacía señas desde la timonera. Su barco estaba detrás de otros dos, cuyas cubiertas tuve que cruzar.

Me ofreció la mano manchada de grasa para ayudarme a saltar a bordo, y después me dio una madeja de algodón para que me limpiara la mano.

-Hoy me dedico a maquinista. La manga de eje estaba floja. Pero los chicos casi han terminado ya. Este barco es el Helen I, o sea el primero de los mil barcos que tendremos con este nombre, o, al menos, esto espero. Ian, que ahora está abajo cubierto de grasa de cabeza a pies, es el patrón de este barco. Yo llevo el Helen II, que es ese que está ahí, el recién pintado. ¿Dónde está Kathleen?

-Trabajando. He venido para comprar unas cuantas cosas, y, luego, de regreso a casa, me pararé y pescaré un poco.

- ¡Narices! ¡Nada de pesca! ¡Tú te quedas aquí y te tomas unas copas conmigo y mis muchachos!

-¡Magnífico! Precisamente quería invitarte. ¿Por qué no cenamos juntos en casa de Alastair Morrison? Tú mismo decides el día. Y tráete una chica, si quieres. Yo invitaré a Kathleen.

-¡En casa de Morrison!

Soltó un largo silbido.

- Och aye! ¡Por fin el Lobo Rojo entra en sociedad! ¿Sabes que en mi vida había almorzado o comido en casa de Morrison? ¿Quién ha tenido la idea de invitarme?

-Yo. Habrá otros invitados. Y yo pago. Morrison será también mi invitado. ¿Cuándo puedes venir?

- Bueno, bueno, un poco de calma. Veamos... Mañana, al alba, salgo, y estaré dos días fuera. ¿Te parece bien el viernes?

- De acuerdo, el viernes. A las siete y media, copas. A las ocho, la cena. ¿Irás acompañado?

-Ajá, acompañado.

Sonrió con cierta timidez, y añadió:

-Sin embargo, tendré que pensar un poco, a ver a quién escojo. Ya te lo diré. Anda, bajemos, y te enseñaré lo que es un barco de pesca. Un barco de pesca de veras, y no estas balsas indignas de Ruarri, el Lobo Rojo.

Realmente, Ruarri no había alardeado en vano. En aquella embarcación se había invertido mucho dinero y mucho amor. El dinero estaba en los grandes motores diesel, y en el salpicadero de indicadores eléctricos. Llevaba radar, sonar, rumbo automático, piloto automático, y todo lo demás. El amor se hallaba en la cubierta relimpia, en los mecanismos perfectamente engrasados, en la impecable pintura, en el depósito de la pesca, limpio y sin hedor, en la admirable limpieza y orden que imperaba en todas partes, como si aquello fuera un buque almirante, y no una normal y corriente barca sardinera. También había fuerza y poder allí, en la personalidad del patrón, capaz de mandar una tripulación exhausta y hacerla trabajar más y más en la pesca, y en la primera preparación del pescado, después de haber pasado días y días luchando con el Atlántico. Ruarri quizá fuera un pillo y un pendejo para las tranquilas gentes del pueblo, pero en la hermandad de los hombres de mar se le medía según lo que era, a saber, un seguro timonel, un capitán que sabía cuidar las máquinas y cuya tripulación estaba incondicionalmente con él, dispuesta a pegarse por él en cualquier bar, desde Truro a Trondheim.

No molestaba a sus hombres la chulapería de Ruarri, su desgaire y su seguridad de mozo jaque. Los años y la mar no tardarían en suavizarle. Con dos barcas de arrastre y un yate, con sus tierras de cultivo, podía comprar y vender más que cualquiera de sus hombres.

Librodot

Sin embargo, todavía era un marinero que trabajaba como el que más, y esto le mantenía en el seno de la hermandad de los hombres de mar. No, Ruarri no era uno de aquellos malditos mercachifles y banqueros que creían que el dinero puede comprar a los hombres, cuerpo, alma y calzones, y que le dejaban a uno en la estacada cuando las casas iban mal. Ruarri era duro, era un tipo con el que más valía no enemistarse. Pero era incapaz de hablar con un hombre sin invitarle a una copa, o de contemplar con los brazos cruzados el hambre de una familia motivada por la enfermedad o las heridas de un hombre de mar.

Y si he dicho todo lo anterior, ello se debe a que escuché las palabras de muchos marineros y pescadores, en cubiertas que no eran las del Helen II. Tenía, y sigo teniendo, pocas razones para hablar bien de Ruarri, el Lobo Rojo. Y, en realidad, aún tengo buenas razones para odiarle. Sin embargo, era, y sigue siendo, un hombre respetado. Yo le rindo tributo, juntamente con todos los demás.

Tenía lo que la mayoría no tiene en nuestro montón átono mundo, a saber, sentido del estilo, y talento para los ritos. Su estilo era camaleónico, cambiante según fuera la compañía. Y los ritos eran un instrumento de poder, que utilizaba con sabio arte. «Beber con los muchachos» era un ejemplo de esto último.

Cuando los hoteles abrían sus puertas se producía un general movimiento migratorio desde los muelles a los bares. No era una estampida febril, sino una corriente constante y lenta, como la que forman las bestias de la selva al dirigirse hacia el abrevadero. Pero Ruarri no se sumaba a esta corriente. No estaba dispuesto a someterse a la indignidad de las apreturas de primera hora ante el mostrador, de los múltiples gritos pidiendo una copa. Ruarri me retuvo en su camarote hasta que la multitudinaria confusión comenzó a amainar. Después, cruzamos el muelle desierto en dirección al establecimiento que Ruarri mencionó con las palabras «mi bar», que era una modesta taberna, en un pequeño edificio de piedra, llamada «The Admiral's Spyglass».

Allí el aire estaba tan denso que podía cortarse con un cuchillo, y ante el mostrador había una multitud de tres filas de fondo. Pero todos se apartaron para dejar paso a Ruarri, y diez fornidos individuos sentados al fondo empujaron a las muchachas que con ellos estaban para dejarnos sitio en el banco, y antes de que nos hubiéramos sentado ya teníamos Ruarri y yo un vaso en la mano. Ruarri me presentó a los que formaban el grupo, diciendo que yo era «un amigo, un *seannachie* muy conocido en otras partes del mundo, y que, además, no es mal marinero». Luego, mientras mis nuevos amigos me iban estrechando la mano con gran vigor, Ruarri dio una orden:

-Hoy hablaremos en inglés porque entre mi amigo y yo no hay secretos, y aún no ha tenido tiempo de aprender nuestro idioma.

Le agradecí la cortesía, por cuanto nada hay tan desconcertante como el hábito celta -muy arraigado en las islas, pero todavía más en el país de Gales- de aislar al forastero cuando más interesante se hace la conversación.

Advertí que allí había una muchacha asignada a Ruarri. Era una rubia pechugona, con peinado ahuecado, labios sensuales, y una expresión extremadamente posesiva en los ojos. Me pregunté si aquélla sería la muchacha que Ruarri llevaría consigo a la cena en casa de Alastair Morrison, aun cuando no tuve la menor duda de que aquella chica había pasado más de una noche en casa de Ruarri. Ruarri se había sentado al lado de la muchacha, con el brazo alrededor de los hombros, la besaba cuando le daba por ahí, y bebía en el vaso de la chica cuando ésta se lo ofrecía. Los vasos se vaciaban con pasmosa rapidez. Cada uno de los presentes tenía que pagar una ronda, y cuando los vasos llevaban ya demasiado tiempo vacíos no faltaba quien dirigiera una agria advertencia al remolón. La conversación estaba salpicada de palabras gruesas e injuriosas que a nadie parecían ofender. Esto último formaba también parte del rito. Se trataba de una conversación de hombres en un lugar de hombres, y las mujeres tenían que aguantarse o largarse.

Ruarri se comportaba como un consumado actor en la interpretación del papel que se había asignado a sí mismo. Competía con ellos copa a copa, bromazo a bromazo, y todos

parecían adorarle. Los muchachos se partían de risa cuando Ruarri contaba una historieta, y no había allí ni una sola muchacha que no se hubiera desnudado inmediatamente en caso de ordenárselo Ruarri con un chasquido de los dedos. Sin embargo, a pesar de tanta bulla, Ruarri iba dando órdenes acerca de provisiones que se debían comprar, documentos a recoger en la comandancia del puerto, el envío de un telegrama, el aviso a un marinero ausente... Ruarri les tenía bien adiestrados. Advertí que al recibir la orden, los hombres se la apuntaban en un bloc, y que todos los blocs eran iguales. Y un desdichado que había olvidado el bloc, fue objeto de graves injurias y tuvo que ir a buscarlo. Se habló del trabajo realizado en las tierras, y de la pesca del día siguiente. Entonces, alguien abordó el tema del viaje a Noruega. Esto me impulsó a aguzar el oído, pero Ruarri abortó la conversación frunciendo el ceño, y pronunciando una breve frase en celta. Sin embargo, en aquellos momentos había mucho ruido en el bar, y uno de los muchachos no oyó las palabras de Ruarri. El muchacho soltó una gran carcajada, y gritó:

-¿Qué dices, Ruarri? Esto será una buena patada en el hígado para los malditos tipos del Ulster.

Lo que ocurrió a continuación es algo que sólo puedo relatar a cámara lenta, sin expresar debidamente la rapidez con que pasó. Ruarri saltó como un gato. Cogió entre sus dedos la nariz del muchacho, oprimiendo lateralmente hueso y cartílago, de modo que el chico tuvo que levantarse del asiento y caer de rodillas. Y en el mismo instante todo el grupo se puso en pie, ocultando así a la vista de los restantes concurrentes lo que ocurría. Entonces, Ruarri atizó una patada en el plexo solar del muchacho, cortándole la respiración. Antes de que el muchacho cayera al suelo, dos de sus amigos habían ya pasado los brazos por debajo de los sobacos, y lo estaban sacando del bar, como si estuviera borracho. Luego, todos se sentaron otra vez, y Ruarri, riendo, gritaba a las camareras:

-¡Los demás estamos serenos, muchachas! ¡Otra ronda, y un doble para nuestro amigo, el *seannachie*! ¡Anda un poco rezagado!

Todo había ocurrido como en una operación de comando, como algo que se ve y no se cree. Segundos después, los chicos estaban riendo a grandes carcajadas, y las muchachas parloteaban, y los que bebían en el mostrador permanecían impávidos, sin pestañear siquiera. Yo sabía que Ruarri esperaba que hiciera algún comentario o que reaccionara de algún modo. Pero yo antes hubiera reventado que darle esta satisfacción. Cogí el vaso, brindé por los presentes, pagué una ronda para corresponder, y quedé libre para irme.

Ruarri me acompañó hasta la puerta y salió conmigo a la calle desierta, en donde se detuvo.

-Bueno, entonces, hasta el viernes, *seannachie*. A menos que quieras cancelar tu invitación...

- Te espero el viernes, Ruarri.

- Procuraré cuidar mis modales.

- No es preciso que me lo digas, me consta que lo harás. Sonrió, pero no con arrogancia, sino a la defensiva y con cierta tristeza.

-Tú mismo me llamaste «señor de las islas». Ya habrás podido ver lo que hay que hacer para ostentar el título.

Mientras me dirigía en mi automóvil hacia Laxay en el largo atardecer, con el aire oliendo a brezo, me di cuenta de que estaba sosteniendo una lucha interior. El acto de violencia presenciado en la taberna me había sublevado. Y lo que me sublevaba todavía más era la humilde aprobación que yo estaba dispuesto a dar a este acto.

Siempre he odiado al bruto que abusa de su fuerza. En mi infancia, fui objeto de brutalidades de este tipo. Odio la brutalidad. En la guerra, me harté de los actos de brutalidad cometidos por mis camaradas y por el enemigo. La tortura me repele. Todavía tengo pesadillas cuando leo alguna noticia acerca de torturas, noticias muy frecuentes en estos tiempos de salvajismo. Recuerdo mis terrores nocturnos durante la guerra del Pacífico. Pensaba que podía ser capturado en el curso de una operación de patrullas, y recibir el trato a

que fue sometido un amigo mío, a quien un cirujano japonés abrió el pecho y extrajo el corazón para obligarle a decir dónde estaban situados los puestos de observación de la costa. Si al término de una vida que no ha sido demasiado noble, algún derecho tengo a la clemencia, este derecho hallará su base en que siempre he corrido cuantos riesgos han sido precisos para oponerse a la tiranía, sea pública, sea privada; que estoy incondicionalmente en pro de la libertad de todos los hombres a proclamar sus creencias públicamente, sin ser atacado siquiera por aquellos que disienten de él; y que nunca he puesto mi pluma al servicio de un embustero, ni he dado mi voto por razones de interés personal.

Sin embargo... Ahora me entregaba a la secreta y perversa admiración de un calculado acto de crueldad. ¿Por qué? A pesar de la confusión en que mi mente se encontraba en aquellos momentos, sabía que esta pregunta era de radical importancia para í. ¿Acaso carecía yo del puro valor animal para llevar a cabo un acto semejante? A esta pregunta tenía que contestar afirmativamente. Carezco de las cualidades del héroe. Me he visto n el trance de mandar a otros hombres; sin embargo, he basad • mi mando en la habilidad, a veces en el superior conocimiento, pero nunca en la cualidad o la postura de la valentía. ¿Había que tener en cuenta el factor disciplina? ¿La instantánea decisión de proteger al grupo, a la familia, contra el miembro que cometía una aberración? Aceptar el mando implica aceptar la confianza en uno, y no tolerar que otro, o uno mismo, la quebrante. Sí, la respuesta también era afirmativa. Sin embargo, no bastaba. Tenía que haber otra razón. Pero yo me inhibía ante esta razón, retrocedía como el caballo remiso a saltar cuando se encuentra ante el foso.

Por fin tuve que enfrentarme con la verdad, ya que no tenía confidentes a quienes contar la historia y dejar que su juicio me absolviera. Alastair Morrison estaba enfermo, y yo había asumido el deber de reconciliarle con su hijo, en el caso de que la muerte le acechara. Tampoco podía hablar con Kathleen McNeil, no fuera que volviera a acusarme de sentir celos.

Ahí estaba la respuesta: celos. Sí, los celos y el conjunto de personales inseguridades concomitantes. Admiraba a Ruarri y le odiaba. El era todo lo que yo no era. Incluso sus vicios triunfaban sobre mis débiles virtudes. Para recobrar mi dignidad, para proteger a Kathleen McNeil de la evidente atracción de Ruarri, yo tenía que enfrentarme con él. Y en este enfrentamiento tenía que utilizar tácticas de todo género, por rastreras que fuesen.

Para usar estas tácticas tenía que justificarlas, tenía que demostrar que eran buenas por ser, al menos, necesarias.

Aquel momento de clarividencia, en el camino de Stornoway a Laxay, fue el momento en que me traicioné a mí mismo. Veía la proposición con tanta claridad como cualquier casuista pudiera verla. Pero, a pesar de todo, consideraba que era falsa, baja e inmoral. Sin embargo, la acepté. Una vez decidido, quedé en estado de serenidad, tan sereno como el francotirador que apunta con su arma desde la copa de un árbol, y sabe que en el instante siguiente matará su propia imagen.

Librodot

VI

El Ruarri que vino a cenar la noche del viernes era un hombre diferente, al que yo nunca había visto. Iba vestido al modo tradicional escocés, y llevaba tal atuendo con verdadero aire de señor de las islas. Desde los zapatos de hebilla., pasando por el faldellín, hasta los encajes del cuello, con aguja de oro, presentaba el brillante y elegante aspecto de los escoceses que se ven en los anuncios de los más caros whiskys. Incluso sus modales eran diferentes, y quienes no le hubieran conocido antes no habrían adivinado el cambio. Habló cortés y respetuosamente con Morrison, tranquilo y correcto con Kathleen y conmigo. Un poco más y se habría podido decir que exageraba.. Pero no era así, ya que Ruarri se comportaba en el justo tono, lo cual era una muestra de respeto a la casa que visitaba. por vez primera.

La mujer que le acompañaba también constituyó una sorpresa. No era una campesina, sino una auténtica belleza irlandesa, cabello rojo, ojos verdes, cutis como melocotones y leche, suave acento de Dublín, y modales en consonancia. Según la carta de embarque de Ruarri, la mujer se llamaba Maeve O"Donnell. Criaba caballos de carreras en el Eire para ganar bolsas en Inglaterra y Francia. Lo que aquella mujer hacía en las islas, y cómo Ruarri se las había arreglado para conocerla, eran materias que quedaron en una cortés vaguedad.

Alastair Morrison quedó impresionado. Yo también. Kathleen McNeil se mostró amable pero desinteresada, lo' cual estimé beneficioso para mis intereses particulares. Incluso, la vieja Hannah quedó tan sorprendida que se salió de su habitual discreción.

Iba Hannah de un lado para otro con una bandeja de canapés, cuando se quedó petrificada, miró a la pareja desde la cabeza hasta los pies, y expresó su pasmada admiración:

-¡Que el Señor tenga piedad de nosotros y nos proteja! ¡Pero si es el mismísimo príncipe Charlie que llega de los mares! Tu gusto ha mejorado mucho, Ruarri Matheson. Espero que tengas la sensatez de saber conservar a esta belleza.

Estas palabras nos liberaron de la tensión que nos dominaba. Ahora ya podíamos reír y divertirnos. Yo me encargué de servir las bebidas, a fin de que Morrison pudiera encauzar la conversación. Aquella noche, Morrison tenía mejor aspecto. Durante la tarde había descansado, tenía buen color, y, a pesar de la tensión interna, se las arregló para presentar apariencia de calmada cortesía ante los invitados. Nada había dicho yo a Kathleen McNeil de la enfermedad de Alastair Morrison. Había justificado la cena, ante Kathleen, diciéndole que era una devolución de la cortesía que Ruarri había tenido para con nosotros al dejarnos pasar la noche en su casa.

Ahora, al relatar aquella reunión, mi temeridad al organizarla me parece increíble. Un padre y un hijo, el primero sabedor de la relación, el segundo ignorándola; e hijo y yo, rivales para la consecución de una mujer; la mujer, libre de todo compromiso con uno o con otro, y yo albergando un secreto que podía constituir un arma para conquistarla; Maeve O'Donnell, importada de un territorio de la vida de Ruarri que nadie conocía. Básicamente, mis intenciones al organizar la cena eran buenas -todavía tengo este consuelo-, pero la mezcla era explosiva, y me parece increíble que no explotara en el curso de los primeros diez minutos.

Estuvimos todos un tanto inseguros en las primeras fases de la conversación, pero tan pronto tuvimos las copas en la mano y el fuego empezó a calentarnos, comenzamos a comportarnos con naturalidad, por lo menos con la naturalidad propia de gente que procura abandonar una ficción, con la esperanza de encontrar la verdad. Ahora tengo recuerdos muy vagos de lo que allí se dijo, pero los rostros y las actitudes están vívidamente impresos en mi memoria. Morrison, reclinado en el sillón, revuelto el blanco cabello de las sienes, hacía preguntas a Ruarri acerca de sus planes y proyectos. Ruarri, sobrio y deferente, se los explicaba basándose en hechos concretos y dando cifras, todo ello con impecable sentido común. Las dos mujeres charlaban tranquilamente de modas y viajes, con la inevitable

sorpresa de tener algún que otro amigo común. Yo, retraído, escuchaba a medias, toqueteaba el relicario que llevaba en el bolsillo, y me esforzaba en encontrar la fórmula verbal con que ofrecerlo a Kathleen. La cena sería larga. Los manjares de Hannah y los vinos de Morrison nos liberarían de los formalismos. Maeve O'Donnell también contribuiría a ello. i no me equivocaba, era mujer demasiado vital para pasar el resto de la velada a la sombra de otra mujer. Sabía algo más que las ora iones cotidianas, y también había leído algo más que el Anuario de Carreras de Caballos y los suplementos dominicales de los diarios.

A la hora de sentarnos a la mesa surgió un pequeño problema. Yo era el anfitrión, y Morrison sostuvo que debía sentarme a la cabecera de la mesa. Yo le dije que tenía el privilegio d e decidir en las cuestiones de protocolo, y le obligué a sentarse en su silla habitual, con las mujeres a uno y otro lado. Yo me senté al lado de Maeve O'Donnell, teniendo a Ruarri frente a mí. ¡Morrison rezó la oración de gracias, y vi que la O'Donnell se santiguaba, lo que me reveló la Iglesia a que pertenecía, pero nada cierto me dijo acerca de su virtud.

Ante mi sorpresa, Ruarri consiguió decir una frase de galana cortesía

-Es la primera comida bendita que tomo en mucho tiempo.

Morrison se mostró halagado ante estas palabras, y yo me alegré. Pero Hannah, que estaba sirviendo el caldo, no renunció a su privilegio de efectuar un comentario.

-Pues no deja de ser una vergüenza, joven.

Morrison puso ceño, pero Ruarri se rió, diciendo:

-Si aceptas guisar en mi casa, te bendeciré tres veces al día, Hannah.

No dio Hannah respuesta a estas palabras, pero en sus astutos ojos negros apareció el brillo de la aprobación.

Sin embargo, Ruarri añadió un imprevisto comentario.

-Quizá parezca extraño, pero hay momentos en. que no me molestaría tener el ancla echada en alguna Iglesia. No la de los Libres no, ésos no. Sino la de los griegos o los católicos. Parece que ésos tienen más experiencia en el trato con tipos, como yo.

¿Era una burla o una confesión? Con un hombre tan astuto no había manera de saberlo. Fue Maeve O'Donnell quien le contestó, dejándole en el lugar que se merecía.

-Irlanda es tu país, Ruarri. Eres un buen bebedor, y hombre que no tiene prisa en casarse. ¿Quién sabe? Quizás en Irlanda terminarán ordenándote sacerdote.

-¡En este caso te contrataría como ama de llaves!

-¡Antes que aceptar preferiría venderme en el parque Phoenix!

-Por lo menos serías una mercancía mucho mejor que ese penco que intentas venderme.

-Este penco, como tú le llamas, Ruarri Matheson, ganará el Curragh, el próximo junio, y entonces llorarás de rabia.

Ahora ya estábamos liberados, reíamos y nos sentíamos seguros, y yo comencé a sentirme a mis anchas. Recordé a Alastair Morrison aquel jockey club de Bangkok, en el que todas las carreras estaban amañadas, y en el que cabía la posibilidad de ganar grandes fortunas si uno era amigo del príncipe adecuado, en el día adecuado, o amigo de la amante del comerciante chino a quien tocaba ganar la carrera. Desde Bangkok fue fácil saltar a Chiengmai, y, cuando sirvieron el salmón, Morrison estaba plenamente entregado al relato de su vida en exóticos países. Me gustaba que Morrison hablara. Quería que Ruarri supiera qué clase de hombre era Morrison, que se enterara de sus desvelos y de su entrega, durante sus años de solitaria penitencia.

Mis buenas intenciones tan sólo sirvieron para añadir leña al fuego del infierno íntimo de Alastair Morrison. También Ruarri había estado en Tailandia. Había pasado seis meses transportando opio, en compañía de un piloto francés medio loco, a Laos. Cuando su patrón tailandés fue sustituido por otro más rico y que podía obtener servicios de transporte a más bajo precio, Ruarri tuvo que gastar una cuantiosa suma en sobornos para poder escapar del país, e ir a Hong Kong.

Librodot

Ruarri no relató esta anécdota a modo de alarde, sino con amargo sentido del humor, como una anécdota más en la larga lista de locuras de un mozo jaque que tuvo ocasión de darse cuenta de que el mundo está lleno de gentes todavía peores que él. Lo gracioso de la historia radicaba en que Chiengmai había sido cuartel general de los contrabandistas de opio, por lo que padre e hijo estuvieron más de una vez a medio kilómetro de distancia tan sólo.

No osé mirar a Morrison. Procuré desviar la conversación hacia terrenos menos peligrosos, y contar los problemas con que me tropecé cuando intenté escribir un libro sobre el Vietnam.

En esta ocasión, conseguí mis propósitos gracias a Maeve O'Donnell, quien me preguntó por qué razón no había escrito un libro sobre Irlanda. Realmente, yo estaba preparado para responder a esta pregunta. Todo irlandés al que he conocido me ha ofrecido más de veinte argumentos y me ha confiado la misión de decir la verdad sobre la tierra de mis antepasad c», concretamente por parte de madre.

-Pues te lo diré con mucho gusto, Maeve. Irlanda es un país encantador. Y si en él todas las mujeres fueran tan hermosas como tú, sería la antesala de la gloria eterna. Pero desde que tenía yo la altura de un perro sentado, expresión que mi abuelo utilizaba tan a menudo que llegó a repelerme, no hicieron más que hablarme de Irlanda, tanto si me gustaba como si no, y acabé hasta aquí de sus santos, sus sabios, sus vírgenes, sus mártires, Brian Boru, Oliver Cromwell, la gran hambre, los fenianos, Parnell, Daniel O'Connell, Clarence Mangan, Tommy Moore, Maud Gonne, el alzamiento de Pascua, los negros y los tostados y la IRA. ¿ Quién necesita mi pluma, cuando los irlandeses tienen todo lo dicho, sin olvidar, de propina, a Bernard Shaw y a Jimmy Joyce?

Maeve O'Donnell no se dio por vencida. Mi sentido del humor la dejó impertérrita. Había en sus ojos verdes una chispa de pugnacidad, y en su dulce voz dublinesa resonancias de acero, cuando dijo:

-¡Todo esto está pasado! Hablo de ahora. Volvernos a estar en guerra civil. ¿Es que no lees los periódicos?

Fue Ruarri quien me sacó del apuro, y, al mismo tiempo, dejó airosa a la dama.

-La verdad es, Maeve, que nuestro amigo es absolutamente incapaz de leer ni una sola línea de letra impresa. Es un *seannachie* como los de los viejos tiempos. Trabaja gracias a su prodigiosa memoria y a los servicios de lindas muchachas que escriben lo que él les dicta. Según me han dicho, luego las seduce a todas.

¡Este era el Ruarri que yo conocía! Y una sola mirada a Alastair Morrison bastó para convencerme que sentía más simpatía hacia este Ruarri que hacia el elegante caballero con aspecto de anuncio de whisky.

Entonces, Maeve O'Donnell demostró también su donaire, no sin peligrosas aristas.

-¡Vaya, vaya...! Jamás lo hubiera dicho. Tiene una apariencia tan correcta... ¿No tendrás intenciones de casarte con él, Kathleen?

Sencillamente, dulce como la miel, Kathleen repuso:

-Me ha pedido en matrimonio, pero yo le he dicho que no le aceptaré hasta que haya aprendido a escribir, por lo menos, lo suficiente para llenar un cheque.

El asado y la vieja Hannah, sirviéndolo con el oído aguzado para enterarse de cuanto escandaloso se dijera, nos salvaron de los peligros de aquella conversación.

Mientras cortaba aquella montaña de carne de buey, Alastair Morrison inició otra conversación.

- Ruarri, me consta que eres hombre de negocios que invierte dinero. Ya sabes que el Gobierno da créditos para desarrollar la industria turística. Si fueras propietario de una finca como ésta, ¿qué harías con ella?

-¿Con las tierras y los derechos de pesca anejos?

-Naturalmente.

- En primer lugar tendría en cuenta que la temporada es corta y variable, lo cual significa que hay que ganar el dinero en tres meses, tal como hacen en el Mediterráneo. El

resto del año habría que cerrar, y preparar la próxima temporada. En cuanto a la casa, la transformaría. Pondría un apartamento para el administrador, y el resto lo dedicaría a cuartel general, es decir, comedor, bar, sala de televisión, y un lugar tranquilo en el que los viejos pudieran leer y escribir postales. Antes, me iría a Suecia; no, mucho mejor, a la Alemania Oriental o a Polonia, y allí encargaría la construcción de casitas de madera, según diseño de mi gusto, acorde con el paisaje y el clima. Serían casitas prefabricadas. Las pondría a lo largo de la costa. También en los países dichos compraría barcas, tantas barcas como casitas, con motor fuera borda. Los alquileres serían altos, y la comida y las bebidas serían caras. Firmaría contrato con una agencia de viajes queme garantizara la contratación del noventa por ciento de las casitas.

Con el cuchillo y el tenedor en el aire, interrumpiendo su labor de cortar la carne, Morrison le preguntó:

- ¿Te molestaría que te preguntara una cosa, muchacho? Lo que acabas de decir, ¿se te ha ocurrido ahora, o ya lo tenías pensado?

- Lo he pensado siempre que he pasado por delante de esta finca.

- ¿Te gustaría comprarla?

- Si tuviera el dinero, firmaría el cheque en este mismo instante. Pero no lo tengo. Andaré escaso de capital durante los próximos doce meses. Sin embargo, y hablando totalmente en serio, me gustaría tener derecho de tanteo.

-He hablado totalmente en serio, muchacho. Ahora no quiero vender, pero no creo que tarde en llegar el momento. Y me gustaría hablar contigo del asunto.

-Estoy a su disposición.

Mi Kathleen habló con gran franqueza, y me alegró que esta franqueza afectara a Ruarri, y no a mí.

- Me parece repugnante que un lugar tan bonito como éste quede estropeado.

Ruarri la miró impaciente.

-¿Estropeado, dices? ¡Vamos, vamos, muchacha! Si las casitas están bien construidas y son acordes con el paisaje, nada quedará estropeado. Las islas se mueren. Antes de media generación estarán muertas, frías como la piedra, si no atraernos gente a ellas. El turismo es lo único que puede lograr que vuelvan a las islas todos los que se fueron de ellas. Sí, porque necesitaremos albañiles, jardineros, cocineros, camareros, camareras, carniceras, panaderos, y todo lo demás. Ahora no puedo vender una langosta a Londres, si no pesa más de veintiséis onzas. Saco a montones langostas que no dan este peso, y no hay quien me las compre. ¡Dame un buen cocinero y un buen comedor, y los turistas pedirán langosta como locos, a precios de Nueva York!

- Esta argumentación carece de validez en nuestros días. Ante todo hay que pensar en el equilibrio de la manera de vivir, y en todo lo que se pierde para siempre, cuando este equilibro queda alterado sin tener en cuenta el futuro. Esta es la última y más horrorosa consecuencia de la ética puritana. El trabajo es sagrado. El dinero no es la llave que nos da entrada a una nueva tierra y a un nuevo cielo.

- ¡Pues si no lo es, poco le falta! El dinero es lo que nos mantiene vivos, lo que nos eleva, y lo que nos proporciona variedad. El dinero compra la libertad. Gracias al dinero eres médico, Kathleen. El dinero transformó los desiertos en tierras de cultivo. El dinero puso a los hombres en la Luna. El dinero es lo que evita que nos transformemos en grises gusanos que se ocultan bajo la tierra en busca de protección.

Kathleen repuso con gran sequedad:

-También están los que nunca tendrán dinero, y éstos forman la mayoría de la Humanidad. Están los que sólo piden comida, cobijo y dignidad. ¿Qué lugar corresponde a éstos en tu mundo?

El reproche implícito en estas palabras afectó profundamente a Ruarri, quien contestó con brusquedad:

- No lo sé. No nací rico. No me enseñaron a ser rico gratuitamente.

Librodot

Maeve O'Donnell intervino en la conversación.

- ¡Y un cuerno! En tu vida has pasado hambre, Ruarri Matheson, y no tienes razón alguna para dártelas de héroe. Lo que pasa es que adoras el dinero. Y yo también lo adoro, de acuerdo. Pero no tienes por qué inventarte todo un evangelio sobre el asunto.

Por un instante pensé que Ruarri iba a estrangularla. Pero, en el instante siguiente, Ruarri reía a grandes carcajadas, como si Maeve O'Donnell acabara de decir la frase más graciosa pronunciada desde los tiempos de Rabelais. Ruarri dijo:

-¡Tiene razón, sí señor, tiene razón! ¡Válgame Dios, y perdone usted, míster Morrison; esa mujer sabe de mí mucho más de lo que yo mismo sé! Y ésta es una de las razones por las que nunca me casaré con ella, aunque viva un millón de años. ¿Saben a qué se dedica esta mujer, este ser dulce y elegante que tienen ante ustedes? Pues cría caballos y los vende a príncipes y potentados; en los períodos de elecciones hace propaganda electoral, y, en los ratos libres, fomenta la insurrección civil...

Alastair Morrison gritó:

- ¡Y si yo tuviera veinte años menos, no dudaría un instante en casarme con ella!

Maeve O'Donnell le aconsejó:

- ¡Pues aproveche la ocasión y declárese ahora, míster Morrison, que estoy de un humor muy propicio!

Se estaban diciendo cosas muy atrevidas, y pensé que igual podía echar mi cuarto a espadas y probar suerte arriesgando lo mismo que los otros. Por lo tanto, hice una llamada al orden, y les solté un pequeño discurso.

-Ya que hablamos de matrimonio, señoras y señores, recordemos que Kathleen McNeil ha anunciado que yo la había pedido en matrimonio. Por otra parte, Ruarri Matheson ha dicho que yo no sabía leer ni escribir. Por lo tanto, voy a repetir mi oferta, y dejar públicamente un pequeño depósito en muestra de mi buena fe.

Me levanté, rodeé la mesa, y dejé la cajita abierta, con el relicario, ante Kathleen. No sé si ustedes se entregan a pequeñas supersticiones, pero sí puedo decirles que en aquel momento me dije que si Kathleen se ponía el relicario, yo conseguiría mis propósitos, pero que si lo devolvía a la cajita estaba perdido. Tuvo el relicario largo rato en sus manos, mirándolo por todos lados, acariciando su superficie, tocando la cadenita, suave como trencilla de seda. Yo estaba a su espalda, y no podía ver su rostro. Alzó el relicario para que yo lo cogiera, y dijo:

- ¿Puedes ponérmelo?

Cuando se lo hube colocado alrededor del cuello, me atrajo hacia ella y me dio un beso en los labios, con ternura y tiempo suficiente para gozar de él.

-Muchas gracias, mo gradh... Gracias por el regalo y por tu amor.

Alastair Morrison esbozó una sonrisa de aprobación y levantó el vaso.

-¡Brindemos!

Maeve O'Donnell lanzó un suspiro digno de u n ensayo para interpretar el papel de Deirdre de los Dolores, y dijo:

- Ha sido un momento extraño y hermoso.

-Yo me encargo del brindis -dijo Ruarri, el Lobo Rojo, quien acto seguido, lo pronunció- : Brindemos por el día en que el *seannachie* firme el acta de matrimonio en el registro.

Me eché a reír y dije:

-¡Amén!

Pero deseé que se muriese en aquel mismo instante. A pesar de mis deseos, Ruarri no se murió, y, a juzgar por las apariencias, le faltaban aún muchos años para ello.

De todos modos no lo pasábamos mal, ni mucho menos. La cáscara protectora de nuestras personalidades se estaba resquebrajando. Había miradas brillantes y sonrisas. La cena seguía animada, y Morrison la estaba gozando.

Y entonces, ¡malditos sean sus verdes ojos!, Maeve O'Donnell dejó caer una cerilla en el depósito de la pólvora. Apenas me había vuelto a sentar, cuando Maeve O'Donnell se inclinó hacia Kathleen, y dijo:

- ¡Qué cosa más rara! ¡Acabo de darme cuenta en este preciso instante!

-¿De qué se trata?

-Ruarri y el doctor Morrison. Se parecen una barbaridad.

En aquel instante di gracias a Dios por no haber dicho ni media palabra del asunto a Kathleen, ya que reaccionó con toda normalidad como una persona a quien se invita a advertir un parecido que no se nota de buenas a primeras. Kathleen miró a uno y a otro, y, dubitativa, dijo:

-Pues sí, algo se parecen. Quizás en los ojos, y en los huesos de la cara... Pero nunca me hubiera dado cuenta.

Maeve se dirigió a mí.

- Hay que tener en cuenta que Ruarri tiene el cabello rojo... Ahora bien, si le quitamos la barba...

Ya había tenido tiempo de recobrarme de la sorpresa. Como un comediante fingí que inspeccionaba los dos rostros, mientras me maravillaba de que Morrison pudiera seguir sentado y sonriente, al mismísimo borde de la catástrofe. Entonces, decidí salir por la tangente mediante una ingeniosidad.

O estás muy enamorada de él, o debes ir inmediatamente al oculista. Lo que la fea cara de Ruarri recuerda es uno de esos anuncios que pone la Policía con las palabras «Orden de busca y captura».

Morrison siguió mi juego con gallardía.

- No tolero que se insulte a mis invitados. La verdad es que soy un experto en genealogía. En la familia de los Morrison las mujeres eran bellas y los hombres inteligentes. En cambio, en la familia de los Matheson ocurría exactamente lo contrario. Sin embargo, se daban notables excepciones en ambas familias.

Ruarri escondía sus pensamientos detrás de su fácil sonrisa. Era capaz de interpretar papeles de todo género. Se acercó a Kathleen y puso la cabeza sobre su hombro, con la expresión del triste payaso que necesita ser consolado de las crueldades del mundo, y dijo:

-Y, según esta clasificación, ¿qué soy, Kathleen oge?

-¡Tú estás exactamente en medio! Eres moderadamente inteligente, moderadamente guapo, y lamentablemente terco.

- ¡Dame un beso! Tienes la sabiduría de Salomón y la belleza de la reina de Saba. Lástima que malgastes estas dos cualidades en este señor que está ahí.

Miré a Morrison. Me dirigió una leve sonrisa, de gratitud y se sirvió más vino. Lo hizo con mano firme, pero era evidente que comenzaba a sentirse cansado. Apenas había comido, y su rostro empezaba a estar grisáceo. Mientras servían los postres, Morrison se excusó, y salió del comedor.

Hannah me advirtió con un gesto. Pregunté a Kathleen:

- ¿Has traído el maletín?

-Sí, lo tengo en el automóvil. ¿Por qué?

-Morrison no se encuentra bien. Lleva ya varios días indispuesto. Me habló de un aviso. Creo que es el corazón. ¿Por qué no subes y le echas una ojeada? No le agradará, pero me gustaría que insistieras.

- No te preocupes, insistiré.

En el momento en que Kathleen salía del comedor, Ruarri me preguntó:

-¿No será mejor que nos vayamos?

-No. A Morrison no le gustaría que os fuerais. Le gusta teneros aquí.

-Me alegro. Me gustaría conocerle mejor. No se encuentra a hombres así en este mundo de perros.

-La simpatía es mutua. ¿Por qué no le visitas de vez en cuando?

Librodot

-Sí, lo haré.

Maeve O'Donnell puso su mano, muy fría, sobre la mía, y este gesto dijo más que sus palabras.

-Descansa un poco. Todos somos lo bastante crecidos para cuidar de nosotros mismos.

Ruarri volvió a emplear su vieja táctica.

- Es un hombre de conciencia. Esto ha sido su ruina. ¿Has olvidado nuestro proyecto de salir de excursión, *seannachie*? ¿Te parece bien el lunes?

-Sí, el lunes estoy libre, a no ser que le pase algo a Morrison.

- Bien, entonces quedamos de acuerdo: el lunes.

Maeve O'Donnell dijo:

-El lunes ya me habré ido, y es una lástima, porque me hubiera gustado pasar un día con vosotros dos.

Muy poco me faltó para preguntarle por qué razón se encontraba allí, pero me contuve a tiempo. La señora me parecía demasiado lista, y yo no quería más problemas.

Quedamos solos durante un par de minutos, cuando Ruarri se fue al lavabo, y Hannah se encontraba preparando todavía el café. Cuando le di la copa de coñac, Maeve O'Donnell me dirigió una ancha sonrisa irlandesa, y unas palabras que me produjeron un desagradable sobresalto.

- Me dedico al negocio de los caballos de carreras, y por esto sé guardar los secretos. ¿Verdad que he acertado en lo que he dicho de Ruarri y Morrison?

- Lo ignoro, muchacha.

-Y tampoco me lo dirías si lo supieras. Sin embargo, permite que la hermana Maeve te dé un consejo. Lleva a tu novia a la cama o al altar o a cualquier sitio, pero sácala de aquí. Jamás ganarás una carrera en competencia con el caballo de la localidad.

-Es un consejo de una persona que conoce bien al caballo de la localidad, ¿verdad?

-Ni más ni menos.

-¿Cuándo empieza la carrera?

-Los caballos están ya en el punto de partida.

- ¿Cuál es el favorito?

- El Lobo Rojo. El segundo se llama el *Seannachie*.

-Aunque sólo fuera para cubrirme, apostaría también por este último.

-Sí, algo he apostado. Pero no creo que gane. De ahí el consejo.

-¿Tienes interés personal en la carrera?

-De negocios y personal.

-Gracias por la información.

- De nada. Te deseo buena suerte, pero esto muy poco significa.

Entonces, Ruarri regresó. Y pocos minutos después Kathleen McNeil se sentó con nosotros para tomar café. Parecía preocupada y tensa. Dijo:

-La ambulancia llegará dentro de unos instantes. Si no te molesta, Ruarri, creo que será mejor que os vayáis cuando hayáis terminado el café y la copa.

Ruarri se puso en pie inmediatamente.

-Claro que no me molesta. Ponte el abrigo,. Maeve, nos vamos. ¿Es grave?

-Bastante, aunque esta noche no corre peligro.. Mañana por la mañana efectuaremos un examen a fondo.

-Me gustaría que me dijeras los resultados. Y, por favor, *seannachie*, si algo puedo hacer, llámame. Vendré inmediatamente. Buenas noches a los dos, y nuestros respetos a Morrison. Maeve O'Donnell dijo:

- Y gracias por la cena.

Dos minutos después se habían ido ya, y Kathleen y yo estábamos sentados junto al fuego, con Hannah en pie, llorosa pero decidida.

- Y ahora, ¿quiere hacer el favor de decirme la verdad, joven? No van ustedes a abrirle, o algo parecido, ¿verdad? Prométame que no lo abrirán.

- Se lo prometo, Hannah. Ocurre exactamente lo que ya le he dicho. Tiene una lesión cardíaca. Necesita descanso, y que le vigilen médicos y enfermeras. E incluso así, tardará bastante en ponerse bien.

- ¿Y se pondrá bien del todo? Dígame la venid ad.

- No, no volverá a gozar de una salud perfecta, ni mucho menos. Pero durará bastantes años.

- ¡Alabado sea el Señor! ¿Puedo acompañarle al hospital?

-No. Irá en ambulancia. Nosotros iremos detrás, en el automóvil. Y cuando le hayamos aposentado cómodamente, con todo lo que le haga falta, regresaremos. ¿Puedo pasar la noche aquí?

-¿Que si puede, dice? ¡La casa es suya, desde el sótano al tejado! ¿Qué pongo en la maleta, para el pobre señor?

- Nada, Hannah. Ya he dispuesto todo lo preciso.

-Bueno, pero antes de que se vaya, avíseme.

- Así lo haré.

-Después lo pondré todo en orden. Más vale trabajar un poco que quedarse quieta pensando y pensando.

Salió apresuradamente, soportando su íntimo dolor a la vieja y dura manera, atajando pronto las lágrimas, y dejando que el tormento prosiguiera en su interior, incesantemente, como los gritos de las gaviotas. Y yo purgaba, de la misma manera que ella, la presuntuosa locura que había cometido, el innecesario y estéril daño que había causado al hombre que yacía en el piso superior, con el tenebroso visitante junto a la puerta. Quería acudir a su lado, pero Kathleen me lo impidió.

-Ahora descansa, mi amor. Dejémosle tranquilo. Necesita reposo.

-¿Ha dicho algo?

- Te ha dado las gracias por la cena. Y quiere que te encargues de algo que ha dejado sobre la mesa escritorio.

-¿Nada más?

-Esto es todo. Y creo haber adivinado el resto.

-No era muy difícil, después de la horrenda comedia representada durante la cena. A propósito, ¿quién diablos es Maeve O'Donnell?

-Eso iba a preguntarte yo.

- Sólo sé lo que ha dicho. En fin, igual da, porque me importa muy poco. ¡Dios mío, qué lío!

-Bueno, no todo ha sido tan malo como eso... Me has regalado el relicario...

-Me ha gustado mucho que te lo pusieras.

Estas eran las palabras que estaba obligado a decir según las convenciones sociales, las palabras amables y corteses, las palabras de un caballero que nunca ofende a los demás, la clase de palabras que había pronunciado constantemente durante la cena. Había mimado a Alastair Morrison, a pesar de que estaba llevando la gran vida. Había planeado el regreso al hogar de Ruarri Matheson, el hijo pródigo que se había prostituido en todas las partes del mundo, y que se había vendido en pública subasta para dar muerte al prójimo. Había organizado un lindo y anticuado juego de amor con Kathleen, quien había consentido en que le sacaran de las entrañas, mediante instrumentos quirúrgicos, un hijo, con la sola finalidad de complacer a u n actor que no era ni medio hombre, a Kathleen que ahora ignoraba si podría volver a amar o no... ¡Al cuerno todo! ¡Que se fueran todos al cuerno! ¡Kathleen también, ya que, al parecer, el fruto estaba a su vista, en el árbol, y no sabía si elegir manzanas o moras! Me sentía fatigado hasta el límite, injuriado, pasmado y aburrido por las payasadas de los miembros de aquel grupo de degenerados que vivían al borde de la nada.

Pero cuando llegó la ambulancia y bajaron a Alastair Morrison, y éste me oprimió la mano y murmuró urnas palabras de agradecimiento, quedé de nuevo atrapado, preso, seducido

por aquel sentimiento de compasión que algún «lía también yo necesitaría, y privado de la ira que era mi única protección. Aunque mi ira no desapareció del todo, ni mucho menos.

Cuando regresamos del hospital, el cielo estaba claro y brillaba una luna fría. Al llegar a casa de Morrison encontramos a Hannah todavía en pie, con el fuego ardiendo, reavivado., y el té recién preparado, esperando que le diéramos las últimas noticias. Tan pronto las supo, murmuró una oración en acción de gracias, y en una manifestación sentimental, extraña en ella, puso una y otra mano sobre la cabeza de Kathleen y sobre la mía, en una especie de bendición. Ahora, sabedora de que Morrison estaba en buenas manos, Hannah lloraría en silencio. Y, antes de acostarse, rogaría por nosotros dos. Nosotros descansaríamos hasta una avanzada hora de la mañana, y las criadas procurarían no hacer ruido para no molestarnos.

Cuando terminamos el té eran las dos de la madrugada. Kathleen devolvió la bandeja a la cocina. Al regresar, la cogí en mis brazos y le dije que la deseaba, sí, que la deseaba ahora, esta noche, y que no podía esperar hasta mañana.

Su contestación fue sencilla e inmediata:

-También yo, mo gradh. Estoy dispuesta.

Nada puedo deciros de nuestro acto de amor, salvo que fue rico, salvaje y maravilloso, con calmas, dulces y largas postrimerías. En las frías y primeras horas del día desperté, y oí a Kathleen murmurando palabras, dormida, agitándose entre sueños. Entre los nombres que murmuró estaba el de Ruarri. Sentí una súbita y aguda punzada de resentimiento, pero cuando atraje a Kathleen hacia mí exhaló un leve suspiro de placer, y lentamente se despertó para ser de nuevo amada. Luego, estaba yo demasiado embriagado por el triunfo para que me importara lo ocurrido. El sueño era el país de los muertos, y no había amenaza alguna para mí en la enrevesada fantasía onírica...

Librodot

VII

Si usted ha estado allí, ya sabe cómo es. Pero si no ha estado, no hay poeta en el mundo que pueda enseñarle la geografía del país del amor. Allí la tierra es siempre verde, hay flores por doquier, maduros frutos al alcance de la mano todos los días, los habitantes son todos hermosos, reservados pero buenos compañeros, el sol es cálido, áurea la aurora, secretas y seguras las noches, y el idioma es suave y nuevo, se aprende fácilmente, y tanto sirve para las horas de sol como para las oscuras. En el país del amor cabe hacer las mayores excentricidades, tales como ponerse cabeza abajo, caminar apoyado en las manos, gritar, reír, llorar, revolcarse en las flores sin experimentar el menor pinchazo, y todas estas excentricidades parecen fruto de una maravillosa cordura. Uno puede también revestirse con el país, como si se cubriera con una capa de invisibilidad. También puede llevárselo, como un conejillo, en el bolsillo, y ver todos sus colores con sólo una ojeada. Y los demás también pueden ver este país en la persona de uno, en uno y en los alrededores de uno, y preguntarse maravillados cómo pudo uno encontrar el camino que a tal país conduce.

Por la mañana, Kathleen y yo estábamos en este país. A la vieja Hannah, mujer de muy aguda vista, además de ser visionaria, nada fue preciso decirle. Durante el desayuno, nos cuidó como una clueca a sus polluelos, y no ocultó su aprobación.

- Lo que yo digo, si así ha sido es que así estaba escrito. Siempre hay bien en el mal y mal en el bien, y ustedes dos parece que han sabido escoger la mejor parte de todo. No es asunto mío averiguar cuándo y cómo, y por esto no se lo voy a preguntar. A Dios gracias, duermo profundamente, incluso en los peores momentos de mi vida. Pero esta mañana había rosas nuevas en el jardín, y esto es

siempre causa de un día feliz. También Morrison se alegrará. Aun cuando ustedes prefieran no decir nada hasta que estén formalmente prometidos. Pero Morrison necesita que le animen, que le den buenas noticias, y les quiere mucho a los dos. Díganle que deseo que mejore y que vuelva pronto a casa... Sí, pero que vuelva cuando esté bien, sin apresuramiento.

Lo cual me recordó que Morrison había dejado un mensaje para mí en el escritorio. Antes de partir para el hospital fui a ver de qué se trataba. Había un sobre cerrado, dirigido a Ruarri Matheson, y una nota para mí, escrita, evidentemente, la tarde anterior. Leí la nota, mientras Kathleen miraba por encima de mi hombro.

...Ignoro qué resultados se seguirán de esta cena, pero me alegra que me hayas dado el valor suficiente para celebrarla. Últimamente me ha faltado el valor para muchas cosas, y he tenido muy pocas fuerzas para enfrentarme con situaciones insólitas. Incluso después de haberte invitado a venir, en Roma, me arrepentí de ello. No me gustaba tener a un extraño en casa. Ahora ya no eres un extraño, y me alegra que hayas venido.

Después de nuestra conversación del mediodía, tomé una decisión. Quiero que Ruarri sepa quién soy yo y quién es él. Este muchacho ha estado privado durante demasiado tiempo del fundamental derecho innato a la identidad. Te ruego creas las siguientes palabras: no tengo miedo a decírselo yo mismo. Sin embargo, quiero dejarle en plena libertad de rechazar su identidad y de rechazarme a mí, si así lo desea, sin la violencia que supone el tener que hacerlo cara a cara. Me temo a mí mismo, ¿comprendes? Mi estado de salud es tal, que cualquier emoción puede provocar un ataque cardíaco, y no quisiera que esto ocurriera, ya que, en este caso, el muchacho podría reaccionar impulsado por la lástima, y, entonces, no tardaría en odiarme. Si viene a mi lado, ha de venir porque así lo desea. Así se lo explico en mi carta, en la que para nada menciono mi enfermedad.

Librodot

Quiero que le entregues la carta en mano. Esta es la única responsabilidad que echo sobre tus hombros, y me consta que no es poca. Pero sólo en ti puedo confiar. Te

libero de todas tus obligaciones de guardar secreto, por lo que puedes contestar cuantas preguntas Ruarri te haga, si es que tiene alguna pregunta que hacerte. Espero que tus sentimientos de caridad me absolverán del pecado de haberte impuesto esta misión. Viniste a reponerte. Nada he hecho para ayudarte a ello, sino que, al contrario, te he infligido una nueva herida, lo cual es prueba de mi debilidad. De todos modos, acepta mi agradecimiento, mi pesar y mi afecto.

Alastair Morrison

Era una carta triste, pero noble. Ayer me hubiera producido un efecto muy diferente, la hubiese considerado una carga intolerable. Pero hoy la aceptaba sin quejas, e incluso gustoso. De la noche a la mañana mi espíritu se había enriquecido. Rebosaba felicidad. Podía convertirme en el mayor pródigo del mundo, y, al día siguiente, seguir siendo rico.

Esto es uno de los problemas propios de vivir en el país del amor. Se olvida que es un lugar de ilusiones, y, cuando uno cruza las fronteras, se encuentra en un estado extremadamente vulnerable. Uno ha olvidado las trampas, las emboscadas y los pozos ocultos que se encuentran en la senda por la que caminan los confiados pies de uno. El lenguaje que uno ha aprendido es un balbuceo incomprensible. La capa de la invisibilidad no le hace a uno invisible, ni mucho menos. Uno no es más que un pobre tonto que anda por ahí desnudo, con sus partes colgando al viento. El espejo se limita a devolverle a uno el propio rostro, que es la máscara de un payaso. Pero ¿cómo iba yo a tener conciencia de todo lo dicho, cuando el esplendor todavía me envolvía, y tenía a Kathleen junto a mí, con ambas manos dentro de mi camisa, diciéndome que yo era el hombre más tierno, más sabio y más generoso del mundo?

En consecuencia, tomé rápidamente la decisión. Aquel hombre tierno, sabio y generoso hallaría el momento oportuno para visitar a Ruarri, le entregaría la carta, se quedaría ante él, como un hermano, a fin de ayudarle a recuperarse del golpe y a adaptarse felizmente al nuevo y redentor conocimiento. Después, Kathleen y yo tendríamos que resolver un pequeño problema exclusivamente nuestro, un pequeño problema de carácter geográfico.

Kathleen era médico en ejercicio de su profesión, cuya actual tarea consistía en cuidar la salud de las buenas gentes de Harris, mientras el médico titular se encontraba de vacaciones, lo cual era la fuente de ingresos de Kathleen. Tenía unos cuantos pacientes internados en el hospital de Stornoway, pero el grueso de su clientela se encontraba en la otra punta de la isla, a sesenta o setenta kilómetros de distancia, según la carretera que tomara, y ni uno solo de estos kilómetros era un camino de rosas. Vivía en la casa del médico, con una vieja ama de llaves por toda compañía. Yo no me atrevía a pasar siquiera una noche en aquella casa, para evitar que, al día siguiente, el escándalo se esparciera por todo el pueblo. En casa de Morrison estábamos a salvo, siempre y cuando éste permaneciera en el hospital, pero más de una noche y más de un día habría en que tendríamos que estar separados, o viajando por el triste paisaje, o amontonados en la parte trasera del automóvil. De esto hablamos, mientras nos dirigíamos a Stornoway para visitar a Morrison, y en el curso de nuestra conversación no encontramos modo de solucionar los problemas planteados, como no fuera el de reunirnos siempre que pudiéramos, y sacar el mejor partido de la situación.

No pude ver a Morrison. Le habían dado sedantes, y no querían que nadie turbara su descanso. Sin embargo, las noticias que Kathleen me dio no fueron excesivamente malas, ni mucho menos. Si Morrison conseguía vivir durante los próximos días, se recuperaría lo suficiente para llevar una vida tranquila durante unos cuantos años. Pero siempre sería un hombre amenazado. Esto me obligaba todavía más a quitar de las espaldas de Morrison el

peso que le agobiaba, y hacer cuanto estuviera en mi mano para resolver favorablemente el asunto de Ruarri. Kathleen me acompañó en automóvil a Laxay, y, después de una despedida que me pareció extremadamente breve, se dirigió a Harris para proseguir sus tareas de cuidar la salud de los isleños del lugar. Fui en busca de Fergus William McCue, para pasar un par de horas pescando antes del almuerzo.

Fue un error. Fergus estaba de un humor endiablado. La enfermedad de Morrison le había afectado mucho. No pesqué absolutamente nada, pero pasé dos horas dedicado a escuchar una larga peroración sobre el tema de la muerte, con todas las variaciones imaginables. En este tiempo -larguísimo, inacabable- me formé muy cabal idea de los diversos dolores que Fergus sentía en sus huesos, de las variaciones de su pulso, bebiendo y sin beber, de todos los silbidos y estertores de su respiración... Viví intensamente las últimas horas de la esposa de Fergus, «ella, siempre tan paciente, la pobrecilla, muriéndose minuto a minuto, hora tras hora, asesinada por la terrible podredumbre que se le había formado dentro». Escuché la trágica historia de Malcolm Moray, un gigante de dos metros veinte, sin zapatos, a quien no había isleño que ganara en fuerza, que había engendrado cinco hijos y cuatro hijas, y que, de repente, a los cuarenta años de edad, fue fulminado en plena noche, sin el menor aviso. Cuando le enterraron, fueron precisos ocho hombres para cargar el féretro, y, a pesar de que sólo dos de ellos iban borrachos, tuvieron que dejarlo dos veces en el suelo, para descansar, antes de llegar a la fosa. Pero, oh terrible ironía de la vida, allí estaba Alison Macaulay, vivo y coleando a los noventa años, aun cuando había perdido tres hijas, todas ellas de menos de treinta años, una de ellas víctima de una mala tos, otra atropellada por un automóvil, y la tercera... bueno, era una historia triste de la que más valía no hablar, ya que corrían rumores de que había muerto de parto, lejos de las islas, lo cual podía ser cierto, a pesar de que no constaba que hubiera contraído matrimonio. Antes de que esta letanía de lamentaciones terminara, estaba yo dispuesto a sustituir a Job en sus tribulaciones, y a llorar mi inminente óbito.

Fueron unas horas estremecedoras, pero, por lo menos, produjeron el efecto de inducirme a tomar una decisión. Consideré que más valía acumular todos los sufrimientos en un solo día. Por esto, tan pronto estuve de vuelta a casa, llamé a la de Ruarri, le informé del estado de salud de Morrison y le pregunté si podría verle después del almuerzo. Me preguntó si podía demorar la entrevista hasta las seis, ya que de lo contrario pagaría en vano la mitad del alquiler diario del tractor. Además, a las seis podría ofrecerme un trago y comida, si así lo deseaba. Quedé con unas horas sin tener nada que hacer. Las pasé leyendo y dormitando ante el fuego. La verdad es que, entre una cosa y otra, había pasado una noche agotadora, y no sentía el menor deseo de que me diera un ataque de cualquier cosa, ahora que se avecinaban días tan prometedores.

Cuando llegué a casa de Ruarri, ya había yo previsto y ensayado todas las jugadas de mi partida de ajedrez. Primer movimiento, saludos y bromas; después, primera copa; luego le daría la carta y le diría: «Morrison me ha encargado que te dé eso; en parte sé lo que dice, así es que dame otra copa, y saldré fuera, mientras tú lees la carta. Cuando lo consideres oportuno, me llamas, o me dices que me vaya. Realmente, tanto me da una cosa como otra.»

Entonces, cogería la copa, saldría fuera, al cálido y suave aire del atardecer, y pensaría las fraternales palabras que tendría que decir a Ruarri, momentos después. Ruarri me llamaría, beberíamos un poco más para suavizar las aristas del mundo; Ruarri guisaría la cena; cenaríamos en fraternal comunión; Ruarri se mostraría rebosante de comprensión, perdón y amor; me rogaría que le acompañara hasta la vera de la cama de Morrison, y que le dejara allí, humilde y tierno, con la cabeza apoyada en el seno de su padre.

En realidad todo ocurrió de una manera algo diferente.

Poco después de las seis, entraba en casa de Ruarri y le encontraba aún fatigado por el trabajo, sentado ante el mueble bar, con un vaso de whisky en la mano. Me saludó a gritos, me miró de cabeza a pies, luego de soslayo, y se echó a reír.

Librodot

- ¡Se te nota a la legua, *seannachie*! ¡Hasta en los bigotes llevas leche! Si quieres acurrucarte junto al fuego y pasarte la noche ensoñado como un gato, no hay inconveniente alguno por mi parte. ¿Qué, he acertado?

- ¡Anda, ve y tómate una ducha, muchacho! Pero antes dame un trago.

- ¿Dónde está Kathleen?

- Trabajando. Lo cual no deja de ser una lástima.

-¿Y Morrison?

- Antes de salir de casa, he telefoneado al hospital. Ahora descansa. Creen que saldrá con vida del trance. ¿Dónde está Maeve?

-A estas horas ya habrá llegado a Londres, supongo. Y, luego, sale para París.

-¿Le compraste el caballo?

-Todavía no. ¿Qué te pareció la chica?

-Toda una mujer. ¿No te gusta?

-Me gustó, en otros tiempos. Ahora ya no. Es demasiado inteligente. Sin embargo, aún hacemos negocios juntos. ¡Salud! -¡Salud!

- Estuvo bien la cena.

-Me alegra que te gustara. A propósito, Morrison me ha encargado que te dé una carta.

- La leeré en el baño. En fin, ahí tienes las botellas, sírvete tú mismo. También tienes libros. Y si te interesa la televisión, ahí está.

No, la televisión no me interesaba. Me serví otro whisky -un whisky de quince años, digno de ser utilizado para embalsamar a un emperador- y salí al jardín. El aire era cálido, pero yo me sentía frío como la muerte. Arranqué un brote verde de la parra, y comencé a mordisquearlo tal como suelen hacer los italianos, pero tenía gusto amargo y lo escupí. Un pastor que regresaba a casa me dirigió un saludo, yo se lo devolví mecánicamente, y envidié su tranquilo vivir. Después hubo silencio. Recorrí una y otra vez el sendero de grava, arriba y abajo, arriba y abajo, como un monje recitando un interminable rosario de los dolores de otros hombres. Sí, así era, con la salvedad de que yo no era un monje, Ruarri tampoco, y Morrison no lo fue hasta tiempos demasiado tardíos. Al cabo de mucho rato, terminé el whisky y entré para servirme otro.

Ruarri, recién bañado, y con ropas limpias, me esperaba con la carta en el mostrador del mueble bar, ante él. Su rostro parecía una máscara de madera. Dejé el vaso. Ruarri me lo llenó y lo empujó hacia mí. Golpeó la carta con la punta del índice, y dijo:

- Forzosamente tenías que estar enterado de esto, *seannachie*.

- Lo estaba. Pero me lo dijeron sin que yo quisiera saberlo.

-Prefiero creerte.

Saqué del bolsillo la nota que Morrison me había dirigido, y se la di.

La leyó muy despacio, digiriéndola palabra por palabra. Después, la dobló y me la devolvió.

- Ahora te creo. Cuéntame el resto.

Se lo conté de pe a pa, con los cómos y los cuándos. Sin embargo, no pude explicarle el porqué, como no fuera de la oscura manera en que el propio Morrison me lo había explicado, a saber, que los pájaros o los árboles pueden caer, sin que las causas puedan expresarse en palabras. También esto aceptó Ruarri, aunque con renuencia. Entonces, comenzó el interrogatorio.

- Pero, ¿tú fuiste quien tuvo la idea de organizar la cena?

-Sí.

- En consecuencia, ¿te formaste un juicio sobre nuestra situación?

-Me invitaron a ello.

- Sí, pero fue Morrison, y sólo Morrison.

- Es cierto.

- No me consultaste.

-No podía. Estaba obligado a guardar el secreto.

- Eras amigo mío. Conservabas, y conservas todavía, la figura de ajedrez que te di.

- No podía ser sincero amigo de uno y falso amigo del otro. Equivocado o no, procuré hacer lo que me pareció mejor para los dos.

- ¿Quién más está enterado de este asunto?

- Nadie. Sólo lo sabemos Morrison y yo.

-¿Lo juras?

- Lo juro.

Juré en falso, ya que si era incapaz de confiar en Kathleen más valía que me cortara el cuello.

- Te odio, *seannachie*.

- Lo lamento.

- ¿Y sabes por qué?

- No.

- Pues te lo voy a decir. Porque estabas enterado cuando yo no lo estaba. Y juzgaste, cuando yo no podía juzgar. Y puedes seguir juzgando (justo e injusto, blanco y negro), mientras yo estoy sumido en una confusión que tú jamás podrás comprender.

- No tienes derecho a decir esto.

-Quizá no, pero lo digo. El amor y el odio surgen de las tripas y de las pelotas, no, no nacen en la cabeza. Te estoy diciendo algo que es una gran verdad, *seannachie*. Debes creerme.

- Y te creo. ¿Y ahora qué?

- Sí, ésta es la gran cuestión. ¿Ahora qué? ¿Tienes la respuesta a esta pregunta, *seannachie*?

- Necesito otro trago.

Sirvió whisky en uno y otro vaso, escanciando la cantidad suficiente para contentar a un caballo, y empujó uno de los vasos hacia mí. Estábamos sentados frente a frente, como un par de matones en una vieja película. Por fin, me eché a reír, y Ruarri, siempre dispuesto a la risa, también rió.

Graciosísimo, graciosísimo, graciosísimo... Papaíto encuentra a su nene. Y el nene encuentra a papaíto. Después los dos viven felices el resto de sus vidas, acompañados de coros celestiales. ¿No es así la historia, *seannachie*? ¿No la escribirías tú así?

-No pienso escribirla. Me limito a actuar de recadero.

-Efectivamente. Lo había olvidado. En este caso permite que sea yo quien la escriba, y si el cuento no te gusta, recuerda que soy un pobre e ignorante muchacho de estas islas, sin educación. El cuento comienza así. Hubo una vez un padre, llamado Morrison, que en los locos días de su juventud tuvo un hijo, al que sus familiares, por cien mil buenas razones, no le permitieron reconocer como propio. Después (no mucho después) a este señor le entran sentimientos religiosos, y se va a cuidar a los hijos de los paganos, dejando a su propio hijo sin reconocer. Ahora es viejo, está cansado, está enfermo, tiene remordimientos, y quiere limpiar su conciencia, que el hijo vuelva a su lado, amarle tiernamente, y morir en paz. Creo que he expuesto el caso con claridad y sin prejuicios, ¿verdad?

-Sí, es verdad, pero...

-¡No! ¡Olvidemos los peros! Ahora, fijémonos en el hijo. Este no es el hijo de Morrison. No señor, sino que es Ruarri, el bastardo, el hijo de Anna Matheson, de Gisla. Así está escrito. Lo he visto escrito qué sé yo cuántas veces en las paredes de los urinarios, en las mesas de los escritorios: Ruarri, el bastardo. No, no es agradable, pero no queda más remedio que aguantarse. Tampoco es fácil, pero Ruarri se va endureciendo poco a poco. Pronto tendrá su primera novia, pronto recibirá la primera paliza en un callejón, pronto agarrará las primeras purgaciones. Luego, crece muy de prisa, sin padre, pero ahora la necesidad de tenerlo es más y más débil... Después... En fin, tú mismo, *seannachie*, puedes terminar el cuento. Lo que falta son esas vulgaridades que se leen en cualquier parte. Y ahora Ruarri, el bastardo, tiene su propia casa, dinero, barcos, tierras, y proyectos de mejorar

todavía más. ¿Necesita ahora a papaíto? ¡Y un cuerno! ¿Quiere tener un papaíto, para llenar las profundas y oscuras lagunas de su espíritu? ¡Y un cuerno, también! Papaíto es todo un caballero, y Ruarri, el bastardo, no lo es ni quiere serlo, porque este mundo es duro y cruel, y se lo conoce del derecho y del revés, y sabe que se está endureciendo más y más y no tardará en llegar el momento en que este mundo sea el mundo de los bastardos. ¿Sabes qué pienso de papaíto? Pues pienso que es un dulce, bondadoso y almidonado caballero escocés, y lamento mucho que esté enfermo del corazón, pero, a fin de cuentas, cada cual tiene sus pesares, y odio sus tripas, ahora y siempre, amén.

-Supongo que le dirás todo eso, ¿verdad?

-No tengo por qué decírselo ni por qué dejar de decírselo. Lo sabrá. Y entonces, que se lo trague, tal como yo tragué lo mío.

-Te voy a decir una cosa, Matheson. Hará exactamente eso que has dicho. Se lo tragará. No dirá ni media palabra más sobre el asunto, debido, precisamente, a que es, tal como tú has dicho, un caballero escocés. Y lo hará con una elegancia que tú no alcanzarás a tener en toda tu vida. Evidentemente, cometió un error. Pero hace falta ser un hombre de veras para escribir esta carta. Hace falta ser mucho más hombre de lo que tú eres, muchacho.

Pensé que iba a abalanzarse sobre mí. Y silo hubiera hecho, le habría arrojado el whisky a los ojos y le hubiera dado con el casco roto en la cara, porque me constaba que si permitía que Ruarri se acercara a mí, podría matarme. Pero no se movió. Se quedó quieto, mirándome, como si no creyera las palabras que acababa de oír. Entonces esbozó una sonrisa, rió levemente, rió a grandes carcajadas, rió y rió, como si acabara de escuchar el chiste más gracioso desde que Adán perdió una costilla y fue resarcido con una mujer.

-También tú eres durillo, *seannachie*... No lo pareces. Hablas así, muy literariamente, con muy buenos modales, todo sí señora, no señora, pase usted primero, y toda la mandanga... Pero juegas tan sucio como yo, cuando se tercia. Tenías el vaso en la mano, y la otra mano dispuesta a coger la botella y romperla contra el mostrador. Parece que también has recorrido mundo, muchacho. La única diferencia entre tú y yo es que sabes más palabras que yo, y piensas como una víbora, siempre escurridizo y serpenteante. Pero esta noche te estás portando como un estúpido. Sí, has oído bien, *seannachie*, como un estúpido. No comprendes lo que está ocurriendo bajo tus narices.

-En este caso, explícamelo, Ruarri. No soy más que un pobre sassenach. ¡Explícamelo!

Me lo explicó. Habló en voz tranquila y amarga, inclinado sobre el mostrador del bar, apuntándome con la barba roja, y sus ojos me taladraban como las brasas taladran una plancha de madera.

-Estoy sufriendo igual que si alguien me hubiera clavado un cuchillo en la barriga y me estuviera revolviendo las tripas como si fueran spaghetti. Estoy llorando, *seannachie*, pero las lágrimas se me secaron ya hace veinte años, y el dolor ya no puede salir fuera. Y también odio, porque el odio es la única fuerza que me ha mantenido vivo. He olvidado lo que es amar, y no hay nadie que pueda enseñarme otra vez. ¿Sabes qué necesito ahora? ¡Una mujer! Quisiera que viniera una mujer, que me tomara en sus brazos, que me dejara llorar con la cabeza en su pecho, que me calmara hasta que me pusiera a dormir, y que me despertara cuando me hubiera olvidado de toda la mierda de este asqueroso mundo. Pero si esta mujer llegara, la tumbaría como si de una ramera se tratara, le pagaría sus servicios, y la despediría sin darle las gracias. Así es que no te quedes así, muchacho, con la nariz tan alta, tan seguro de ti mismo y de tus filosofías. No me juzgues, no me consideres grande o pequeño, no me midas por el patrón de Morrison o de otro cualquiera. No, porque no tienes derecho a ello. No, porque careces de los conocimientos precisos, a pesar de que supongo no te falta cierto afecto. Sí, lo supongo, porque si no fuera así, ya te hubiera saltado al cuello hace cosa de un minuto. Y todavía lo haría, si llegara a pensar que me he equivocado.

Hubiera debido yo dejar la discusión en aquel punto, ya que Ruarri me había dicho todo lo que sabía acerca de sí mismo, y yo no podía, ni quería, decirle mi verdad. Sabía que estaba esperando que lo hiciera. Ruarri esperaba que yo dijera las buenas palabras que rompieran la

capa de hielo que rodeaba su corazón, dejando que surgieran los sentimientos, y que las lágrimas fluyeran. Tenía yo a mi disposición todas las palabras del diccionario, pero no éstas. Sólo pude decirle una trivialidad.

-No puedo discutir contigo, Ruarri. No, porque no he vivido dentro de tu piel. Reconozco que no tengo derecho alguno a juzgarte. Lamento las palabras duras que te he dirigido. Gracias por las copas. Me voy.

-Te he invitado a cenar, *seannachie*. Soy un buen cocinero, aunque lo pongas en duda.

-Bueno, te creo. ¿Puedo ayudarte en la cocina?

- Claro que sí. Te dejaré que peles las patatas y pongas la mesa. La faena de guisar requiere una delicadeza de dedos que tú no tienes. Anda, sirve otra copa mientras comienzo.

Cuando la cena estuvo dispuesta, Ruarri y yo nos encontrábamos sumidos en un rosado esplendor, como el del ocaso después de una tormenta. Éramos elocuentes, inconsecuentes, divertidos, pletóricos de anécdotas, maliciosos, y más sabios que Sócrates, en todas nuestras conclusiones. Éramos hermanos de armas, un poco pendencieros quizá, pero, vive Dios, hermanos al fin. La cena fue una obra maestra: trucha, solomillo y fresas del huerto, con un excelente borgoña que había entrado en el país sin pasar por aduanas, lo cual le daba doble importancia. Por fin, para que el resplandor no se apagara, y no volviéramos a encontrarnos en las tinieblas exteriores, tomamos una copa de coñac y un café colado directamente en la taza para que no perdiera ni tanto así de aroma. No hablamos de Morrison, ni de asunto alguno que pudiera mediar entre nosotros.

Levantamos la mesa y dejamos los platos en la pileta, porque los dos éramos hombres ordenados, incapaces de sentirnos a gusto en un barco sucio o desordenado. Avivamos el fuego, y echamos coñac a las copas, y pusimos discos en el tocadiscos -«En Saga» y la «Cuarta» de Sibelius, que me sorprendió hasta tal punto que casi me serenó -, y nos sentamos para pasar en paz estos postreros momentos.

Esta parte de la velada se pareció mucho a nuestros días de navegación. Nos sentíamos libres y a nuestras anchas, con el viento y el mar cantando en la música, la conversación espontánea, y los silencios gratos. Ruarri era un gran charlatán cuando quería, pero tenía también el don del silencio, cuando a su alrededor no había nadie a quien necesitara impresionar. Mientras le observaba, algo deslumbrado por el resplandor del fuego, advertí que en el silencio había también un ritmo, como en el habla. Ruarri se replegaba sobre sí mismo, se hundía en su propia personalidad, y quedaba en una pasividad casi animal. Entonces, algo se agitaba en su interior, un pensamiento esbozado, un recuerdo, y poco faltaba para que uno viera cómo este pensamiento o recuerdo se iba desarrollando, iba creciendo, llenando a Ruarri, hasta que llegaba el momento en que tenía que darle salida, en rápidas y torrenciales palabras. Consumidas las palabras también él quedaba consumido, y volvía a comenzar el cíclico proceso de renovación. Pero incluso en los momentos de pasividad, en los momentos en que quedaba más profundamente inmerso en sí mismo, seguía alerta a los estímulos externos, a todo sonido, a todo cambio en la luz, a cualquier variación en la voz o en la actitud. Nunca se ausentaba de la realidad. Las cosas estaban siempre cerca de él, siempre amenazadoras, como si la energía encerrada en ellas pudiera estallar en cualquier instante, si él abandonaba su vigilancia.

Era esta disposición de constante vigilancia lo que le convertía en un ser peligroso para sí mismo y para los demás. Se sentía constantemente tan asediado que no podía permitirse correr el más leve riesgo. Tenía que prever todas las traiciones posibles, precaverse de todo ataque. Si erraba en sus previsiones no dejaba de ser lamentable, efectivamente, pero tenía el consuelo de seguir con vida. Incluso los riesgos que aceptaba -que eran muchos y altos- no dejaban de ser prevenciones contra otros riesgos todavía mayores, vistos o imaginados. No quisiera que ustedes llegaran a pensar que todo lo anterior lo vi en el rosáceo ambiente formado por el whisky y el vino, el coñac y Sibelius. En aquellos instantes tuve conciencia del fenómeno, pero no comprendí su significado. Cuando al fin comprendí, era ya demasiado tarde para todos.

Librodot

Era ya una hora avanzada de la noche, y, con desgana, pensaba en emprender el viaje de regreso, cuando Ruarri salió de uno de sus silencios, y dijo bruscamente:

-Tenemos que solucionar un problema, *seannachie*.

-¿Cuál?

-Morrison. Como es natural, le verás. ¿Qué piensas decirle?

-Bueno, puedo decírselo de tres maneras diferentes. Dejé aquí la carta, y aún no he tenido noticias tuyas. Desde luego, sería una mentira, pero estoy dispuesto a decirla, si tú lo estimas

conveniente. Te di la carta, quedaste alterado y confuso, y me dijiste que necesitabas pensar durante algún tiempo. Esto es casi la verdad, y tiene la ventaja de que nos deja a los dos en buen lugar. Y también puedo decirle que comprendes las razones por las que te ha escrito esta carta, y que respetas sus intenciones, pero que no deseas establecer con él una nueva relación debido a que es ya demasiado tarde, y a que sería excesivamente duro para ambas partes. Lo cual es, más o menos, lo que me has dicho antes de la cena. Además, tiene la ventaja de dejar las cosas bien sentadas, en tanto que las dos anteriores respuestas dejan cabos sueltos que deberán atarse tarde o temprano. Y esto es todo lo que puedo decir.

-¿Aceptará Morrison una solución tajante?

-Me consta que sí. Me jugaría la cabeza, vamos.

-Lo cual es mucho más de lo que serías capaz de decir con respecto a mí, ¿verdad?

-No he dicho tal. Y, por favor, te ruego no estropees la velada.

-Lo siento. No era ésta mi intención. ¿Aceptará Morrison la otra solución tajante?

-No sé lo que quieres decir con esto.

-Estás borracho, *seannachie*. En fin, te lo explicaré. Morrison es viejo, está enfermo y ha intentado portarse decentemente. Es demasiado tarde, desde luego, pero el hombre lo ha intentado. Por mi parte, creo que ya he cometido demasiadas barbaridades en mi vida, y no quiero cometer más. ¿Me escuchas?

-Te estoy escuchando, sí.

-En consecuencia, voy a darte otro mensaje para Morrison. He recibido su carta. Se la agradezco mucho. Un día, cuando se encuentre bien, y cuando yo no tenga la cabeza tan confusa como la tengo ahora, le visitaré, y le diré hola y adiós. Pero se lo diré como un caballero, ya que él es un caballero, y así quedaremos en paz. ¿Aceptará Morrison esta solución tajante, sin recriminaciones, trucos, protestas y juicios, haga yo lo que haga después?

-Desde luego, no habrá recriminaciones. Ahora bien, el juicio es algo íntimo que no se puede evitar.

-¡Eres un puerco!

-Me limito a comentar los posibles efectos de tu mensaje, caso de que decidas mandarlo.

-Cállate, y deja que piense.

Se acercó al bar y se sirvió otro coñac. Volvió a sumirse en el silencio, esta vez un largo y profundo silencio, y yo cerré los ojos y dejé que la música me envolviera, como agua profunda y limpia, libre de todo el poder mundanal. Así estuve hasta que sentí que Ruarri me sacudía para despertarme. Estaba en pie, a mi lado, con una porción de papel en la mano, y una sonrisa, algo fatigada, en los labios.

-¡En pie, *seannachie*! Ha llegado el momento de que te vayas a casita.

- ¿Y cuál es tu mensaje?

-El que te he dicho. Veré a Morrison cuando se haya recuperado. Esto es todo. Sin embargo, quiero que le des esta nota. Seguramente se sonreirá, cuando la lea.

Me puso la porción de papel debajo de las narices, y, por unos instantes, pensé que estaba todavía borracho, ya que las palabras eran incomprensibles: «...ma's olc dhomh cha nfhearr dhaibh».

-¿Qué diablos significa esto?

- Esto, *seannachie*, es mi resumen de este maldito lío. Cuando el gran Conan fue a parar al infierno, y su trasero se estaba asando en la parrilla, miró a los condenados que tenía a su alrededor, y dijo estas nobles palabras: «Si yo lo paso mal, también es cierto que ellos no lo pasan mejor.» Y, ahora, sal pitando de esta casa, porque de un momento a otro llegará una chica, y no necesito que me den consejos sobre cómo he de portarme con ella.

Librodot

VIII

Regresé a casa bajo un cielo estrellado y algo neblinoso, sin dejar de cantar mientras conducía. Las canciones no eran melodías en mis labios, sino clara música en mi cabeza. Ena Dilino, la canción de los pugnaces hermanos que se mataban entre sí por un ideal ya muerto y rechazado. O Ilios, el sol que ve la triste y apestosa tierra del hombre, y se hiela. Kaymos, el dolor del hombre que se da cuenta de que se queda sin savia, y de que el vientre se le encoge, cuando aún no ha probado ni la mitad de los néctares de la vida.

Las canciones eran tristes; sin embargo, yo no sentía tristeza. Había sabido conservar una amistad. Había restablecido -o restablecido a medias- el vínculo entre un hombre y su hijo. Hoy era domingo, la fiesta religiosa en que nadie podía caer enfermo sin expresa dispensa de la iglesia de las islas, por lo que podría gozar de la compañía de Kathleen McNeil durante un día hermoso, calmo e íntegro. ¡Bendito sea el Señor en todas sus obras y en todos sus días!

A pesar de mis negros pecados, el Señor, sin duda alguna, me protegió con amorosa mirada aquella noche, puesto que llegué sano y salvo a casa, con todos mis huesos enteros, y sin un arañazo en la carrocería del automóvil. En el dormitorio encontré una botella de cerveza, un bocadillo de queso, y una nota de Hannah, en la que me decía: «Morrison mejora. La señora ha llamado. Vendrá a desayunarse. Si usted se levanta a las nueve, tendrá el desayuno preparado. Si no, encontrará café en la cocina.» Bebí la cerveza y comí el bocadillo, y me metí en cama.

El despertar fue todavía más dulce: un beso en los labios, Kathleen sentada en la cama, y la casa vacía, ya que Hannah y las criadas se habían ido a cumplir sus deberes dominicales. La mañana era esplendorosa, pero cerramos las persianas a fin de crear la noche para nosotros. Y cuando la noche hubo terminado, relaté mi encuentro con Ruarri, y volví a ser, una vez más, el hombre más tierno y más sabio del mundo. Después, nos bañamos juntos, nos vestimos juntos, nos desayunamos tardíamente, preparamos un almuerzo para llevarnos, y partimos con la intención de comunicar las buenas nuevas a Alastair Morrison.

Ya lo sabía. En realidad, Morrison sabía mucho más que yo. Con el desayuno había recibido, aquella mañana, una nota y un paquete de Ruarri. El paquete contenía una cajita con el esqueleto de serpiente que había visto en su casa. La nota estaba escrita en la audaz caligrafía de Ruarri, sin una sola tachadura o enmienda.

Querido Morrison:

Anoche recibí su mensaje. El mensajero y yo discutimos agriamente. Luego, nos emborrachamos juntos. Después, me acosté con una chica, lo cual me ayudó a comprender una situación muy confusa. Di a su mensajero una nota para que se la entregara. En ella puse la frase de Conan referente a su estancia en los infiernos. Anoche, esta frase me pareció muy adecuada, ya que el infierno es un lugar que conozco bien.

Sin embargo, esta mañana, al despertar, he pensado que un Matheson jamás puede permitir que un Morrison le gane en materia de cortesía. De ahí esta nota. Me he dado cuenta de que me alegra saber quién soy y quién es usted. No creo que debamos hacer nada al respecto, por el momento. Y dudo mucho que quiera hacer algo, en momento alguno. Usted debe superar la presente crisis de su salud, yo tengo mucho trabajo que hacer, y ninguno de los dos necesitamos organizar un drama.

Creo que debemos olvidar todos los agravios y deudas. Tengo una lista de agravios tan larga como su brazo, y, por mi parte, tampoco he sido un santo. ¿Perdón? Esta es una palabra cristiana que no comprendo bien. No soy cristiano, y el mundo en que vivo tampoco lo es. En

este mundo impera la ley de ojo por ojo, diente por diente, sangre por sangre. Pero yo no quiero su sangre, ya que, al fin y al cabo, es también la mía.

Ahora bien, cuando nos reunamos, si es que nos reunimos, podremos hacerlo con recíproco respeto. Si usted quiere venderme su finca, cuando lo estime oportuno, yo se la compraré, si tengo dinero para ello y si el precio es justo. Pero no quiero testamentos ni legados, ni cosas por el estilo. He ganado todo lo qué tengo. No estoy subordinado a hombre alguno. Usted me dio la vida. Y esta vida es un don con una mácula, pero, a pesar de todo, lo tengo.

El regalo es de origen vikingo. Se dice que protege a su poseedor de la muerte y de los desastres en las partes sexuales. Le puede ser útil en uno y otro aspecto. Y nada más por hoy. Quiero que reciba esta nota antes que la visita de su mensajero, hombre al que tengo gran simpatía pero a quien me gustaría dar una lección. Es, como yo, un bastardo, y, cuando le vea, así puede decírselo de mi parte.

Ahora, dejemos las cosas tal como están. Procure ponerse bien lo antes posible.

Ruarri Matheson

Doblé la carta y se la devolví a Morrison. Advertí que su mano no temblaba, y, ya fuera por los medicamentos, ya por su estado de ánimo, tenía aspecto tranquilo y satisfecho.

-Es mejor de lo que esperaba. Mucho mejor.

- Y el regalo significa mucho más que la carta. Para él es un objeto de un valor inapreciable. Haz lo que te dice. Deja las cosas tal como están, durante algún tiempo.

-Lo haré, lo haré. Anoche seguramente pasaste un mal rato. -Bueno, fue una pelea a gritos, que terminó pronto. Ahora tengo un poco de resaca. Pero se me está pasando. Kathleen y yo vamos a la playa. Esta noche Kathleen dormirá en tu casa.

-Que es la tuya. Sí, te lo digo con toda sinceridad. Que lo paséis bien.

-Lo pasaremos bien, puedes estar seguro.

Sonrió y me cogió la mano.

-¿Así están las cosas?

- Efectivamente; ¿te molesta?

-Muchacho, he podido ver, en estas últimas horas, más allá del muro. La travesía ya no me da miedo. Y he sabido algo. Lo único que hace la vida tolerable es el amor que uno encuentra en el camino. Si Kathleen y tú lo habéis encontrado, que tengáis buena suerte. Y si podéis dejar un poco de este amor en mi casa, será para mí una alegría.

- Gracias.

- No, gracias a ti.

-Mañana no te veré. Voy a la montaña con Ruarri.

- Me gusta que seáis amigos. Cuida a tu chica.

- Está fuera, esperando que hayamos terminado para verte. Luego nos iremos.

- Gracias, muchacho; gracias.

Kathleen entró, y les dejé solos. Diez minutos después, provocábamos el escándalo público al dirigirnos en automóvil a las playas de oriente, mientras las buenas gentes de la isla se dirigían a la iglesia, luciendo sus mejores ropas. Sin embargo, pronto dejamos de escandalizar, ya que las casitas fueron escaseando más y más, a medida que nos alejábamos del pueblo, en tanto que los turistas se encontraban todos al sur y a occidente, ignorantes, por fortuna, del paraíso hacia el que nos dirigíamos, la estrecha y acogedora caleta, con hierba hasta la blanca playa, y una gran roca que no sólo nos protegería del viento, sino que conservaría el calor del sol.

El agua estaba fría, pero nos arrojamos a ella gritando, y nadamos hasta alejarnos mucho, hasta que el fondo de arena desapareció y sentimos el profundo arrastre de la corriente oceánica. Entonces regresamos a la playa, nos despojamos de nuestros mojados trajes de baño, nos secamos con toallas el uno al otro, y, desnudos, nos tumbamos en la cálida y suave arena.

Me gustaría poder cantar para usted -aunque más todavía para mí mismo- la tranquila gloria de aquella tarde. Sin embargo, me doy cuenta de que no puedo. El uso de las palabras de amor ha sido tan envilecido, que aquello que fue, para mí, dulzura, puede muy bien ser, para otro, tristeza o carcajadas. En resumen, somos unos animales muy ridículos, pero no todos lo somos, y no siempre lo somos. Cuando el ánimo está dispuesto, y las manos son tiernas, y los labios están hambrientos, el cuerpo es un esplendente milagro, un éxtasis saltarín, una lenta y dulce cadencia, repetida una y otra vez, siempre nueva. Y si usted quiere una lista de placeres, vaya a buscar una alcahueta. Si quiere anatomía, recurra al cirujano. Pero no espere tales cosas de mí. Amor sí, esto es algo que conozco: sus delicias, sus locuras, y, a veces, sus terrores.

Aquella tarde, cuando nos hallábamos en el calor y la placidez, y Kathleen yacía dormida, con la cabeza apoyada en el cayado de mi brazo, le pregunté:

- ¿Crees que podrías estar embarazada ahora?

- Me consta que no, querido. ¿Por qué? ¿Te preocupa?

- No. Al contrario, pensaba que sería más bien agradable. Sí, entonces tendríamos que casarnos.

- ¿Por qué tanta prisa?

-Es que soy codicioso. Te quiero toda entera para mí.

- No puedes tenerme más de lo que me tienes, corazón. Realmente, no hay más.

Esto era lo que me estaba yo preguntando, aun cuando no me atrevía a expresarlo en palabras. El diccionario del amor es muy breve. Las palabras suelen reiterarse. Tiempo hubo en que Kathleen se había entregado a otro hombre, tal como ahora se entregaba a mí. Y, para empezar, yo me había entregado a otra mujer, tan generosamente como a ella. Por aquel primer hombre, Kathleen había hecho el sumo sacrificio: había violado, había dado muerte, a su más íntimo yo. Nunca podría yo pedir una prueba tan brutal; sin embargo, podía formularme, y me formulaba, la siguiente pregunta: ¿Sería su entrega a mí tan absoluta como su entrega a él? Mi entrega era absoluta, incondicional. Al menos, eso creía yo. No veía yo, porque era ciego como un murciélago, que la pregunta, en sí misma, implicaba una condición y una exigencia tan brutal como la de la muerte.

Kathleen se sentó en el suelo, desnuda; cogió un puñado de arena, y la dejó caer, despacio, sobre mi pecho. Dijo:

- No quiero casarme todavía.

- ¿Miedo?

- No.

- ¿Pues qué?

-Pues porque... Porque estamos aquí, y somos felices.

- ¿Y no seríamos igualmente felices, luego?

- Probablemente. Pero ¿no comprendes que, después, estaríamos obligados a ser felices? Sí, tendríamos esta obligación, debido a que un matrimonio desdichado es un infierno, y eso es algo que los dos sabemos muy bien, y viviríamos pensando en esto todo el tiempo. En cambio, ahora somos felices y somos libres, somos libremente felices. Podrías estar con otra chica. Y yo con otro hombre. Sin embargo, no es así, y estamos juntos. Esta sensación me gusta. Es una experiencia nueva para mí. ¿Comprendes?

-Lo comprendo, Kathleen oge. Sí...

Bueno, lo comprendía y no lo comprendía. Pero no podía decir a Kathleen que aquel hombre tan sabio era, en realidad, un insensato que no podía aceptar una flor como tal flor, y alegrarse de ello, sino que tenía que despedazarla pétalo a pétalo, para convencerse de que no

estaba hecha de plástico. Yo no podía decir a Kathleen que aquel tierno individuo había descubierto que, en el fondo de su ser, albergaba un alma de niño de cinco años, celoso, posesivo, e inseguro de sí mismo a más no poder; que aquel cruzado de los derechos del ser humano no aceptaba el más fundamental de ellos, el derecho a la última intimidad, sin ataques de palabras y preguntas. Yo no podía decirle que su audaz amante estaba tan inseguro de sí mismo que necesitaba un certificado para probarse a sí mismo que había vuelto a conquistar a una mujer; que tan poca fe tenía en su talento que necesitaba que una mano guiara su remisa pluma en la reanudación del trabajo, y que esta mano le alisara el cabello alborotado cuando escribiera sandeces.

En consecuencia, me sometí al juicio de Kathleen, y ella me lo agradeció y alabó mi paciente comprensión. Volvió a tumbarse a mi lado, y quedamos muy juntos, confortándonos el uno al otro, en la arena. La manzana del Edén en nuestra. No necesitábamos apresurarnos a comérnosla. Había visto yo el agujerito del gusano en el fruto, pero lo había tapado, lo había pintado, y me había dicho que el gusano no tardaría en morir, y que, mañana, la manzana estaría aún comestible.

Al caer la tarde, regresamos a casa y encontramos a Hannah en la cocina, cantando:

Escuchad, escuchad, gentes
que en el mundo vivís, escuchad atentamente,
escuchad, poderosos y humildes, pobres y ricos,
escuchad las palabras que os diré sabiamente.

Realmente, era precisa cierta labor de exégesis para reconocer el Salmo cuarenta y nueve en esta versión escocesa. Y también hacía falta un oído más paciente que el mío para percibir melodía alguna en la nasal interpretación de Hannah.

Pero Hannah se sentía feliz, y nos había preparado té con tostadas y miel, y pastel de fruta y mermelada de fresas. El servicio religioso había sido magnífico. El pastor Macphail había predicado una maravillosa homilía acerca de los deberes que los cónyuges tenían el uno para el otro, y cuando llegó al escabroso capítulo del envilecimiento del lecho matrimonial, la cara de más de un feligrés, cuyos nombres Hannah podría decir, pero que no diría, enrojeció visiblemente, y hubo más de un carraspeo. Los panecillos procedían del horno de la joven señora Sinclair, y eran mucho mejores de lo que solían ser desde que dicha señora seguía el consejo que le dio Hannah, acerca de dejar reposar la masa. El pastel de fruta era obra de la señora Jobson, y era una de las pocas cosas que sabía hacer en la cocina, sin que cupiera decir que le había salido mejor ni peor de lo usual. ¿Había mejorado el pobre señor? ¡Que Dios Santo fuera alabado! Mañana procuraría hacer un hueco en sus obligaciones, e iría a verle. Uno de los hijos de Fergus la llevaría en automóvil. A propósito, Ruarri Matheson había dejado un recado para mí. Me esperaba en su casa, a las nueve en punto de la mañana, vestido para ir al monte. Y la enfermera del distrito había dicho que agradecería mucho a la doctora que la llamara por teléfono. No, no se trataba de nada urgente, sino solamente de un consejo. El número estaba en el bloc, en el escritorio de Morrison.

Cuando Kathleen fue a telefonear, Hannah me dirigió un guiño de conspiradora, y con el dedo me invitó a seguirla hasta la cocina. Allí, me cogió las manos, se las llevó a los labios, y me las retuvo mientras me hablaba. Ahora, Hannah no me reñía ni me daba amargos consejos. Se portaba solamente como una vieja mujer cariñosa y preocupada.

-He rezado por ustedes esta mañana, por los dos, sí, porque usted demostró querer a Morrison, cuando más falta hacía demostrarlo. Y Dios me ha hablado. Me ha dado un recado

Librodot

para usted. Usted tuvo la luz al llegar. Si ahora se va, se llevará la luz con usted. Si se queda, perderá la luz. Hay peligro para usted en la oscuridad. Son palabras de Dios, muchacho, no mías. Ni siquiera sé su significado, pero la verdad es que soy demasiado vieja para que Dios me mienta.

-Me iré pronto, Hannah. Cuando la doctora McNeil haya terminado su trabajo, nos iremos los dos.

-Esperemos que no sea tarde.

-No lo será. No tema, Hannah.

Entonces le di un beso en la mejilla. La piel era vieja y seca, como pergamino, con toda una vida escrita en ella. Durante un breve instante, Hannah se mantuvo pegada a mí, y después, avergonzándose, como de costumbre, de la ternura, me empujó fuera de la cocina, y reanudó su cantar, mientras la tetera hervía. Una vez más se había repetido la extraña experiencia. Había yo oído las palabras, pero no las había comprendido. Yo era actor del drama. Pero, apenas había ocurrido, parecía que le hubiera ocurrido a otro hombre. Volví a la sala de estar, cogí un libro, me serví un whisky, y esperé a que Kathleen bajara a tomar el té. Me dijo que no podía pasar la noche en casa de Morrison. Un anciano paciente comenzaba a dar síntomas de haber contraído una pulmonía. Tenía que visitarlo, y estar a su disposición durante la noche, caso de que se produjera una situación de emergencia. No dejaba de ser un contratiempo, pero no me pareció demasiado malo. El día había sido casi perfecto, y tanto Kathleen como yo deseábamos pasar una noche de descanso, juntos o separados.

Cuando Kathleen se hubo ido, busqué en la biblioteca de Morrison libros que trataran del Cervus elaphus, que, y se lo digo por si ustedes son tan ignorantes como yo era, es el ciervo rojo de las tierras altas y de las islas. Era novato en el deporte de la caza de este animal, y no quería quedar totalmente en ridículo. Además, Ruarri, acompañado de sus muchachos, me daría un trato tan duro como el que daría al propio ciervo. Lo mismo que los muchachos de la mafia, Ruarri no siempre se enfadaba en serio, pero ya en broma, ya en serio, tendría que darme una lección. Por esto, consideré oportuno prepararme un poco.

Según descubrí, la caza del ciervo era un deporte de caballeros, con una historia muy poco caballerosa. En tiempos remotos, los ciervos eran propiedad del rey, del barón, o del señor de las tierras, y el plebeyo hambriento que mataba un ciervo era cazado y destruido con más brutalidad que la reservada al propio animal. Los ciervos eran cazados primeramente con jaurías que se lanzaban sobre todo ciervo, macho o hembra, que encontraran pastando pacíficamente por ahí. Los ciervos eran muertos con flechas, arrojadas con arcos o con ballestas, y, más adelante, con balas de plomo lanzadas por los mosquetones. En ocasiones, equipos de batidores acosaban a los ciervos hasta reunirlos en un valle, y allí los perros y los hombres, conjuntamente, procedían a su matanza en masa.

En los más civilizados tiempos de la reina Victoria, la vieja nobleza y los nuevos caballeros -destiladores de alcoholes para beber, constructores de buques y navieros, propietarios de minas de carbón y dueños de altos hornos- se construyeron castillos, schlosses, châteaux, villas y fantasías arquitectónicas a cual más selvática, en los más selváticos lugares, con la idea de utilizarlas como cuartel general desde el que partir a la busca y matanza del pobre cervus elaphus. Comían la carne de este animal, carne fuerte pero rara, y, en consecuencia, cara. Y, además, lo cual era todavía más importante, colgaban de las paredes de sus casas las cornudas cabezas, como prueba de sus viriles proezas, y muchos de esos hombres con más de cien cabezas en sus paredes, tenían en la suya un par de cuernos que lucían en privado, después de la temporada de caza.

Sin embargo, debido a que estos caballeros eran ya gente civilizada, y solamente utilizaban a los niños para arrastrar vagonetas de carbón y para meterlos en el interior de las chimeneas y limpiarlas, dejaron de servirse de los perros tradicionales, y criaron collies, hermosos e inteligentes perros que acosaban a los ciervos, pero que no los derribaban, dejando que esta dulce tarea fuese realizada por sus dueños. La pieza más codiciada era la que tuviera mayor cornamenta, lo cual no dejaba de tener un curioso significado fálico, ya que,

según eminentes autoridades en la materia, a más hormonas masculinas mayor cornamenta tenía la res. Los ricos caballeros pagaban altos precios para poder gozar de una buena cacería, por lo que constituía un buen negocio expulsar de las tierras a hombres y carneros, a fin de que dejaran espacio libre para los altos sacerdotes de la moda y sus víctimas expiatorias. Era buen negocio dejar buenos piensos en invierno, a fin de que, en verano, los cazadores cazaran más y mejores ciervos.

Después de la muerte de Victoria, y de Eduardo y de Jorge, y después de que muchos millones de siervos, villanos, mercaderes, señores y nobles, de menor y mayor importancia, murieran en luchas bélicas, la matanza del cervus elaphus prosiguió, pero con un rito más refinado. Ahora, la época de caza estaba más rígidamente limitada, y justificada con más claros razonamientos. Los ciervos debían ser objeto de caza, a fin de que no esquilmaran demasiado la tierra. Pero los cazadores debían ser objeto de regulaciones, a fin de que no destruyeran los mejores ejemplares, dejando que sólo los peores se perpetuaran. El precio de un arma de caza debía elevarse, en armonía con la elevación de los impuestos y el costo del trabajo. En las pequeñas islas de la Gran Bretaña -disminuida pero todavía grande- era preciso mantener la población de ciervos en un nivel estable, lo mismo que la población humana, y, a este fin, el mejor procedimiento consistía en permitir un juicioso número de asesinatos.

Lo cual, cuando poco faltaba para la medianoche, me llevó a considerar cierto aspecto de mi salida en compañía de Ruarri. En esencia, se trataba de un ejercicio consistente en perseguir y dar muerte a un ser vivo. Era, éste, un ejercicio en el que fui bastante experto en cierta época de mi vida. Había yo recibido el adiestramiento preciso para matar. Me habían enseñado a lanzarme contra un saco terrero, bayoneta en ristre, a abalanzarme cuchillo en mano sobre un hombre, a arrastrarme hacia un adormilado centinela para estrangularle con un alambre. En realidad, yo había matado y jurado jamás volver a matar, hombre o bestia, pese a lo cual todavía comía carne, lo que no deja de ser un triste ejemplo del valor de la lógica humana.

¿Y la actividad del acecho? Sí, esto lo podía hacer. El acecho era un ejercicio incruento: el cerebro humano contra la sensibilidad animal, la razón contra el instinto, sin amenazas de violencia, y sin consumación de violencia. Podía haber, en la victoria, cierta divina magnanimidad, la magnanimidad consistente en que del ejercicio surgiera un vencedor, sin que la victoria supusiera una víctima; saber que uno podía matar, y, sin embargo, abstenerse de matar. Noble afirmación, ¿verdad? Una modesta manera de desafiar aquel mundo de víctimas y victimarios, en el que yo no quería intervenir, ¿no es eso?

Desde luego, ustedes pueden reírse, si quieren, de mi triste y superficial argumentación. Sí, soy capaz de pescar un pez, pero no de dar muerte a un ciervo. Y puedo comer carne muerta, siempre y cuando otro se haya encargado de matarla. Y ahora les ruego que no se rían, por lo menos que no se rían abiertamente, o con desdén. Me esfuerzo en relatarles, con la mayor honradez posible -¿hay alguien capaz de ser enteramente honrado?-, la intervención que tuve en la historia de este verano en las islas. Y les diré que, a pesar de ser hombre orgulloso, no estoy orgulloso de dicha intervención. Entonces, ¿por qué la cuento? Supongo que ello se debe a que todo hombre ha de tener su humillación de Canossa, y pedir perdón al hombre que él hubiera podido ser.

En consecuencia, sí, practicaría el acecho, pero ¿mataría? Gracias a la suerte o a la habilidad, encontraríamos un ciervo, Ruarri y yo, medio hermanos, medio enemigos, con los sicarios de Ruarri por testigos. Yo sería el invitado. Tal como la cortesía ordena, Ruarri me brindaría el privilegio de efectuar el primer disparo, que sería el último, ya que si no daba en el blanco, el ciervo y sus camaradas huirían como alma que lleva el diablo. Yo podía aceptar este privilegio, y apuntar demasiado alto y demasiado a un lado, pero Ruarri no dejaría de darse cuenta, incluso en el caso de que los demás no se apercibieran de ello, y quedaría avergonzado de mí, y me odiaría todavía más. También podía decirle, antes de ponernos en marcha, que no deseaba matar, y que mi única ambición era acechar y ver. Pero en este caso

Librodot

Ruarri se reiría a escondidas, tal como ustedes se están riendo, y me despreciaría, debido a que, a su juicio, tanto la lógica como mi personalidad quedarían muy mal paradas.

¿Qué decisión tomé? Ninguna. Cerré los libros y los devolví a la estantería. Busqué una buena novela de intriga, absolutamente anestésica, con grandes cantidades de sangre, tripas y muertes violentas, me serví un whisky muy largo, y con el vaso y el libro me fui a la cama.

Y esto me hace pensar en otro punto. Si en esta narración se habla demasiado de la bebida, ello no se debe a artificio o a conveniencias de orden literario, sino a que, en aquel entonces, yo bebía demasiado. Los días eran muy largos. El tiempo que pasaba en compañía de Kathleen McNeil era demasiado corto, y, en los momentos vacíos, tenía que olvidar. Desde luego, tampoco cabe decir que fuera un gran bebedor. Estaba pasando unas vacaciones en aquellas islas que habían sido colonizadas por los grandes y mujeriegos guerreros que, a tragos, conseguían alcanzar la Valhalla. Me faltaba, pues, mucho trecho para alcanzarles, e incluso para alcanzar a sus descendientes del siglo XX, pero yo corría. ¡Y tanto que corría, hermanos y hermanas, alabado sea el Señor!

Pero la mañana siguiente caminé.

Anduve hasta llagarme los pies y quedar con las piernas de trapo por las empinadas colinas de Harris. La primera cuesta fue de medio kilómetro, para empezar. Luego vino una leve depresión, y después otra subida a la que debíamos llegar para alcanzar el valle en que encontraríamos a los ciervos. Esperaba que los ciervos y Ruarri hubieran llegado a un acuerdo con respecto al lugar de la cita, ya que, de lo contrario, igual caía yo rendido al suelo y fallecía, dejando a los muchachos la tarea de levantar un monolito sobre mi tumba.

Y ahora permítanme que les hable de esas colinas de Harris. ¿Sabían ustedes -desde luego, si no lo saben esto significará una muestra más de la decadencia de la cultura- que el Arca de Noé recaló en estas colinas, precisamente entre Clisham y Uisgna Val More? Sin embargo, nadie sabe con seguridad si esta detención ocurrió antes o después de la del Ararat. Pero que el Arca estuvo aquí es una verdad como un templo. Esto nadie lo ignora. Noé mandó a una urraca que investigara un poco la situación y le diera el parte, y a la urraca no le gustó ni pizca lo que vio. Esta es una de las razones por las que las urracas son en estos parajes aves de mal agüero, en especial cuando uno ve a cuatro juntas. ¿Sabían ustedes que estas grandes piedras redondeadas en las que me estuve despellejando las espinillas durante toda la mañana formaron en otros tiempos el castillo de un gigante dedicado a robar doncellas, que sólo podían recuperarse contra el pago de perlas marinas? ¿No? Bueno, pues también esto es un hecho histórico incontrovertible. Y otro hecho indiscutible es que subir una cuesta de tierra de turba es un purgatorio, caminar sobre un pedregal es un pasatiempo de memo, y andar me caigo no me caigo por entre rocas de granito y espinos, sólo para tener el placer de ver cómo el ciervo se desayuna con hierba, es cosa de lunático ansioso de pasarlo mal en la vida.

Ruarri impuso lo que en el ejército se llama paso de castigo. Yo creía saber quién era el castigado, y esta convicción adquiría especial vigor cuando los dos muchachos que nos acompañaban decían a Ruarri que si no aminoraba el paso íbamos todos a cascarnos los tobillos. Por esto, Ruarri nos concedió un descanso, después de la primera cuesta, lo que fue causa de que a todos mis sufrimientos se añadiera el de la plaga de las moscas de agua. Con sardónica paciencia, Ruarri explicó que dicha plaga ilustraba la razón por la que teníamos que ascender. Los ciervos eran mucho más sabios que nosotros, y cuando el tiempo era cálido y húmedo subían a las más altas tierras, con el fin de liberarse de los insectos.

También explicó que, con el aire húmedo, los olores se percibían desde más lejos, y que los animales eran más sensibles a ellos. Por esta razón, teníamos que avanzar contra el viento, y llegar así al valle al que nos dirigíamos. Estos detalles me importaban poquísimo, y lo único que me preocupaba era conservar el resuello suficiente y el necesario dominio de los músculos para no hacer el ridículo cuando divisáramos nuestra presa, y el acecho comenzara a exigir mayores esfuerzos.

Seguimos adelante, ascendiendo la pendiente que nos llevaría a la última cumbre, bajo la cual estaba el bosque de los ciervos, que no era un bosque, ni mucho menos, sino una alta

depresión entre los montes, cubierta de musgo y hierba, y sin un solo árbol. Ahora caminaba al lado de Ruarri, avanzaba con menor esfuerzo y respiraba mejor, quizá debido a mi necesidad de no dejarme ganar la partida. Hablábamos poco y en voz baja, ya que el sonido de las voces llegaba hasta muy lejos y podía alertar a la vanguardia del rebaño, o sea los machos viejos y las matriarcas, que se encargarían de comunicar la alarma a sus camaradas. Todavía faltaba un mes para la temporada del celo, por lo que los machos y las hembras pastaban separadamente, y las reses más viejas formaban el grupo de dirigentes. Hicimos el último alto, al abrigo de un gran tolmo, y Ruarri explicó en qué consistía el acecho.

-Cuando veamos el rebaño, estarán todos pastando tranquilamente. El asunto consiste en acercarse lo más posible sir alarmarles. Estamos contra el viento, la brisa sopla siempre en la misma dirección y no hay el menor riesgo de que nos huelan. Pero tienen la vista muy aguda, y al menor sonido levantan las orejas; sí, para esto basta el roce de la suela del zapato, o el sonido del cerrojo del rifle. Así es que nosotros lo que debemos hacer es fijarnos en los guías del rebaño. Si uno de ellos suelta un berrido, esto significa que se ha dado cuenta de nuestra presencia, y debemos todos quedarnos quietos, helados. Entonces, el rebaño también se quedará quieto, las manos juntas, y la cabeza levantada, esperando. Si vuelven a pastar, no os mováis hasta que todas las reses hayan bajado la cabeza, ya que los guías seguirán alerta. E incluso es posible que uno de ellos tenga el atrevimiento de avanzar hacia nosotros, con el propósito de vernos o de olernos... Si nos acercamos lo suficiente para poder disparar, yo os diré la res a la que hay que tirar. ¿Comprendido?

- Me parece que sí. Espero que no cometeré ningún error.

- Quédate a mi lado y obsérvame. Los muchachos sabrán arreglárselas solos.

- Tengo la impresión de encontrarme de nuevo en el ejército. Me dirigió una rápida mirada suspicaz.

- ¿Te molesta?

- ¡No, hombre, qué va!

- ¿Qué tal tiras?

-Pues no he tenido un fusil en la mano desde que devolví el mío al gobierno. Así es que corres el peligro de quedarte sin ciervo.

-Si tanto interés tienes en cazar un ciervo, lo cazarás. Vamos, en marcha, y sin hablar.

Si tanto interés tenía en cazar un ciervo... ¡Astuto Ruarri! Astuto, astuto, muy astuto, con todos sus sentidos alerta, y con la cabeza dando siempre en el clavo. Yo no quería cazar un ciervo para conseguir su carne o su piel o su cabeza, sino para demostrar a Ruarri que era tan hombre como él, que era un tirador tan sereno como él, un espadachín tan macho como él, y que estaba tan dispuesto como él a verter un poco de sangre para alcanzar lo que ansiaba, y conservarlo en mi poder. ¿ El juramento que había hecho ante mí mismo? Agua de borrajas. Ya había perjurado la noche en que recorrí el trayecto de Stornoway a Laxay, acepté la idea de que era correcto darle una patada en la barriga a un hombre, siempre y cuando uno fuera el primero en llegar a la meta, gracias a este expediente. Sin embargo, aún quedaba la posibilidad de que el último acto del drama pudiera ser evitado. El acecho no había comenzado todavía. No comenzaría hasta que llegáramos a la cumbre de la última cuesta y viéramos si los ciervos estaban allí o no.

Estaban. Tenían que estar. Su presencia quedó escrita en la palma de mi mano cuando nací, pero debía tener yo la visión precisa para leerla. Había por lo menos cincuenta reses, machos y hembras, pastando en cuatro grupos. Los grupos estaban alejados entre sí, en diversas partes del pequeño valle, y, separados de ellos, vi dos grandes machos con cornamenta en forma de árbol surgido de la testuz. Les contemplamos desde una hendidura en una roca, agrupados a la espalda de Ruarri, quien examinaba el valle con prismáticos. Nos indicó a las matriarcas, hablando en un susurro y apenas moviendo las manos. Cuando hubimos grabado su imagen en la mente, Ruarri estudió a los machos, y determinó que el más alejado de ellos sería nuestra pieza. Luego nos ordenó que saliéramos de nuestro escondrijo,

Librodot

reptando, y que nos dirigiéramos hacia las rocas pizarrosas, que nos darían cobijo, y la tierra cubierta de hierba, que acallaría el sonido de nuestros pasos.

Parecía que los ciervos gozaran de todas las ventajas. Cierto era que teníamos el viento de cara, pero estábamos en un lugar elevado y teníamos que descender por terreno abrupto y pedregoso, antes de llegar a las primeras peñas y al suelo con hierba. Con un movimiento de la mano, Ruarri ordenó a los dos muchachos que rodearan, lentamente, el valle por la derecha. Luego, con mucho cuidado y lentitud, Ruarri me dio el rifle, indicándome el seguro y diciéndome que ya estaba alzado, y que tenía un proyectil en la recámara. Debía seguirle, con el arma, arrastrándome con los codos, al modo de los comandos. El se encargaría de dirigir la operación, y yo de dar muerte a la pieza.

En dos ocasiones, faltó muy poco para que fracasáramos. La primera vez, uno de los muchachos rozó una roca con un clavo de su bota. Inmediatamente, una de las matriarcas alzó la cabeza y bramó, y el rebaño quedó rígido, cada res en la postura del corredor que aguarda el instante en que le den la señal de salida.

Nos quedamos inmóviles, sin apenas atrevernos a respirar, hasta que mucho más tarde oímos un segundo bramido, y luego otro. Entonces, con angustiante lentitud, volvieron a tranquilizarse, y avanzamos veinte metros más, entre el brezo. La segunda vez, una brizna de hierba se me metió en la nariz, y el leve sonido que produje al quitármela volvió a alarmar a los ciervos. Cuando se tranquilizaron de nuevo, tenía los músculos agarrotados, y el peso del rifle me parecía superior a mis fuerzas.

Por fin, llegamos al escondrijo elegido, una pequeña roca, cubierta de musgo, un poco más allá del linde de la maleza. Ruarri me mostró la mano, con los dedos abiertos. Era su estimación de la distancia. Quinientos metros más o menos. Las reses estaban tranquilas ahora, y el gran ciervo macho pastaba con señorial desdén en la ladera del otro extremo. Centímetro a centímetro, adopté la posición de tiro. Le apunté al través del lente, hasta que la minúscula cruz coincidió con aquel lugar del cuerpo del ciervo en que debía albergarse el corazón. Cuando disparé, el ciervo cayó inmediatamente, de rodillas, y, después, apenas un estremecimiento recorrió su cuerpo.

Fue un buen tiro. Incluso Ruarri dijo que se sentía orgulloso del disparo. Solamente recuerdo otro que se le pudiera comparar. Fue el tiro con el que derribé a un centinela japonés, a seiscientos metros de distancia, en el momento en que, en pie sobre una roca, encendía un cigarrillo. Y también tuve la misma reacción. Sentí deseos de vomitar.

Librodot

IX

Fui un héroe durante media hora, lo cual es más que suficiente para cualquier hombre en sus cabales.

Inspeccionamos nuestra pieza. Admiramos la limpieza de nuestra hazaña: había muerto sin dolor, apenas había sangrado, y el daño en la piel era mínimo. Se trataba de un animal mayestático, con la cornamenta totalmente desarrollada, y que se encontraba en el momento más adecuado para hallar la muerte, ya que en un año comenzaría su decadencia, lo cual no dejaba de ser como una total absolución para el hombre que le había dado muerte. Los muchachos ataron las pezuñas del ciervo, pasaron un fusil por entre ellas, y así bajaron la pendiente. Cuando nos sentamos para almorzar, lo dejaron lo suficientemente lejos para que su presencia no nos incomodara. Comimos buey entre unas rebanadas de pan capaces de atragantar a un gigante, y lo regamos con whisky y cerveza.

Todos éramos magníficos, tipos formidables, de dos metros de altura, y yo un poquito más alto que todos los demás. Luego, y debido a que matar es algo parecido a efectuar un coito, y después uno queda encogido y fatigado, nos tumbamos a la sombra de una roca, y contamos relatos que ninguna relación guardaban con el pobre macho cuyo cadáver yacía a veinte metros, con mi bala en el corazón, y las moscas zumbando alrededor del orificio en el costado.

Al principio, los cuentos que se contaron me sorprendieron. Todos ellos eran cuentos de magia y de hechos sobrenaturales. Pero no tardé en comprender que matar es un acto mágico que exige ciertos ritos, como los cánticos del sacerdote, el ejecutor vestido de negro y con el rostro oculto, luego la procesión con las doncellas llorosas y las viejas con las manos en los senos sin leche, y los hombres balanceándose solemnemente, como si estuvieran embriagados.

Uno de los muchachos relató la historia de los dos jóvenes de Rodel que construyeron una embarcación tan hermosa que el mar sintió celos y no quería dejarla volver a tierra. Citó el viejo adagio: «Al mar le gusta tener compañía, pero codicia todo lo que le gusta.» Lo cual condujo a otra leyenda -pero ¿puede calificarse de leyenda algo que está tan profundamente enraizado en la memoria del pueblo?-, según la cual los marineros deben siempre ser enterrados en la playa, a fin de que el mar no sienta celos y, por la noche, no invada la tierra para recuperar el cuerpo del marinero muerto. Únicamente aquellos que están enterrados en la sagrada isla de Iona aparecerán secos el día del Juicio Final, puesto que en las últimas grandes inundaciones Iona flotará sobre las olas para que Dios reconozca a sus santos.

Luego, también estaba la perdida Atlántida, la hermosa leyenda que tan rudos labios contaban. Todavía quedaban viejos que habían visto, no muy lejos de la playa, calles, templos y hombres vivos y prados con ganado, todo ello sumergido en el mar. Y si la Atlántida no existía, ¿cómo explicar que las chochas intentaran encontrarla todos los años, volando hacia poniente, para volver derrengadas a las islas? ¿Y cómo explicar que el césped azul solamente creciera en dos lugares del mundo, las Bermudas e Irlanda? El Atlántico era demasiado ancho para que las aves lo cruzaran volando, con semillas en el pico. Forzosamente tuvo que haber, en otros tiempos, una tierra entre las Bermudas e Irlanda.

Yo era el héroe del día, y por esto eché mi cuarto a espadas contando relatos de Nueva Guinea, como el del hechicero que se transformaba en casuario, y estaba en dos lugares al mismo tiempo, en uno de ellos como ave y en el otro como hombre, y el hombre hablaba como un pájaro y el pájaro como un hombre; y el relato del dios en forma de cerdo que exigía el sacrificio de los primogénitos, de modo que la madre tenía que dar muerte a su hijo y amamantar a un gorrino.

Después, Ruarri contó su cuento fantástico -y así el Señor le confundiera, por el alto sentido poético de que dio muestras, contradiciendo así su manera de ser, generalmente brutal-, y lo hizo de modo tal que no pude separar la realidad de las tonterías fantásticas. Habló del lugar de las piedras, de aquel lugar en el que Kathleen y yo comenzamos a conocernos. Ruarri dijo que, fuera lo que fuese lo que los eruditos habían escrito al respecto, la verdad era muy diferente. Las grandes piedras no eran de Lews, ni mucho menos, sino que las trajeron sacerdotes con túnicas adornadas con plumas, auxiliados por criados negros y acompañados por grandes cantidades de gaviotas que volaban alrededor de sus cabezas. En Gales y en la parte occidental de Inglaterra, a las gaviotas se les considera los pájaros de los druidas, y se les solía dar muerte en el día de San Esteban, para celebrar la extinción de la vieja religión.

Pero la vieja religión no estaba extinta todavía. No, ni mucho menos. Si uno preguntaba por ella a los viejos de Lews, todos contestaban, en voz baja, que todavía había familias que «pertenecían a las piedras». Y si uno insistía, en la debida disposición de ánimo para creer sus palabras, los viejos le dirían a uno que el Esplendente todavía hacía acto de presencia, una mañana de verano, quedándose en pie junto a la gran piedra, y que si el cuclillo cantaba mientras uno estaba allí, uno podía ver con toda claridad al Esplendente. Si uno pedía en matrimonio a una muchacha, allí, entre las piedras, el matrimonio se celebraría sin duda alguna. Y si uno amaba por vez primera a una mujer, allí, en la húmeda niebla, el matrimonio sería feliz para siempre jamás. ¿Había Ruarri visto el Esplendente? Bueno, pues sí, al menos creía haberle visto; sin embargo no podía estar totalmente seguro. Y lo dijo de tal manera que tampoco yo podía estar totalmente seguro, a pesar de que soy un narrador que se sabe todos los trucos de la profesión. Verdad o mentira, lo cierto es que el mágico relato surtió efecto, y cuando transportamos el ciervo, de dos en dos, descansando y relevándonos cada medio kilómetro, el ciervo era tan sólo un despojo que debía ser limpiado y despellejado, y la carne ahumada para ser después comida.

En el camino de regreso, mientras caminábamos algo separados y sin carga, Ruarri me preguntó:

-¿Qué efecto te ha producido, *seannachie*?

-¿Qué?

-La caza.

-Ninguno.

-Eres un embustero.

- Pues no me hagas preguntas idiotas.

- ¿Te ha emocionado?

- Sí.

-¿Y luego?

- ¡Por Dios, Ruarri!

- A mí me produce deseos de acostarme con una mujer, inmediatamente, sin un segundo de espera.

- A mí me da ganas de vomitar.

-Me pregunto a qué podrá deberse la diferencia de nuestras reacciones.

-No sé... En fin, dejemos el asunto.

Estábamos los dos demasiado cansados para discutir, y, por esto, abandonamos el tema, sin enemistarnos. De todas maneras, el daño ya estaba hecho. Las palabras habían traído a mi memoria la persona de Kathleen McNeil, y el momento en que los dos estuvimos a un paso de la muerte, en el acantilado al margen de la carretera. Recordé lo que Kathleen había dicho: «No hay miedo, no hay lamentación. Sólo hay pasmada expectación.» Altérense un poco las palabras, déseles género masculino, y se conseguirá exactamente lo que Ruarri había dicho. Retuérzase un poco el cuchillo, y se conseguirá que me ponga lo suficientemente celoso para dar muerte a Ruarri con más satisfacción que aquella con que maté al ciervo. Y, después de matarle, poseería a mi mujer.

Siempre fiel a sí mismo, Ruarri dio al cuchillo el movimiento giratorio preciso. No, no lo hizo inmediatamente, ya que era demasiado astuto para eso. Pero después, en su casa, mientras los muchachos estaban fuera ocupados en despellejar el ciervo y en preparar la carne, y nosotros tomábamos una copa, sentados, Ruarri comenzó a hurgar en mi espíritu.

-Este viaje que tú y yo vamos a hacer, *seannachie*, puede muy bien durar diez días, e incluso más.

-Parece interesante.

- ¿No te molesta?

- No, hombre. ¿Por qué habría de molestarme?

- No sé... Es que he estado pensando un poco.

- ¿En qué?

- En Kathleen y tú. ¿Se lo has dicho?

-Se lo he mencionado, sí.

-¿Y no le importa?

- No me ha dicho nada.

-¡Peligroso, muchacho! ¡Peligroso!

-¿Por qué?

-No nos engañemos, muchacho. Tú y yo quedaremos en libertad para divertirnos siempre que nos dé la gana. En Trondheim, por ejemplo, hay una muchachita que es una delicia, una chica que acaba de quedar viuda, y que ansía que alguien la consuele, y tiene una casa limpia e íntima, y, luego, no hay quejas, ni reproches, ni nada. Por otra parte, y conste que te hablo como a un hermano, una mujer que acaba de enamorarse, y que recibe las atenciones que me consta tú le das, tiene derecho a quejarse si quien le da estas atenciones se larga, que es lo que tú harás. ¿No se te ha ocurrido pensar en esto?

Efectivamente, había pensado en el asunto, pero consideraba que las conclusiones a que había llegado no eran cosa de la incumbencia de Ruarri. Había pensado que unos cuantos días en el mar representarían para mí una purga, la purga que necesitaba para el hígado, para la vista, para la cabeza, de manera que al regresar podría gozar de todas las cosas buenas sin sentir aquella perpetua comezón que me inducía a analizarlo todo, ni padecer aquella melancolía que me invadía en el momento más inesperado. También había pensado que mi ausencia sería causa de que Kathleen me necesitara más, predisponiéndola a seguirme, al término del verano, y a contraer matrimonio conmigo. Por otra parte -y esto lo consideraba síntoma del restablecimiento de mi salud-, también deseaba conocer algo nuevo y simple sobre lo que escribir, algo que me permitiera reemprender mi oficio. La respuesta que di a Ruarri fue algo diferente.

- Kathleen no se quejará. Trabaja durante todos los días de la semana, y más de la mitad de las noches. Además, Kathleen y yo iremos de viaje juntos, al término del verano.

-¿Para casaros?

- Esta es la idea.

-¡Bien, *seannachie*! ¡Sí, señor, bien! ¿Le has dado ya el anillo?

-Todavía no.

- Te haces desear, ¿verdad?

-No, hombre, no es eso. Lo tomamos con calma.

-¿Y cómo reacciona Kathleen ante esta actitud?

-Le gusta.

Entonces, como sea que la conversación se acercaba demasiado a mis puntos sensibles, y comenzaba a notar ciertas molestias, decidí pasar a la ofensiva. Le hablé de mi conversación con Duggie Donald, en Tarbert, y le di una versión expurgada de la misma. Ruarri estuvo un rato con las cejas fruncidas, y, después, se levantó para servir más whisky. Cuando estuvo de nuevo sentado, dijo:

-Esa gente me tiene el dedo puesto en el ojo, *seannachie*, y esto es algo que no me gusta ni pizca. Esa maldita burocracia británica es una pesadilla.

Librodot

-¿Es que tienen algo contra ti?

-Todavía no. Todo son rumores.

-¿Como los que oí en Stornoway la otra noche?

Me dirigió una fatigada sonrisa y afirmó con la cabeza.

-Más o menos.

-¿Tienen alguna base?

- Alguna, sí. Pero no es base suficiente para acusarme con todas las de la ley.

-Quisiera decirte algo, Ruarri.

- Pues dilo.

-No tengo el menor interés en sonsacarte en qué consisten tus negocios. Sin embargo, voy a efectuar un viaje contigo, y si me formulan preguntas, quiero tener las respuestas preparadas, respuestas en las que no falte a la verdad, aun cuando no diga en ellas toda la verdad. No quiero que me sorprendan, tal como me sorprendieron la primera vez. No, porque no siempre tengo reacciones tan rápidas. Además, si las cosas van mal, no quiero que se me culpe de ello, y ni siquiera que se insinúe mi culpabilidad. ¿Está claro?

- Como el agua. Y ahora deja que piense un poco cómo decírtelo.

Pensó durante largo rato, y me produjo un placer secreto el observarle mientras pensaba. Cuantos más problemas tuviera, menos probabilidades había de que metiera su roja barba en mis asuntos. Por fin, con mucho alarde de franqueza, me comunicó sus pensamientos.

-*Seannachie*, yo no soy más que un pescador. Las dos Helens están registradas como barcas de pesca al arrastre. No tienen permiso ni seguro (lo mismo que la tripulación) para transportar carga o pasajeros. Sí, así es el reglamento de la Comisión de Comercio y demás. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

-Pero no hay modo de ganar dinero con una barca, lo mismo que con un taxi, recorriendo distancias de vacío. Al decir «de vacío» quiero decir sin pescado o sin algo que vender al llegar a puerto. Así van las cosas. Y la situación está peor de día en día, debido a que los rusos, los daneses, los noruegos, los alemanes, los portugueses y los chicos de Hull y Grimsby, todos intentan vivir del mismo mar. El caso es que, de un modo u otro, tenemos que comerciar constantemente. Por ejemplo, Bollison, el individuo con el que me reuní en Minch, a veces tiene que comprar pescado en Stornoway, debido a que él no ha podido pescar la cantidad necesaria, y el pescado escasea en las plantas envasadoras a las que él suministra. Esto es algo que todos hacemos, y es ilegal. A veces, recibo un mensaje por radio diciéndome que aquí no hay pescado, pero que en las Orcadas abundan los albures. Entonces, voy allá y compro pescado, con la sola finalidad de pagar los salarios de mi gente con los beneficios de la transacción. Y en este asunto de las comunicaciones soy bastante bueno... Sin embargo, a pesar de todo, todavía hay muchas millas que debo hacer de vacío. Demasiadas millas... Y, en una mala temporada, podría muy bien arruinarme, lo cual no estoy dispuesto a hacer con la sola finalidad de que las gentes de la Comisión sean felices. En consecuencia, de vez en cuando hago lo que todos los patrones, es decir, transporto carga, carga especial para clientes especiales, desde puertos en que me conocen a puertos en que los clientes son conocidos, o viceversa.

-¿Qué clase de carga?

-La naturaleza de la carga varía, y esto es algo que tú no tienes por qué saber. Las bodegas apestan a pescado, tú apenas puedes soportar el hedor del pescado, y jamás se te ha ocurrido bajar a las tripas del barco. Y tampoco estarás presente durante la carga y descarga, porque te meterás en un bar a tomar una copa en compañía de una muchacha. Sabrás los lugares en que has estado, pero ignorarás las razones, ya que esto es asunto que incumbe solamente al patrón, quien lo hace constar en el diario de a bordo para que lo lea quien quiera, Duggie Donald incluido. Tú no tienes documentación de marinero, sino que tienes un pasaporte. Eres un pasajero que no paga pasaje, que ha subido a bordo porque te gusta el mar, y estás escribiendo una novela sobre el mar. ¿Sencillo? ¿Falta algo?

-Una cosa. ¿Transportas drogas?

- Buena pregunta, *seannachie*. Y la contesto: nunca. ¿Contento?

-Sí.

- Ahora bien, si no has quedado satisfecho, o si tienes miedo de quedar mezclado en mis asuntos, siempre puedes renunciar al viaje. No me ofenderé.

-No, no tengo el menor miedo. Al contrario, estoy esperando el momento de partir. ¿Cuándo nos hacemos a la mar?

-En cualquier instante de esta semana. Te avisaré con medio día de anticipación. ¿Te bastará?

- De sobras. Y espero que pueda serte útil.

-Podemos compartir la tarea de llevar el timón. Hay muy poco trabajo, hasta el momento en que se sacan las redes. Y entonces también puedes ayudarnos, si te da por ahí.

Y así dejamos el asunto, con muchas preguntas no contestadas, aunque ninguna de ellas podía preocuparnos todavía. Le di las gracias por la excelente jornada que habíamos pasado juntos, me despedí, y emprendí el camino hacia el Sur, en busca de Kathleen.

La encontré fatigada y propensa a preocuparse por cosas nimias. Por la noche habían requerido dos veces sus servicios, y, durante el día, al consultorio había acudido un número superior al normal de bazos en mal estado, junturas reumáticas y arterias endurecidas. Kathleen tenía la impresión de que la casa se le caía encima. El ama de llaves estaba de un humor infernal, y las gentes del pueblo se comportaban fría y distantemente, aunque con terribles exigencias tan pronto tenían un dolorcillo de cabeza o un poco de tos. Kathleen necesitaba que la mimaran un poco, y obtuvo lo que necesitaba. Luego, dijo que quería salir; pero como sea que yo todavía iba en ropas de montañero, y, por lo tanto, no me encontraba en las condiciones adecuadas para mezclarme con los elegantes turistas de Tarbert, decidimos ir a Rodel, tomar unas copas con las gentes de la localidad, en la taberna, y, después, cenar allí.

Rodel es un lugarejo extraño, casi raro, al silencio del atardecer de verano, con su ruinoso muelle, la vieja iglesia de San Clemente encaramada en la colina, con la bahía más allá, y en esta bahía, si la marea lo permite, se puede ver otro círculo de piedras, como las de Callanish, sumergidas en las profundidades de las aguas. Incluso ahora no sé si fue realidad o imaginación. Sin embargo, lo cierto es que con Kathleen cogida a mi brazo, con las cabezas volviéndose y los rostros pegados a los cristales de las ventanas, para observar a la doctora y a su amigo, los hechos y la imaginación se mezclaban, y todo era muy agradable y plenamente verosímil.

Faltaba todavía una hora para el ocaso, y una suave y cálida luz bañaba las blancas casitas. En la calle aún había movimiento: un grupo de niñas que saltaban a la comba cantando una y otra vez una canción en celta; un chico que corría con un perro; un campesino que regresaba a casa, la gorra echada hacia atrás, un saco al hombro, y la chaqueta colgando de la azada, como una bandera; una vieja encorvada, con un cesto de verduras.

Aquella paz era una bendición para los espíritus atormentados. Cuando llegamos a Rodel, Kathleen y yo estábamos de nuevo en el país del amor, íbamos cogidos de la mano y exultábamos de gozo.

Los monjes que fundaron la iglesia de San Clemente murieron hace ya muchos siglos. La actual iglesia protestante no quiere tener nada que ver con las viejas formas de San Clemente, y por esto el Ministerio de Obras Públicas se ha hecho cargo de ella, y si uno quiere visitarla ha de pedir la llave en el hotel. Si uno está de humor para ello, puede comentar este hecho. Nosotros no estábamos de tal humor, ya que nos sentíamos dominados por una sensación de intriga. Cuando abrimos la chirriante verja y entramos en el patio, con césped y ortigas, nos sentimos transportados fuera del tiempo. Cuando nos besamos, porque nos besamos, incluso los yertos fantasmas se alegraron de ello. Se alegraron los MacLeods de MacLeod; los MacCrimmons, que fueron gaiteros de los MacLeod; y se alegraron los MacVurrichs, que fueron sus bardos, hijo tras hijo, en línea directa, y portadores de su

bandera, cuyos huesos yacen, juntamente con todos los de los demás, mezclados, en el cementerio de la iglesia.

Pero allí había fantasmas más viejos que los de los MacLeod.En lo alto de la torre, que en otros tiempos los marineros utilizaron como punto de referencia para guiarse en su regreso a tierra, hay unas piedras labradas con extraños símbolos, procedentes del sumergido círculo de la bahía, y, a veces, por la noche, los enanos visitan la colina que fue la tierra en que vivieron, antes de que los santos de lona les obligaran a vivir bajo tierra. De este monasterio salió el Gran Sabio de Rodel, que fue a Francia, en donde Carlomagno le distinguió con su amistad, y dio a los francos su primera escuela de Humanidades. Desde luego, lo más seguro es que los franceses no estén de acuerdo. Los franceses no están de acuerdo con nada ni con nadie. Pero el mejor licor se encuentra siempre en botellas pequeñas, y en las islas había cultura mucho antes de que los franceses supieran lo que era. Lo dicho quizá no sea una verdad estrictamente histórica, pero si uno se encuentra bajo la cuadrada torre de San Clemente, con una bella mujer necesitada de consuelo en los brazos, entonces uno aceptará la verdad de lo dicho.

Después de haber dado y recibido consuelo, cuando los fantasmas volvieron a guardar silencio, regresamos a la taberna y nos abrimos un lugar entre los labradores y los pescadores que se apretujaban en el anticuado bar. Eramos forasteros, y nos dejaron en paz hasta que uno reconoció a Kathleen, y la presentó a sus amigos diciendo que era el nuevo médico de Harris. Aquellos hombres eran diferentes de los de Lews, menos ruidosos, más tímidos, menos propicios a iniciar una conversación. Incluso el músico era un tipo tan frágil que la más leve brisa hubiera podido llevárselo por delante. Sin embargo, tocaba dulces melodías con un viejo acordeón de marinero, y seguimos oyendo su música cuando nos sentamos a cenar en una estancia con cortinas de encaje y terciopelo rojo.

La comida era muy sencilla, pero fue servida con una sonrisa, y nosotros nos sentíamos a gusto con las gentes que allí había. Las preocupaciones de Kathleen se disiparon, y las mías quedaron encerradas en un lejano compartimiento de la mente. Por esto, nuestra conversación fue ligera, móvil y cambiante, como la niebla que flota sobre las aguas negras.

-Me gustas, mo gradh.

-Y tú a mí, Kathleen.

-Bueno, no soy demasiado joven...

-En este caso, yo soy más viejo que Dios.

- No sé, tengo la impresión de que te has rejuvenecido, desde que nos conocemos.

-Aire puro, ejercicio, whisky y el amor de Kathleen McNeil, ésta es la fórmula del elixir de juventud.

- Te he echado mucho de menos hoy. De buena gana hubiera hecho novillos y te habría acompañado en tu excursión.

-Puedes agradecer a los hados no haberlo hecho. Mañana tendré agujetas en todo el cuerpo.

-Pero has cazado tu primer ciervo.

- Y el último.

- ¿No te sientes orgulloso de tu hazaña?

- El ciervo era un animal hermoso y completo. El hombre que lo ha cazado no es tan noble.

-Te tratas a ti mismo con mucha dureza; sin embargo, comprendo muy bien lo que has querido decir.

-Me alegra que así sea.

-Pero no deja de ser un problema. Uno respeta la vida, uno ama la vida, pero uno no puede mimar todas las cosas y todos los seres. La ecología, en todos sus aspectos, está en función de la muerte. Vivimos en un mundo muy pequeño y muy atestado.

- Aquí no es así, a Dios gracias.

- Incluso aquí, querido. Cuando la tierra no da sus frutos, la gente se muere... ¿Cómo está Ruarri?

- Bien. Es un compañero magnífico cuando se encuentra de buen humor. Al principio, cuando comenzamos la ascensión, me impuso un paso de castigo tremendo, para ver qué tal reaccionaba. Pero, después, ya no tuvimos problemas. Ruarri es un chico que lo hace todo bien, incluso contar historias fantásticas.

-¿Has descubierto algo más acerca de Maeve O'Donnell?

-Poca cosa. Parece que tuvieron una relación amorosa que murió de muerte natural. Ruarri asegura que Maeve es una mujer demasiado inteligente para su gusto, lo cual probablemente significa que es una mujer que no está dispuesta a aguantar las majaderías de Ruarri.

-No sé, tengo la impresión de que aún está enamorada de él.

- Es probable.

- Me pregunto a veces cómo debe de ser una relación amorosa con Ruarri.

-Tormentosa, diría yo. Claro que todo depende de lo que la mujer quiera obtener.

- Ruarri es un hombre tremendamente atractivo.

- ¿Para ti?

- Para la mayoría de las mujeres, creo.

-¿Serías capaz de aceptarlo y de manejarlo?

- Sería capaz de ceder a esta tentación. Mejor dicho, hubiera sido capaz, si no te hubiese conocido.

-Siempre me habla de ti.

- ¿Y tú no hablas de mí?

-No. Siempre que tu nombre se menciona, procuro poner en tu personalidad un gran cartel rojo que dice «Reservada». Sin embargo, no hago más que pensar en ti. No hay ni un instante del día o de la noche en que no piense en ti.

-¿Y pensarás en mí mientras estés de viaje con Ruarri?

-Demasiado, probablemente.

- No me gusta que te vayas.

-Si es así, me quedo. No hay problema.

- No, no.

La sonrisa de Kathleen expresaba agradecimiento, y su mano se posó cariñosamente en la mía.

- Necesitas irte. Los días se te hacen muy largos cuando yo estoy ocupada. Te he estado observando, querido, no sólo con ojos de enamorada sino también con mirada de médico. Estás agotado, y sólo gracias a tus esfuerzos consigues reunir, todos los días, las fuerzas suficientes para vivir durante la jornada. Has mejorado mucho, pero aún no te has restablecido totalmente. Necesitas distracciones de carácter físico, mientras dejas la mente en descanso. Me gustaría que volvieras renovado y sonriente.

-Cuando nos casemos iremos en barco de vela a las Cícladas, y allí pasaremos la luna de miel.

- Si nos casamos, tengo otros planes para la luna de miel.

-¿«Si...»?

- Cuándo.

-Kathleen oge, mucho temo que he cometido un grave error.

- ¿Cuál?

- La primera vez que nos acostamos no hubiéramos debido hacerlo en la cama, sino en el lugar de las piedras. Entonces podría estar seguro de nuestra relación.

- Pues yo, hoy, la considero muy segura.

-¿Por qué hoy y no ayer?

- A ver si lo adivinas.

-No tengo la menor idea. Dímelo.

- No.

- ¿No hay modo de sobornarte?

- No. Tienes que intentar adivinarlo. Ahora puedes acompañarme a casa, y decirme que me quieres mucho.

- ¿Y después?

- Después tomaremos una copa, y te irás antes de que aparezca el amargo rostro del ama de llaves.

- ¿No habrá un poco de amor, mientras esperamos el regreso de la señora en cuestión?

- Hoy no puede ser, mo gradh. Por esto nos limitaremos a darnos un beso y a desearnos buenas noches.

-También esto es amor.

Lo fue y no lo fue. Era yo demasiado viejo e impaciente para los juegos de salón a la luz tamizada por pantallas, por lo que me fui pronto, y tomé el camino más largo para regresar a casa, es decir, el que pasa junto a las playas occidentales, donde hay más fantasmas, pero en donde no existe el menor peligro de ir a parar a un precipicio. Además, éstas eran las tierras en las que se centraban, en su mayor parte, los relatos populares fantásticos, tierras en las que incluso las ranas tenían fama de ser hijas de jefes nativos víctimas de un maleficio mientras dormían; en que las arenas se convertían en oro una vez al año; y allí se podían ver las huellas de fantásticos perros que paseaban en las horas de marea baja.

No vi a estos perros, pero puedo jurar verazmente que tuve ocasión de oír el ronco croar de las ranas, y que lamenté la suerte de estas desdichadas criaturas. Me pregunté qué fórmula mágica tendría el poder suficiente para deshacer el maleficio, a fin de que las ranas volvieran a ser seres humanos. Quizá fuera el beso de una princesa compadecida de su suerte. Quizá fuera una sola palabra, solución de un acertijo formulado hacía más de diez mil años, y totalmente olvidado, debido a que ni siquiera el hada que se lo inventó se acordaba de él.

Kathleen McNeil me había planteado un acertijo. Sin embargo, estaba yo rebosante de vino y de besos, y la fatiga me tenía casi dormido, por lo que no intenté encontrar la solución. Pero me entretuve con un juego consistente en dar al acertijo en cuestión la forma de versos celtas. Me costó treinta kilómetros, pero lo logré, y todavía lo recuerdo.

El hombre que era y el hombre que soy,
a los dos ama, pero más segura está
del que soy que del que era.
Soy quien soy y soy quien era.
Me gustaría que la diferencia viera.

Tal como el ministro dijo a la actriz, durante el desayuno, era un agradable engaño, pero ningún efecto me produjo. El acertijo me pareció divertido. Y la solución, si es que cabía hablar de solución, no me pareció divertida en modo alguno.

La única diferencia entre el yo de hoy y el yo de ayer radicaba en que había cazado una pieza. Lo cual me ponía al mismo nivel que Ruarri Matheson y la doctora Kathleen McNeil. Si quería ala señora, podía hacerla mía. Y de esta manera sería cinco centímetros más alto, cinco kilos más pesado, y un poco más implacable que el Lobo Rojo.

Locura? ¡Sin duda! Pero ya les he dicho que hubo un día, hace un millón de años, en que salí del territorio de la realidad y penetré en la dimensión de los sueños.

X

A primera hora de la mañana siguiente, cuando aún me estaba frotando los párpados para alejar el sueño de ellos, Ruarri me llamó. La situación había cambiado. Quería hacerse a la mar, rumbo a Noruega, a la una de la tarde. ¿Estaría dispuesto para acompañarle a esta hora? En mi fuero interno maldije vigorosamente a Ruarri, pero contesté que sí. ¿Ropas? El me prestaría un impermeable y las botas. Me aconsejaba que me llevara prendas cálidas para trabajar a bordo, y algo decente que ponerme para ir a tierra. Me ofreció un préstamo, pero no lo acepté por cuanto me quedaba dinero todavía. Si quería pasar una hora en compañía de mi chica, tenía tiempo para ello. Sin embargo, Ruarri insistió en que debía estar a bordo, dispuesto para iniciar la navegación, a la una menos cuarto. Le maldije otra vez, y colgué.

Llamé a Kathleen. Estaba medio dormida todavía, y de mal humor, lo que me indujo a alegrarme de tener que partir. Pero, en un brusco cambio, Kathleen se puso tierna y solícita, lo que me indujo a desear quedarme. Le dije que le telefonearía desde el continente, pero repuso que más valía que no me tomara esta molestia, ya que el teléfono funcionaba muy mal, y bien podía ser que cuando yo llamara ella se encontrara fuera de casa, atendiendo a uno de sus enfermos. Ya lo pasaríamos bien cuando yo regresara. -¿Dijo «a casa»?-Buen viaje, mi amor. Hasta pronto, Kathleen oge. Es bonito partir dejando a una mujer, porque entonces la mujer espera el regreso de uno. Me afeité, me bañé, y bajé a desayunarme.

Hannah estaba absolutamente segura de que me había vuelto loco. No alcanzaba a comprender que un hombre que tuviera a su disposición una cama caliente y una casa cómoda y una bella y enamorada muchacha, sintiera deseos de navegar por el fiero océano. Y con aquel pillo de Ruarri... ¡Que el Señor nos proteja de todo pecado y de todo mal! ¿ Ya sabía yo en qué clase de lío me metía? Si se levantaba temporal, igual me partía un brazo o una pierna o el espinazo, y quedaba inútil para satisfacer a una mujer. 0 podía venir una ola y llevárseme por delante... 0 igual me mareaba, y estaba llorando y pidiendo los consuelos de mi mamaíta, antes de que cayera la noche. ¡En fin...! De todos modos, si quería navegar, libre era de navegar, pero no tenía derecho a quejarme, después, de lo que me ocurriera, porque me lo tendría bien ganado. ¿Tenía prendas de abrigo? ¿No me habría olvidado de los trastos para afeitarme? ¿Tenía dinero? ¿Y ropa interior limpia? ¡Y cuidadito con hacer el loco! Ni hablar de andar por ahí fornicando en puertos extranjeros... Eran muchos los pobres chicos que regresaban a las islas con algo que no tenían cuando se fueron, y, luego, las pasaron moradas para explicárselo a la esposa o a la novia. ¿Iría a despedirme de Morrison? ¡Bien! Por lo menos me quedaba aún cierto resto de decencia. Hannah había visitado a Morrison, y lo había encontrado muy mejorado, pero todavía no era el de antes, no señor. Y, ahora, debía yo tomar un buen desayuno. Cuanto más llena se lleva la barriga, más fácil es conservar lo que en ella se lleva, tal como decía su padre, antes de que el mar se lo llevara una noche de invierno.

Por otra parte, a Morrison le gustó mi aventura, y manifestó su aprobación en términos muy vehementes.

-¡Es lo mejor que podías hacer, muchacho! Si tenéis buen tiempo, vas a disfrutar de un viaje como nunca podrás conseguir por el simple medio de pagar en una agencia. Y si tenéis mal tiempo, vivirás una aventura que te quitará de una vez esas telarañas que aún llevas en la sesera. Me gusta que Ruarri y tú sigáis siendo amigos. Tengo la seguridad de que seréis excelentes camaradas. De buena gana iría con vosotros, pero, ya ves, estoy encadenado a esta maldita cama, y han puesto a una mujer horrible, con una cabellera que parece un nido de víboras, para que me vigile constantemente.

Después de haber cumplido con mis obligaciones para con la tierra, me dispuse a cumplir con las del mar. Tenía que hacer un regalo a Ruarri, para agradecerle las cortesías recibidas y la hospitalidad que me ofrecía a bordo del Helen. Mi anticuario tenía exactamente

lo que necesitaba: un sextante de los tiempos de los navegantes a vela, en una caja de teca, reforzada con latón, y con las iniciales, grabadas, de un capitán muerto hacía qué sé yo el tiempo. Como sea que al anticuario le pareció que yo era ya un cliente seguro, me hizo una modesta rebaja, e incluso metió el obsequio en una bolsa de papel. Decidí obsequiar a la tripulación con bebidas fuertes, y a este efecto fui a la taberna. Me quedaba todavía una hora libre, por lo que me senté a una mesa junto al ventanal, pedí una cerveza y me dediqué a contemplar el paso de la gente por la angosta y grisácea calle.

Llevaba unos cinco minutos allí, cuando el bar comenzó a llenarse de clientes que acudían a tomar las copas del mediodía. Uno de ellos era Duggie Donald, el aduanero. Pidió una jarra de cerveza y se sentó en un alto taburete, dándome la espalda. En aquellos momentos no tenía yo el menor deseo de hablar con Duggie Donald ni con nadie, por lo que incliné el cuerpo hacia un lado y centré mi atención en la calle. Cuando hube terminado la cerveza, vi que un hombre hablaba con Duggie Donald. Hablaban en voz baja, en una conversación que parecía muy animada. El recién llegado era el marinero al que Ruarri había maltratado en la taberna llamada «The Admiral's Spyglass». El trato entre aquel par me pareció sorprendente. Nada tenía yo que temer de ninguno de los dos, pero no pude evitar cierta sensación de inquietud o incomodidad. Recogí mis paquetes y bultos, y me largué. En automóvil fui al muelle, y dejé el coche en un garaje cercano, diciéndoles que lo tendría allí cosa de una semana. Luego, con mis bultos, me dirigí hacia el Helen II.

Todavía era pronto, y sólo encontré a un hombre a bordo. Era un tipo alto y taciturno, que se presentó diciendo que se llamaba Athol Cameron. Me dijo que compartiría con Ruarri la cabina del patrón. Pensé que podía bajar a tierra otra vez. Di a Athol Cameron el whisky, y le dije que lo distribuyera entre la tripulación, con mis saludos. Cogió las botellas amorosamente en sus brazos, y, entonces, decidió que bien me había yo ganado que me acompañara abajo para mostrarme la cabina. Cuando lo hube dejado todo perfectamente ordenado, cual debe todo buen marino, y tras haber puesto una nota junto a mi obsequio, oí que los restantes miembros de la tripulación comenzaban a andar de un lado para otro, en cubierta. Subí para esperar la llegada de Ruarri.

Me encontré con un pequeño dilema. ¿Debía, o no debía decir a Ruarri que había visto a Duggie Donald hablando con uno de sus hombres? Si esto significaba un peligro para Ruarri, mi obligación era informarle. Si, por otra parte, el encuentro carecía de importancia, el pobre muchacho podía ser objeto de las innecesarias suspicacias de su patrón. Todavía andaba dándole vueltas a la cuestión, cuando el muchacho subió a bordo, con un saco de lona al hombro. Los saludos que intercambió con los otros me parecieron rebosantes de buen humor, lo que me indujo a considerar aconsejable olvidarme del asunto. Nada sabía de la clase de relaciones existentes entre los buannas de Ruarri, y también era preciso tener en cuenta que los breves estallidos de violencia y las muestras de ruda disciplina entre compañeros de navegación no eran cosa rara. Desde luego, no había motivo alguno para calificar de Judas a aquel hombre. El hecho de que participara en una aventura de Ruarri era garantía suficiente de que los sentimientos de hermandad seguían intactos.

Entonces, Ruarri subió a bordo y me invitó a ir con él a la cabina del timonel, para trazar el rumbo. Primeramente iríamos hacia el Norte, rebasando Minch, las Orcadas y Shetland; luego, seguiríamos la corriente de Noruega, hacia el Nordeste, hacia Trondheim. ¿El tiempo? Leve marejada en un par de horas, con vientos frescos del Este y lluvia. ¿ Luego? Bueno, había un frente frío que avanzaba desde Islandia. Podía pillarnos cuando nos encontráramos al sur de las Feroes, pero si había suerte, igual lo evitábamos. ¿Duración del viaje? Cuarenta y ocho horas, más o menos. ¿Finalidad del viaje? No la sabía, no pregunté, y me importaba un pimiento. Me sentía libre como un pájaro, y dispuesto a alzar mi voz y cantar baladas de libertad.

Nuestro Ruarri era hombre puntual. A la una en punto, los motores estaban ya en marcha, soltamos amarras y la embarcación pasó ante el muelle del transbordador, camino de la bocana del puerto. A la una y media pasábamos ante el cabo Chicken y avanzábamos,

Librodot

rumbo NorteNordeste, hacia Minch, acompañados por los gritos de las gaviotas que volaban trazando círculos sobre nuestras cabezas, mientras el cielo se iba encapotando, y comenzaba a soplar un frío vientecillo del Este. Todavía no llovía, debido a que las altas colinas de Sutherland atraían las nubes. Pero, tan pronto pasáramos ante el cabo Wrath, habría lluvia, y viento mucho más fuerte procedente de Pentland Firth y del techo de Escocia.

Ruarri cedió el timón al chico a quien había atizado una patada en la barriga -quien le trataba como si Ruarri fuera su Señor y Redentor-, y me llevó abajo, para almorzar con el resto de la tripulación. La dotación normal del Helen era de cinco hombres y el patrón. Ruarri exigía que cada uno de sus hombres fuera capaz de realizar todas las tareas, cuidar de los motores, llevar el timón, guisar tanto con mal tiempo como con buen tiempo, manejar las redes, pintar, limpiar, preparar el pescado, ayustar cabos y baldear. El propio Ruarri participaba en todas estas tareas, por lo que en el barco no podía haber maulas. Allí, todos los hombres de la tripulación tenían derecho a expresar su parecer, pero Ruarri era el amo indiscutible.

Había conocido a sus hombres en la taberna, bebiendo y gritando. Pero allí, en los ritos del familiar comportamiento propio de un buque pequeño, me parecieron seres distintos. Comieron abundantemente, en preparación para el frío viaje: una sopa tan espesa que la cuchara podía tenerse en pie, estofado con montañas de puré de patata, melocotón en almíbar, y un té casi negro. Hablaron reposadamente, y con conocimiento de causa, del tiempo que nos esperaba, de las zonas en las que la pesca parecía ya agotada, y de las que parecían prometedoras. Tan pronto hablaban en celta como en inglés, y a veces me traducían las frases dichas en celta, y otras no. Sin embargo, consideré que esta actitud era halagadora para mí, puesto que me pareció un indicio de que me consideraban como de la familia, que me estimaban como a un amigo que sabe beber y sabe callar cuando así procede.

Advertí que ahora no reían tanto. Su conversación no era tan jocosa. Los chistes que hacían eran breves, constantes y de oculto significado. Eran esos rasgos de humor que se transmiten de hombre a hombre, uniéndolos, como los dibujos de un tejido. Estaban siempre atentos a la marcha de las cosas, al latido de los motores, al sonido del viento, a los vaivenes del casco, a los gemidos y murmullos del cuerpo de la embarcación. Incluso en los instantes de reposo permanecían alerta para precaverse de las traiciones del mar, que siempre era un enemigo por mucho que sonriera, por mucho que deseara ser visitado, ya que jamás dejaba de ansiar hacerse con nuevos hombres a los que emparejar con las frías doncellas de las profundidades.

También Ruarri estaba atento, aunque su atención parecía centrarse más en sus hombres que en el barco. Los hombres conocían el mar tan bien como él, o quizá mejor, puesto que habían pasado media vida navegando, en tanto que los vagabundeos de Ruarri le habían alejado del mar para devolverle después a él. Pero Ruarri era el patrón. Sin embargo, el patrón tenía que dormir y descansar, por lo que necesitaba ojos que vieran por él, oídos que oyeran, y narices que olieran las tormentas antes de que se desencadenaran. Aquella noche y mañana navegaríamos en aguas bravas, en las que las corrientes se dividían y el mar se partía en mil sentidos y los vientos se desgarraban en la cadena de islas de las Orcadas, las Shetland y las Feroes.

Creo que yo era el único que estaba verdaderamente tranquilo entre cuantos se sentaban a la mesa, debido a que me había entregado totalmente al cuidado de los hombres de a bordo. Por esto comencé a definirles uno a uno, cual no había tenido ocasión de hacer en el denso ambiente y los rugidos de nuestro primer encuentro. Comencé a grabar sus nombres en mi memoria y a distinguir sus peculiaridades en el habla y el comportamiento.

Athol Cameron, el larguirucho y taciturno, era el segundo de a bordo. Parecía un juguete articulado, con manos y pies impropios del resto de su persona. Su habla normal estaba formada por una serie de gruñidos entre los que cabía distinguir, después de adquirir cierta práctica, negaciones y afirmaciones. Daba las órdenes en monosílabos, y nunca las repetía. Cuando Ruarri hablaba, Athol Cameron le escuchaba atentamente sin dejar de chupar

Librodot

la pipa más apestosa que he tenido ocasión de oler en toda mi vida. Asentía diciendo «O ch aye». Se quejaba diciendo «¡Mierda, no!», palabras que sonaban en sus labios como una explosión, como el ladrido de una foca.

Calum MacMillan, el cocinero, era un gallito negro, con un lunar en una mejilla y una mujer desnuda tatuada en el pecho. Era peludo como un chivo e igualmente potente.. Había sido maquinista en un buque de cabotaje y cumplido condena, por algún delito propio de marineros. Pero, al verle manejar ollas, cacerolas y sartenes en alta mar, cualquiera le hubiera tomado por un malabarista.

Jock Burns era el que se encargaba de los dieseis. Era pelirrojo, como Ruarri, casi tan corpulento como él, y, desde los pómulos hasta el mentón, su rostro estaba cubierto por una densa masa de pecas. Tenía un oído digno de Toscanini para cantar canciones y una lengua como un látigo para castigar al inatento compañero que, después de pedirle prestada una herramienta, no la dejaba en el sitio correspondiente. Pero cuando el mar estaba en calma y los motores funcionaban suavemente, daba gusto oírle contar relatos de la ruta de China, unos relatos que le dejaban a uno con la boca abierta. Era el de más edad, ya que tendría unos cuarenta y cinco años, más o menos; era para todos Papá Burns, cuando se portaban tal como debían portarse. Pero si no se portaban bien, era míster Burns, hombre de puños de hierro, endurecidos por el constante manejo de los motores.

Luego estaba Donan McEachern, corpulento y musculoso muchacho de Barra, que había intentado ingresar en las Fuerzas Aéreas, sin conseguirlo por un defecto visual. Podía levantar un barril de arenques con la facilidad con que otro levanta una taza de té. Cuando hablaba en inglés tartamudeaba lamentablemente, pero el celta de la isla en que había nacido fluía de sus labios cual música.

Salvo Jock Burns y Ruarri, todos tenían menos de treinta años, y el timonel, Lachis McMurtrie, era el más joven. Fornido, parlanchín y extravertido, a los veintitrés años había conquistado más mujeres que todos los otros juntos, a juzgar por sus palabras.

Aquellos hombres formaban un grupo extremadamente peligroso en una pelea tabernaria, y me formé el propósito de no concurrir a los bares a que fueran a tomar copas en Trondheim. Pero allí, comiendo tranquilamente en aquel reducido espacio, eran visitantes del mar celoso, al que amaban y odiaban, y se ayudaban los unos a los otros en la lucha contra el mar, igual que los viejos aventureros nórdicos, en sus finas y largas embarcaciones.

Después del almuerzo, Ruarri fue a su camarote. Yo me quedé con Calum, para ayudarle a lavar los platos. No estaba dispuesto a quedarme mano sobre mano, mientras los demás trabajaban, convirtiéndome en un estorbo. Luego me puse el impermeable y subí a cubierta.

Ahora soplaba viento fuerte racheado, procedente de las Tierras Altas, viento con lluvia, a la que se añadía la espuma de las olas rociando la cubierta. Casi todas las gaviotas habían desaparecido, pero aún quedaban algunas, las más audaces, posándose en los palos y en la antena del radar, levantando el vuelo y volviendo a posarse, plegadas las alas, resistiendo los embates del viento. Me puse junto a la caseta del timonel, para protegerme, y fijé la vista en el perfil de las tierras de Lewis desvaneciéndose tras la lluvia, preguntándome qué haría en aquellos instantes Kathleen McNeil.

Agradecía entonces la libertad de que los dos gozábamos, gracias a la insistencia de Kathleen. Comprendía ahora las razones de esta libertad, sentía la necesidad de ella y estaba firmemente decidido a gozar de todos los benditos instantes libres, para regresar sonriente y reclamar a Kathleen. De todos modos, si el viento, la lluvia y el mar no bastaban para disipar los últimos negros vapores de mi mente, ya no había salvación para mí. Entonces Jock Burns me dio un par de golpecitos en el hombro y me dijo que Ruarri quería hablarme. También me comunicó que los muchachos me agradecían el obsequio de las botellas, puesto que había sido muy oportuno.

La reacción de Ruarri ante el regalo que yo le había hecho fue extrañamente intensa. Sin sonreír, con el regalo en las manos, dijo:

-*Seannachie*, he recibido regalos de mujeres, en agradecimiento de servicios prestados por propia iniciativa, o por ellas requeridos. Este es el primer regalo que recibo de un hombre. Y creo que he adivinado las intenciones que te animaron a hacérmelo. Es como... No sé, como una fiesta de cumpleaños, una de esas fiestas que nadie me ha ofrecido jamás. Realmente, no sé qué más decirte.

- Pues nada más digas. Utilízalo de vez en cuando, si es que está en buen uso.

- Forzosamente ha de estarlo. Es un bonito instrumento. Cerró la caja y la dejó cuidadosamente en el estante que había encima de la mesa escritorio. Se volvió hacia mí.

- Quiero hablarte de este viaje que estamos haciendo, *seannachie*. Está pasando algo que no me gusta, algo grave. Todavía no sé de qué se trata, pero lo huelo. Anoche estuve en el pueblo y oí palabras que no me gustaron. Insinuaciones desagradables. -¿Qué clase de insinuaciones?

-Parece que alguien ha hablado de mis negocios en las tabernas.

-¿Y es esto malo?

-¡Cristo! ¡Que si es malo! Basta con que alguien mande un telegrama a Trondheim para que todos nos encontremos con agua hasta el cuello, todos, yo, Bollison, Maeve O'Donnell, y muchos otros a quienes tú no conoces, y cuyos nombres no te digo porque de nada serviría.

-¿Y qué clase de problemas pueden surgir?

-Problemas de Policía, de la Interpol, repercusiones políticas; en fin, lo peor.

-En este caso quizá sea aconsejable que te diga una cosa. Quizá tenga importancia, quizá no la tenga. Cuando me disponía a subir a bordo, vi a Lachie McMurtrie charlando con Duggie Donald en una taberna llamada «The Crown and Anchor».

El cambio que experimentó Ruarri fue alarmante. Se le puso blanco el rostro y todos los músculos se tensaron. Parecía un animal acorralado, dispuesto a atacar. Luego, muy despacio, se relajó y expulsó el aire de sus pulmones en una larga exhalación, mitad silbido, mitad suspiro. Dijo:

-Más valdrá que me lo cuentes todo, muchacho.

-Esto es todo. Les vi. Hablaban. No me vieron. Y me fui.

- Y estaban en la taberna «The Crown and Anchor»... ¿Estás seguro de que era esta taberna?

- Sí, sí. Me fijé en el letrero de la taberna porque es uno de los más vistosos.

- ¿A qué hora pasó?

-Entré a las doce menos cuarto. Salí hacia la una menos cinco, y aún estaban.

-En este caso, más le valdrá a Lachie tener una buena explicación que justifique sus tratos con Duggie Donald, porque si no la tiene lo voy a despellejar vivo, y a tirar los restos a los tiburones.

- No harás tal cosa mientras yo esté a bordo, Ruarri. Al instante siguiente, Ruarri estaba en pie, salvajemente amenazador.

- ¡No te metas en lo que no te importa, *seannachie*! ¡Estás en mi barco! ¡Estos hombres forman mi tripulación! Y si metes las narices en mis asuntos, te expones a que te las rompa.

- ¿Por qué no te sientas y te calmas?

Me lanzó un puñetazo, y yo no me moví con la rapidez suficiente, por lo que el puño me dio en el pómulo y me rajó la cara. El golpe me impulsó hacia atrás, mandándome contra el mamparo. Apoyándome en las tablas, me erguí y di frente a Ruarri. Tenía los puños bajos. Agarrado al borde de la mesa, sacudía la cabeza como un perro que acaba de salir del agua. Quería que le devolviera el golpe, pero, a pesar de que ardía de rabia, me sentía incapaz de lanzar el puñetazo. Rebosaba bilis y amargura y las vertí en él.

-Otra vez será, Ruarri, ¿verdad que sí, muchacho? Tú y yo solos, sin ventanillas. Estás en tu barco. Debes mandarlo como si fueras todo un hombrecito. Pero si ocurre algún accidente, puedes estar seguro de que tendrás un testigo hostil. ¡El Lobo Rojo! ¡Qué risa! ¡El gran Lobo Rojo con...!

- ¡Cállate, *seannachie*!

Las palabras habían surgido espontáneamente de sus labios sin que él lo pudiera evitar. Volvió a hablar.

- ¡Por favor, cállate!

Se sentó pesadamente y se tapó la cara con las manos. Fui a la ducha, con una esponja me limpié la sangre y me puse un esparadrapo en la herida. Cuando volví, Ruarri estaba calmado y sonriente, con una excusa ya dispuesta.

-Lo siento, hermano. He perdido la cabeza. Y te daré la revancha cuando quieras. Y ahora más valdrá que te lo cuente todo.

-No me interesa. Puedes callártelo.

- Creo que más te valdrá saberlo. Al fin y al cabo estás metido en el asunto, como un fideo en la sopa.

-Ya te he dicho mi postura, Ruarri. Si me citan de comparecencia, tendrás un testigo que declarará en contra de tus intereses.

-Amén. Y ahora hazme el favor de escuchar. Transporto armas, *seannachie*. Se trata de excedentes del ejército sueco, legalmente compradas en Estocolmo por Maeve O'Donnell y otros amigos míos, transportadas a Noruega no tan legalmente, y cargadas por Bollison en su barco, en un hermoso fiordo en donde no hay aduanas ni guardacostas. Yo voy a Trondheim para repostar agua y combustible y comprobar los últimos detalles del negocio. Después, Bollison y yo nos encontramos, trasladamos las cajas a bordo de este barco, y me dirijo a Irlanda, que es donde ahora tengo mi mercado comprador, debido a que hay jarana en el Ulster, y el IRA paga al contado la mercancía. De regreso a casita nos dedicamos a la pesca, y el pescado nos permite una entrada respetable en Stornoway, siempre y cuando Lachie no se haya portado como un Judas y nos haya vendido a los ingleses. ¿Qué te parece?

- Negocias con sangre. El asunto me da asco, y tú también.

-Tienes derecho a sustentar las opiniones que te dé la gana. Pero también yo tengo mis opiniones, y de nada serviría que las expusiera a un moralista como tú. Pero ¿comprendes ahora las consecuencias que puede tener el que alguien se haya ido de la lengua?

-Efectivamente.

- Por lo tanto, es lógico que tenga interés en saber lo que ha ocurrido, ¿verdad? Y es lógico que tenga que saberlo cuanto antes, ¿no?

- Lo que hagas es asunto tuyo. De todos modos, te diré lo (que pienso hacer. Si a Lachie McMurtrie le ocurre algo malo mientras yo esté a bordo, o si me entero de que le ha ocurrido después, yo seré quien se vaya de la lengua. Me iré de este barco tan pronto toquemos puerto y regresaré a Stornoway. En cuanto a lo que acabas de decirme, puedes estar tranquilo, y te consta. Si no te constara, no me lo hubieras explicado. Además, no ha sido más que una conversación, no ha sido más que palabras por mí oídas, y, por lo tanto, lo que yo diga carece de valor en juicio. Pero prestaré declaración, si me citan, sobre todo lo que haya visto, y si este muchacho sufre el menor daño, te denunciaré. Te aviso porque lo considero un deber hacia ti, y también hacia Morrisson. Espero que hayas comprendido bien mis palabras.

- Sí, muy bien. Lo que me gustaría saber es si somos amigos o enemigos.

-Averígualo tú mismo.

- Bueno, tomemos una copa para quitarnos el mal sabor de boca.

- No, gracias. Prefiero salir a tomar el aire.

-¿*Seannachie*?-¿Qué?

-Me debes un puñetazo en los dientes.

-Apúntatelo en el cuaderno de bitácora.

Era sorprendente como un diamante que lanza destellos desde todos los puntos, y resultaba imposible creer que aquel hombre tuviera la más leve tara. Era tan perfectamente honesto, en ocasiones, tan veloz en el arrepentimiento, y, al mismo tiempo, tan tenebrosa y bruscamente peligroso, que a uno siempre le pillaba desprevenido. No tenía yo la menor duda de que aquel hombre era capaz de matar. No tenía tampoco la menor duda de que era un muchacho desorientado, con una negra e inmensa laguna en medio de su vida. Comprendía

incluso que me necesitara. Y también veía con toda claridad que, en el mismo instante en que yo me plegara a esta necesidad, se pondría a mi espalda, con la pierna levantada para darme la gran patada.

Salí a cubierta y, cuando el viento me dio en la cara produciéndome agudo dolor en la herida, comprendí otra cosa. Me encontraba preso en una embarcación de pesca, en la que la única ley era la ley de Ruarri, el Lobo Rojo.

Por estar preso, nada podía hacer. Más me valía relajar la tensión nerviosa y procurar pasarlo lo mejor posible. Pero no tenía demasiadas posibilidades de pasarlo bien en una cubierta que se balanceaba sin cesar, con un viento que cortaba como un cuchillo, y la espuma del mar humedeciéndome el rostro herido. Sólo podía percibir nubes desgarradas, viento cambiante, y las blancas crestas de las olas en su danza embriagada. Era demasiado orgulloso para guarecerme, pero el calor del orgullo de muy poco servía para vencer el frío que me calaba los huesos. Podía ir a la caseta del timonel y hacer compañía al pobre charlatán que ignoraba lo que contra él se estaba cociendo. Y también sabía que no me gustaría ni pizca tener que enfrentarme con aquellos cinco fornidos individuos, sin tener a mis espaldas un camino por el que huir.

Entonces se me acercó Papaíto Burns, y me dijo:

-Saludos de Matheson, y dice que, como que a lo mejor luego tiene usted que ponerse al timón, quizá le gustaría hacer práctica conmigo.

-Buena idea.

Sí, de esta manera me protegería del frío, y haría algo positivo.

Fuimos a la caseta del timonel y relevamos a Lachie, quien se fue abajo. Seguramente proporcioné a la tripulación diez minutos de incómoda navegación, durante los cuales procuré tomarle la mano a aquella embarcación. Los movimientos de una pesada embarcación de pesca son muy diferentes a los movimientos de un yate de vela, con fina quilla. Al cabo de un rato comencé a cogerle el ritmo al asunto, a comprender los lentos balanceos, el constante cortar el mar con la proa, el empuje de los motores y la oportuna corrección del rumbo, nunca demasiado pronto ni demasiado tarde. No tardé mucho en poder relajar mi tensión y escuchar a Papaíto Burns, quien me contó una historia referente a un tifón en el mar del Japón, en un viejo carguero con un motor parado y el otro funcionando mal, con apenas la fuerza suficiente para mantener el barco proa a la mar. Hasta el momento del relevo no me di cuenta de que habíamos rebasado el cabo Wrath y que había llevado, por primera vez en mi vida, el timón de un barco en el mar del Norte.

Subió Ruarri, Papaíto Burns nos dejó y yo seguí al timón, mientras Ruarri, con un bloc para anotar mensajes, toqueteaba el transmisor.

Ruarri estaba grave, pero se expresó con sentido del humor.

- Puedes estar tranquilo, *seannachie*. El amigo Lachie es el típico gusano sin sangre en las venas. No ha habido sangre. Ha quedado menos marcado que tú. Bajará a tierra en Eire, y allí se quedará, que es exactamente lo que queríamos que hiciera, y tendrá razones más que suficientes para no volver a las islas en mucho, pero que mucho tiempo. Una de las razones es el dinero. Y las restantes razones radican en que el muchacho sabe muy bien que acabará enterrado en una turbera si asoma la gaita por las islas antes de que pasen un par de años. Y ahora sigue tú al timón, mientras yo procuro entendérmelas con la maldita radio.

- ¡Usted manda, patrón!

-¡Buena guardia, míster Christian!

- ¡Lo mismo digo, míster Matheson!

Y de repente, milagrosamente, nos echamos los dos a reír, como si aquella explosiva situación en que nos encontrábamos no fuera más que una travesura de colegiales. Y quizá realmente fuera esto, con la sola salvedad de que de ella podía resultar la muerte de más de un hombre.

Después Ruarri se explicó.

Librodot

-Ha sido una jugada sucia. Pero no parece tan peligrosa como al principio creía. Lachie es un pobre pendejo medio tonto, incapaz de comprender las cosas, ni siquiera ofreciéndole dinero, que es lo que ha hecho Duggie Donald. El caso es que a poca suerte que tengamos, y con cierta astucia, estamos a salvo. Iremos a las Feroes, en donde nadie puede soñar encontrarnos. Bollison se reunirá allí con nosotros. Saldrá de Trondheim antes de que los ingleses y los noruegos se enteren de lo que está pasando. Lástima que no te quedes con nosotros, *seannachie*.

- Lo considero mejor así.

-¿Saludarás de mi parte a Maeve cuando regreses?

- ¿Dónde está?

-Ahora en Estocolmo. Después, esperará noticias en Copenhague. Y como sea que es ella quien ha puesto el dinero y ha garantizado la entrega de las mercancías, pasará unos momentos de angustia.

- ¿Y quién la ha metido en estos líos?

-La explicación es muy larga, *seannachie*. Ella dice que es una patriota irlandesa. Y quizá sea verdad, ya que su familia participó en el movimiento irlandés desde los primeros momentos, hace qué sé yo cuántos años. Sin embargo, mi versión es diferente. Yo creo que Maeve es una fierecilla a la que no ha habido hombre capaz de domar, por lo que ha alterado su particular orden de prioridades, y lo ha hecho de la siguiente manera: dinero, caballos, hombres, y que se vaya el Ulster al infierno, en este orden.

-Yo imaginaba que habíais nacido el uno para el otro.

- Ella todavía lo imagina.

- ¿Y tú?

- Me gustan las mujeres. Me gusta el dinero. Los caballos puedo tomarlos o dejarlos, lo mismo que las ostras. Y en cuanto a los irlandeses y sus querellas, me importan un pimiento. Si mañana se matan los unos a los otros con las armas que yo les proporciono, te aseguro que esto no me quitará el sueño.

- En fin, es cosa suya, míster Matheson.

- Efectivamente, míster Christian. Y ahora, ¿quieres hacerme el favor de dejarme trabajar? A propósito, supongo que tienes intención de rectificar el rumbo, porque si no lo haces, a poco que nos descuidemos iremos a parar a Nueva Escocia... -¡Estoy siguiendo el rumbo que tú mismo has marcado, vive Dios!

-¿Realmente, quieres cumplir tu tiempo de guardia al timón, o no?

- Si no me echas, sí.

- No, no te voy a echar. Pega un grito para que nos suban algo de beber.

- ¡A sus órdenes, patrón!

Sí, dígalo y no me enfadaré. Eramos hermanos, éramos como dos uvas del mismo racimo, éramos dos sinvergüenzas que nos teníamos recíproco afecto, que nos odiábamos el uno al otro, incapaces de llegar a la última conclusión de aceptarnos mutuamente, o de rechazarnos. Y sin embargo, a esta conclusión teníamos que llegar. Creo que los dos sabíamos cómo terminarían nuestras relaciones, que los dos lo temíamos, y que procurábamos demorar lo más posible el momento. Sin embargo, aún no he podido comprender el misterio de la hermandad, el misterio que, como un hilo conductor, recorre la historia, así como la leyenda de Caín y Abel, del Doppelgänger, del hombre que pierde a su sombra, de Absalón colgado por la cabellera y atravesado por las lanzas de los capitanes de David. Aquella tarde éramos muy buenos amigos, navegando el mar atormentado por una cuasigalerna, rumbo a un distante e ignoto final, bebiendo el caliente y dulce whisky, mientras el rojo ojo del transmisor nos contemplaba a los dos.

Cuando Ruarri hubo terminado sus transmisiones radiadas, obtuvo nuestra situación por radio, me dio un nuevo rumbo, escribió unas notas en su cuaderno, y estuvo un rato descansando, atento a un programa musical transmitido desde Reikiavik, que recibíamos con toda nitidez, superando el sonido del viento y del mar. En cierto instante me preguntó:

-¿Has estado en Islandia, *seannachie*?

- No.

- Algún día tenemos que ir juntos. Es un país extraño y altivo, con fuego en las entrañas, y vapor y fango burbujeante en la superficie. Allí el mar es un monstruo, con bancos y locas corrientes y rocas que ni el más suspicaz puede sospechar sobresaliendo de las aguas entre las nieblas, y vas siempre con el rumbo perdido, sin saber a dónde irás a parar. Todavía hablan la vieja lengua de los vikingos y escriben en ella. Son gentes corpulentas y hermosas, y soñarás con las mujeres de allá durante veinte años, por lo menos. Allí fue donde nació la institución del parlamento, de un parlamento en el que todos decían lo que pensaban, y ahora hemos ya olvidado todo lo que ellos sabían acerca de la democracia. ¡La democracia...! ¡Hermano...! Ahora todos somos esclavos, encadenados con cadenas de papel y grapas. ¿Eres un hombre libre, *seannachie*? ¿Te sientes libre?

-No todo lo que quisiera.

- Pero, a veces, te sientes libre, ¿verdad?

-Sí, a veces sí.

-¿Cuándo?

-Por lo general, cuando más esclavizado me siento. Como ahora. No lo consideres una ofensa, pero así es. No puedo caminar sobre el agua. Sólo puedo ir allí donde tú decidas llevarme. Podrías arrojarme por la borda sin que nadie se enterase. Bueno, pues cuando me encuentro así, algo ocurre. Tengo muy clara conciencia de que puedo escapar, de que puedo huir del pasado que alguien se ha encargado de inventarse en mi beneficio, o hacia un presente que yo mismo puedo sacar de la nada, hacia un presente que puedo construir con las palabras, que puedo conservar y que incluso puedo comunicarte... La verdadera libertad estriba en el hecho de que nadie puede penetrar en tu íntimo reino, nadie puede quitarte el pasaporte preciso para entrar en él. El único modo de destruir mi reino estriba en destruirme a mí. Y ni siquiera en este caso puedes estar absolutamente seguro de tu éxito, porque bien puede ocurrir que otro hombre tenga en su poder mis escritos inéditos, o que haya grabado en su memoria las visiones que yo he contado de palabra. Los sueños son los colmillos del dragón. A veces, de los sueños nacen flores. Y, otras veces, de ellos surgen hombres armados... ¿Lo comprendes?

- Demasiado bien. -Su respuesta fue abrupta y casi iracunda. -Y ésta es la razón por la que te envidio, *seannachie*. Esta es la razón por la que, a menudo, siento deseos de estrangularte, *seannachie*. Tienes algo que yo necesito como la propia vida, y que nunca podré alcanzar. No hay reino íntimo para mí, y nunca lo habrá, porque mire a donde mire siempre encuentro un maldito funcionario con un formulario, o un sello de goma, o una orden, o un maldito reglamento diciéndome que no puedo dar ni un paso más en tanto no cumpla sus requisitos. El único modo de seguir adelante y pasar estas barreras es abriéndome paso a tiros. ¿Y hasta cuándo podré andar por ahí pegando tiros? También yo sueño, *seannachie*, y mis sueños son locos y maravillosos. Pero ¿por qué razón mis sueños son una cárcel y los tuyos son la libertad?

-Quizá se debe a que yo pretendo que todos mis sueños se conviertan en realidad.

Realmente, ignoro por qué dije estas palabras. No intentaba decir algo inteligente, o acuñar una frase brillante. Y creo que tampoco Ruarri creía que éstas fueran mis intenciones. Pero el caso es que esto fue lo que Ruarri dijo. Lo dijo con extraña amargura, con una amargura mucho más terrible que sus ataques de furia.

-Eres un astuto hijo de mala madre, *seannachie*. Eres demasiado astuto para resultar simpático.

Y acto seguido se fue y me dejó solo en la minúscula caseta iluminada, en medio del tenebroso mar. Entonces supe con certeza que la hermandad con Ruarri no podía durar. Me pregunté cuál de los dos provocaría la ruptura definitiva y cuándo y cómo se produciría.

XI

Cuando terminé la guardia estaba helado, hambriento, y con todo el cuerpo dolorido. Necesitaba un gran trago, cenar en silencio y con tranquilidad, y muchas, muchas horas de sueño. Tomé el trago y cené un caldo hirviendo y pan y queso. También me llevé una sorpresa. Ruarri, Lachie McMurtrie, Papaíto Burns, Athol Cameron y Calum, el cocinero, jugaban una partida de póker, una partida alegre y ruidosa, como si jamás hubieran tenido la más leve diferencia.

Ahora bien, si usted ha jugado al póker sabrá que es inconmovible verdad de fe el que basta observar unas cuantas rondas para saber de qué va el juego, si se juega por diversión, por dinero, o por vengar una ofensa. Y le juro, tal como tuve que jurar en una declaración, que era una partida amistosa, con apuestas bajas, muchas bromas, y sin la menor tensión. También yo participé. Jugué unas diez o doce rondas y salí ganando diez centavos, y preguntándome si acaso no había perdido el juicio mientras llevaba el timón, y ahora no era víctima de una especie de pacífica locura. Sólo la herida en el pómulo me decía que realmente no había enloquecido.

Sin embargo, allí estaba Lachie, el Judas del grupo, el que les había puesto a todos en peligro, gritando y riendo, embolsándose las ganancias, sin el menor signo de miedo, y sin que sus compañeros le dirigieran la más leve palabra de odio. Todos tenían el vaso al lado, y, por esto, hablaban mucho y sin inhibiciones. Aquellos hombres no eran actores. Ruarri, sí. Pero los otros no. No, no lo eran, ni Athol Cameron, Papaíto Burns o Colum, este último hombre de carácter sencillo, arrogante como un gallito al amanecer. No, era una tontería pensar que estuvieran haciendo comedia, y me alegré de ello. Mientras me

dejaran sano y salvo en las Feroes, podían seguir haciendo el pirata el resto de sus vidas, y negociar con armas, mujeres, gambas o arenques, si les daba por ahí.

A las diez y media, tiré las cartas y me fui a la cama. Intenté leer durante un rato, pero el esfuerzo de centrar la mirada en las letras me mareó levemente. Apagué la luz, y quedé tumbado, despierto, a oscuras, escuchando el batir de las olas contra el casco, los gemidos de la embarcación, y las lejanas voces mezcladas de los jugadores. Pensé en Kathleen McNeil sola en su cama, en Harris, y deseé estar a su lado. Pero estos deseos no me alegraron ni mucho menos, así como tampoco me alegraba demasiado el pensar que tendría que recorrer tres mil kilómetros para reunirme con Kathleen.

Entonces me obsesioné con la temible geografía de los mares del Norte, con sus legendarios terrores de galernas, nieblas, islillas de hielo a la deriva y negras rocas surgidas de entre los remolinos de agua. Me acordé del tributo de barcos y hombres que todos los años cobraba la tenebrosa mar, hacedora de viudas, a cambio de la cosecha de pescado. Vi las largas y finas embarcaciones partiendo de Noruega y de las costas de Jutlandia, hinchadas las cuadrangulares velas, destellando los escudos puestos en la borda, y los largos remos incidiendo en el agua al ritmo del canto del timonel. Les vi desperdigados y en dificultades, con ribetes de hielo, de hielo formado por la espuma del mar, hechas trizas las velas, rotos los mástiles, los remeros como animales en sus prendas de piel, quemada por el frío la cara, y aguzada la vista para percibir por entre las nieblas la tierra en que desembarcar. Les vi luchando con el mar de las Feroes, buscando desesperadamente una playa en la que desembarcar a sus bestias y a sus mujeres, y comenzar a reproducirse para reemplazar las vidas cobradas por el mar. Y entre ellos vi a Ruarri, el eterno superviviente, el lobo rojo, en la piel y los huesos, pero aún con nervio, aún selváticamente enérgico, desafiando a rugidos al viento. Entonces, debido a que yo estaba profundamente hundido en un sueño, le vi bajo unas apariencias diferentes, le vi como un muchacho cazador de focas, con la piel de su presa a la

espalda, como el hijo del amor entre un marinero y una bestia marina, como el ser que, al fin, debe regresar a las profundidades...

Me desperté en la oscuridad, inquieto, abiertos y ciegos los ojos. El ritmo de mi mundo había cambiado. Ya no soplaba el viento. Los motores funcionaban lentamente, y el barco navegaba en un mar, de largas y suaves olas. Entonces oí el largo y ronco grito de la sirena de niebla, reiterado cada treinta segundos. A tientas busqué el interruptor de la luz y, cuando me hube limpiado los párpados con las manos, vi que eran las seis y veinte de la mañana. La litera de Ruarri estaba vacía y revuelta. Me lavé someramente, me puse las ropas de mar, y fui a la cocina. No había nadie, pero encontré café caliente. Me bebí dos tazas y me sentí mejor. Entonces subí a cubierta, y, allí, me quedé paralizado.

Estábamos envueltos en una niebla tan densa que no me permitía ver las puntas de mis propios dedos. La niebla giraba y se movía como algodón flotante, un algodón que ahogaba y cegaba, y era tan sólida que parecía se pudiera mascar. Incluso el sonido de la sirena quedaba ahogado por la niebla, y, cuando grité, tuve la impresión de tener la garganta forrada con pieles, y los labios cubiertos con esparadrapo. Entonces oí el grito de aviso de Papaíto Burns.

- No se pasee por ahí. Vaya al timón.

A tientas, paso a paso, subí la angosta caseta iluminada, en donde encontré a Ruarri con una mano en la rueda y la otra en el botón del claxon. Estaba pálido, con los ojos encarnados, y parecía cansado. Me saludó con una seca inclinación de la cabeza y me comunicó:

- Esto durará cuatro horas o más. Hemos perdido a Lachie.

- ¿Qué quieres decir con que lo hemos perdido?

- Pues que le busques por ahí. Eso quiero decir. Me tocaba la guardia de medianoche y Lachie tenía que relevarme a las cuatro. No ha subido. Entonces he parado los motores y he bajado a despertarle, pero la litera estaba vacía. Seguramente ha subido a cubierta antes de que le tocara comenzar la guardia, y se ha caído al mar. Es algo que ha ocurrido más de una vez. Entonces desperté a la tripulación y hemos estado navegando en círculo, con la esperanza de encontrarlo. He dado aviso a todos los barcos y a los guardacostas.

- ¿Sabía nadar?

-No lo sé. E incluso en el caso de que supiera, debes tener en cuenta que el agua está helada y que no se puede aguantar mucho rato en ella.

-¡Cristo! Puedo ayudaros en algo?

-Coge el timón. Ve girándolo despacio, trazando un círculo hacia estribor. Fíjate en el radar. Toca el claxon cada treinta segundos. Voy a dar una vuelta por cubierta.

-Ten cuidado.

-No te preocupes.

Me dejó y oí su voz y las contestaciones envueltas en la niebla.

-¿Athol?

-Presente.

-¿Calum?

-Presente.

-¿Donan?

-Presente, Ruarri.

Entonces se produjo un silencio roto tan sólo por el poderoso latido de los motores, y el rugido del claxon sobre la mar invisible. Afortunadamente, la pantalla del radar estaba clara. Por el momento no corríamos peligro de abordaje o de embarrancar en las rocas. Cuando terminé el primer lento círculo, Ruarri regresó a mi lado.

-Nada. Ni el menor indicio. Y no se ve a un metro de las narices.

-Qué hacemos ahora?

-Recorrer un cuadrángulo a babor. Tres kilómetros cada lado.

Me dejó a cargo del timón, y se inclinó sobre el mapa, trazando las zonas de búsqueda, con compás y regla, y efectuando las correspondientes anotaciones que luego concordarían con las notas escritas. Después anotó en el cuaderno los hechos, escribiendo lenta y

meticulosamente el parte que presentaría a la comisión de investigación. Terminada esta tarea, puso en funcionamiento el transmisor y volvió a llamar, en la frecuencia de emergencia, a todos los buques y guardacostas, desde Tórshavn a Stornoway. Les dio su posición y un lacónico parte de la pérdida de Lachie McMurtrie, terminando con las terribles palabras:

-La búsqueda prosigue con visibilidad cero. Si nada se ha conseguido a las diez horas, pondremos rumbo a Tórshavn,

Feroes, para repostar y dar parte del accidente. Por favor, acusen recibo.

Entonces puso en marcha el receptor y fue anotando los acuses de recibo desde las Shetlands, desde Tórshavn, de un capitán mercante danés, del guardacostas de Streymoy y, por f in, de Stornoway. Después se quedó largo rato con la cabeza apoyada por la barbilla en los puños, los auriculares todavía puestos y la vista fija en la niebla.

-Voy a repartir ponche a los chicos. ¿Quieres?

-Sí, gracias.

-¿Comprendes el procedimiento?

-¿Qué procedimiento?

-Cuando lleguemos a Tórshavn, daré parte oficial del accidente, acompañándolo con extractos de bitácora y de las anotaciones en el mapa. El parte llevará también la firma del segundo, o sea Athol Cameron, con o sin sus comentarios. La tripulación prestará las correspondientes declaraciones. Es posible que también tú tengas que declarar. Cuando regresemos a Stornoway se formará la comisión de investigación. Sólo tengo el deber de enseñar el cuaderno de bitácora al segundo de a bordo. Por simple cortesía se lo enseñaré a los otros chicos. Y si tú quieres verlo, puedes hacerlo cuando quieras.

-Muy amable por tu parte, pero no tengo ninguna necesidad de ello.

-¿Sigues con la idea de dejarnos en Tórshavn?

-Creo que es mejor para todos, ¿no?

-Seguramente.

-¿Crees que hay esperanzas?

-Muy pocas. Pero a veces ocurren cosas muy raras. A lo mejor lo encontramos.

-Si quieres, yo me encargo de repartir el ponche.

-No. Mis chicos necesitan de vez en cuando ver al patrón. Mantén el rumbo fijo.

Sí, mantener el rumbo fijo durante tres kilómetros, virar a babor otra vez, recorrer tres kilómetros más, vigilar la pantalla del radar, hacer sonar el claxon y proseguir la búsqueda a ciegas en un mundo de niebla, atento el oído para percibir un grito surgido de la nada, con la remota esperanza de pescar un empapado paquete de carne y ropas, con una chispa de vida.

¿Eran también éstas las esperanzas de Ruarri? Así lo deseaba yo. Le había visto en estados de ánimo muy diferentes, amargos, burlones y criminalmente airados, pero jamás le había visto tan afectado como en aquellas horas fantasmales. Cuando, al cabo de largo rato, volvió a mi lado con ponche para él y para mí, le temblaban las manos y se le estremecía un nervio en la comisura de los labios, distendiéndolos en una sonrisa carente de humor. Incluso su voz había cambiado y ahora era ronca y monótona, como si la niebla se hubiera posado en su garganta.

-Ya sabes lo que significa esto, ¿verdad, *seannachie*?

- Lo imagino.

-Nunca creerán que ha sido un accidente.

- ¿Crees que pueden demostrar lo contrario?

- Nunca.

- ¿Entonces?

- Pues entonces, como buenos escoceses, dejarán el expediente abierto, con la fórmula «muerte en circunstancias desconocidas».

-Lo cual te deja a salvo.

- A salvo sí, pero no limpio. Nunca volveré a tener un prestigio totalmente limpio.

-¿Y te molesta?

- Pues sí señor, me molesta. Quiero que me respeten tanto como a cualquier otro.

-Te respetarán. Al menos los que saben la verdad.

- Pero ¿quién la sabe? ¿Mis muchachos? ¿Tú?

- Yo sólo sé lo que tú me has dicho.

-Y esto deja lugar a muchas dudas, ¿verdad?

-Algunas.

- Y te consta que soy un excelente embustero cuando me interesa...

- ¡Por Dios, deja ya el asunto!

- Pero tú me dijiste, *seannachie*, que si algo malo le ocurría a Lachie, declararías en contra mía. Ahora ya le ha ocurrido algo malo. ¿Cuál es tu postura?

-Pues yo creo que mi postura es muy clara. Estuve de guardia al timón desde las cuatro de la tarde hasta las ocho. Cuando bajé, Lachie estaba vivo y parecía feliz. Jugué al póker con él y sus compañeros de tripulación hasta las diez y media. La partida era amistosa. Estuve en cama desde las diez treinta hasta las seis y veinte de la mañana. Y aquí termina la declaración.

- ¿Y el resto?

-El resto no es más que palabras cruzadas entre tú y yo, carentes de valor en una declaración testifical. Por esto no veo razón alguna para que declare al respecto.

-¿Y tu opinión privada?

-No la tengo. Acepto como verdad lo que tú me has dicho. -¿Porque no te queda más remedio?

-Porque me da la gana.

- En fin... -Dijo estas palabras como un largo suspiro de alivio. Añadió:- Me alegro. Desde que ha ocurrido el accidente, he tenido la impresión de que me estuvieras estrangulando. Muchas gracias.

-De nada.

-¿Sabes guisar, *seannachie*?

- ¿Por qué me lo preguntas?

- Porque me harías un favor si prepararas el desayuno de los muchachos. Están casi helados. Velos llamando de dos en dos. Y manda mi desayuno aquí.

- ¡A sus órdenes, míster Matheson!

- ¡Muchas gracias, míster Christian!

Esta última broma no tuvo la menor gracia para ninguno de los dos, pero después de ella salí de la caseta del timonel y bajé a la cocina. Además, la bromita tuvo el benéfico efecto de limar las incómodas aristas de nuestro diálogo. Ahora tenía tiempo y soledad para meditar los acontecimientos.

De entrada, la historia del hombre que se cae por la borda de u n pesquero, parece increíble. Sin embargo, todos los marineros contaban gran cantidad de historias parecidas, y muchas de ellas eran verdad. Hubo el extraño caso del faro de Flannan que fue encontrado desierto, en 1900, con las luces encendidas, el bote intacto, comida en la mesa y tres hombres esfumados en el aire. Con una niebla como la de aquel día, en una embarcación como la Helen II, con la cubierta curva y resbaladiza, cabía la posibilidad de que un hombre embriagado, en estado de sonambulismo o excesivamente confiado, tropezara y cayera al mar, e incluso en el caso de que gritara pidiendo auxilio, el sonido del oleaje, o del claxon, o de los motores, podía ahogar su voz. Por otra parte, también cabía la posibilidad de que alguien le hubiera arrojado por la borda, sin que nadie viera u oyera el hecho.

¿Accidente, o asesinato? No había pruebas de lo uno ni de lo otro. Sin embargo, había motivos, y motivos muy fuertes, para desear la muerte de Lachie McMurtrie. Y yo lo sabía. Y Ruarri lo sabía. A pesar de esto, y si no me había equivocado en mi interpretación del humor imperante en la partida de póker, nadie más lo sabía, lo cual significaba que Ruarri me había mentido al explicarme su enfrentamiento con Lachie. ¿O acaso no me había mentido? Ruarri había sugerido, había insinuado, había creado la impresión de que realmente hubo un enfrentamiento, a pesar de que no lo dijo taxativamente.

¿Por qué no se lo había preguntado para dejar el asunto claro? Pues porque era más seguro y más fácil para mí aceptar la versión de Ruarri y evitarme responsabilidades. Al fin y al cabo, esto fue lo que Duggie Donald me había recomendado, y Duggie Donald era el representante de la Corona. Y si Duggie Donald no podía reunir la información necesaria para que se iniciara el procedimiento criminal de Su Majestad contra Matheson, ¿a santo de qué tenía que hacerlo yo? Yo no podía demostrarla culpabilidad de Ruarri, yo sólo podía insinuar que quizá fuera culpable. ¿Y por qué iba yo a insinuarlo si me constaba que no había modo de demostrarlo? Desde luego, este punto de vista era extremadamente correcto. Todo hombre es inocente hasta que se demuestra su culpa, y la carga de la prueba corresponde a la Corona. Allá, en algún lugar cubierto por la niebla gris, flotaba indiferente el cadáver de Lachie McMurtrie con los pulmones llenos de agua. Yo estaba a salvo y caliente en la cocina, dedicado a freír huevos con jamón, y convirtiéndome en un tipo la mar de simpático ante los camaradas de Lachie. Pobre Lachie. Afortunado yo. Sólo me hacía falta un cuenco de agua y una toallita para ser el más perfecto Pilato de los siete mares.

¿Y Ruarri? Una vez más se saldría con la suya, con beneficios en el Banco, debido pura y simplemente a que era más astuto que una ramera, ya que estaba dotado de un peculiar talento para estos asuntos. En aquellos momentos vi con claridad las diversas etapas del proceso psíquico de Ruarri: primero la rabia, después la penitencia, luego la gracia y el encanto, y cada una de estas etapas era un paso más hacia el objetivo que se había propuesto.

Ruarri era como un niño, pero como un niño extremadamente egoísta, frío, cruel, infinitamente seductor, y con la constante promesa de portarse bien en lo sucesivo, siempre y cuando obtuviera lo que deseaba. En fin, hoy, a lo más tardar mañana, quedaría libre de Ruarri. Que el Hermano Lobo cazara por su cuenta. En mis pastos no volvería a entrar.

Sin embargo, cuando le serví el desayuno en la caseta del timón y le vi gris y solo, sentí un cordial impulso de simpatía hacia él. Y cuando me dijo lo que pensaba quedé tan atribulado como él.

- A éste nunca le enterrarán, *seannachie*. Los pájaros del mar le sacarán los ojos, y los tiburones se comerán el resto. Era un estúpido traidor, pero no se merecía esto. Ahora le oiremos durante mucho tiempo, siempre que las gaviotas griten, porque su fantasma no descansará en paz. ¿Crees en los fantasmas, *seannachie*?

-No.

- Yo tampoco, pero de todos modos les temo. En la zona de occidente, donde yo vivo, se dice que hay que enterrar a los ahogados en la playa, a poca profundidad, para que puedan sacudirse del cuerpo la sal en la marea baja. Y si no se hace así, se aparece en las cubiertas de los buques para tomar el aire un rato... Me gustaría que esta maldita niebla se levantara de una vez.

- ¿Por qué no bajas a descansar un poco?

-No puedo, hasta que abandonemos la búsqueda. Y después, si el tiempo se aclara, pescaremos al arrastre.

-¡No!

-¿Y por qué no, *seannachie*? Algo hay que hacer para no pensar tanto en Lachie. Además, somos pescadores, y si no pescamos no comemos. Esta es la razón por la que el mar se ríe de nosotros. Siempre tenemos que volver a él... Gracias por el desayuno. Anda, da de comer a los otros.

Athol Cameron y Donan, .el chico de Barra, fueron los primeros en bajar. Comieron vorazmente, en silencio, y yo me desayuné con ellos, esperando ver su reacción ante la tragedia.

Cuando se produjo, tomó la forma de lacónico epitafio, formulado por Athol Cameron.

- No hay duda de que ha palmado. Que Dios le dé un sueño tranquilo.

El chico de Barra se santiguó, y murmuró algo en celta. Pregunté a Cameron qué había dicho.

- Es una oración. «San Brendam nos quite la niebla; que el Señor levante la niebla por intercesión del glorioso Brendam.»

- ¿Y tú qué crees que ha ocurrido, Athol?

-No tengo ni idea.

- ¿Estaba borracho?

-Cuando se acostó no lo estaba. Pero a lo mejor estuvo soplando en la litera, bajo la manta, cosa que hacía alguna que otra vez.

- ¿Crees posible que caminara dormido, sonámbulo?

- Quizá. Sin embargo, el chico no era sonámbulo.

- Y, estando sereno, ¿crees en la posibilidad de que se cayera por la borda?

- Con una niebla así cualquier cosa puede pasar.

Rápido y tartamudo, Donan dijo:

-Es como una pared. Es sólida. Y entonces uno va y se apoya en la niebla y se cae... Mi tío se cayó de un petrolero, cerca de Hatteras, hace unos cuantos años. Y mi abuelita tuvo una visión aquella misma noche. La abuelita tenía visiones y todo lo demás. Dijo que oyó muchas voces cantando y cantando y diciendo a mi tío que volviera.

Secamente, Athol Cameron ordenó:

- ¡Basta ya, muchacho! Vayamos a cubierta. Los otros también tienen que comer. Gracias por el desayuno.

Papaíto Burns y Calum McMillan me contaron la misma historia en palabras diferentes. En el mar siempre ocurren las cosas más raras. Se sabía de hombres que, al estallar un petrolero, habían sido lanzados a las nubes, y vivieron para contarlo. De vez en cuando, se encontraban barcos a la deriva, sin un alma a bordo. Marineros había que de repente padecían una especie de locura que les dejaba inmersos en un torbellino y perdían el sentido de la orientación. Relataron leyenda tras leyenda sin el menor asomo de malicia. Demostraron siempre piedad y respeto hacia los muertos, e incluso cierta simpatía hacia el patrón con buena estrella a quien de la noche a la mañana se le vuelve el santo de espaldas. ¿Trabajar? Desde luego, había que trabajar. El mar cuidaba de sus muertos, y los vivos tenían que ganarse el pan.

A las diez de la mañana, todavía con niebla, Ruarri abandonó la búsqueda y puso rumbo al Norte, hacia Tórshavn. Entonces confió el timón a Athol Cameron y bajó a descansar. Una hora después quedábamos libres de niebla, con aire diáfano, la red de arrastre en el mar y los primeros ramalazos del frente frío incidiendo en el mar. A media tarde habíamos sacado media tonelada de pescado -en su mayor parte bacalao, que tenía muy buen mercado en las Feroes-, y Ruarri estaba en cubierta, convertido en un nuevo hombre, mandón, eficiente, seguro de sí mismo, vigilando cómo se empacaba el pescado, ordenando el baldeo de la cubierta, que se plegaran las redes y se hiciera todo lo preciso para arribar a Tórshavn con el buque limpio y ordenado. Cuando avistamos las primeras islas, Ruarri me soltó un breve discurso.

-Esta es la tierra del Kanska, *seannachie*, y Kanska significa puede ser, o quizá. Quizás el sol brille, quizás el mar esté en calma, quizás haya pescado..., pero nadie lo sabe con certeza. Esta es la tierra en la que los hombres huyeron de la opresión para aceptar una vida muy dura, y se alegraron de ello. Tienen su propia moneda y su propia bandera, y, por pura cortesía, permiten que los daneses se encarguen de su defensa militar y de sus asuntos diplomáticos. Apenas beben, ya que nadie puede comprar alcohol si antes no ha pagado los impuestos. Así es que, cuando bajes a tierra, llévate una botella. Sólo hay un aeropuerto, el de Vágar, y para llegar a él tendrás que recorrer el camino por tierra y por mar. Hay un avión al día que va a Copenhague, lo cual me recuerda que he de darte una nota para Maeve O'Donnell. La gente cultiva el ruibarbo y la patata y come carne seca de carnero, que sabe a sebo. A veces, hay una gran matanza de ballenas y las aguas de la bahía quedan rojas de sangre, y después toda la población se pasa la noche bailando y bebiendo, por lo que el cabo de nueve meses hay gran número de nacimientos... Cantan una canción, de origen vikingo, que dice:

«Somos hombres fuertes y nos gusta matar ballenas.» Y me gustaría, *seannachie*, que no nos dejaras, y que terminaras el viaje con nosotros.

-No puedo.

-Ya sé que no puedes. Pero no creo que haga ningún daño al desear que te quedes. Me siento más seguro si estás a bordo.

-No es verdad.

-Claro que no es verdad. Pero oye, escucha.

- Te escucho.

- No me gusta que me hagas callar, hermano.

-No te he hecho callar.

-Todavía no, pero esto es lo que quieres hacer. Sin embargo, no puedes, porque todavía te tengo medio acogotado. Te necesito, *seannachie*. Cuando hablo contigo no tengo necesidad de hacer comedia.

-Pero la haces.

-Es una costumbre que tengo. Y te advierto que no estoy orgulloso de ella.

-Oye, Ruarri. Soy mayor que tú, estoy cansado. Quiero una vida cómoda, tranquila, pagando puntualmente los impuestos, sin sudores ni problemas, con palabras que signifiquen lo que dicen, la cama caliente y los despertares felices. Tengo mis propios fantasmas y para nada necesito los tuyos.

-De acuerdo, basta de fantasmas. Al menos por hoy. Y quizá mañana reciba una carta tuya expresándome tus buenos deseos

y diciéndome que siempre encontraré un plato en la mesa si voy a verte.

-Me gustaría poder confiar en ti, Ruarri.

- ¡Cristo, también a mí me gustaría poder confiar en mí! Pero no puedo. ¿No ves que éste es el meollo del asunto?

-Quiero que me des una respuesta clara y honrada.

-¿Cuál es la pregunta?

-¿Mataste a Lachie?

- No lo sé, *seannachie*. Si pudiera jurártelo por algo, te lo juraría. Pero no puedo jurar por nada. La verdad es que no lo sé.

Y allí estaba la contestación, atada con una cinta de color de rosa, en mis manos inseguras.

Era igual que un entierro o una boda, cuando nada se puede hacer, salvo brindar por el ser amado que se va, y esperar que todo sea lo mejor posible, lo cual casi nunca ocurre. No tenía una copa en la mano y por esto no pude brindar. Además, tampoco tenía palabras con las que formular el brindis. Me apoyé en el mamparo y miré a Ruarri.

Tenía las comisuras de los labios torcidas hacia abajo y una sonrisa triste.

-Es la verdad, mi querido hermano mayor.

-Te creo.

-¿Y ahora qué debo hacer?

-Necesitas ayuda.

-Precisamente esto es lo que te he pedido.

-No soy médico.

-Ni hace falta que lo seas. No estoy enfermo, *seannachie*. Soy un hombre que he vivido veinte vidas, todas ellas violentas. Y todas se mezclan y no sé cuál es cuál. ¿Qué es sueño? ¿Qué es realidad? ¿Cómo puede un médico decírmelo?

- ¿Y cómo puedo yo decírtelo?

- Sí, tú puedes. Puedes porque eres un *seannachie*. Vives en dos países al mismo tiempo y sabes separar un país de otro.

- No siempre.

-Pero por lo menos sabes que hay una confusión cuando la confusión se produce.

-Si me ocurre a mí, sí. En el caso de los demás, no.

- Pero tú escribes acerca de otros hombres y no acerca de ti.

- Por el amor de Dios, ¿qué quieres?

-Nada. Sólo quiero saber que estás aquí, que puedo alargar la mano y tocarte y decir: «al menos esto es real, sólido, un punto de referencia que no está moviéndose constantemente».

-Pides demasiado.

-Pues sigo pidiéndolo.

- Oye, dime una cosa.

- ¿Qué?

-Si supieras con certeza que has matado a Lachie, ¿ qué harías?

- Ven conmigo.

Dejamos la caseta del timonel y avanzamos por la cubierta, con el viento en la cara y el agua del mar rociándonos. Al frente veíamos los negros acantilados de Sandoy. Ruarri me dijo:

-Si lo supiera, *seannachie*, si lo supiera de verdad y sin la menor sombra de duda, acabaría de una vez. Escribiría lo ocurrido en el cuaderno de bitácora, haría cuentas, pagaría todas mis facturas, lo dejaría todo en buen orden, llamaría a la Policía y a la funeraria, y me levantaría la tapa de los sesos.

-¿Y por qué harías todo esto por lo de Lachie, y no por todo lo demás?

-Parece que no me das muchas alternativas, ¿verdad?

-No, ahora no.

- Bueno, pues ahora te voy a decir una cosa, y conste que me revuelve las tripas que me obligues a decírtela, sí, porque yo creía que eras un hombre inteligente. Cuando regresé a casa, a mi tierra, sí, porque mi tierra es mi tierra a pesar de todo, me dije a mí mismo: «Hoy es un día nuevo, comienzo a vivir otra vez, y mi país es un buen país; el pasado está muerto y enterrado; todo es futuro.» Pero no fue así, no señor. Todos los hombres y todas las mujeres comenzaron a ponerme la misma etiqueta tan pronto me vieron. ¡Y yo también me puse etiquetas! Conste que te lo digo yo mismo, y te lo digo para que no lo digas tú. Pero, realmente, quería empezar de nuevo, con honradez...

-Y a este fin te dedicas a vender armas a los del Ulster. ¡Vamos, vamos...!

-¿Y qué importan unos cuantos fusiles?

-Pues pones una bala en la recámara. Oprimes el gatillo. Por la boca del cañón sale una bala, y la bala mata a un hombre. Quién es el asesino? ¿El fusil? ¿El hombre que oprime el gatillo, o el hombre que ha vendido el fusil?

-Yo no te he pedido que me eches un sermón, sino ayuda.

- No la necesitas. Tú necesitas ser Ruarri, el Lobo Rojo, mañana, tarde y noche, pero no te gusta pagar el precio necesario para serlo.

- ¿Con lo cual quieres decir que yo maté a Lachie?

- Con lo cual quiero decir que le hubieras podido matar y que le habrías matado si te hubiera convenido. En cuanto a si le has matado o no, te diré que no me queda la sangre suficiente para permitirme el lujo de sangrar por ti.

-¿De modo que me traicionarás?

-No hay nadie a quien traicionar. Y tampoco hay nadie a quien ayudar, hasta que me digas quién eres.

-Lo estoy intentando.

- Eres un embustero, Hermano Lobo.

- Entonces, adivina lo que hay detrás de la mentira.

- Pero hay una pregunta previa de la mayor importancia. ¿Por qué mientes?

- Porque la mentira es la única moneda que conozco, *seannachie*. Es la moneda que me dieron el día de mi nacimiento: la mentira de Morrison y de todos los demás. Al cabo de cierto tiempo, la mentira se convierte en verdad, y así se escribe la historia, y así se escriben los libros como los tuyos. Reconocerás que en esto llevo la razón.

- Efectivamente, lo reconozco.

- En consecuencia, supongo que ahora puedo contestar tu pregunta. ¿La diferencia que había entre Lachie y los otros? Lachie era un amigo, un discípulo. Quizás exigí demasiado de él y se convirtió en traidor, pero a pesar de todo era un hombre mío, ¡mío! Los otros solamente eran formas vistas por el punto de mira de un fusil, formas recortadas contra la luna, no eran hombres.

- Entonces, ¿por qué dudas si le has matado o no?

- También voy a contestarte esta pregunta, hermano mayor. Estás en lo cierto, sí señor. A veces no soy nadie. Soy una sombra. Soy una forma en la visión de alguien. Y cuando esto ocurre, me olvido, nada recuerdo. ¿Cómo voy a recordar? Nadie es nadie... Y ésta es la razón por la que me porto como un salvaje, hablo como un salvaje y vuelvo a actuar como antes. ¿Lo comprendes?

-No del todo.

- Bueno, ¿en qué quedamos? ¿Te quedas, o te vas? -Regreso a las islas.

-Pero ¿celebraremos un ceilidh?

-No lo sé, dejemos pasar el tiempo. ¿Cuántos días te quedarás en Tórshavn?

- Una hora. Y lo pasaré bien. Las gentes de las Feroes son simpáticas y comprenden bien a los marineros.

Realmente, los nativos de las Feroes no pudieron ser más amables. El aduanero no efectuó inspección alguna y nos dio paso sin trámite. Ruarri vendió el pescado a un precio razonable, quizás algo más bajo de lo usual, para complacer a los pescadores de la localidad. El administrador del puerto me proporcionó una habitación en la que dormir, en casa de su hermana. El cónsul de la Gran Bretaña, que no era un británico sino un ciudadano de las Feroes, subió a bordo y compartió con nosotros una botella de whisky mientras nos tomaba declaración. Era un hombre simpático, con mucho tacto, y evidentemente impresionado por la meticulosidad con que Ruarri había hecho constar el accidente en el cuaderno de bitácora. Se encargó de mandar por correo aéreo copia de los documentos a Stornoway, a fin de que se informara de lo ocurrido a los más próximos parientes de Lachie, e hizo todo lo que la ley y la decencia ordenan, en ocasión de una muerte en el mar. Después se fue a cenar a su casa.

Ruarri cobró en un cheque el precio del pescado, libró un cheque para pagar el combustible y anunció que estaba dispuesto a hacerse a la mar otra vez. Eran tan sólo las ocho. Tenía por delante toda la larga noche subártica y quería hallarse lejos de las islas en el momento en que llegara el frente frío. No mencionó su cita con Bollison. Me dio una nota para que la entregase a Maeve O'Donnell, quien se alojaba en el «Hotel d'Angleterre», en Copenhague. Nos deseamos buena suerte. En pie en el muelle, contemplé cómo el Helen II avanzaba camino de la bocana del puerto. Me produjo gran alegría ver por última vez aquel barco. Llevaba un fantasma a bordo y no quería yo estar en él cuando el cuerpo ahogado apareciese tambaleante en cubierta, sacudiéndose la sal, a medianoche.

XII

Pasé una noche inquieta, revolviéndome nervioso bajo el edredón de plumas que resbalaba una y otra vez cayéndose de la cama mientras yo luchaba con una extraña pesadilla. Buscaba en vano a Kathleen en una fantasmal tierra pantanosa, mientras Ruarri me perseguía como un cazador y monstruos desconocidos me acechaban desde negras charcas. Al fin, me olvidaba de Kathleen y encontraba a Lachie McMurtrie con sus mojadas manos repletas de peces, y con algas en las vacías cuencas de los ojos, sentado como un juez en una roca negra. Ruarri estaba a mi espalda, con las manos encima de mis hombros, intentando obligarme a que me pusiera de rodillas y confesara haber cometido un asesinato. Entonces, Lachie desapareció y Ruarri y Kathleen yacían desnudos en la roca, haciendo el amor mientras yo luchaba por abrirme paso entre un amasijo de algas. Luego desaparecieron y yo me quedé solo, con las gaviotas volando en círculo sobre mi cabeza y lanzándose en picado sobre mí, mientras gritaba: «Lachie, Lachie, Lachie...» Desperté empapado en sudor y oí el sonido de la lluvia golpeando los cristales, y el gemido del viento en el tejado.

Mientras me desayunaba, mis anfitriones me dijeron que todos los días a las tres de la tarde salía de Vágar un avión con destino a Copenhague... Kanska! Quizás, ya que, con el mal tiempo, quizá no salía. De todos modos, me aconsejaban me pusiera en marcha un par de horas antes del mediodía, puesto que Vágar estaba a sesenta y tantos kilómetros y tardaría casi cuatro horas en llegar.

-En mi estado de confusión mental pensé que había comprendido mal los cálculos de aquella gente. Sin embargo, tuve plena ocasión de comprobar, con todo el dolor concomitante, que no habían errado ni tanto así.

Primeramente, tomé el taxi y recorrimos unos cuarenta kilómetros, cruzando la isla de Streymoy, en un horrendo viaje con lluvia constante, por carreteras de montaña, sin la menor protección al borde de los abismos, sin un momento de descanso para gozar de la visión de los alegres lugarejos de casas pintadas, las cascadas y las formaciones nubosas sobre los picachos. Luego hice la travesía en transbordador hasta Vágar, una travesía molesta, en constante movimiento y con marea. Después efectué otro trayecto en taxi hasta el aeropuerto, que no era más que una negra pista, un par de hangares y una sala para los pasajeros, todo ello en lo alto de una pequeña meseta azotada por la lluvia. El avión estaba ya en camino. Llegaría con un retraso de media hora, pero llegaría. En esta ocasión no había kanska. Forzosamente tenía que llegar, ya que no podía aterrizar en otro lugar, como no fuera Islandia.

Mandé un telegrama a Kathleen notificándole mi cambio de planes, y me acomodé entre los restantes pasajeros, que formaban un minúsculo grupo, dispuesto a cultivar la virtud de la paciencia y a hacer examen de conciencia, o de lo que de conciencia me quedaba. Realmente, no había mucho que examinar. Pocas razones tenía de sentirme orgulloso, menos que Ruarri todavía, quien, por lo menos, tenía el valor suficiente para desafiar todas las deshonestidades de la vida y la lucha por la vida, incluido el derramamiento de sangre, a fin de defender su puesto en el planeta. Yo seguía siendo un hombre en fuga, preocupado por minucias, agarrándome con desesperación a un conjunto de certidumbres de día en día más escasas. Era un enemigo de poca monta, un perro que ladraba y no mordía. Era un amigo cicatero que daba su amistad como si de una limosna a un pobre se tratara. Era un filósofo medio ciego que tropezaba con margaritas en su torpe busca de verdades a medias. Era un moralista a medias, carente de caridad. Recordaba aún vívidamente la pesadilla que había tenido la noche anterior, y, a pesar de no ser un buen intérprete de los sueños, el mensaje de aquél me parecía lamentablemente claro. Además, padecía un dolor de cabeza insoportable, y pésimo sabor de boca. Deseaba ardientemente que llegara el avión y me sacara de aquel hoyo olvidado de la mano de Dios.

Por fin llegó, con cuarenta y cinco minutos de retraso. Era un «Fokker Friendship» que se posó como una bubia en la pista, un aparato ridículamente pequeño, en aquel paisaje de vastas montañas y negro mar. Cuando despegamos me pareció más pequeño todavía, y muy frágil. Ascendió penosamente por entre dos montañas, hacia el cielo gris. Miré la costa, con sus hostiles acantilados y sus angostas y turbulentas bahías, y me pregunté dónde estaría Ruarri, si se habría reunido con Bollison y habría cargado las armas en su buque, y dónde las desembarcaría, y qué recibimiento le harían cuando llegara a puerto. Dormité durante casi todo el vuelo hasta Copenhague, de lo que me alegré, ya que la llegada me afectó mucho más de lo que había creído.

El aeropuerto de Kastrup estaba atestado de turistas, de daneses que emigraban hacia el sol, y de alemanes, franceses, holandeses e ingleses en busca de los carnales placeres que ofrecía la feliz y confiada ciudad. Inmediatamente me sentí dominado por el terror. Allí no había espacio suficiente para moverse, ni para respirar. Los sonidos formaban un horrible conjunto cacofónico. Sudaba por todos los poros,; y las náuseas me ahogaban. Tuve tentaciones de abandonar mi equipaje y salir corriendo, aullando, en busca de aire. Mi terror aumentó cuando recordé que no había reservado habitación en hotel alguno y que no tenía lugar a donde ir. Con impaciencia febril esperé el momento de recoger mi equipaje. A trompicones pasé el trámite de aduanas y me dirigí a la oficina de turismo. La muchacha que me atendió se mostró eficaz y sonriente y no pareció darse cuenta de mis lamentables modales. Tuve suerte. Los hoteles estaban llenos, pero en aquel preciso instante el «Hotel d'Angleterre» había telefoneado diciendo que habían cancelado una reserva. El dormitorio estaba a mi disposición. Arranqué el papelito de las manos de la muchacha y salí a toda prisa, abriéndome paso a empujones por entre la multitud, camino de la parada de taxis. Hasta mitad de camino a la ciudad no desapareció mi terror, y no comencé a respirar sin dificultades.

Entonces un nuevo miedo me acometió. No estaba curado, ni mucho menos. Todavía era un hombre hecho añicos que buscaba con las manos en el aire los fragmentos 4e su personalidad. ¿Cuánto tiempo podría seguir en aquel estado? ¿Estaría condenado a vagar siempre por lugares solitarias, desiertos e islas y pequeñas provincias, debido a que no era capaz de vivir en compañía de mis semejantes? Si usted jamás ha experimentado estos temores, alégrese de ello y dé gracias a Dios, porque es como una locura, y si se prolongan demasiado tiempo acaban por ser incurables.

Cuando llegamos al «Hotel d'Angleterre», descubrí que no llevaba moneda danesa con la que pagar el taxi, por lo que tuve que ir a caja a cambiar, lo cual tuvo el beneficioso efecto de obligarme a actuar sensatamente, y devolverme en un instante al mundo real. Me inscribieron. Un botones me acompañó a un dormitorio del tamaño de una caja de zapatos, junto al ascensor. El empleado me pidió disculpas por la habitación que me habían asignado, aceptó la propina que le di y me dejó solo. Me dispuse a deshacer la maleta, a tomar un baño y a hacer lo preciso para recuperar el aspecto de un hombre normal. Lo hice todo muy despacio, como si estuviera caminando por entre arenas movedizas, lo cual era lo que, a fin de cuentas, estaba haciendo. Cuando pude mirarme al espejo sin sentir miedo o vergüenza, bajé al bar y pasé largo rato ante una copa larga, reuniendo el valor necesario para llamar a Maeve O'Donnell.

Sus palabras fueron como una racha de viento fresco que disipó mi melancolía.

- *Seannachie*! ¡Bien venido! ¿Dónde paras?

- Aquí abajo, en el bar.

- Pues sube. Estoy desnuda, pero me habré puesto algo antes de que llegues a la puerta de mi habitación.

- Bueno, termino la copa y subo.

- ¡Manda la copa al cuerno! Aquí tengo mejores bebidas, y gratis. Sube inmediatamente.

Fui para allá. Mientras subía en el ascensor silbé The Ralees of Mallow, canción que me había enseñado mi abuelo, y que siempre me pareció de una melodía muy alegrilla. Llamé a la puerta. Se abrió antes de que mi puño hubiera perdido el contacto con la madera. Maeve me

arrastró dentro, y en el instante siguiente estábamos los dos riendo y besándonos, como si fuéramos amigos de toda la vida. Luego me llevó al diván y me encontré con un vaso en la mano, antes de que hubiera tenido tiempo de quitarme de los labios el carmín.

La suite era muy amplia, capaz de dar alojamiento a un ejército y a la amante del general. Pero Maeve se acurrucó junto a mí, en el diván, envuelta en su salto de cama, y me ordenó :-¡Y ahora cuéntamelo todo, *seannachie*!

-Primero lee esto, y, entretanto, haré lo posible por recuperar el aliento.

Metí la mano en el bolsillo, y saqué la carta de Ruarri. Maeve la leyó lentamente, con la frente fruncida, y después me preguntó: -¿Sabes lo que dice?

-No.

-Pues léela.

Lo hice y quedé aterrado.

Querida Maeve:

La mercancía será entregada a su debido tiempo. Confío en que pagarás puntualmente, ya que me encuentro con ciertos problemas, y probablemente necesitaré dinero para solucionarlos. Uno de los hombres de mi tripulación habló demasiado, y los representantes de la ley andan husmeando mi rastro. Este hombre ha muerto, lo cual crea otro problema, aunque creo que éste puedo solucionarlo. Pregunta los detalles al seannachie. Puedes creer todo lo que te diga porque es un hombre triste, apasionado por la verdad, ¡que el Señor nos ampare!

Es el seannachie quien más miedo me da, debido a que, aun cuando le tengo simpatía y creo que él me la tiene a mí, dudo mucho que sea lo suficientemente listo para capear el temporal que se avecina. Procura meterle un poco de sentido común en la cabeza, ya sea hablando, ya acostándote con él. Son dos cosas que los dos hacéis bien.

Besos,

Ruarri.

Doblé la carta y se la devolví.

-Creo que debieras quemarla.

- Lo voy a hacer ahora mismo.

Le di mi encendedor, y Maeve quemó la nota sobre un cenicero, y después convirtió las cenizas en polvillo. Me miró y me preguntó con voz tranquila:

- ¿Quieres contarme lo ocurrido?

-Sí, puedo contártelo todo.

-¿Y por qué razón te muestras tan dispuesto?

- Me hiciste un favor, y me gustaría devolvértelo. Además, Ruarri se encuentra en una situación mucho más peligrosa de lo que imagina.

-¿Sigues siendo amigo de él?

-No lo sé, Maeve.

-¿Enemigo?

- No, enemigo no. Quizás estoy a mitad de camino entre la amistad y la enemistad. Te contaré los hechos, y luego podrás juzgar por ti misma.

- Pero antes...

- ¿Qué?

- Quiero decirte que no te hablaré ni me acostaré contigo para convencerte de nada o para inducirte a algo.

- Bueno, olvida esa tontería.

- No me ha gustado, y no sé si podré olvidarla. Anda, cuenta.

Se lo conté tal como se lo he contado a ustedes, hora a hora, desde la noche en que cenamos en casa de Morrison hasta el momento en que Ruarri y yo nos separamos en Tórshavn. Me esforcé, tal como debe todo cronista honrado, en separar los hechos de las opiniones, los sentimientos de la realidad vista. Expuse mis rencores, mis dudas, mis celos y mis debilidades, así como los dilemas que de todo ello resultaban. Fue la confesión más honrada que había hecho en mucho tiempo a hombre o mujer. Descargué mi conciencia con abandono, y lo reconozco. Porque, si cierto era que Ruarri necesitaba descargar con abandono su conciencia, y que lo mismo cabía decir de Morrison y de Kathleen Mac Neil, en igual caso me encontraba yo, y, después de hacerlo, me sentí mejor, e incluso más noble y más caballeroso.

El comentario de Maeve fue totalmente armónico con su personalidad.

- ¡Uf...! ¡Esos hombres de las tierras sin luz están todos locos! ¡Y también tú lo estás algo, *seannachie*!

- No lo dudo.

- ¿Tienes dinero?

- Más del que necesito. ¿Por qué?

-Porque quiero que me invites a cenar en el mejor sitio de la ciudad. Luego me llevarás a pasear por los jardines del Tívoli, y me comprarás cuanto me apetezca. Después iremos a tomar copas con marineros, en Nyhavn, y si todavía te tienes en pie, iremos a desear buenas noches a la sirenita. ¿Qué te parece, *seannachie*?

-Estoy a tu entera disposición, monada.

-En este caso, sírvete otra copa, y, entretanto, me vestiré. ¡Santo cielo, cuánto gusano! ¡Y Ruarri es el más rastrero de todos ellos!

Maeve era exactamente lo que yo necesitaba aquella noche, una mujer alegre y loca, que decía las mayores barbaridades con dulce acento de Dublín. Estaba molesta y airada -y, quizás, asustada, en el fondo-, pero antes se dejaría matar que permitir que estas complicaciones le quitaran el apetito y las ganas de beber, o la privaran de dar un paseo al cálido aire veraniego. Y así comenzó la historia de un hombre y una mujer que apenas se conocían, pero que tenían un amigo en común que se encontraba en dificultades y que las creaba a los demás, a quien deseaban olvidar por una noche en aquella amorosa ciudad.

Salimos del hotel cogidos del brazo, debido a que, como la dama dijo, volveríamos de esta guisa, y más valía que los empleados comenzaran a acostumbrarse. Entramos en el «Stroget», que es un conjunto de cinco calles con tiendas maravillosas, en donde el tránsito está prohibido, salvo el humano, y allí hay humanos que son de lo más bello que se ve en la tierra, y algunos también son de lo más siniestro. Allí se pueden comprar los más diversos géneros, desde una hacha de sílex a un abrigo de armiño, y todas las mercancías que se adquieren van envueltas en una sonrisa. Lo compramos todo, pero decidimos no llevárnoslo, sino dejarlo para que otros disfrutaran de ello, de los objetos de porcelana, de las joyas de oro y plata, de los vestidos extravagantes, de las fantasías de cristal, de los muebles de teca, y del cuero repujado. Pero sí, compramos, compramos una cosa, compramos un libro de versos a un genio descalzo, con barba de Rasputín, que imprimía sus obras en una prensa manual y las vendía llevándolas por la calle en un cochecito de bebé. Maeve consideraba que aquel hombre merecía triunfar, y como sea que ni ella ni yo sabíamos leer el danés, no tuvimos ocasión de sentirnos defraudados.

Nos sentamos en una plazoleta, en el centro mismo del barullo, con flores a nuestro alrededor, y observamos el ir y venir de los ciudadanos de Copenhague, y de los invasores que quedaban dulcemente conquistados en el instante de llegar: chicas de bonitas piernas, gigantescos y rubios muchachos, matronas con piel de melocotón, niños que parecían sacados de un cuento de hadas, un profeta menor con caftán que predicaba el amor y no la guerra, una gitanilla que necesitaba urgentemente tomarse un baño, pero que cantaba dulces canciones de rebeldía acompañándose a la guitarra, un jovenzuelo de triste mirada con collar de cuentas y aros en las muñecas y tobillos y el olor de la marihuana pegado al cabello, un trío de

marineros cogidos del brazo, navegando a la deriva por la calle y diciendo cosas a las chicas en portugués. Maeve dijo que éramos unos insensatos por no trasladar nuestro domicilio allí para el resto de nuestras vidas, ya que incluso los policías eran caballerosos y vestían de paisano para no estropear el agradable espectáculo. Le dije que le regalaría una casa aquella misma noche, aunque primero cenaríamos, a fin de no dejarnos llevar por la impaciencia y comprar una casa que no nos conviniera.

Cenamos en el «Gallipollo de Oro», establecimiento engañoso, ya que parece una simple taberna pero tenía en la cocina a un hombre que hacía milagros, y sus platos eran servidos con una cortés reverencia, y uno se sentía en la gloria al comerlos.

Fue en la paz de aquel santuario donde Maeve me preguntó por Kathleen.

- ¿Cómo os va a los dos juntos?

-Bien. Muy bien.

- ¿Sois amantes?

-Sí, sí.

-Bien... Entonces, ¿vais a vivir juntos?

-Sí, pero sin saltarnos ciertas obligaciones. ¿Era esto lo que querías saber?

-Exactamente. ¿Entiendes mucho en mujeres, *seannachie*?

- A medida que me hago viejo las voy comprendiendo menos.

-Lo cual significa que ganas en sabiduría. Pero no olvides una cosa, cariño: en toda carrera existe un momento en que hay que tomar la delantera a los demás competidores, si es que uno quiere ganar. Y me parece que este momento ha llegado ya para ti.

- ¿Por qué?

- La carta de Ruarri. Todo lo que me has contado. Debes comprender a Ruarri, *searnnachie*. Debes comprender con toda claridad cómo funciona su mente. Os parecéis mucho, y esto constituye un peligro para ti debido a que también os parecéis muy poco. Siempre llega el instante en que ese muchacho, en plena carrera, se desvía, te adelanta, te corta el paso y te derriba. Tu debilidad estriba en que esperas que Ruarri corra la carrera del mismo modo que tú. Y no lo hará. Piensa que Ruarri intenta ganar veinte carreras más ;al mismo tiempo. El único modo en que te puede ganar (y ansía ganarte porque te quiere) es a través de Kathleen. No olvides estas palabras.

- Kathleen es mayor de! edad, y sabe lo que se hace.

- Lo sabe y no lo sabe.. En cuanto hace referencia a Ruarri y a ti, no lo sabe. Y ha tenido la honradez de decírtelo. Así es que, a fin de cuentas, tendrás que decidir por ella.

-¿Cómo?

-Eso es cosa tuya. Perca Ruarri forma parte del asunto.

-Dime una cosa, Maevie.

- ¿Qué?

-¿Realmente cree Ruarri que soy tan insensato como dice?

- Claro. Es lo que cree de todos los humanos. No le queda más remedio.

- Entonces está enfermo, está loco.

- ¿Y hasta qué punto está loco?

- Si esta pregunta hace referencia a Lachie, te diré que lo ignoro.

- Estoy convencida de 'que lo hizo, sí, fue él. Y le conozco mucho mejor que tú.

- ¿Fuisteis amantes?

- Sí, y durante demasiado tiempo.

- ¿Y todavía te sirves de él?

- Sí, en su aspecto de mercenario. Le pago y me gusta pagarle.

- Si Ruarri mató a Lachie, también tú le mataste, querida Maeve.

- Efectivamente. Pero hay ciertas diferencias.

- ¿Cuáles?

- Tengo dos personalidades, mi querido literato, y sé muy bien cuál es cuál. Está la hermana Maeve, que es esa mujer con la que has salido esta noche... La hermana Maeve cría caballos, le gusta vestir ropas caras, divertirse y salir por ahí con hombres

apuestos como tú (sí, porque eres guapo, en especial cuando sonríes), y es capaz de mover montañas para hacer un favor a un amigo, y de brindar por la condena eterna de sus enemigos. Pero también está Maeve O'Donnell, hija de Patrick O'Donnell y nieta de Michael O'Donnell, que fue fusilado por los británicos después del Alzamiento de Pascua. Esta, *seannachie*, es una patriota (palabra anticuada, pero buena) que odia a los británicos y que es capaz de derramar hasta la última gota de sangre para echar sus sucios cuerpos de su patria. Esta es la Maeve que no debes invitar a cenar, y si esta Maeve intenta conquistarte para su causa, debes escupirle en la cara y decirle que se largue con viento fresco. Y ahora dame un trago y di que soy una preciosidad.

- Eres una preciosidad, Maeve O'Donnell.

- Y, en estos momentos, también estoy aterrada. Los británicos, y también el Gobierno irlandés, se están devanando los sesos y haciendo cuanto está en su mano para impedir que entren más armas en el país. Este asunto de Ruarri puede muy bien echar a pique toda nuestra organización.

- Me alegraría.

- Pues tú mismo puedes conseguirlo. Sabiendo mi nombre y el de Ruarri, así como unas cuantas cosas más acerca de nosotros, puedes quitarnos de en medio cuando te dé la gana.

- Eres una zorra, Maeve O'Donnell.

- Y tú, *seannachie*, no eres todo lo hijo de mala madre que debieras ser, lo cual es una pena para ti y una bendición para nosotros. Ahora más valdrá que cambiemos el tema de la conversación, ¿no crees?

Hubiera debido sentirme injuriado, pero no fue así. Maeve O'Donnell se estaba comportando con una honradez superior a la de muchos cuyos nombres podría decir, y, además, se entregaba mucho pidiendo a cambio solamente que su compañero se portara con alegría en una alegre ciudad, a fin de olvidar el resto de este perro mundo en que vivimos.

Cuando salimos del «Gallipollo de Oro», estábamos de un humor tan alegre como el coñac que tomamos con el café. Fuimos a los jardines del Tívoli, y paseamos, cogidos de la mano, bajo las guirnaldas de bombillas, contemplando a la gente, escuchando la música de la banda, comprando bobadas en las casetas, oliendo el perfume de las flores, y riéndonos como niñosen el circo de las pulgas. Bailamos anticuados valses y foxtrots de los años veinte, y música beat y música soul, y sabe Dios cuántas cosas más. Comimos azúcar en forma de nube de algodón. Tiramos aros a la cabeza de muñecos de feria. Disparamos contra saltarines conejos mecánicos. Subimos a trapecios y tiovivos, y, a medianoche, tomamos café con leche y pastas. A pesar de la gran cantidad de gente, del ruido y de las apreturas, me sentí feliz como un niño con zapatos nuevos. Incluso Maeve advirtió el cambio. Y mientras estábamos sentados, lánguidos pero satisfechos, tomándonos el café con leche, Maeve dijo:

- Pareces otro hombre, *seannachie*. ¿A qué se debe?

- Bueno, yo creo que estuve perdido durante cierto tiempo.

-¿Y cómo fue eso?

-Es una historia muy larga y no quiero contarla otra vez.

- ¿Ni siquiera en versión abreviada?

-Bueno, ahí va. Será una historia corta, y no demasiado agradable. Hay ciertas mujeres que no desean más que castrar al hombre a quien aman, y, después, mimarlo para siempre jamás como cosa de su propiedad. Yo me casé con una mujer así. Como sea que la quería, tardé mucho en darme cuenta de su manera de ser. Ahora, sin embargo, de nada la culpo. Me da cierta lástima. Conseguí escapar, y, después, quedé hecho añicos, sin confianza en mí mismo, con mis dotes de escritor inoperantes, cansado y desorientado como si hubiera librado una cruel e inútil batalla... Y... Y ya está, finita la commedia!

- Gracias por contarme la historia.

Librodot

-De nada.

-Ahora quiero que me lleves a Nyhavn.

-¿Por qué?

-Es otra historia. No debes olvidar que soy una sentimental irlandesa.

- ¡Narices, sentimental, Maeve O'Donnell! Vamos, en marcha.

Así es que, mucho después de medianoche, llegamos a Nyhavn, aquel negro y largo canal, con barcas de pesca amarradas a uno y otro margen, y viejas casas en una y otra orilla, con oficinas de proveedores de buques, tiendas en las que uno se puede tatuar, restaurantes chinos en los que comer chow, sórdidos bares en los que uno encuentra a marineros de todas partes del mundo, corpulentas muchachas campesinas, y las más viejas rameras de todo Dinamarca. Allí siempre hay policía. Van de dos en dos, prestos a recoger a los hombres que salen rodando de los bares, o a entrar en ellos cuando la pelea es demasiado ruidosa o violenta, lo cual ocurre con cierta frecuencia. Sin embargo, es una zona alegre, ruda y bulliciosa, más sana que los clubs que se encuentran al otro extremo de la ciudad, en los que lindas muchachas y guapos muchachos fornican en un colchón para que alguien que ha pagado el debido precio se divierta contemplándolos, en los que las lesbianas hacen públicamente el amor entre sí y luego atienden a los hombres, y en los que uno puede incluso hacer el amor con un perro de lanas, si es que a uno le da por ahí y paga el gusto. Esta es la otra cara de la dulce ciudad, y no cabe decir que sea la mejor, precisamente.

Dejé que Maeve eligiera el bar. Era una casa de fachada impersonal, con ventanas de cristales pintados que parecía fueran a romperse de un momento a otro, al impulso de la música que sonaba en el interior. No tenía nombre. Sólo un número colgaba sobre la puerta. Luego, una luz amarilla le llevaba a uno hacia dentro. Al salir, los clientes tenían que conservar la serenidad suficiente para encontrar su barco, o de lo contrario iban a parar al canal o al coche celular de la Policía.

Dentro, el humo del tabaco formaba una densa niebla, y olía a cuerpos sudados y a cerveza derramada en el suelo. Con dificultad nos abrimos paso hasta una mesa en un rincón, y, después, tuve que emprender de nuevo la lucha para llegar hasta el mostrador y hacerme con unas bebidas, por encima de las filas de móviles cabezas. Intenté regresar a la mesa por el atajo, es decir, cruzando la pista de baile, pero casi fui derribado por un gigante que bailaba con una obesa muchacha a la que parecía llevar colgada del pecho. Maeve estaba intentando quitarse de encima a un joven y galante portugués que, al verme, me pidió excusas e hizo una profunda reverencia. Me alegré de que aquel hombre no fuera un noruego capaz de merendárseme en un dos por tres.

Maeve estaba colorada y entusiasmada.

- ¡Me encanta este sitio, *seannachie*! Me gusta ese ruido, y ese hedor, y esos tíos como elefantes...

- Sí, es divertido. Pero si comienzan a arrojarse botellas a la cabeza, será cuestión de tumbar la mesa de lado y escondernos detrás.

-¿Habías estado aquí?

- No aquí, precisamente aquí, no. Pero he estado en sitios parecidos.

- Aquí conocí a Ruarri.

- ¡Santo cielo!

- Aquella noche salí, igual que hoy he salido contigo, aunque había bebido más y estaba mucho más enloquecida. El hombre con quien yo iba carece en absoluto de importancia. Le había vendido unos cuantos caballos, y me había dado cuenta de que le gustaban más que las mujeres. Yo me dedicaba a mirar a todos los hombres que había a mi alrededor, y muchos de ellos parecieron interesados en mi persona. Ruarri estaba sentado allí, con sus muchachos y unas chicas. Se acercó y me sacó a bailar. Pensé que era un guapo chico, con una sonrisa de donjuán, y excesivamente pagado de sí mismo. En consecuencia, procuré tomarle el pelo. Pero, en cierto momento, sin saber cómo, se acabaron las tomaduras de pelo. Entonces los dos enloquecimos. Y nos pusimos a bailar encima de una mesa, yo con las faldas revoloteando

por la cintura y la blusa abierta hasta el ombligo, y todos los demás gritando y aplaudiendo nuestra exhibición. En aquellos momentos había ya perdido de vista a mi acompañante. Cuando se acabó, fui con Ruarri a su barco, allí dormí, y, desde entonces, me tiene conquistada.

- ¿Y después?

- Después, *seannachie*, me pasó lo mismo que a ti. Descubrí a Ruarri, el Lobo Rojo. Tardé bastante y no fue fácil, debido a que es un lobo que se porta con suavidad durante un minuto, pero al minuto siguiente es voraz y salvaje; una noche se porta como un ser solitario y la noche siguiente va en manada... Y siempre actúa como un verdadero traidor, *seannachie*, que interpreta el papel de perrito simpático y te pone las patas encima, y cuando tú vas y alargas la mano para acariciarle, él va y te muerde. Lo aguanté durante mucho tiempo porque Ruarri es formidable en la cama, dulce y sabio, y después duro y poderoso como un pistón... ¿Te escandalizo, *seannachie*?

-No, sigue, sigue.

-A veces, me pegaba. No mucho, pero lo suficiente para asustarme y para inducirme a desear que volviera a tratarme con dulzura. La verdad es que no me importaba mucho que me pegara. También yo tengo garras, y sé servirme de ellas. Pero llegó el momento en que no pude aguantarlo más. Vi lo que Ruarri estaba haciendo conmigo. Me estaba destruyendo para construirse él, me estaba desmontando ladrillo a ladrillo. Ruarri es un cobarde, *seannachie*. Tiene más miedo que un niño en la oscuridad, pero no quiere ayuda. Intenta cogerle y meterle en cama, y te arrancará los ojos... El caso es que un buen día, el año pasado, le despedí.

-¿Le despediste?

- ¡Sí, sí, *seannachie*! Yo, la pequeña Maeve O'Donnell, le dije todo lo que pensaba de él, se lo dije fríamente, sin alzar la voz, y en palabras muy sencillas. ¿Y sabes cómo reaccionó? ¡Se echó a llorar! Lloró como un niño al que se aparta de la teta. Dijo que me amaba, y realmente esto creía. Yo le dije que también le amaba, pero que no había amor que pudiera resistir lo que tenía que pagar para amarle. Me preguntó si podíamos ser amigos y le dije que sí. Y amigos hemos sido desde entonces, tal como has podido ver. Cuando sepa que la mercancía ha sido entregada, iré a su lado y pasaré un par de días cogiéndole la mano. Después, me volveré a casita y lloraré de noche su ausencia, pidiendo a todos los santos que no se entere.

- ¿Te quiere?

- No sabe amar, *seannachie*. Esto es lo malo. Quiere amar, pero no sabe cómo. Y lo mismo le pasa contigo. Quiere que seas como un hermano para él, puedes estar seguro de eso. Pero ignora lo que es un hermano. Es como un ciego al que le hayan explicado lo que son los colores, pero que jamás los haya visto.

-¡Dios mío! ¡Qué triste...!

-Sí, efectivamente. Pero también es triste para ti... Y para mí. -¿Cuál es el remedio?

- Me parece que no lo hay. Y si lo hay, creo que está más a tu alcance que al mío. Yo he dormido con él, ¿comprendes?, yo he sido ya usada, gastada. No tiene la menor obligación de respetarme, aunque, ¡vive Dios!, más le valiera respetarme... En cambio, a ti te respeta, aunque nunca lo reconocerá lisa y llanamente hasta que le hayas frotado las narices contra el suelo, y luego le hayas levantado la cabeza. Necesita un padre, *seannachie*. Necesita el padre que no ha tenido. Una mujer no puede cumplir esta función. Una mujer puede ser madre, amante, esposa, ramera, o todo a la vez, pero nunca puede interpretar el papel de padre. Esta es la verdad, *seannachie*...

- Sí, eso creo.

-Soy una zorra, pero no me porto como tal en este caso.

- Me consta.

-Bueno, ¿te molestaría mucho sacarme de aquí ahora, llevarme a casita, caminando despacio y diciéndome cosas agradables? -En marcha, hermana Maeve.

-Oye, *seannachie*...

- ¿Qué?

-No cedas. Prométeme que nunca más cederás ante Ruarri. Si cedes, serás un asesino, igual que todos nosotros.

- Te lo prometo. Y ahora salgamos de aquí.

No estaba embriagada, pero tampoco estaba serena. Rebosaba lágrimas, pero no derramó ni una. Paseamos primero por el canal y después volvimos al hotel. Le dije frases dulces y amables, tal como me había pedido, y se las dije sinceramente, a pesar de que no era mujer a la que pudiera llamar mía, y nunca lo sería, sino que se las dije en méritos del pasado que llevaba a la espalda, como un horrible gigante, y que llevaría durante toda su vida.

Cuando nos encontramos ante la puerta de su dormitorio, Maeve dijo suavemente:

-*Seannachie*, no me dejes sola esta noche.

- No te dejaré sola. Espérame un instante.

No es un secreto ni me siento culpable. No, porque no hay razón alguna que justifique lo uno o lo otro. Pasé con ella aquella noche y las dos siguientes, hasta que llegó el mensaje de Ruarri. Estábamos en tierra extraña, nos sentíamos solos, y nadie se preocupaba de quiénes éramos o de lo que éramos. No era el país del amor, pero fuimos felices durante un breve período. Si, al dejarla, me sentía recuperado, o casi recuperado, ello se debía a las atenciones de sus manos. Y si ella quedó más serena, creo que se debía a la dulzura con que la traté.

XIII

Mandé telegramas a Kathleen, a Hannah y a Morrison, anunciándoles mi regreso. En avión fui de Copenhague a Glasgow, pasé una noche en esta triste ciudad, y en la mañana siguiente partí para Stornoway. Cuando llegamos caía una fina lluvia, y me encontré ante una comisión de recepción formada por Duggie Donald, un policía de la localidad, y un hombre alto y de cabello gris a quien me presentaron diciendo que era el inspector Rawlings, de Servicios Especiales. Rawlings dijo qué sentía infinito el tener que molestarme, pero que estaba llevando a cabo cierta investigación y confiaba en que no tuviera yo inconveniente alguno en prestar mi voluntaria cooperación. Lo dijo con tanta amabilidad que ni se me ocurrió la idea de negarme. Bueno, en realidad, aunque no se lo dije, durante todo el trayecto de vuelta estuve preparándome para encontrar a alguien como él. El inspector Rawlings consideraba que quizás el lugar más adecuado para charlar él y yo fuera la comisaría de Policía, si es que yo no tenía inconveniente, como en realidad no lo tenía, no señor. Tendría sumo gusto en acompañarme en automóvil hasta la comisaría, en compañía de míster Donald. El policía de la localidad se encargaría de cuidar de mi equipaje. De esta manera, diez minutos después me encontraba sentado en una desnuda estancia, con Duggie y Rawlings, y una joven policía que tomaba notas taquigráficas, sentada en segundo plano.

No tardé en darme cuenta de que Rawlings era hombre con mucho tiempo a su disposición y con claras aficiones a enterarse de todo género de detalles pintorescos. Se preocupaba mucho de mi comodidad. ¿Una taza de café, acaso? Pues sí, con mucho gusto. Sirvieron el café. ¿Había tenido buen viaje? Pues la segunda parte del viaje fue agradable, efectivamente. Copenhague era una ciudad alegre y divertida, ¿verdad? Mucho, mucho, sí. De vez en cuando, él también iba a Copenhague. ¿Dónde me había alojado? En el «Hotel d'Angleterre». Magnífico hotel ciertamente, aun cuando más caro de lo que puede permitirse pagar un pobre policía. ¿ Había regresado con escala en Glasgow? Sí. ¿Y cuánto tiempo había permanecido en Glasgow? Sólo una noche. Estuvo de acuerdo en que con una noche bastaba y sobraba.. Bueno, él era un londinense de pies a cabeza, aun cuando por razones de su trabajo iba a países extranjeros, al continente, al Eire, a los Seis Condados, pero rara vez tenía que ir a las Hébridas. Dijo que seguramente yo me estaría preguntando a santo de qué tenía él interés en hablar conmigo. ¿Acaso se me había ocurrido que todo el asunto estaba relacionado con la defunción de Lachie McMurtrie? Pues sí, ciertamente, estaba relacionado con esto y con otros hechos concomitantes, más o menos. ¿Daba yo por sentado que él tenía en su poder mi declaración de Tórshavn? Pues sí, acertaba. Fue una declaración muy concisa y la consideraba de gran valor. Desde luego, no le gustaba en absoluto verse en el caso de molestarme todavía más, pero ¿acaso no podría yo aclarar un poco algunos detalles? Pues con mucho gusto le daría cuanta información tuviera en mi poder, sí señor, aunque mucho temía que no le sirviera de gran cosa. ¿Podía echar una ojeada a mi pasaporte? Claro que sí. Lo examinó con gran atención y lo dejó abierto sobre sus papeles. Entonces comenzó el interrogatorio en toda la línea.

-Veo que es usted novelista, señor...

- Sí.

- ¿Es ésta su profesión normal?

-Sí.

-Su pasaporte está librado en Roma. ¿Reside habitualmente allí?

- Sí.

-¿Podría darme sus señas y número de teléfono?

Se las di. Me pidió que deletrease las palabras para facilitar el trabajo de la taquígrafa.

-Y ahora, señor, ¿sería para usted mucha molestia preguntarle el motivo de su viaje a las islas?

- Vine para descansar, invitado por Alastair Morrison, de Laxay. Actualmente Alastair Morrison se encuentra en un hospital.

-Lo sabíamos ya, señor. Muchas gracias. ¿Es ésta su primera visita a las islas?

- Sí.

-¿Míster Morrison era el único amigo que usted tenía aquí?

- Antes de mi llegada, sí. Ahora no.

-Entre sus nuevos amigos está Ruarri Matheson, ¿verdad?

-Sí.

-¿Cómo le conoció?

Se lo expliqué con todo detalle.

Me escuchó atentamente, reclinado en el asiento, las manos enlazadas sobre la cintura. Luego, dijo:

-De manera que este encuentro en Skye y este primer día de navegación juntos es la única base de su amistad, ¿no es eso?

-Pues yo diría que fue el principio de nuestra amistad, y no la base de ella. Desde el primer instante Matheson me resultó simpático. Es un hombre pintoresco, que ha leído mucho, ha viajado mucho y tiene el don de la hospitalidad. Fue la primera persona a quien traté aquí, en las islas. Para mí fue una satisfacción cultivar su trato. En posteriores ocasiones ha demostrado ser un hombre interesante y de trato agradable.

-¿Y conjuntamente se dedicaron a la caza y pesca furtivas?

-Permítame que le corrija, inspector. Fuimos a pescar y a acechar ciervos, lo cual son dos deportes plenamente legales, mientras no se demuestre lo contrario.

- Mil perdones. ¿Y también le visitó en su casa?

-Varias veces.

-¿Una o dos de ellas en compañía de la doctora Kathleen McNeil, quien actualmente sustituye al médico de Harris?

- Sí.

-¿Y usted invitó a cenar a Matheson en casa de Morrison?

-Efectivamente.

-Es decir, ¿tiene usted con Matheson una relación de amistad bastante íntima?

-La palabra «íntima» es excesivamente sugerente, inspector. A veces lleva en sí un significado desagradable, especialmente en las declaraciones en juicio. Digamos que entre míster Matheson y yo hay una relación de amistad.

Puede usted tener la certeza de que no estaba yo intentando contestar con astucia. Sólo quería demostrar que hubiera podido ser un excelente picapleitos. Y que, si tanto me apuraban, quizá me obligaran a dejar claramente sentadas algunas sutiles distinciones. Quería que el inspector comprendiera que yo era un hombre culto para quien las palabras pueden tener cortantes aristas. Además, también tenía que mostrarme honrado en tanto pudiera. Por esto pregunté con cierto retintín:

-¿Puedo hacer un breve comentario, inspector?

-Por favor, adelante.

-Bueno, pues en este caso creo que más vale hablar con franqueza. Comprendo muy bien el significado de las palabras, y la importancia de las preguntas. Estoy dispuesto a colaborar en la investigación que esté usted llevando a cabo. Creo que puedo serle de mayor utilidad si deja usted de interrogarme sobre extremos que ya conoce y va directamente al grano. No tengo intención de mentirle a usted y, por otra parte, tampoco tengo razones para mentirle. Espero haberme expresado con claridad.

-Con admirable claridad, señor. Y si en algo le he ofendido, le ruego me disculpe. En nuestra profesión solemos seguir ciertos métodos, a veces muy rutinarios. Reconozco que, en algunas ocasiones, los seguimos excesivamente a rajatabla, en especial cuando nos hallamos

ante un testigo dispuesto a cooperar. Veamos... ¿Dónde estábamos? ¡Ah, sí...! Tiene usted relaciones de amistad con Ruarri Matheson. Bueno, el caso es que míster Donald me ha informado de cierta conversación que tuvo con usted en un hotel de Harris. A juzgar por ella, parece que estaba usted enterado de que Ruarri Matheson se dedicaba a una actividad ilegal, que afectaba a las leyes de aduanas y tributarias.

-Permítame otra corrección, inspector. Era míster Donald quien sospechaba que míster Matheson se dedicaba a tal actividad. Me di cuenta de tales sospechas el día en que míster Donald subió a bordo de la embarcación de Ruarri, cuando llegamos a Stornoway, y también cuando míster Donald consideró necesario llamar por teléfono a mi anfitrión, míster Morrison, a fin de enterarse de mi identidad e historial. Formulé a míster Donald algunas preguntas a este respecto. También le pedí que me diera la información necesaria para poder mantenerme al margen de toda actividad ilegal, si es que alguna actividad de este tipo se estaba desarrollando. ¿Es correcto el resumen, Duggie?

-Efectivamente, inspector, así fue. Y si procura recordar mis palabras verá que precisamente esto es lo que le dije.

-Sí, sí, efectivamente. Pero usted, a pesar de las sospechas de míster Donald, decidió efectuar ese viaje en la embarcación de míster Matheson...

-¿Era ilegal, inspector?

-No.

-Entonces, ¿por qué ha utilizado las palabras «a pesar»? Míster Donald no me aconsejó, ni podía hacerlo, que me abstuviera de efectuar tal viaje. Quisiera que la señorita taquígrafa hiciera constar mi más enérgica protesta ante preguntas tan capciosas.

-Señorita, ¿ha hecho usted constar la protesta? Bien, muchas gracias. Entonces, permita, señor, que le formule una pregunta muy directa. ¿Vio usted, en cualquier momento, en el curso del viaje, indicios del desarrollo de una actividad ilegal, sea la que fuere?

-No, en modo alguno.

-En los elogios que usted ha dedicado a Ruarri Matheson ha dicho que era un hombre que había viajado mucho. ¿Qué sabe usted de los viajes de Ruarri Matheson?

-Detalles que suelen salir en las conversaciones normales y corrientes. Parece que ha estado en los más diversos lugares del mundo.

-¿Y que ha hecho muchas cosas raras?

- Probablemente.

-¿Podría darme algún ejemplo?

-Sólo recuerdo dos. Dijo que había transportado opio en Tailandia, y que había sido mercenario en África. Mucho me temo q le todo lo demás fueron generalidades.

-¿De nodo que nos hallamos ante un individuo que ha sido contrabandista y soldado a sueldo?

-No sé ante qué nos encontramos, inspector. Yo sólo he visto a un hombre que se dedica al cultivo de la tierra y a la pesca. El resto es palabras y más palabras. No puedo ofrecerle pruebas que demuestren la veracidad de estas palabras.

- Es usted un testigo admirable, señor. Me gustaría que todas las personas a las que interrogo hablaran con la claridad de que usted hace gala. ¿Conoce usted a una señora llamada Maeve O'Donnell?

- Le consta que la conozco, inspector. Fue la pareja de míster Matheson en la cena que ofrecí en casa de míster Morrison. Aquella noche conocí a Maeve O'Donnell. La vi por segunda vez en Copenhague, hace un par de días. Se encontraba en el mismo hotel en que yo me alojé. Pasé una velada muy agradable con ella e hicimos un par de excursiones por las afueras.

- Es decir, ¿también es amiga de ella?

-Sí.

-En realidad, ¿usted fue a Copenhague con el propósito de verla?

- No. Cuando estuve en Copenhague la vi, pero no fui a Copenhague con el propósito de verla.

-¿Pero a usted le constaba que esta señora se hallaba en Copenhague?

- Naturalmente. Matheson me lo dijo, y me pidió que la viera.

- ¿Por qué fue a Copenhague?

- Pues porque dejé la embarcación de Matheson en las Feroes, y la única manera de regresar aquí era por Copenhague. Además, tal como hemos dicho, se trata de una ciudad muy agradable. Por esto decidí quedarme un par de días y pasarlo lo mejor posible.

- ¿Y por qué interrumpió su viaje en las Feroes? ¿Por qué no lo terminó, tal como había planeado?

-Por diversas razones, inspector. El viaje resultó mucho más duro de lo que yo había imaginado. En la embarcación apenas había sitio para mí, y me encontré un poco ajeno a la tripulación, que forma un grupo muy unido y cuyo principal idioma es el celta. Por fin, y esto es lo más importante, la muerte de Lachie McMurtrie fue un hecho lamentable que ensombreció el viaje. Quizá parezca cruel, pero la verdad es que vine a pasar unas vacaciones, para recuperarme de una enfermedad. No sentía el menor deseo de asistir a un largo funeral.

- ¿Y no se creyó obligado a animar con su presencia a su buen amigo Matheson, e incluso a ayudarle?

-Pensé que estaría mejor sin mí.

- ¿No pensó acaso que usted estaría más seguro sin él?

-Me parece que no he comprendido su pregunta, inspector.

-En este caso, se la formularé de otra manera. Se podría decir, sin que ello implique descrédito, que se encontró usted en compañía de hombres de dudoso comportamiento, y que decidió apartarse de ellos lo antes posible.

-Esto sería una declaración contradictoria con las que antes he efectuado.

-¿Con cuáles, señor?

- La declaración en la que he dicho que no vi indicio alguno de actividades ilegales a bordo de la embarcación de Matheson.

- Sí, es cierto, es cierto. Pero la verdad es que todavía me intriga la naturaleza de sus relaciones con Ruarri Matheson. Según todos los indicios, ustedes dos son buenos amigos, se divierten juntos y se tienen mutua confianza, pero, a pesar de esto, usted se alejó de él en un momento crucial para él. ¿Cómo explica usted tal actitud?

-No sé, quizá sea un hombre egoísta.

- No parece así, por lo que de usted sabemos, sino más bien todo lo contrario. Obsequió usted con botellas de bebidas alcohólicas a la tripulación, lo cual, si tenemos en cuenta los vigentes impuestos británicos, resulta una atención bastante cara. También ofreció un costoso regalo a Ruarri Matheson, es decir, un sextante antiguo. Eso no es propio de un hombre egoísta. ¿Por qué abandonó el barco en Tórshavn?

- Por las razones que le he dicho, y por otra que no le he dicho.

-¿Cuál?

-Poco antes de que ocurriera la tragedia, mis relaciones con Ruarri Matheson se hicieron un poco tirantes. Yo fui quien más acusó esta tirantez.

-¿Por qué?

- Por un asunto privado que no me considero autorizado a revelar.

-En este caso, señor, me veo en el caso de formularle una muy seria advertencia. No estamos investigando tan sólo una posible infracción aduanera, sino un posible asesinato también.

-¡Asesinato!

Esperaba que mi sorpresa le pareciera sincera, puesto que no en vano me había preparado con larga anticipación.

-Efectivamente, señor, asesinato. En consecuencia, si intenta usted ocultar informaciones pertinentes al caso, puede verse en una situación muy desagradable.

La conversación había dejado de ser un juego. No podía permitirme el lujo de mentir ni de ocultar una verdad que pudiera, luego, salir a la luz. Por otra parte, tampoco podía permitir que el inspector creyera que me había asustado, ya que, de lo contrario, se lanzaría al ataque como un perro sabueso. Por esto, le di una sorpresa que desvió su atención por unos instantes.

-Comprendo muy bien su advertencia, inspector. Pero la verdad es que me encuentro en una situación muy difícil. Con carácter estrictamente confidencial me comunicaron cierta información que nada tiene que ver con los hechos objeto de nuestra conversación. Me pidieron que prestara cierto servicio de carácter puramente personal. Lo presté. Como resultado de lo que acabo de decirle, en las relaciones entre Matheson y yo apareció cierto factor de... no sé cómo decírselo... en fin, de roces. A pesar de ello, éramos, y seguimos siendo, buenos amigos, pero se produjo cierta tirantez, y en este momento de crisis pensé que sería mejor para Matheson que me alejara de él.

- ¿Cuál es esa información y cuál es ese servicio? Está usted obligado a decírmelo, señor. Usted no es médico ni es abogado. Carece de privilegios en esta materia.

- En este caso, ¿puedo pedir que se observen ciertas normas de caballerosidad y de decencia, y que se mantenga esta información en el más absoluto secreto si no tiene influencia alguna en el caso?

-Desde luego, está usted en su derecho. Ahora bien, lo único que puedo decirle es que procuraremos observar las normas de la decencia. Por lo general, lo hacemos.

- ¿Y usted, Duggie?

-Si puedo, cuente con mi discreción.

-Inspector, ha dado usted gran importancia a mi estrecha amistad con Ruarri Matheson. Mucho temo que las conclusiones que de ello pretende extraer carecen de validez, debido a que ignora la verdadera naturaleza de esta relación. Mi primer y más íntimo amigo en la isla es Alastair Morrison, a quien conocí, hace ya muchos años, en Tailandia. Ahora lleva ya algún tiempo enfermo. Un día, sometido a una gran presión emotiva, Alastair Morrison me dijo que Ruarri era hijo natural suyo. Cuando Alastair Morrison fue internado en el hospital, me encargó que comunicara esta información a Ruarri, y que me esforzase en establecer una relación entre los dos. También me pidió que siguiera siendo amigo de Ruarri y que procurase templarlo un poco. Hice cuanto Alastair Morrison me pidió. No fue fácil, ni mucho menos. Ruarri quedó muy impresionado, y todavía no se ha hecho a la idea y a todas sus consecuencias. Por esto nuestras relaciones han sufrido bastantes altibajos en los últimos tiempos. Y esto es todo, inspector. Alastair Morrison puede confirmarle mis palabras, pero preferiría que no le mezclara usted en este asunto.

Muy emocionado, Duggie Donald dijo:

-¡Pobre, pobre viejo! ¡Y pobre Ruarri también! Es muy duro enterarse de una cosa así, después de tantos años.

El inspector Rawlings, dijo:

- Le agradezco mucho que nos lo haya dicho. Como es natural, haré cuanto esté en mi mano para evitar todo género de molestias y tensiones a míster Morrison.

-Muchas gracias. Ahora bien, ¿podría usted evitarme también molestias y tensiones?

-Si puedo, así lo haré.

-Como sea que estamos refiriéndonos a un amigo mío y al hijo de este amigo mío, me gustaría saber cuáles son las sospechas que sobre este último recaen. Una de ellas es el delito de asesinato. ¿Cuál es la otra?

-Suministro de armas al Ulster.

-¡Oh...!

- Es un asunto serio. Y peligroso. No queremos otra guerra civil. A propósito, ¿es usted irlandés?

- Por parte de madre solamente, y, aún, remontándonos una generación. Pero si le interesa saber mis simpatías, le diré que odio la violencia. Hay demasiada violencia en nuestro mundo, y quisiera que terminara de una vez.

Librodot

- Ya que hablamos de violencia, ¿cree usted que Ruarri Matheson es hombre violento?

-En potencia, sí. Es decir, puede ser violento.

- ¿Ha visto pruebas de esta violencia de Matheson?

- Pues sí, para ser absolutamente sincero debo decir que sí. Pero en ambas ocasiones advertí también pruebas de un enorme dominio de sí mismo.

-¿Cuáles fueron estas ocasiones, señor?

- Una de ellas, cuando le entregué la carta de Morrison diciéndole que era hijo suyo. Quedó muy impresionado, amargamente impresionado. Poco faltó para que nos liáramos a puñetazos, pero no lo hicimos, no. La otra fue en la taberna llamada «The Admiral's Spyglass», en donde le vi tratar con indudable violencia a Lachie McMurtrie.

Tranquilamente, Rawlings dijo:

- Según me han dicho, le atizó una patada en la barriga.

- Sí. Pero supo dominarse inmediatamente.

-¿Recuerda usted el motivo de la agresión?

-La verdad es que nunca he conseguido saberlo con claridad, inspector. Había allí mucho ruido, muchas conversaciones cruzadas, en celta... Si va usted esta noche a la taberna, podrá comprobar por sí mismo lo que le digo. Al parecer, Lachie dijo algo desagradable y Ruarri la emprendió con él.

-¿Comentó usted con Matheson este incidente?

-No.

-¿Por qué?

- Creo que se debe a la curiosa naturaleza de nuestras relaciones. Ruarri siempre ha intentado impresionarme con sus habilidades, con sus logros, con la manera como consiguió superar los obstáculos que su nacimiento puso en su camino. Siempre alardeaba de proezas físicas. Si hubiera llegado a creer que yo me portaba con excesiva delicadeza, habría aprovechado la ocasión para burlarse de mí. Por otra parte, y ésta es una razón de menor importancia, aunque también pesa, he viajado bastante, he estado en sitios en donde la violencia es usual y he aprendido a callar y a no meterme en los asuntos de los demás.

- Bueno, ahora nos hallamos ante un hombre violento y calculador. Usted mismo se ha referido a la rapidez con que recobra el dominio de sí mismo. Nos hallamos ante una agresión a un hombre de su tripulación, por haber dicho una frase indiscreta. Luego, este hombre desaparece en el mar, en circunstancias no aclaradas... ¿Ve usted a dónde conduce eso?

-Y también veo muchas lagunas, inspector. ¿Qué tienen que ver las armas con todo ello? ¿Cómo incorporamos el asunto de las armas al problema?

- Mediante miss Maeve O'Donnell, que es una conocida agente del IRA, con una larga tradición revolucionaria en su familia.

- Pensaba que se dedicaba a la cría de caballos.

- Y es verdad. Excelentes caballos, por cierto. El año pasado uno de sus caballos me hizo ganar bastante dinerito en Ascot. Pero también se dedica a lo otro.

- ¿Les consta con toda certeza que Ruarri se dedica a transportar armas?

-Sí, pero con Lachie muerto no podemos demostrarlo.

-No comprendo lo que pretende decir.

- Matheson contrataba a sus hombres, y los adiestraba muy bien. Todos ellos son excelentes marineros y saben callar. Ruarri les decía, por lo menos en parte, la verdad de sus negocios. No le quedaba otro remedio. Sin embargo, Lachie era la pieza débil. Ruarri no consiguió que mantuviera la boca cerrada. Por otra parte, a Lachie no le gustó ni pizca que Ruarri le golpeara en presencia de sus compañeros de tripulación, en «The Admiral's Spyglass». Entonces fue al encuentro de míster Donald y le contó cuanto sabía, es decir, que Matheson se proponía ir a Noruega para cargar armas y desembarcarlas después en Irlanda. Lo teníamos todo dispuesto para cogerle en Trondheim. Entonces Lachie fue asesinado (o, por lo menos, esto creemos), y Matheson fue a las Feroes, en vez de ir a Trondheim.

-¿Y después?

Librodot

- Pescó durante tres días en el mar, entre las Feroes y las Flannans, y regresó a puerto.

-¿No cargó armas?

-Ni una.

- ¿Cómo puede estar usted tan seguro?

-Porque le estamos vigilando. Una corbeta de la Armada y un avión de reconocimiento nos dan cuenta de todos sus movimientos, y nos consta que no se ha acercado a Irlanda.

-Es usted muy eficiente, inspector.

-También lo es Matheson, y ahí está nuestro problema.

-Me gustaría decir algo, inspector.

- Diga.

-Soy amigo de Ruarri. Le tengo simpatía. Proyecto permanecer a su lado hasta que este asunto se solucione. Pero si es un asesino, no pienso defenderle, a pesar de mis relaciones con Morrison... Pero yo estaba a bordo del Helen II. Hablé con la tripulación después de la pérdida de Lachie. Soy hombre de mentalidad lógica, ya que es preciso tener mucha lógica para construir el relato más simple. Y, realmente, estoy convencido de que no podrá usted demostrar que se ha cometido un asesinato, por mucho que lo intente. Si consiguiera usted demostrar el transporte de armas, se acercaría mucho a la posibilidad de demostrar el asesinato, pero incluso entonces necesitaría que mediara un motivo. No tiene usted el cadáver, no tiene usted testigos, no tiene usted ni las más leves pruebas en las que basar una acusación.

-No crea, algunas pruebas tenemos. Me gustaría hablar de ellas con usted. ¿Ha oído usted alguna vez a Matheson mencionar el nombre de un tal Bollison?

- ¿Bollison, Bollison...? Sí, ciertamente. El día en que conocí a Ruarri, mientras cruzábamos el Minch, coincidimos con un pesquero noruego. Nos detuvimos. Ruarri pasó a bordo del barco noruego, y allí estuvo unos minutos. Me dijo que la mitad de aquel barco era suya y que el patrón se llamaba Bollison.

- ¿No conoció usted al patrón?

- No. Le vi en cubierta, y esto es todo.

- ¿Y no ha vuelto a verle?

-No.

-¿Ha oído hablar de él alguna otra vez?

- Sí. Matheson dijo que le vería en Trondheim. Habló de tomar una copa con él.

- ¿Y en las Feroes?

- Nada.

- Gracias, señor. Y ahora vayamos a su viaje en el barco. Tengo mucho interés en el tema de las guardias al timón.

-¿Sí...?

- ¿Cuánto duraban?

-Cuatro horas.

-Cuando salieron de Stornoway, ¿quién iba al timón?

- Matheson. El patrón suele llevar el timón al entrar y salir de los puertos. Luego, ya en mar abierta, confió el timón a Lachie.

- ¿Qué hora era?

-Las dos, más o menos. Almorzamos muy tarde.

- Es decir, lo normal era que Lachie se quedara al timón cuatro horas, o sea hasta las seis, más o menos, ¿no es eso?

-Bueno, tampoco sé qué es lo normal en una embarcación de pesca. No se observan muchos formalismos. Sin embargo, creo también normal que Lachie hiciera la mitad de una guardia, de modo que las horas de relevo pasaban a ser las cuatro, las ocho, las doce, etcétera.

-¿A qué hora fue relevado Lachie?

-Hacia las cuatro.

-¿Quién tomó el timón, entonces?

-Yo. Llevé el timón, teniendo durante casi una hora a Jock Burns a mi lado, enseñándome las peculiaridades del barco.

- ¿Y esto fue la primera anormalidad?

-Habida cuenta de las circunstancias, yo creo que nada anormal hubo en ello. A Ruarri le consta que me gusta navegar.

Fue muy halagador para mí que me dejara llevar el timón.

- ¿Terminó la guardia a las ocho?

- Efectivamente.

-¿Quién le relevó?

-Donan McEachern, ese chico que tartamudea un poco.

- ¿Y se quedó de guardia hasta medianoche?

-Eso me dijeron. Yo me acosté a las diez y media.

- Y después, ¿quién se puso al timón?

- Por lo que sé también de oídas, fue Ruarri.

- ¿Y después?

- Ruarri me dijo que a las cuatro de la madrugada tenía que relevarle el propio Lachie McMurtrie.

-Exactamente... Lachie McMurtrie por segunda vez en veinticuatro horas, en tanto que dos hombres de la tripulación, y, si contamos el cocinero, tres, no habrían hecho ni un minuto de guardia. ¿Cómo explica usted esa particularidad?

-No puedo explicármela. Me parece curioso, pero realmente no alcanzo a comprender las razones. Las guardias son asunto del patrón, y yo, por otra parte, no formaba parte de la tripulación, por lo que no tenía motivo alguno para andar preguntando.

-Pero ¿ve usted a dónde conduce esto, supongo? A un miembro de la tripulación se le ordena que lleve el timón, quebrantando el orden normal de guardias, y, durante su anormal guardia al timón, este hombre desaparece. ¿Ve a dónde vamos a parar?

-¿A dónde pretende ir a parar, inspector?

-¡Asesinato cometido por acuerdo de voluntades entre varias personas!

-No, no... Lo siento, pero me parece demasiado complicado. Y, además, innecesario. Cinco robustos muchachos contra uno solo, en pleno Atlántico Norte. Podían tirarle por la borda cuando les diera la gana, sin tanto lío.

- Bueno, en este caso, prescindamos del acuerdo de voluntades, y dejemos el caso en asesinato cometido por el patrón, tras premeditado planeamiento... Utilizándole a usted para alterar el orden de las guardias.

- Sí, esto ya es más lógico. Pero mientras no consiga usted explicar lo que pasó entre la medianoche y las cuatro de la madrugada, hora en que Lachie tenía que volver al timón, el caso queda inconcluso.

-Bueno, en realidad estamos encontrando muchas explicaciones adyacentes a la que usted ha mencionado. Por ejemplo, fijémonos en el cuaderno de bitácora de Matheson. ¿Lo ha visto usted?

-No. Lo puso a mi disposición, pero le dije que no tenía interés alguno en leerlo.

-¿Supongo que usted presenció cómo Matheson mandaba cierto número de mensajes radiados en clave?

-¿Sí?

-Forzosamente tuvo usted que presenciarlo, si la relación de horas que usted pasó al timón, según sus propias manifestaciones, coincide con la realidad. Dirigió un mensaje a Bollison en Trondheim, otro a miss Maeve O'Donnell en Estocolmo y otro a un hombre llamado Fermor en Oslo. Hemos registrado estos mensajes. Fueron transmitidos desde el buque, antes de salir del Minch; en otras palabras, mientras usted llevaba el timón.

-Sí, es cierto, ahora lo recuerdo, se mandaron unos cuantos mensajes.

-Y después, durante la búsqueda de Lachie, también se mandaron mensajes, ¿no es cierto?

-Sí. Escuché algunos de ellos.

-Pues pasa algo muy curioso. Estos últimos mensajes se hicieron constar en el cuaderno, pero no se hizo así con los primeros. ¿Qué le sugiere esto?

-Nada, inspector.

- Vamos, vamos...

- Le voy a explicar mi postura. Se sospecha que una o varias personas no identificadas han cometido un asesinato. Yo estoy obligado a informarle a usted de cuantos hechos sepa. Ahora bien, si me entregara a trazar hipótesis y a hacer interpretaciones de los hechos, mi actitud no podría ser más injusta ni más peligrosa. No estoy dispuesto a caer en esto. Se lo digo en serio.

-Es usted un amigo leal.

- También soy un hombre que siente un gran respeto hacia la ley, esa ley de la que usted es representante, inspector. Y ahora no tengo más que decir. Me gustaría quedar en libertad para irme.

-Bueno, hay algo más. Su declaración estará pasada en limpio, a máquina, mañana por la mañana. Le agradecería que viniera para firmarla. Ya tenemos la dirección de su casa. Muchas gracias, señor.

-Cuando quiera puede invitarme a la copa que me prometió, Duggie.

- De acuerdo. Pero trate con un poco de comprensión a nuestro amigo el inspector. Tiene un problema gordo en las manos.

- ¿Y nosotros qué? A propósito, ¿dónde se encuentra Ruarri?

-Que yo sepa, en su casa.

- Luego quizá vaya a verle. ¿Alguna objeción, inspector?

- Ninguna, mi querido amigo. En realidad, es un acto de cortesía. Ayer le interrogamos. Es todo un tipo. Me resultó simpático.

- Buenos días, inspector.

Pese a que estas últimas palabras fueron un tanto secas, reveladoras de irritación, lo cierto es que quedé bastante satisfecho del interrogatorio. No había dicho ni una sola mentira. Había actuado como un testigo veraz y detallista, aunque algo quisquilloso. Había dejado claramente sentado que no estaba dispuesto a dejarme arrastrar a declaraciones que sólo fueran especulación o repetición de informaciones de oídas. Y también dejé en claro que era amigo de la persona sospechosa, y que seguiría siéndolo en tanto no se demostrara su culpabilidad. Desde luego, mi comedia no había convencido a Rawlings, ya que era demasiado zorro para eso. Pero, mientras el procedimiento siguiera su curso normal, no podían molestarme demasiado.

Y Ruarri? Ruarri no me necesitaba. Ruarri a nadie necesitaba. Aquel hijo de mala madre era un auténtico genio. Podía mentir como un Münchausen, y dar a cada palabra el esplendor de la verdad. Sabía engañar a sus mujeres de manera que éstas, después de ser engañadas, llevaran luto por él el resto de sus días. Era capaz de encontrarse con la soga al cuello, y en el instante siguiente ponerla en el cuello de otro. Podía asesinar sin que le pasara nada, y cuando fuera viejo -si es que llegaba a viejo- lo canonizarían como creador de industrias. Todos le habían ido a la caza, las Aduanas, los Servicios Especiales, la Interpol, la Armada y las Fuerzas Aéreas, y, a pesar de esto, se encontraba en su casa, riéndose de ellos. Bollison le había sustituido en el transporte de las armas. Bollison había enviado el telegrama dando cuenta de su misión a Maeve O'Donnell, y recibiría una cantidad más que suficiente para cerrar su boca, en el caso de que las cosas no marcharan como debían. Entonces vi la paradoja de aquel asunto. Yo era el único hombre en todo el mundo que podía hundir a Ruarri, si me lo proponía. ¿Y por qué no lo había hecho, hacía apenas cinco minutos? ¿Por qué no volvía y lo hacía ahora? La verdad, cuando la vi claramente ante mí, era fascinante en su fealdad. Quería que Ruarri estuviese exactamente donde ahora se encontraba, en la palma de mi mano, tan impotente como yo habíame hallado antes, de modo que jamás pudiera desafiarme en igualdad de condiciones. Ahora yo era el gigante, y él el enano. Podía destruirle cuando me

diera la gana, con sólo cerrar la mano. El que, después de hacerlo, fuera yo capaz de vivir tranquilo, era ya otro asunto. Y todavía no tenía necesidad alguna de despejar esta última interrogante.

Llamé por teléfono a Kathleen. No estaba. Dejé recado diciendo que volvería a llamarla, tan pronto llegara a casa. Entonces fui en automóvil al hospital para ver a Morrison. Había decidido contarle casi íntegramente lo ocurrido, callando tan sólo los aspectos más tenebrosos. De todos modos, Morrison seguramente había ya escuchado alguna versión del asunto. La noticia de la muerte de Lachie seguramente corría por toda la isla, y las actividades de la Policía habrían suscitado rumores de todo género.

Nada tuve que decir a Alastair Morrison. Tampoco tuve que tranquilizarle, animarle, protegerle o fortalecerle. Estaba ya en pie y se mostraba muy animoso. Parecía diez años más joven.

Pronto volvería a pescar. ¡Ruarri le había visitado! ¿Realmente?

-Muchacho, cuando Ruarri entró por esta puerta, fue como si la mismísima vida entrara en el cuarto, pero, ¡que el Señor me ampare!, mi viejo corazón me dio un doble vuelco y temí que volviera a hacerme la pascua. Sin embargo, ahí estaba Ruarri, con un montón de libros bajo el brazo, una botella de coñac viejo y una sonrisa irónica y amuchachada encima de esa barba suya. Hemos hablado mucho, pero que mucho rato, tanteando el terreno, ¿sabes?, igual que si fuéramos ciegos, alargando la mano, tocando, avanzando y retrocediendo. De repente, Ruarri se ha callado. Me ha mirado derechamente a los ojos. Me ha cogido las manos con esas enormes zarpas suyas, y me ha dicho: «Morrison, digámoslo de una vez; tiene usted un hijo al que no quiso; tengo un padre al que creía no necesitar, pero ahora necesito a este padre porque me encuentro con muchos problemas, y porque estoy cansado de encontrarme solo como una roca en medio del océano; sin embargo, debe usted saber qué clase de hombre soy yo, y le aseguro que no soy una bendición del cielo; tengo muchas cosas en la conciencia y mala reputación, reputación que en gran parte me merezco. Sin embargo, me imputan hechos que yo no he cometido. Por ejemplo, ahora andan murmurando por ahí que he asesinado a un hombre que perdí en la mar.» Te lo digo con toda franqueza, muchacho, poco me faltó para echarme a llorar. Habló con tanta franqueza y tanta honradez con respecto a sí mismo, y me absolvió tan generosamente... Dijo que le gustaría que le reconociera legalmente. Y ésta es la frase más agradable que he escuchado en mucho tiempo. Tan pronto salga de aquí presentaré la solicitud de adopción, que habrán de concederme porque reúno todos los requisitos legales, y Ruarri unirá el apellido Morrison al suyo, lo cual me parece una excelente idea y un bello símbolo de cuanto bueno ha habido en nuestras vidas. ¿Qué te parece, muchacho?

No me atreví a decirle lo que me parecía. Hubiera sonado como una blasfemia, y Morrison se me hubiera muerto en los brazos. Preferí mentir. Mentí con elocuencia y emoción, jurándole que era la noticia más maravillosa que había recibido en mi vida, que me sentía inmensamente feliz por lo mucho que para los dos representaba; que Ruarri había dejado atrás su tenebroso pasado y que se encaminaba hacia un futuro esplendoroso, que

Dios era bueno, y que todo acababa felizmente cuando uno lo pedía con la debida insistencia en sus rezos, y era lo suficientemente ciego para creérselo.

Pero sentía una amarga rabia y experimentaba un profundo desprecio hacia los engaños de Ruarri, hacia la egoísta manera como se aprovechaba de un hombre viejo y enfermo. Ruarri para nada quería un padre. Necesitaba un protector. Necesitaba un apellido decente para quitarse de encima la mancha de su inmoralidad y del asesinato. No le bastaba con estar seguro -si es que lo estaba-, sino que necesitaba ser respetado también, cubrirse con la honorabilidad de otro hombre.

Las palabras que dije me sabían a serrín, pero dejaron a Morrison satisfecho. Lo cual, a poco que lo pensemos, era exactamente lo mismo que Ruarri había hecho; sin embargo, no iba yo a admirarle por ello.

XIV

Mi llegada a casa de Morrison fue rara, pero me es muy difícil explicar por qué.

De repente todo me pareció pequeño. Las casas eran de juguete, los campos como pañuelos de bolsillo, las colinas achatadas, los lagos charcas, la carretera una senda de montaña y los carneros figuritas de un Nacimiento infantil. Y no es que yo me sintiera como un gigante. Yo era solamente un hombre normal, pero miraba el paisaje por un telescopio puesto al revés. También quiero hacer constar que no me sentía superior, sino que me sentía ajeno, diferente, algo resentido, como un niño que no puede echarse a volar a través de la ventana, en compañía de Peter Pan.

Incluso la vieja Hannah había cambiado. Ya no había misterio a su alrededor, ya no tenía aire de gitana, ya no iba envuelta en las nieblas del ayer y del mañana. Era una viejecita arrugada que se alegraba de mi presencia y me miraba con aire posesivo y no dejaba de hablarme, debido a que yo era un hombre y la casa había estado demasiado tiempo sin una presencia masculina.

-¡Al fin ha vuelto! ¡Que Dios sea alabado! Ya pensaba que el mar se lo había tragado. Pero no, no se lo tragó, sino que se tragó al pobre Lachie. ¡Que Dios se apiade de su pobre alma! Y ahora va usted a tomar un buen baño. Se lo voy a preparar. Y dejará toda la ropa sucia para que se la lavemos, y se pondrá guapo para ir a ver a esa señorita que le está esperando. ¡Sí, señor! ¡Huele usted a pescado! Más valdrá que se quite de encima este hedor, antes de ir a ver a la señorita. Yo no le voy a preguntar qué hizo usted, pero a lo mejor esa joven se lo pregunta, y me gustaría que estuviera usted debidamente preparado para contestarle una buena mentira. ¿Y qué pasa con la Policía, que anda por ahí revolviendo la isla y haciendo preguntas a todos, como si fuéramos criminales? ¡No, no me lo diga! No quiero oírlo, por lo menos hasta que se haya lavado y haya descansado. Y entonces no me lo cuente todo, no me diga lo que usted quiera que nadie sepa, no, porque soy una vieja muy torpe y tonta, capaz de hacer cualquier cosa con tal de contar una buena historia... ¡Hale, a quitarse los pantalones y a meterse en el baño! Y si le da vergüenza lo que yo pueda ver, le diré que no se preocupe, porque he visto todo lo que tenía que ver, y lo he disfrutado, mucho antes de que usted supiera que existía. Cuando baje, encontrará el té dispuesto, con unos pastelillos recién salidos del horno.

Era agradable encontrarse de nuevo en casa, aunque aquélla no era mi casa. Era agradable encontrarse en la isla de Lewis, en aquel lugar en que había dado reposo a mi fatigado cerebro, durante cierto tiempo. Me sumergí en el baño caliente, y allí me quedé, como un semidiós en el Olimpo, recordando despreciativamente aquel drama provinciano, y preguntándome cómo y por qué había quedado envuelto en él. Si mañana por la mañana me iba, todos seguirían trotando de un lado para otro en su pequeño mundo, sin acordarse de mí. Y si volvía allá al cabo de diez años, todo seguiría igual, el brezo floreciendo, los peces saltando, el humo de la turba alzándose hacia el cielo, unas cuantas losas más en el cementerio, todo marcando el paso del tiempo.

Sin embargo, cuando bajé al comedor y vi el servicio de té, y a Hannah sentada con las manos cruzadas sobre el delantal, en el regazo, esperándome, todo recuperó el tamaño normal, y yo volví a empequeñecerme.

Me miró con sus ojos negros y brillantes, y me preguntó solemnemente:

-¿Ya sabe lo de Morrison y el chico Matheson?

- Lo sé, Hannah.

-Yo lo he sabido durante treinta años, y más aún, y jamás una palabra ha salido de mis labios, lo cual espero que el Señor me pague algún día.

-En el camino hacia aquí he pasado por el hospital y he visto a Morrison. Está bien y contento.

- Esperemos que siga así.

-Eso deseo, Hannah.

-¡Este Ruarri...! El escándalo va con él... Ahora se habla de asesinato y de contrabando de armas, en vez de contrabando de whisky y sedas, como antes.

-¿Y cómo se ha enterado?

-No se habla más que de eso. Lo sabemos todos, o, por lo menos, creemos saberlo. Es una vergüenza que estas murmuraciones salpiquen a Morrison.

-A él no le importa, Hannah. Ahora ha recuperado a su hijo.

-¿Y es realmente su hijo? No hago más que preguntármelo constantemente, tal como me lo pregunté el mismo día en que nació. Todavía hay hijos fantasma, niños que los enanos ponen en las cunas, llevándose al verdadero hijo, y estos niños son malvados, crecen y siguen siendo malvados, y malvados son hasta el día en que mueren.

-Hannah, sería terrible que lo que usted dice llegara a oídos de Morrison...

-No puede ocurrir jamás porque, cuando salgo de casa, no digo ni media palabra. En fin, hablemos de usted. Hubiera debido irse cuando se lo aconsejé.

-Quizá, pero no me fui, así es que no vale la pena preocuparse.

-No todo ha terminado...

-¿No? ¿Y cómo terminará, si se puede saber?

-Si lo supiera se lo diría. Sólo sé que el mar se ha alejado de esta historia, porque ha quedado satisfecho por una temporada. Sé que en la historia hay fuego, pero no sé exactamente dónde. Y también sé que hay tres seres en esta casa, pero que Matheson no es uno de ellos.

- ¿Y cómo se las ha arreglado para saber todo eso, Hannah? Si me lo dice, guardaré el secreto.

-Ni yo misma lo sé. Me viene a la cabeza, y esto es todo. A veces, tengo las visiones mientras estoy en cama, otras mientras rezo, y también en el jardín y en la cocina.

- ¿Y no le da miedo?

-Tener visiones da miedo, sí, señor, pero la visión no da miedo. Es como saber una pequeña parte de lo que Dios sabe. Y Dios no tiene miedo, ¿verdad?

-A veces debiera tenerlo, Hannah.

-Bueno, pues si tiene miedo no lo dice, lo cual indica mucha más virtud de la que nosotros tenemos.

- Bueno, bueno... No me riña, tampoco me reía de usted.

- Ya sé que no se ríe de mí. Además, tampoco tiene motivo para reírse, sino todo lo contrario.

- ¿Qué quiere decir con eso?

-Pues que en todas las visiones que he tenido figura usted, tanto en el mar como en el fuego.

- ¿Y hay alguna otra persona conmigo, al final?

- No lo he visto. Esto es lo más terrible del caso. El buen Dios le da a conocer a uno la mitad de lo que sabe, y se guarda lo demás hasta que uno ha hecho merecimientos suficientes para saberlo. Por el momento, yo no tengo estos méritos todavía... Y, ahora, dígame, ¿estará usted dentro, o fuera, esta noche?

- Dentro, Hannah. Y tendremos la compañía de la doctora McNeil.

-Ya lo sabía. He comprado la comida necesaria y he dispuesto su dormitorio, aun cuando me consta que no lo utilizará.

-Hannah, es usted muy mal pensada.

Librodot

- ¿Es malo lo que he pensado? ¡Quién habla! Usted, que tiene los siete pecados capitales escritos en la cara... Ande, llame a su mujer y dígale que la ama. Espero que sea más crédula que yo.

No tuve ocasión de saber si Kathleen McNeil era o no más crédula que Hannah, debido a que no la encontré en su casa. Con gran satisfacción, el ama de llaves me dijo que la doctora estaba ocupadísima y que no sabía cuándo regresaría. Sí, diría a la doctora que la esperaba a cenar, pero no podía garantizarme cuándo sé lo diría. Había comprendido bien sus palabras, ¿no? Sí, las había comprendido. ¡Que Dios derrame sus bondades sobre usted, señora, que la consuele y que le endulce un poco el carácter antes de que se muera! Eran las tres y media, por lo que decidí visitar a Ruarri en su casa. Ruarri había dicho muchas mentiras y nos había dado muchas y agradables sorpresas, por lo que me debía más de una explicación, aun cuando tonto sería yo si creía media palabra de lo que me dijera.

Cuando llegué a la finca, vi a Ruarri y a tres de sus muchachos sembrando a mano en la tierra recién labrada. Me apoyé en el bajo muro de piedra, y les observé mientras se dedicaban a aquella sencilla y bíblica tarea, sin dejar de preguntarme cómo era posible que aquellos hombres, y yo mismo, hubiesen quedado envueltos en la general locura del mundo. Ruarri me vio y me saludó agitando la mano, pero prosiguió su trabajo hasta vaciar el morral que llevaba colgado al hombro. Luego se acercó a mí, caminando pesada y torpemente sobre la tierra. Ignoro por qué, pero yo esperaba ver un cambio espectacular en sus modales o apariencia. Pero en nada había cambiado. Era el mismo Ruarri, repleto de reticencias y malas intenciones, con la misma sonrisa torcida y la misma ruda cordialidad.

-¡Bien venido al hogar, *seannachie*! ¡Pareces diez años más joven!

- Esto se debe a la vida limpia y a las chicas limpias. Y también he dejado de preocuparme por ti, lo que siempre ayuda.

- ¿Y cuándo ha ocurrido esto último?

- Esta mañana, en Stornoway. He tenido una conversación larguísima con el inspector Rawlings.

- ¿Qué le has dicho?

-Nada que no supiera ya.

-¿Por ejemplo?

-Pues, por ejemplo, que eres amigo mío y que Maeve también es amiga mía, que he oído mencionar a Bollison, pero que no he llegado a conocerle; le he dicho también el orden en las guardias al timón, le he contado el incidente entre tú y Lachie en «The Admiral's Spyglass», y le he dicho que mandaste mensajes mientras yo estaba a bordo.

- ¿Y qué dejaste de decirle, *seannachie*?

-Lo ocurrido entre tú y yo, en diversas ocasiones, de carácter privado.

-¿En qué punto estuvo Rawlings más insistente?

-Quería saber por qué abandoné el barco cuando arribamos a Tórshavn, y por qué no me quedé, como hacen los buenos amigos, para prestarte mi ayuda en la dura prueba por la que pasaste.

-¿Y qué contestaste a eso?

- Pues le dije que había fricciones entre tú y yo.

-¿Fricciones? ¿Con qué motivo?

-Pues por el motivo de ser tú hijo de Morrison y de haber tenido que decírtelo, y, además, debido a que no me tienes demasiada simpatía.

-Fue una contestación muy astuta, *seannachie*. ¿Cómo se te ocurrió?

- Pues se me ocurrió porque decidí no decir ni una sola mentira. Ahora bien, si Rawlings hubiera insistido en saber la naturaleza de nuestras relaciones y de nuestras conversaciones, yo hubiera tenido que inventarme cosas, y me parece que ya te has inventado tú demasiadas.

- ¿Crees que volverá a interrogarte?

- Casi seguro. Mañana por la mañana he de ir a firmar mi declaración. Supongo que Rawlings estará allí con la idea de tener otra charla conmigo.

- ¿Y, en tu opinión, qué cree Rawlings?

- Que mataste a Lachie.

- Pues va a sudar tinta china, si quiere demostrarlo... Ni siquiera tiene las pruebas suficientes para acusarme, y menos todavía para sostener la acusación en juicio.

- Pero yo las tengo, Ruarri.

-¿Qué quieres decir con eso?

- Llévame a tu casa, sírveme un trago, y te lo diré.

Caminamos en silencio hacia la casa, y nos sentamos ante el mueble bar. Mientras Ruarri servía las bebidas, encendí un cigarrillo y me acerqué un cenicero, un gran cuenco de cerámica africana. Cuando tiré la cerilla en el cenicero, vi, en él, el relicario y la cadenita que había yo regalado a Kathleen. Ruarri estaba de espaldas a mí, devolviendo la botella a la estantería. Cogí el relicario y me lo eché al bolsillo de la chaqueta.

Ruarri dio media vuelta, apoyó el trasero en el taburete y brindó.'

- ¡Salud!

- ¡Salud!

- Anda, comienza a hablar, *seannachie*.

- Hay mucho que decir, así es que más valdrá que lo tomemos con calma. A bordo del Helen me dijiste que no sabías con certeza si habías matado a Lachie o no. No podías recordarlo. ¿Te acuerdas ahora?

- Sí. No lo maté.

- ¿Y cómo te has enterado?

- Falta de pruebas. Estoy en la misma situación que Rawlings.

-Y también a bordo del Helen te dije que te creía inocente.

- ¿Y ahora, qué piensas?

- Sigo pensando lo mismo. Y me baso en una razón negativa, como la tuya. En el mismo instante en que deje de creerlo, todo habrá terminado. No transijo con el asesinato. Ahora me siento obligado a decirte todo lo que sé.

-Adelante.

-Sé que en mi presencia pronunciaste unas palabras que eran una amenaza de muerte para Lachie; que, cuando yo protesté, me atizaste un puñetazo, y también me amenazaste con ejercer violencia en mi persona; queme mentiste al decirme que te habías enfrentado con Lachie, ya que este enfrentamiento no ocurrió... ¿Y cómo sé eso? Pues porque asistí a cierta partida de póker, y porque nunca tuviste intención de ir a Irlanda. Bollison ya se dirigía hacia allá, y tú estabas pescando tranquilamente entre las Feroes y las Flannans. ¿Comienzas a comprender? Por el momento, Rawlings nada puede hacer en contra de ti debido a que sólo tiene el motivo y la oportunidad, en lo referente al posible asesinato de Lachie. Pero en el mismo instante en que yo hable, Rawlings tendrá el motivo, la intención formalmente expresada, actos de violencia realmente realizados, y un principio de plan para asesinar. Creo que, con esto, Rawlings decidiría atacarte. E incluso en el caso de que no lograra que te condenaran, te tendría detenido durante una temporada, desacreditándote para siempre...

-Tiemblo de miedo, *seannachie*.

- Todavía no he terminado. Maeve me dio la carta que tú le escribiste.

No le dije que Maeve había quemado la carta. Quería ver hasta qué punto podía Ruarri encajar los golpes, sin pestañear. Hasta aquel instante se había portado muy bien. Estaba sereno, con una media sonrisa en los labios, sopesando todas mis palabras, considerando las consecuencias, paciente como un gato con un pajarito que anda saltando ante sus narices. Pero lo de la carta le afectó. Sí, la carta era un documento. Si yo tenía la carta en mi poder, estaba atrapado. Pero todavía intentó fingir. Sin dar importancia a sus palabras, dijo:

-No creo ni media palabra de lo que dices, *seannachie*. -En este caso, voy a citarte unas palabras de esa carta: «Procura meterle un poco de sentido común en la cabeza, ya sea

hablando, ya sea acostándote con él. Son dos cosas que los dos hacéis bien.» Le gustó mucho. Y a mí también. Estas palabras demostraban la confianza que Ruarri, el Lobo Rojo, deposita en sus amigos.

-¿Dónde está la carta, ahora?

-Segura, en Copenhague.

-¿Conque chantaje, eh? ¿Cuánto quieres, *seannachie*? ¿Y en cuántos plazos?

-Cobraré en un solo plazo. No quiero que causes el menor problema a Morrison.

Ahora, realmente, Ruarri no creyó mis palabras. Me miró como si me hubiera sacado algo rarísimo de la manga. Sacudió la cabeza. Parpadeó, y acto seguido se echó a reír, produciendo un extraño sonido silbante.

-¡Vamos, vamos...! ¡No hablas en serio...! ¿Cómo puedes obligarme a cumplir un trato así?

-Me parece que no has comprendido bien mis palabras. No tengo por qué vigilarte ni obligarte a nada. No, debido a que yo soy el único hombre del mundo que puede demostrar que eres una mierda, una mierda de pies a cabeza. Y no te quedará más remedio que vivir esforzándote como un esclavo para demostrarme que estoy equivocado. Esta es la situación, hermano.

-También podría darme la tentación de matarte cualquier noche oscura.

-No, no lo harás. No tienes necesidad de ello. Maeve quemó la carta tan pronto la hubo leído.

- ¿Y tan idiota eres que me lo dices?

- Soy lo bastante idiota para creer que vale la pena evitarte la cárcel, y que Morrison y tú viváis con un poco de felicidad.

- En este caso, ¿por qué has dado tantos rodeos para decírmelo?

- Quieres que te respeten. Suplicas respeto. Pero también necesitas respetar. Por el momento, sólo respetas al hombre que esgrime una buena estaca. Quería que supieras que tengo en la mano una magnífica estaca, que podía haberla utilizado esta mañana y que, sin embargo, no lo he hecho. ¿Qué te parece, Hermano Lobo?

-Has dado en el blanco, *seannachie*. Pero no por las razones que imaginas. Eres un hijo de mala madre tan paternalista, estás tan repleto de prudencia, sabiduría y honradez, que no te queda en el cuerpo sitio para la sangre. Eres incapaz de atizarme el palo que me debes. ¡No, hermano, no! Tú eres un traidor sólo capaz de arrastrarte a mi espalda con un estilete en la mano, y clavármelo entre las costillas. Tú no me reconoces ni un solo mérito. Eres incapaz de reconocer que estos muchachos que hay ahí fuera, trabajando, no trabajarían si no fuera por mí. Eres incapaz de reconocer la labor que llevo a cabo con la tierra, que será la mejor tierra de todas las islas, un modelo a imitar. Tampoco me reconoces el mérito de haberte prometido ver a Morrison, y de haber cumplido mi promesa, y de haberme humillado ante él, haciéndole creer que le necesitaba, y que él realmente podía darme algo. ¡No! Para ti soy una mierda, íntegramente, de la cabeza a los pies. ¡Amén! ¡Amén! ¡Amén! Te tendría más simpatía si me delataras a Rawlings. En este caso te debería algo, por lo menos.

-Ahí está el quid de la cuestión, muchacho. Me debes algo, realmente me debes algo. Quiero que te enteres, quiero que lo recuerdes, y quiero que lo pagues, pero no a mí, sino a Morrison.

-*Seannachie*, *seannachie*...! Creí que eras más listo.

-¿Tienes algún consejo que darme, quizá?

-Pues sí... Pregunta a Kathleen por el relicario que acabas de meterte en el bolsillo.

En esta ocasión le tiré, efectivamente, todo el líquido de mi vaso a la cara. Lo curioso fue que ni pestañeó. Durante un buen rato se quedo allí, sólido como una roca, con el líquido resbalándole por las mejillas, mojándole la barba. El alcohol le obligaba a parpadear. Cogió una servilleta de papel y se limpió los párpados. Entonces, sin sonreír, dijo:

-Creo que ahora estamos igualados, *seannachie*. Y espero que pedirás disculpas a la chica, cuando la veas. Vino a cenar aquí porque yo la invité, y hacia la medianoche se volvió

a su casa, sin que yo le pidiera, u obtuviera, más que su compañía. Ahora, vuelve a llenar el vaso y quédate un ratito para tratarnos como hermanos, ¿te parece?

Para salvar los restos de mi dignidad, no me quedaba más remedio que quedarme. Tuve que pedir disculpas y aceptar otro trago, y darle la oportunidad de que dijera la última palabra, ya que por algo estaba en su casa. Tardó en decirla, y yo tuve que ejercer la virtud de la paciencia, a pesar de que la estancia allí era para mí un verdadero purgatorio.

- *Seannachie*, nos tratamos con mucha confianza y somos amigos, pero esta amistad no funciona como debiera, ¿por qué?

- Dios sabe...

-No culpes a Dios, *seannachie*. No circula por ahí tanto como eso. Yo te miento, y tú no dejas de atacarme. ¿Por qué?

- Explícalo tú. Ya he hablado bastante.

-Pues sí, lo intentaré. Vas a beber en la mismísima fuente del conocimiento. Sólo quieres manifestarte, hacer un acto de fe, una afirmación de amor o de odio, lanzar un grito contra la injusticia. Esto es lo que haces. Escribes muy bien y muy ordenadito, como un escribiente. Te imprimen en blanco y negro lo que escribes, y ahí queda. Podrán amarte, odiarte o insultarte, pero ahí estás tú. ¿Y yo? No, yo no puedo hacer esto. Tengo dos idiomas, *seannachie*, pero ninguno de los dos me lo enseñaron debidamente. Tengo mal nombre y un sucio historial, por lo que cualquiera que desee desacreditarme puede hacerlo con sólo guiñar un ojo, sin tener yo la oportunidad de defenderme. Esto es muy amargo, *seannachie*, amargo y cruel. No hay un juicio que tenga carácter absoluto, a pesar de que debiera haberlo. Todo es relativo, relativo con respecto a cosas que ninguna relación guardan. ¿Resultado? No puedo conseguir que me escuchen cuando hablo. Me han dejado herméticamente cerrado, como una olla a presión. Por esto, suelto vapor por las grietas. Escupo, suelto burbujas de hervor, y, a veces, hago saltar la tapa por los aires. Y si logro que una de mis mentiras se crea más fácilmente que una de mis verdades, ¿por qué no mentir? No tengo salida, porque de todos modos me pillarán en falta. Hacen igual que tú, hermano, que durante estos últimos días no has hecho más que lincharme, en tu fuero interno. ¿Es o no es verdad?

-Es verdad a medias tan sólo, Ruarri. Sí, porque sólo dices la verdad a medias, sólo eres honrado a medias. Estás obligado a esperar un poco para dejar que se olvide tu pasado, y tú eres incapaz de esperar. Quieres que te coronen de laurel inmediatamente...

-Tampoco tú eres un prodigio de paciencia, tal como has demostrado hace un instante.

Efectivamente, estoy de acuerdo.

-Ahora bien, si te pidiera que te quedaras a mi lado, callado, viendo y oyendo, sin juzgar hasta el final, ¿serías capaz de hacerlo?

-¿Qué pretendes?

-Ven al ceilidh que voy a celebrar dentro de un par de noches. Y tráete a Kathleen.

- ¡Por el amor de Dios! ¡No puedes celebrar un ceilidh en las presentes circunstancias! ¡Sería una verdadera indecencia!

- Ya me has juzgado... ¡Y erróneamente!

-Lo siento.

-En las islas, *seannachie*, lloramos a los muertos, pero bebemos en ocasión del entierro. Lachie no puede ser enterrado, pero debemos honrar su memoria, y es preciso hacer algo en beneficio de sus familiares. Por esto, todos los que asistan al ceilidh traerán un obsequio en metálico. Tú también. Y por cada moneda que se traiga, yo pondré dos. De este modo podremos entregar cierta suma a la madre de Lachie. Invitaré a todos mis muchachos y a sus novias. Maeve vendrá, y también vendrá Duggie Donald, e incluso puede venir el inspector Rawlings, si quiere.

- Ahora te has salido totalmente de cauce. Desvarías.

-No, en modo alguno. Esta es mi manera de expresarme, *seannachie*. Y lo mismo haría si Lachie hubiera sido enterrado en un cementerio cristiano. En este caso daría igualmente la cara, y estaría aquí tan real y tan feo como la propia vida, para decir que mi conciencia está

Librodot

limpia, y que nada tengo que temer de Dios o de los hombres. Lo que los demás puedan pensar, me trae sin cuidado. ¿Comprendes ahora el significado de lo que voy a hacer?

- Sí.

-¿Vendrás? ¿Con Kathleen?

- Sí, vendremos.

Y, debido a que Ruarri no podía resistir la tentación de dar una última vuelta a la tuerca, añadió:

-Serás como Dios, *seannachie*, un ser con un secreto guardado en su seno, un secreto que sólo él sabe. Es algo embriagador...

Cuando le dejé era todavía temprano, ya no llovía, y no podía soportarla idea de volver a casa de Morrison y enfrentarme con el constantemente aleccionador afecto de Hannah, por lo que, en el automóvil, me dirigí al lugar de las Piedras y me senté de cara a Oriente, con la Gran Piedra a mi espalda y la vacía tierra funeraria bajo las suelas de mis zapatos. No tuve sagrados avisos, no oí el canto del cuclillo. De buena gana les diría a ustedes que vi al Esplendente, pero no fue así. Sin embargo, tuve otras visiones, de Kathleen sentada a la luz de las velas, cenando con Ruarri, visiones de mi propia persona en compañía de Maeve, en Nyhavn, mientras me decía: «Es un traidor, un hombre que está traicionando sin cesar, que interpreta el papel de perrito faldero y te pone las patas en el pecho, pero que te muerde cuando intentas acariciarle la cabeza.» Ninguno de nosotros podía compararse con él en las artes de la traición, debido a que todos le amábamos, sí, incluso Kathleen, y cada uno de nosotros era una víctima de esta o aquella de sus facultades de engaño. Sólo teníamos una defensa ante él, la defensa de hacer las maletas e irnos, la defensa de salir del mágico círculo que había trazado a nuestro alrededor, la defensa de tratarle, caso de que no nos quedara otro remedio, como a un amigo vagabundo, en terreno neutral, y en compañía de una multitud. Me preguntaba con qué clase de encantamiento había fascinado a Kathleen, y cómo reaccionaría ésta, qué diría cuando le devolviera el relicario. Estaba firmemente dispuesto a no hacer una escena de celos. Kathleen me había pedido que respetara su libertad, y me había dejado en libertad. Yo había ejercido esta libertad. Y ella también, aun cuando yo carecía del derecho a preguntarle de qué manera la había ejercido. Pero ahora, en cuanto a mí hacía referencia, el tiempo de espera se había agotado. Era tiempo de iniciar la marcha, rumbo al arco iris. Y si Kathleen quería venir conmigo, tanto mejor. Echaríamos la llave al pasado, y tiraríamos la llave. Si Kathleen quería quedarse, no estaba yo dispuesto a acompañarla, ya que las islas y el Lobo Rojo eran territorio excesivamente reducido para mí.

Cuando regresé a casa, encontré a Kathleen esperándome, y estuvo en mis brazos antes de que tuviera tiempo de cerrar la puerta a mis espaldas. No me preguntéis qué nos dijimos durante aquellos primeros diez minutos, porque todo lo dijimos en el balbuceo que es el idioma propio del país del amor, y carecería de sentido en la frialdad de la letra impresa. Luego, cuando nos hubimos calmado un poco, y ya estábamos sentados ante el fuego, le conté todo lo ocurrido a bordo del Helen, y parte de lo ocurrido en Copenhague, así como mi conversación con Rawlings y mi encuentro con Ruarri. Después puse el relicario en su cuello, y me senté en la alfombra, a sus pies, y ella me contó lo que faltaba para completar la historia.

-En un día se difundió por toda la isla la noticia de la muerte de Lachie. Incluso en Harris, donde se ocupan muy poco de lo que ocurre en Lewis, en todas las casas se comentaba el hecho. Se dijo que había habido una pelea por una mujer, una pelea entre borrachos, a bordo, una pelea con los rusos y los noruegos acerca de derechos de pesca... Se habló muy mal de Ruarri y de su violenta manera de comportarse, e incluso se habló mal de ti, querido, por cuanto muchos dijeron que no volverías, para no tener que contestar las preguntas de la Policía. Cuando oí esto último, perdí los estribos, y a consecuencia de ello perdí un par de clientes. Por esto, tan pronto supe que Ruarri había regresado, le llamé. Hablé con él por teléfono, aunque con muchas precauciones porque, como sabes, aquí las conversaciones telefónicas no son estrictamente privadas, ni mucho menos, y le propuse cenar juntos para que me contara la historia de pe a pa. Me pidió que fuera a cenar a su casa, debido a que no quería

suscitar más murmuraciones exhibiéndose en público conmigo... No quiero mentirte, mo gradh. Sería estúpido. Me alegré de que me propusiera ir a su casa. Quería estar a solas con él. Quería saber cómo era Ruarri, y me molestaba que tú estuvieras en Copenhague, en donde me constaba se hallaba también Maeve O'Donnell. Sí, sí, esto me lo dijo Ruarri, con aire muy fraternal, muy de hombre de mundo. Por esto, cuando llegué a casa de Ruarri, me encontraba en un estado de ánimo lo suficientemente ligero y audaz para divertirme un poco. Y me divertí. Ruarri preparó los cocteles, guisamos la cena juntos, coqueteamos mientras guisábamos, y me divertí mucho, ya que me constaba que yo era una mujer mayor que sabía desenvolverme en aquella situación. Después de la cena, Ruarri me lo contó todo, más o menos en los mismos términos en que tú me lo has contado. Me sorprendió que me lo contara con tanta franqueza, y entonces Ruarri me dijo que le constaba que tú y yo éramos amantes y que no había secretos entre nosotros. ¿O sí? Me preguntó que cuándo nos casábamos. Le dije la verdad. Le dije que todavía no habíamos decidido si nos casábamos o no. Se echó a reír, y dijo que el *seannachie* era un viejo zorro muy astuto que sabía siempre encontrar el modo de entrar y salir... Ruarri es así, ¿verdad? Muchas puyas, muchas indirectas, las suficientes para picarte, para hacerte caer en la cuenta de que estás vivo, y para sentir deseos de justificarte ante él. Después de la cena, bailamos y me constaba que estaba bailando encima de una trampa. Ruarri había conseguido que ardiera por él... Tú me habías encendido, querido, pero allí estaba Ruarri soplando en los carbones encendidos. Entonces me propuso acostarme con él, y, aunque me avergüence confesarlo, te diré que estaba plenamente dispuesta... Ruarri se echó a reír, me oprimió contra él, y me dijo: «¿Cuánto das por el *seannachie* ahora, princesa? Lástima que no esté aquí para reírse un poco.» Me quedé helada y sentí deseos de salir corriendo y vomitar. Me aparté de él, y cuando se acercó estaba firmemente dispuesta a que ni siquiera me rozara. Entonces... Entonces se acercó al bar, se sirvió una copa de coñac y la levantó como si fuera a brindar. Me sonrió con un gesto frío y bestial y dijo: «A su salud, doctora McNeil; me consta que serás muy feliz, sí, porque tú y el *seannachie* estáis hechos el uno para el otro...» Y esto es todo. Después, me fui a casa. Tenía que contártelo, mo gradh, porque te quiero y porque no podía soportar la idea de que fuera Ruarri quien te lo contara y luego me odiaras para siempre jamás. Ahora, si quieres que me vaya, me iré.

-¿Qué harás si te vas?

-Me meteré en cama. Quedaré despierta, mirando el techo, y me despreciaré por el modo como me he comportado desde hace ya bastante tiempo. Algún día u otro me acostumbraré, y pactaré conmigo misma.

-Un poco triste, ¿no?

-¿Sugieres otras alternativas?

Me levanté, la cogí y la puse en pie, manteniéndola alejada de mí, a la distancia del brazo.

-Sólo una alternativa, Kathleen oge. La primera y la última. ¿Te das cuenta del lugar en que te encuentras en estos instantes?

-Sí...

-Cuando Morrison regrese del hospital, tú y yo estaremos en pie exactamente en el mismo sitio en que nos encontramos, y el pastor Macphail leerá la fórmula del matrimonio: tomo a esta mujer por legítima esposa, y ella me toma a mí... Con una condición, a saber, que esta mujer me dé ahora la respuesta, por cuanto hay que leer amonestaciones, conseguir las correspondientes licencias, y, por mi parte, he de concluir algunos asuntos antes del día del matrimonio. Debes contestar sí o no, Kathleen oge. Si la respuesta es no, vete a casa, vuelve a esa cama y a ese techo blanco, y a esa mujer con la que nunca conseguirás pactar.

-¿Y si es que sí?

- En este caso el sí significa amor y honra y cariño, y cerrar la puerta a los recuerdos hasta que el ocaso llegue para los dos.

- Sí, sí... mi amor.

Librodot

Y si piensa usted que todo es demasiado sencillo para ser verdad, permítame que le diga que éste es el modo como las cosas más importantes de nuestra vida ocurren. Pasamos por razonamientos, fantasías, temores, frustraciones y terriblemente vastos períodos de vaciedad. Pero entonces, un día cualquiera, llega el médico y le dice a uno que se está muriendo, o llega la novia de uno y dice que está embarazada, o viene una crisis económica y uno se encuentra con una mano delante y otra detrás, o un avión se cae y todos quedamos muertos y ante nuestro juzgador, sin el cuadernillo de los apuntes. Nos prometimos en matrimonio. Teníamos ante nosotros todo el tiempo de la cena, el tiempo del café y el tiempo posterior al amor para hablar de ello. Y cuando hicimos todo lo dicho, de un modo placentero a más no poder, y Kathleen estuvo dormida a mi lado, aún me quedó tiempo para pensar en Ruarri, el Lobo Rojo.

Ahora tenía que darle su merecido. Tenía que frotarle las narices contra sus propios excrementos, y volverle a levantar, si me era posible. Y si no podía levantarle, que se fuera al cuerno. Pero ¿cómo hacerlo? Mientras no supiese con certeza que Ruarri era culpable, no podía yo convertirme en confidente de la Policía. No podía, y no quería, enfrentarme con él en privado, debido a que me constaba que volvería a quedar atrapado en sus apocalípticos gritos de autojustificación, y después nadie sabría nada, salvo las mentiras dichas por Ruarri con la convicción en él característica. ¿Cómo, entonces? ¿Y dónde? ¿Y a propósito de qué, para evitar que huyera dando saltos como un acróbata y se encaramara a una alta cuerda floja, adonde yo no podría seguirle?

La única ocasión era el ceilidh. Kathleen no quería ir. Así me lo había dicho, pero yo había insistido, por cuanto pensaba que debíamos acudir a casa de Ruarri, enfrentarnos con él, escupir en sus azules y sonrientes ojos y hacerle comprender que no nos había causado el menor daño. No podía prever lo que ocurriría. Solamente sabía que Ruarri estaría envanecido por la presencia de sus invitados, algo borracho y propicio a hablar y hablar... Y que forzosamente llegaría el momento en que yo podría atacarle abiertamente.

XV

Ahora que me veo en el caso de relatarlo, siento dudas y propensión a fijarme en los detalles.

No deben ustedes pensar que esto es una epopeya con gran cantidad de rayos y truenos y portentos. El lugar en que ocurrió es pequeño. Si junta usted a todos los habitantes, no formará siquiera la multitud suficiente para llenar un estadio de fútbol. Las habitaciones también son pequeñas. Y las casas, incluso las mayores, sólo merecen la calificación de modestos habitáculos. Las carreteras son caminos para un solo vehículo. En consecuencia, un ceilidh de treinta o cuarenta personas es, según el criterio local, una gran fiesta. Lo único digno de una epopeya es la comida y las bebidas, y lo que se cuenta después, o sea, unos largos relatos, locos y maravillosos, pletóricos de milagros y moralejas. Lo cual, supongo, es el modo como se escribe la Historia. Los pueblos menos numerosos son los que tienen los dioses más potentes, en tanto que las más grandes ciudades tienen hombres tan pequeños que apenas cabe distinguirlos.

El ceilidh de Ruarri, el Lobo Rojo, comenzaría a las ocho de la tarde, con el tiempo suficiente para que las chicas se embellecieran después de terminar sus trabajos, y los chicos pudieran animarse un poco en la taberna. Kathleen y yo decidimos llegar tarde, para no dar ocasión a que se produjera una situación embarazosa con Ruarri. Kathleen decidió acudir vestida con el típico atuendo de las Highlands, que es un atavío que favorece mucho a la mujer: corpiño de terciopelo, larga falda plisada y un broche celta, de oro, con aspecto de emblema de una orden de caballería andante. Mi guardarropía era lamentablemente escaso, por lo que tuve que conformarme con un traje oscuro, de corte excesivamente italiano, habida cuenta de la moda local y del clima. Sin embargo, no quedamos demasiado descontentos de nuestro aspecto, y si Ruarri u otro cualquiera quería reírse de mi chaqueta, que se riera cuanto quisiera.

Los automóviles aparcados a uno y otro lado del sendero ocupaban por lo menos cuarenta metros, y a la puerta de la casa de Ruarri había un gaitero que dedicaba por lo menos un par de soplidos a cada invitado. Nos dijo que le habían avisado para el baile, y que luego llegarían un violinista y un tamborilero. El gaitero estaba esperando fuera. Ahora bien, el gaitero pensaba que era realmente una vergüenza perder el tiempo sin tocar, ya que la música era lo mejor en todo ceilidh.

Ruarri, también vestido a la escocesa, con su faldellín, nos dio la bienvenida en la puerta, con una alegre sonrisa y un cordial apretón de manos, sin un solo parpadeo, sin ruborizarse, y nos dijo que éramos sus mejores amigos. Entonces, con amplios ademanes, nos presentó a todos y nos acompañó al bar, sin dejar de hablar como un cómico.

-Precisamente ahora me disponía a mandar emisarios para que fueran a buscaros. He llegado a pensar que no vendrías. Conoces a muchos de los aquí presentes, *seannachie*. Y pronto serás digno de aquellos a quienes no conoces. Anda, da una vuelta por ahí con Kathleen y vela presentando. Luego, cuando haya un poco de calma, hablaremos. Maeve está en camino, y, tal como te dije, a pesar de que no quisiste creerme, en este rincón está Rawlings, y en el otro, al lado de esa morena, está Duggie Donald. Maeve acaba de llamar desde Stornoway. No tardará en llegar. Y ahora, ¡a divertiros!

Nos sentamos en un par de taburetes, y examinamos a los invitados. Estaban los muchachos de las tripulaciones de los dos barcos de pesca, los chicos de la granja agrícola, una chica para cada hombre, y, entre ellas, la rubia besucona de la taberna de Stornoway. Esta iba también con el atavío de las Highlands, lo cual le daba el máximo aspecto de señora que jamás llegaría a tener. Allí se encontraba asimismo Duggie Donald, y Rawlings, y Fergus William McCue con sus dos hijos, y uno de los policías que nos habían interrogado a

Kathleen y a mí en ocasión de nuestra salida de pesca furtiva. Había tres jóvenes parejas a las que en mi vida había visto, a las que clasifiqué como vecinos de los alrededores de Carloway. Eran, en total, unos treinta o treinta y cinco, o sea los suficientes para llenar una amplia estancia y animarla con el sonido de los vasos y la charla.

En el hogar ardía el fuego. El aparador estaba repleto de comida. La mesa había sido arrinconada, a fin de dejar espacio libre a los que iban de un lado para otro con el vaso en la mano, y después, a los bailarines. Advertí que algunas de las más preciadas posesiones de Ruarri habían desaparecido de las paredes y las estanterías, para evitar, sin duda, que algún muchacho demasiado animado sintiera la tentación de jugar con ellas alrededor de la medianoche.

En compañía de Kathleen saludé a unos cuantos conocidos, tales como Athol Cameron, Jock Burns y todos los demás. Luego llegó el momento de saludar al inspector Rawlings. El hombre estaba de buen humor, y cuando vio a Kathleen engalanada se animó todavía más.

- ¡Dios mío! ¡Comienzo a alegrarme de haber venido, a pesar de los dolores de cabeza que tengo!

Con los ojos muy abiertos, la mismísima estampa de la inocencia, Kathleen le preguntó:

-¿Sí? ¿Tiene usted problemas?

-Bueno, pues la verdad, doctora, es que me están frotando las narices contra un muro de ladrillos, y lo hacen con tanta fuerza que no pienso más que en salir corriendo y volver a casita. Sin embargo, después de verla a usted, tengo dudas sobre si irme o quedarme.

-Me deja usted pasmada, inspector. Al fin y al cabo soy la futura esposa de uno de los sospechosos.

-¿Este hombre? ¡Santo cielo! En fin, no me quedará más remedio que dedicarme intensamente a miss O'Donnell, aun cuando mucho me temo que no gozo de grandes simpatías.

-¿Por qué?

En esta ocasión fui yo quien formuló la pregunta. Insistí: -¿Ha visto usted a miss O'Donnell?

- No sólo la he visto, mi querido amigo, sino que muy poco faltó para que la obligara a volverse por donde había venido, en el aeropuerto, por considerarla extranjera indeseable. Pero luego pensé que no, ya que no había tenido ocasión de charlar con ella, y pensé que quizá podría darme alguna información para ganar en las carreras de caballos. Ahora bien, lo único que conseguí fue

un torrente de palabras que jamás hubiera creído pudieran pronunciar aquellos labios de rubí. Espero que su humor se haya dulcificado un poco... Esta fiesta promete ser agradable...

El violinista, el gaitero y el tamborilero entraron muy marchosos en la estancia, dejaron sus instrumentos en un rincón y pidieron unas copas para quitarse de encima el frío que habían cogido fuera, y para poder tocar, ya que sin calorcillo no hay música. Entonces Maeve O'Donnell entró con aire de virgen y mártir, besó a Ruarri, saludó a todos agitando la mano y ofreció al inspector un paquete atado con cintas, diciéndole:

- Es un regalo procedente de Irlanda, inspector, y le desafío a que lo abra sin ponerse antes al lado un cubo de agua.

Rawlings era hombre avezado a las bromas irónicas y sabía lidiar con ellas. Abrió el paquete y, después de apartar varias capas de serrín, sacó una botellita con un líquido incoloro. La abrió, olió el contenido, lo probó, sacudió la cabeza y preguntó:

- ¿Qué es?

-Agua bendita, inspector. La utilizamos para bautizar a los paganos, para purificar a las madres después del parto, y para alejar de nosotros al maligno. Pensé que podía serle útil.

Estas palabras hicieron reír a todos los presentes, y Maeve dio un beso al inspector por haber tenido la decencia de haberla dejado entrar en el país, lo que era un privilegio un tanto dudoso aunque digno de merecer agradecimiento, en esta ocasión.

Luego, Maeve, con una gracia y habilidad que me dejó pasmado, me apartó de Kathleen, me sustituyó ante ésta por el inspector, y me apartó de ellos.

-Y ahora dime, *seannachie*, ¿qué diablos significa esto? ¿Se ha vuelto loco Ruarri?

-Comienzo a creer que sí.

-¿Qué intenta demostrar?

-A esto le llama su afirmación. Dice que no es culpable ante Dios ni ante los hombres.

-¿Y ante los cerdos?

- Querida, no siento el menor deseo de bromear sobre este asunto. ¿Crees que me atrevería a hacerlo, aquí, con Duggie Donald, el inspector Rawlings y todos los demás? ¿Quién sabe lo que esa gente dirá cuando haya comenzado a beber en serio?

-¿Y tú, *seannachie*? ¿Cómo te van las cosas?

- Kathleen y yo nos casaremos tan pronto Morrison salga del hospital.

- ¿Y cómo habéis podido llegar a un acuerdo Kathleen y tú?

- Luego te lo explicaré. Pero si esta noche Ruarri se lleva un estacazo, ya puedes imaginar quién se lo dará.

- ¿Tan enfadado estás con él, *seannachie*?

-Estoy dispuesto a hacer daño de veras, Maeve O'Donnell.

-¿A quién? -preguntó Ruarri, a nuestra espalda.

-A ti, Hermano Lobo.

Dibujó una forzada sonrisa.

- Pues procura no hacerte daño tú. Allí está la comida, servíos vosotros mismos.

Maeve miró a Ruarri mientras se alejaba balanceando el cuerpo. La muchacha soltó un largo silbido.

- ¡San Patricio bendito! Parece que en esta ocasión los dos habéis hablado totalmente en serio. En fin, si llegáis a las manos, ten cuidado, *seannachie*. Ruarri juega sucio. Y ahora vayamos a comer, me estoy muriendo de hambre.

En el tumulto alrededor de la comida nos separamos, y cuando tuve el plato provisto en la mano volví a encontrarme junto a Rawlings. Kathleen estaba en el rincón opuesto, hablando muy interesada con Papaíto Burns, quien seguramente la retendría largo rato. Rawlings dijo:

-¿Por qué no nos sentamos en el mueble bar? No me gusta estar en pie, preocupado en mantener el plato horizontal. Tengo la impresión de hacer equilibrios como una foca amaestrada.

- ¿Qué, se divierte inspector?

-Más de lo que creía. Y, al mismo tiempo, me he dado cuenta de una cosa.

-¿Sí? ¿De qué se trata?

-Todos saben lo que pretendo y nadie está dispuesto a ayudarme ni tanto así. Si de esa gente dependiera, igual podría hacer las maletas y volver a casita.

-Estamos en un ambiente tribal, inspector.

-Pues, y que quede entre usted y yo, le diré que no me desagrada.

-También entre usted y yo, ¿qué le parece nuestro anfitrión?

-Me resulta muy simpático. Creo que es un excelente amigo para pasar el rato.

-No ha contestado mi pregunta. Se la he hecho en otro sentido.

-Sí, sí, ya lo sé. Tengo esta mala costumbre. Tengo un oficio que le deja a uno absolutamente incapacitado para tratar con gente educada. En fin, ¿qué me parece? Bueno, pues creo que es un hombre que anda persiguiendo algo que no desea. Tan pronto lo consiga, lo tirará por la ventana.

-¿Por qué?

-No lo conozco lo bastante bien para contestar esta pregunta. Pero me consta que estoy en lo cierto. Esta fiesta...

- No es una fiesta, inspector, es un ceilidh, recuerde que está en tierras celtas.

- En fin, da lo mismo, porque desde mi punto de vista no es más que un acto de desprecio. Matheson sabe que no corre peligro alguno. También yo lo sé. Y usted. No hay modo de saber lo que ocurrió en la última hora en blanco a bordo del Helen II. No podemos acusarle de dedicarse al negocio de transporte de armas. Sin embargo, este es un asunto en el que tarde o temprano tendrá un tropezón. Ahora bien, en cuanto al asesinato, y estoy convencido de que de asesinato se trata, lo cual puedo decírselo a usted porque no hay nadie que pueda oírnos y acusarme de calumnia, pues bien, en cuanto al asesinato, lo está exhibiendo ante todos nosotros como si fuera una bandera revolucionaria. ¿No le parece?

Era una conversación tentadora, y me constaba que el inspector Rawlings me estaba tentando a que me embarcara en ella. Sin embargo, y lamentándolo mucho, tuve que negarme.

-Lo siento, inspector. No juego. A usted corresponde la tarea de construir sus teorías.

-Pues tengo una que a lo mejor le interesa.

- ¿Sí?

-Tengo la impresión de que usted calla algo que reforzaría las sospechas contra Matheson, pero que no bastaría para condenarle.

-¿Y por qué habría yo de callar?

- Porque usted odia a Matheson, y, por otra parte, es usted demasiado meticuloso o demasiado escrupuloso para atacarle por medio de la Ley.

-Es usted muy astuto, inspector.

-¿Verdad que he acertado? Lo malo es que las mejores ideas siempre se me ocurren cuando no estoy de servicio. Usted perdone, me parece que voy a probar un poco de roast beef...

Tenía yo mucho que digerir, por lo que me serví otra copa y fui a rescatar a Kathleen de las garras de Papaíto Burns. Antes de que llegara junto a ella, Fergus William McCue me atrapó. Me miró con ojos de borracho, pero triunfales, y me notificó que durante mi ausencia había pescado un salmón de doce libras. Sereno, Fergus era un hombre muy elocuente, pero Fergus borracho -y no digo alegrillo, sino borracho, bien empapado de alcohol- era perfectamente capaz de hacer callar a la trompeta anunciadora del juicio final y encargarse él solito de despertar a los muertos. Por fin, sus hijos me liberaron por el simple medio de cogerle por los codos y llevarle al jardín para que se refrescara un poco. Cuando llegué al lado de Kathleen la encontré tambaleándose y mareada por el relato de uno de los numerosos tifones de Papaíto Burns, por lo que la alejé del marinero y la llevé a un lugar más despejado y tranquilo, cerca de la puerta, mientras el violinista afinaba su instrumento, y el gaitero y el tamborilero eran izados a una mesa, quedando a un nivel superior al de la multitud, cual a los bardos corresponde. Ruarri dio unas cuantas palmadas pidiendo silencio, indicó a todos los presentes que se sentaran y pronunció un discursito en celta.

El espectáculo fue curiosamente conmovedor: el corpulento muchacho de la barba roja, con atuendo de las Highlands, en pie en medio de la estancia, rodeado de los miembros de su pequeña tribu, era la imagen de un jefe o de un profeta en el momento de ser reconocido como tal. Habló Ruarri, al principio, en voz muy baja, con muchos ademanes, en una especie de lírico estímulo de las emociones de cuantos le rodeaban. Luego se animó y les hizo sonreír, y seguidamente les hizo reír. A continuación, se dirigió a Rawlings, a Maeve y a mí, que nos encontrábamos en distintos puntos de la estancia, y efectuó una traducción levemente despreciativa.

-Para aquellos que no tienen la fortuna de conocer el celta, voy a traducir lo que he dicho. Este ceilidh se celebra a la memoria y en honor de Lachie McMurtrie, compañero en la mar de muchos de los que aquí están, y miembro de mi tripulación, desaparecido recientemente. Estamos aquí para reunir dinero para sus familiares, y junto a la puerta hay un cuenco de cristal en el que echaréis lo que tengáis a bien, antes de iros, si es que algo os queda después de los juegos y las apuestas en que espero participéis todos. Contaré el dinero y pondré el doble, que sacaré de mi bolsillo, ya que ningún hombre que navegue con el Lobo Rojo ha de temer jamás por la suerte de su familia. Y ahora venga música y venga baile.

Librodot

Cuando el violinista, el gaitero y el tamborilero comenzaron a tocar tan desafinada como animadamente, Ruarri sacó a bailar a Maeve, iniciando así el baile. Yo bailé con Kathleen y Rawlings sacó a bailar a la otra mujer con atuendo regional, con lo que fuimos seis los que bailábamos, cada uno de ellos con la idea del asesinato en la mente, puesto que si alguna mujer celosa de Ruarri he visto, la rubia estaba que se moría... Los demás nos imitaron, al principio con cierta desgana, pero luego con mucha animación e incluso de un modo peligroso, ya que algunos muchachos saltaban y pateaban como potros.

Bailamos en parejas, bailamos formando cuadro; bailamos formando círculos concéntricos, e íbamos en busca de pareja cuando la música se detenía. Cuando Ruarri juzgó que ya estábamos exhaustos hubo una pausa para beber, mientras el gaitero tocaba una tradicional marcha bélica para demostrarnos que podía interpretar música más señorial que la de los bailes campesinos. Luego jugamos al juego de las multas, que, caso de que usted haya olvidado su infancia en este cambiante mundo, se juega así:

Se ponen los nombres en un sombrero y lo que hay que hacer en otro, y la multa a pagar en otro. Uno saca un nombre al azar. Después, saca el papelito con lo que hay que hacer, como, por ejemplo, cantar una canción, recitar unos versos, contar un cuento o bailar una jiga. Si uno no quiere hacerlo, o no sabe, paga la multa que consta en un papelito en el tercer sombrero. El juego ofrece infinitas variaciones, y permite fácilmente bromas de toda índole, si uno tiene la malicia o el sentido del humor suficientes. Ruarri tenía las dos cosas, así como gran ingenio. Al principio, por lo menos, jugó para hacernos reír. Todas las multas eran en metálico y se pagaban al fondo para los familiares de Lachie. Además, se imponía al perdedor una pena de carácter jocoso.

Donan, el chico de Barra, tuvo que sacar una manzana de un cuenco de agua, con las manos a la espalda, y dejarla, sin tocarla con las manos, en los labios de su chica, quien tenía pechuga de palomo en celo. El taciturno Athol tuvo que cantar Scots wha hae, con la pipa en la boca, lo cual no sólo le dio casi un ataque de apoplejía, sino que le obligó a pagar multa. Calum tuvo que hablar durante tres minutos sobre un tema cualquiera, de su elección, aunque sin hacer referencia a mujeres y sin soltar un solo taco. Perdió a los cuarenta segundos. Maeve tuvo que bailar una jiga a los sones del violín tocado por Papaíto Burns, y lo consiguieron, ya que Papaíto tocaba el violín con rara dulzura, y mejor que el violinista... Estuvo todo muy bien, fue una diversión sencilla, la bebida nos ayudó a pasarlo bien, y Ruarri, el cacique en la ceremonia pueblerina, era el primero en soltar la carcajada, en aplaudir, e iba cobrando las multas como un feliz banquero.

Hacia medianoche, cuando estábamos ya sacando los últimos nombres del sombrero, Ruarri hizo su primera mala pasada. Seguramente la hizo pensando en mí, puesto que yo era el único entre todos los presentes que conocía todas las relaciones concomitantes. Ruarri se acercó a la pared en la que colgaban las dos espadas cortas, en sus fundas. Las desnudó, y las dejó cruzadas en el lugar destinado a bailar. Dio un par de palmadas para imponer silencio, y dijo:

-Bueno, ahora la multa va a ser elevada. Dos chicas bailarán en competición la danza de las espadas. Por votación popular se decidirá cuál de las dos gana. Un hombre apostará por una de las chicas, y otro por la otra. El que pierda entregará diez libras para el fondo de Lachie. Ahora cierro los ojos, meto la mano en este sombrero y saco el nombre de... ¡Miss Flora Jamieson! Vamos, chica, levántate...

Era aquella rubia de Stornoway que parecía llevar escrito en el cuerpo «Ruarri, te amo». Y Ruarri no hacía absolutamente nada para disimularlo...

-Esta señorita es una íntima amiga mía que vale mucho más de lo que apostamos. Así es, Flora, mi amor, que yo apostaré por ti. ¡A ver si bailas bien!

Volvió a meter la mano en el sombrero.

-Y la competidora de Flora, señoras y señores, es nuestra bella visitante de las Islas Benditas, la doctora Kathleen McNeil.

Desde luego, si la doctora no quiere bailar, aceptaremos sus excusas. ¿Sí, quieres bailar? Doctora, es usted una mujer valiente. *Seannachie*, supongo que querrás apostar por esta señora, ¿verdad? En este caso, deja el dinero en la mesa y que gane la mejor.

No tuvimos tiempo de decirnos nada, pero al tocar su mano me di cuenta de que Kathleen saldría airosa. La acompañé hasta el lugar en que estaban las espadas, y la dejé ante su rival. Luego, me fui al lado de Ruarri, junto a la mesa. Mediaban diez años entre las dos. Una de ellas era un pura sangre, esbelta y ligera. La otra era una corpulenta campesina que tendría un cuerpo como un tonel a los cuarenta años, pero con buen tipo y bonitas piernas, y si Ruarri la había elegido para aquella apuesta sin duda se debía a que bailaba como una campeona. En cuanto a Kathleen, nada sabía salvo que estaba dispuesta a bailar y que yo apostaba por ella. Antes de que la noche terminara me vengaría del refinado insulto de Ruarri.

Ahora Ruarri daba las últimas instrucciones.

-Cada una de las chicas bailará un solo, y, después, las dos juntas bailarán una tercera danza. No habrá interrupciones, gaitero, y nadie aplaudirá hasta que la exhibición haya terminado. Ahora echaré una moneda al aire, y la que pierda comenzará. ¿Qué quieres, doctora McNeil?

Kathleen quiso cara y ganó. Exhalé un suspiro de alivio. La más joven bailaría antes, lo cual permitiría al gaitero coger el ritmo. Obedeciendo a una indicación de Ruarri, el gaitero hinchó las mejillas y comenzó a tocar.

No sé si usted conoce las danzas de las Highlands. Si las conoce, nada tengo que decirle. Pero si no las conoce, muy poco puedo decirle, ya que explicarle los pasos de nada serviría. Sin embargo, la sensación que esta danza causa, su elevación, las locas e inquietantes visiones que se tienen mientras gaita y violín tocan, y los pies golpean el suelo, ahora con la punta, ahora con el talón, saltando por encima de las hojas de las espadas... ¡Ah, esto es algo diferente! Sólo un gaitero toca, pero se oyen centenares de gaiteros en los lejanos campos. Y son muchachas quienes bailan, pero son hombres con faldellín, morrión y espada quienes descienden por las sendas de los corderos para asistir a la reunión de los clanes y luchar en la última y perdida batalla en pro de la causa que a nadie interesa.

Flora Jamieson parecía una ramera, y, a juzgar por las pruebas, lo era. Pero bailaba como un ángel, sin un solo fallo. Su fornido cuerpo parecía leve como una pluma, sus pies saltaban como los de una bailarina de clásico, y, bajo el arco del brazo, mantenía el tronco erguido como una vela. Mi corazón se elevó al ver bailar a Flora Jamieson, y me dio un vuelco cuando pensé que Kathleen tenía que repetir aquella danza, y, después, bailarla conjuntamente con Flora. Cuando ésta terminó, hubo un espontáneo estallido de aplausos y Kathleen se adelantó para iniciar el baile al ritmo de gaita y violín.

El cambio me sorprendió. Había visto a Kathleen en muchos estados de ánimo, pero nunca en aquél. De repente, se había puesto orgullosa y despreciativa como Lucifer. Y sabía bailar... ¡Sí, sabía bailar, alabado sea el Señor! Kathleen podía bailar en cualquier lugar de las Highlands, desde Inverness a Oban, sin que uno dejara de sentirse orgulloso de ella, y cada revoloteo de su falda era un chúpateésahermano, dirigido al señorito Ruarri, quien no podía apartar los ojos de ella. Cuando las dos muchachas iniciaron la última fase, se encontraban en plena forma, y ningún hombre que estuviera en sus cabales hubiera osado proclamar la superioridad de una sobre la otra. Les tributamos una ovación, gritamos y pateamos el suelo, y unánimemente declaramos el empate.

Ruarri cogió las espadas y golpeó las hojas entre sí, por encima de su cabeza, para imponer el silencio.

-Y ahora, ¿qué vamos a hacer? A los hombres corresponde inclinar la balanza. Somos quienes hemos apostado, y ahí está el dinero. ¿Qué hacemos, *seannachie*? ¿Bailamos? ¿Escupimos? ¿Lo decidimos a cara o cruz? ¿Al póker? A lo mejor sabes manejar la espada...

Y me tiró una de las espadas. La cogí, mientras los muchachos reían la malintencionada gracia de Ruarri, quien se unió a sus carcajadas.

-¡Alto! No era mi intención imponer un desafío a espada. Este hombre es escritor; ahora bien, uno nunca sabe lo que puede hacer un escritor, además de escribir... ¿Qué dices, *seannachie*, sabes manejar la espada?

Me lanzó, bromeando, una estocada, y yo la detuve instintivamente y le lancé otra.

Dio un paso atrás, y se quedó mirándome, con una triunfal sonrisa.

-¡Vaya! ¿Conque sí, eh? ¿Aceptas? Te advierto que no son de juguete y no llevan botón en la punta...

- Acepto, Hermano Lobo. Tú dirás lo que nos jugamos.

-Cien libras para el fondo de Lachie. ¿Te parece bien?

- De acuerdo. Pero necesitamos un árbitro.

Del silencio surgió la voz del inspector Rawlings.

-Yo seré el árbitro. No me gustaría que cualquiera de ustedes dos, gallitos de pelea, se hiciera daño. Aplicaré el reglamento olímpico de sable, reglamento que conozco, y ustedes harán lo que les diga, ¿de acuerdo?

- De acuerdo, inspector -dijo Ruarri, quien luego se dirigió a todos los asistentes, diciéndoles-: Por favor, déjennos espacio libre. Entretanto, voy a atizar el fuego. Sírvanse una copa y acomódense.

Entonces se adelantó Maeve O'Donnell y nos hizo reír a todos.

- Voy a hacer de corredora de apuestas. A ver si se animan.

Papel y lápiz, por favor. Apuesto dos a uno contra el Lobo Rojo. Del murmullo que siguió a estas palabras destacó la voz del inspector Rawlings formulando una inocente pregunta.

- ¿Qué es esto? ¿Un desafío?

- Oficialmente, inspector, no es más que una exhibición de esgrima, a fin de recaudar fondos con fines benéficos. -Espero que sepa usted esgrima.

- Y yo espero que Matheson no sepa, ya que de lo contrario voy dado.

Con una sonrisa, Rawlings dijo:

- Pues si hay un accidente, el que irá dado seré yo. Cuando me echen del Cuerpo, espero que organicen una función benéfica para sacarme de apuros. Pero, en fin, por lo menos hay un médico en la casa.

Pero el médico estaba todavía más preocupado que Rawlings, por cuanto entendía algo más que él en roturas de tendones, fisuras en el cráneo, y acerca de lo que ocurre cuando una hoja de acero atraviesa una masa de músculos. Muy femenina, Kathleen se alegraba de que hubiera aceptado el desafío de Ruarri, pero mi estupidez la enojaba. Prefería verme deshonrado y entero que cortado a trozos como un pavo de Navidad, cubierto de sangre y con honor. Desde luego, Kathleen tenía toda la razón. Y mientras los asistentes iban apartándose y Maeve anotaba las apuestas, comprendí que era algo más que estúpido. Era un loco de atar.

Sé esgrima. Aprendí cuando intentaba ser actor, profesión para la que no tengo talento. Sin embargo, la esgrima me gustó y siempre destaqué en ella. Luego seguí practicándola durante largo tiempo con un notable húngaro amigo mío, que tenía el pecho cubierto de cicatrices, y que se acostaba con un increíble número de chicas, si tenemos en cuenta su edad. Pero ahora debo decirles que no se puede hacer esgrima con una espada corta. La palabra con que se designa a estas armas, «Claymore», significa «gran espada», y en pasados tiempos eso era, una gran espada de dos filos, con empuñadura simple, que podía agarrarse por uno u otro lado, y hecha con mal acero, más apta para talar árboles que para derribar hombres. En los tiempos de Culloden, esta espada había ya evolucionado notablemente, y era una hoja de un solo filo -aunque a veces tenía dos-, con una gran empuñadura recubierta de mimbre seco, que aliviaba mucho el esfuerzo de la muñeca, siempre y cuando uno tuviera una muñeca fuerte, ya que el arma no dejaba de ser un instrumento para cortar que se manejaba antes con la técnica del machete que con la propia de un sable de esgrima. Pero, desde luego, si a uno le cortaban con esta espada, o le daban un golpe en la clavícula, los efectos en la belleza corporal de uno eran devastadores.

Librodot

¿Qué iba yo a hacer? Todo dependía de que Ruarri supiera esgrima o no. En caso afirmativo, él tenía ventaja. Sí, porque era más joven que yo, con piernas más ágiles, y estaba en mejor forma. En caso de que tuviéramos la misma habilidad, forzosamente tenía que ganar él. Pero si Ruarri no sabía esgrima, podía vencerle debido a que, incluso en el caso de tener en la mano un arma incómoda, el hombre que sabe los movimientos de la esgrima goza de ventajas, a pesar de que está siempre expuesto a que su oponente le propine un golpe afortunado que le deje fuera de combate. Además, tal como Maeve había dicho, y a mí me constaba, Ruarri solía jugar sucio, y cuando un hombre tiene una hoja de acero en la mano, puede emplear algo más que los trucos propios del esgrimista. El inspector Rawlings aplicaría el reglamento olímpico, sí, pero Ruarri aplicaría su propio reglamento...

No sabía esgrima. Se puso torpemente en garde, dejando al descubierto, íntegramente, la parte frontal de su cuerpo. Aunque parezca ridículo, esto me atemorizó. Ruarri ignoraba lo más elemental, y no le importaba. Iba a hacer sangre. Y tampoco le importaba de dónde brotara la sangre. No me quedaría más remedio que atacar, ya que todas mis defensas tenían que basarse en la esgrima alta y baja, puesto que a Ruarri le importaría muy poco darme en la yugular o en el talón de Aquiles, con tal de vencer. Cuando Rawlings dio la señal, me lancé rápido al ataque tirando una estocada alta, a la mejilla derecha, para asustar a Ruarri, quien no paró el golpe, sino que lo esquivó, como un boxeador, y, después, se apartó de un salto de mi línea de ataque, y me atacó por el lado izquierdo. Durante un instante, aquello antes pareció kendo que esgrima a sable, y así fue hasta que conseguí ponerme en línea y volver al ataque, siempre por alto, ya que nada hay más desconcertante que ver una hoja de acero en las cercanías del rostro sin protección.

Era como intentar dar una estocada a una pelota que estuviera saltando sin cesar. De nuevo se había alejado Ruarri, saltando y girando como un muñeco con muelles, y trazando molinetes con la espada. Entonces, comprendí lo que pretendía. Empleaba las tácticas del boxeador, en un intento de fatigarme, en espera de que llegara el momento en que no pudiera volverme a uno u otro lado con la debida rapidez, y, entonces, darme el golpe final. Al igual que toda ortodoxia, la esgrima queda limitada por sus propios dogmas y ritos. La esgrima es un arte muy bello, pero no es la guerra, y Ruarri hacía la guerra y no el amor.

Para salvar la piel necesitaba algo más que seis guardias y seis ataques de la técnica de sable. Cambié mi táctica. Comencé a atacar por la línea baja, desde la barriga hasta el esternón, incitando a Ruarri a atacarme en la cabeza. Pero Ruarri no se dejó engañar. Retrocedió ante mi último ataque, quedando fuera de mi alcance, y, en el momento en que yo recuperaba la posición, empleó el viejo truco del luchador a cuchillo. Casi me dio. Pero erró por milímetros, y, debido a que quedó inmovilizado durante el tiempo suficiente, me lancé adelante, en arriesgada maniobra, y, con el filo de la espada, le infligí una herida de dos o tres centímetros en la mejilla. Entonces, Rawlings se interpuso y dio por terminada la exhibición, si es que así se le puede llamar.

Nos estrechamos la mano y cumplimos con el rito de felicitarnos recíprocamente. Sin embargo, los aplausos fueron escasos. Rawlings cogió las espadas y las dejó sobre la mesa. Kathleen se acercó a Ruarri y le examinó el corte en la mejilla. Luego se lo llevó al cuarto de baño, en donde le desinfectó la herida y se la cubrió de modo que pudiera esperar, sin mayores males, hasta la mañana siguiente, en que le pondría los puntos precisos. Maeve se acercó a mí, me dio un vaso, y dijo:

-Parece que lo necesitas.

Después se alejó sin sonreír y sin haberme felicitado. Ya se lo ; he dicho a ustedes, no se trató de un enfrentamiento épico. No, sino que no fue más que un estúpido juego, con armas letales, entre dos hombres mayores. Y los habitantes de Lewis, serenos o borrachos, tenían el sentido común suficiente para darse cuenta de ello.

Sin embargo, la velada aún no había terminado. Ruarri regresó, con una sonrisa levemente torcida a un lado, y agitando en la mano un talonario de cheques. Ahora debíamos contar el dinero entregado, él tenía que añadir el doble de lo que resultara, y la suma total

quedaría en manos de Athol Cameron, a fin de que la entregara a la madre de Lachie. Maeve tenía que liquidar las apuestas. Todavía quedaba tiempo para beber un poco más y para que hubiera un poco más de música, de modo que luego pudiéramos todos irnos a casita bailando. Mientras se efectuaban las cuentas, Kathleen me apartó de los asistentes y me dijo que Ruarri quería que me quedara cuando todos se hubieran ido, a fin de hablar a solas conmigo. Yo no tenía las menores ganas de sostener otra conversación con Ruarri. Me parecía inútil. Bastante me había hecho la pascua, y bastante se la había hecho a Kathleen. No quería liarme en un diálogo de borrachos, a las dos de la madrugada. Quería acostarme. El Lobo Rojo había quedado totalmente fuera de mi sistema. Y cuanto antes quedara fuera de mi vivir, mejor. Quedé sorprendido e irritado, cuando Kathleen insistió.

-Quiero que te quedes, querido. Quiero que te quedes, hazlo por mí, ya que no quieres hacerlo por Ruarri. Sabe que ha quedado en muy mal lugar. Se siente profundamente humillado.

Me ha pedido disculpas por lo que pasó el día en que vine a cenar aquí. Creo que también quiere pedirte disculpas. Puedes permitirte el lujo de ser magnánimo. No te preocupes por mí. Maeve o el inspector pueden llevarme a casa. Te esperaré.

Me resistí, discutimos, pero, naturalmente, se salió con la suya. Y si no hubiera sido así, cualquier otra razón me hubiera inducido a quedarme, por cuanto también esto estaba escrito en la palma de la mano, y los hombres, lo mismo que los lobos, deben vivir y morir con la piel puesta.

Librodot

XVI

Estábamos sentados, como tantas veces lo habíamos estado, ante el mueble bar, con los restos del ceilidh esparcidos a nuestro alrededor. Cada cual tenía su vaso ante sí, pero no nos lo habíamos llevado a los labios, debido a que el tiempo de beber y el tiempo de jugar había ya expirado, y había llegado el momento, o casi había llegado, de partir. Ruarri habló con calma y sin ambages. Sólo sonrió al principio.

- Al fin me has dado mi merecido, *seannachie*.

- Me lo pediste de rodillas.

-Es cierto. Te lo he estado pidiendo desde el día en que nos conocimos. Y ahora quiero decirte por qué.

- Oye, es tarde y...

- *Seannachie*, hazme este favor. Es el último que me harás, porque te vas y yo también. No quiero que digas ni media palabra, ¿oyes? Escúchame hasta que termine. ¿Quieres?

- Estoy a tu disposición.

- Gracias.

Entonces comenzó a hablar. Al principio, dubitativamente. Luego, en un torrente de palabras sencillas y vívidas.

-... Nos conocimos en circunstancias muy extrañas, *seannachie*. Tú huías de tu pasado, sea cual fuere. Yo me disponía a navegar con una sola mano e intentaba hallar sentido a mi vida. ¡Sí, sí, me consta! Siempre me sentí muy seguro, al tratar contigo. Mientras te hablaba, podía ver los beneficios que de tu trato podía conseguir, igual que se ven los paquetitos con regalos en el árbol de Navidad. Lo único que tenía que hacer era alargar la mano y cogerlos. Sin embargo, en el fondo, y durante largo tiempo, y entre mil y una cosas, no estaba seguro, ni mucho menos. Ahora bien, si se vive una vida como la mía, y como las otras vidas que he vivido, uno tiene que estar seguro de sí mismo. Si uno carece de seguridad, tarda muy poco en encontrarse bajo tierra o pudriéndose en cualquier calabozo plagado de chinches, en un país asqueroso en el que no hay habeas corpus, y en el que el cónsul de la Gran Bretaña es un señor desmemoriado y sin dinero que gastar en beneficio de desvergonzados vagabundos. Has de estar muy seguro de ti mismo, porque sólo tienes una décima de segundo a tu disposición para oprimir el gatillo o esquivar un golpe de judo o decidir entre decir una mentira o decir la verdad a un hijo de mala madre que, de todos modos, tampoco te creerá. Aquel día, *seannachie*, dejé de tener seguridad en mí mismo. Tenía el dinero suficiente, incluso desde un punto de vista estrictamente legal, y tenía los suficientes amigos, y estos amigos, a pesar de que son hombres sencillos, eran, y son, buenos amigos, como has podido comprobar esta noche. Tenía también las mujeres suficientes, a pesar de que, desde el día en que Maeve me dio la patada, siempre he dudado si yo tenía la inteligencia o la clase suficiente para retener a mi lado a las mujeres que me gustan. Tenía varios negocios en marcha, limítrofes con la ley, tales como el transporte de armas, los productos farmacéuticos al por mayor, que uno puede comprar a muy bajo precio y vender con gran margen de beneficio, si es que sabe cuál es el mercado adecuado. En fin, estos asuntos no me preocupaban demasiado. Me gustaban las emociones que esta clase de negocios proporcionan, y los beneficios me gustaban todavía más. Comenzaba a preguntarme hasta cuándo me gustaría hacer juegos de manos con la ley, y no me preocupaba por razones morales, sino por la comodidad que estar dentro de la ley comporta, es decir, poder dormir en paz por la noche, poder entrar en una taberna sin que vengan Duggies Donalds a darme un golpecito en el hombro y a decirme que quieren hablar conmigo. Bueno, pues entonces tú apareciste. Ahora bien, no quisiera que interpretaras mal mis palabras, pero la verdad es que me gustaría hablar un poco de ti. No hablas mucho de ti, salvo en tus libros, y conste que he leído un par de ellos, a pesar de que no te lo he dicho.

Ahora bien, *seannachie*, la verdad es que tú tienes más de una habilidad peligrosa. Por ejemplo, eres curioso y siempre haces preguntas, y lo haces de una manera que la gente se siente halagada. La gente piensa (¿y acaso no es esto una cosa que a todos nos gusta?) que es interesante. Y también tú eres interesante, a ratos. Pero, por lo general, no te haces el interesante, sino que estás interesado en lo que los demás te dicen, porque esto es la materia prima que utilizas en tus escritos, y, a veces, es como material clínico, como lo que un científico tiene guardado ahí, dentro de un tubo de ensayo. No, no te acuso de nada. Me limito a decirte lo que he 1 visto, y lo que eres, a mi juicio. Tienes buenos modales, *seannachie*, y esto se debe en parte a un don natural, y en parte a práctica. Pero cuando uno utiliza la práctica y no el corazón, se nota, y uno no es feliz, ni mucho menos. Además, *seannachie*, has leído mucho y tienes una lógica que funciona como una máquina, así: chop, chop, como la lógica de un abogado, lo cual es muy desagradable para la gente normal y corriente, que vive en parte gracias a su ingenio y en parte gracias a lo que llega a saber por la sensibilidad de las puntas de los dedos. Quieres razonar con todo quisque, y la única excepción a esta regla está constituida por la gente a la que amas, a quienes quieres y mimas y proteges por muy hijos de mala madre que sean. En consecuencia, es muy incómodo tratar contigo, muchacho, es muy fácil sentir celos de ti, y eres una insoportable obstrucción en el horizonte de los tipos como yo, porque vives rodeado de tu propia luz y no nos dejas tener la nuestra. Otra cosa. Estás vivo y agitándote en todo instante, de modo que comunicas siempre lo que sientes, tus miedos, tus dudas, tus iras, tus amores y también tus odios. No permites, o no puedes permitir, que nadie se olvide de ti, que nadie ignore tu existencia. Nadie puede flotar en la superficie en tu compañía, porque entonces tampoco te sientes contento... En fin, el caso es que allí estábamos tú y yo, aquella mañana, en Uig, cada cual en su historia, esforzándonos en ponernos, cada cual, de acuerdo con nosotros mismos, muy parecidos y muy distintos al mismo tiempo, y, en mi barco, fuimos a Stornoway. Me he preguntado siempre si llegaste a comprender el significado de aquel día, mi significado de aquel día. Estabas invadiendo territorio que no era el tuyo. No hay hombre capaz de tener todo lo que tú tienes y, al mismo tiempo, ayudar a otro a llevar un barco, tal como tú hiciste. No hay hombre capaz de tener una mente honrada y limpia, y, al mismo tiempo, estar dispuesto a infringir la ley, tal como tú lo estabas, para evitarme complicaciones. Luego, cuando viniste a mis tierras, me di cuenta de que, a tu manera, tenías celos de mí. Me viste manejando el tractor, y te avergonzaste de tus manos suaves, así como de ser un hombre que va incesantemente de un lado para otro, sin tener bajo los pies una tierra que realmente pueda llamar suya. Me di cuenta de esto cuando miraste mi casa, examinaste las traviesas, estudiaste la colocación de las piedras, y contemplaste cómo estaba todo dispuesto, a pesar de que nunca has ordenado una casa, o si lo hiciste han pasado ya muchos años desde tal tiempo. También has sido un luchador. Nunca olvidaré aquella noche en que estabas dispuesto a romper una botella y a darme en la cara con ella. Pero hubo también cierto momento en que abandonaste la lucha. Y todavía me pregunto por qué. También era una incógnita para mí tu relación con Kathleen, ya que, cuando viniste con ella a casa, no sabía lo que querías de ella, a pesar de que me constaba que eras un hombre con pelotas y que sabías para qué servían... En consecuencia, comencé a jugar el juego contigo. Por lo menos, me dije que era un juego, a pesar de que no lo era. Estaba empeñado en una búsqueda de mí mismo, y pensé que me encontraría a través de su persona. Tú mismo te encargaste de estropear el juego cuando viniste y me trajiste la noticia de mi parentesco con Morrison. Entonces tuve que tomarte en serio. Ya no estabas fuera de mi vida. Ya no eras como una pulga sobre mi piel, a la que yo pudiera apartar de un manotazo. Y tampoco podía reírme de ti. Estabas ahí, alimentándote con mi sangre y produciéndome picores, día y noche. Pero tenía que seguir el juego. Yo era el pillo, el vagabundo y el aventurero, en tanto que tú eras el correcto y culto caballero, ampliamente conocido, con excelentes modales en la mesa y mentalidad de abogado. Ahora bien, difícilmente podías ser tú tan bueno como aparentabas y yo tan malo como me pintaban. Te llevé de pesca furtiva, y demostraste que eras un sinvergüenza todavía más astuto que yo. Fuimos a cazar ciervos, y tu

Librodot

tiro fue tan bueno como el mejor. Perseguí a Kathleen, pero resultó que tú ya te habías acostado con ella. A bordo del Helen, me hablaste de Lachie, revelándome que podías hacer cálculos al margen de la ley con tanta precisión como los hacías dentro de los límites de la ley. Cuanto más te miraba, más semejante me parecías a mí. Por esto organicé la comedia de esta noche. No, no te has podido ver a ti mismo, *seannachie*. Imaginabas que era yo quien buscaba camorra, pero tú eras quien llevaba el asesinato en las pupilas, tú eras quien estaba sediento de sangre. Me consta que tú y yo somos iguales, y me parece que también tú lo sabes. Sin embargo, hay grandes diferencias. Tengo la impresión, y esto me da mucha risa, de haberte curado de algo que te afligía grandemente. Pero tú de nada me has curado, *seannachie*. Me has dejado más débil y más inseguro que antes. No, no te acuso. No lo imagines ni siquiera por un instante. Me limito a hacer constar un hecho. El ceilidh ha sido mi declaración pública. Y lo que ahora digo es mi declaración privada ante ti. Me has obligado a poner en tela de juicio todos mis actos, mis palabras y mis creencias. Esto, en sí, no es malo, pero quien lo hace está en la obligación de preparar a su víctima para la experiencia que le espera, y esto último es lo que tú no hiciste. Es tan duro verse claramente a uno mismo como debe serlo ver a Dios por primera vez, cuando uno no ha creído en su existencia. Esto es algo que no llegaste a comprender. No me permitías tener secretos para mí mismo, a pesar de que, ante uno mismo, es necesario guardar en secreto ciertas cosas, porque de lo contrario uno es incapaz de vivir consigo mismo. Pensé que hacía algo bueno cuando fui a ver a Morrison. Para ti, y así lo dijiste, fue un acto de absoluto egoísmo. Es cierto, en cierta manera lo fue, pero no fue éste el mejor aspecto de mi acto. Pensaste que yo era una mierda porque te mentí en lo referente a mi cena con Kathleen. Mentí para protegerla. Sí que hubiera podido acostarme con ella, *seannachie*, y no lo hice. Y si la insulté fue porque el insulto era el único medio de lograr que Kathleen se fuera a su casa con su orgullo íntegro. Cuando me dijiste lo de Lachie, a bordo del Helen, perdí la cabeza. Dije verdaderas brutalidades, pero tú fuiste quien pensó en el asesinato, *seannachie*, tú fuiste quien creyó que en mis palabras había intenciones asesinas. Reconozco que, en la última recámara de mi mente, pensaba en matar... Pero tú sacaste a la superficie esta intención y me la pusiste ante la vista... Me obligaste a contemplarla, a sopesar las posibilidades y las consecuencias, cosa en la que yo no había pensado y en la que nunca hubiera pensado si me hubieras dado la oportunidad de tranquilizarme. Y resultó que sí, que al fin le maté. Le aticé mientras estaba al timón, inmediatamente después de que empezara la guardia; luego lo arrastré fuera de la caseta del timonel, y lo arrojé por la borda...

No, no pongas cara de escandalizado, *seannachie*. Lo sabías y has llevado este conocimiento enterrado en lo más profundo de ti, desde que el hecho ocurrió. Y ahora nada tendrás que hacer al respecto, porque lo tengo todo bien dispuesto... No, no voy a entregarme a la justicia, porque me volvería loco al cabo de una semana de estar entre rejas. Me voy, tal como te he dicho antes. Y de qué modo me voy, es asunto que te explicaré dentro de unos minutos. Ante todo, quiero que sepas el porqué. La muerte de Lachie fue por lo de las armas. Mis chicos y Maeve O'Donnell también andaban en este asunto. Los chicos no hacían más que seguirme, yo era quien mandaba. Y, en consecuencia, tenía el deber de protegerles. Además, me había comprometido a actuar de tal manera que Maeve y la organización quedaran siempre a salvo. Estaba obligado a hacer honor a la amistad con mis muchachos y con Maeve. Y ahora vayamos al asunto de Morrison. Este hombre es mi padre, y, aunque te parezca raro, ya he comenzado a considerarle como tal. Está viejo y enfermo, sé que ha hablado de mí a mucha gente, y no quiero infligirle una humillación. Cuando me vaya, tú te encargarás de decírselo, y me consta que le contarás la mejor parte de la historia y que tan sólo mencionarás aquellos aspectos desagradables que Morrison adivinaría por sí mismo. Sé lo que estás pensando, *seannachie*. No puedes comprender por qué razón, siendo yo el hijo de mala madre que soy, no me quedo, hago frente a la situación, y me las arreglo para que no me pase nada malo, lo cual es plenamente factible. A fin de cuentas, lo que ahora te estoy revelando ningún daño puede hacerme, porque nada me impide negarlo en la próxima

declaración, e incluso aquí, ante ti. Bueno, pues la razón radica en ti y en mí, y en las diferencias que median entre tú y yo. Ahora sé en qué consisten estas diferencias. Tú eres hombre cambiante. Yo no. Tú puedes cambiar, puedes creer y dejar de creer, puedes perdonar, condenar y volver a perdonar. Tú eres uno de esos que... no sé... ¿cómo decirlo?... uno de esos que pueden ser convertidos. Tú puedes creer en un futuro mejor, e incluso en un «yo», es decir tú, mejor. Yo no. No, no puedo. Y te voy a decir una cosa, *seannachie*: tú y todos los que son como tú debierais andar con mucho tiento, sí, porque hay todo un tenebroso mundo atestado de gente como yo, y no habéis visto siquiera la mitad de este mundo. Estoy «programado», *seannachie*, igual que estas grandes máquinas de calcular que regirán el mundo cuando los hombres se hayan cansado de intentarlo. El pequeño compartimiento de mi memoria, *seannachie*, está que rebosa de recuerdos de todo lo que he hecho en mi vida. Y ya no puedo soportarme más a mí mismo, porque me consta que cualquier día vendrá un tipo como tú, un tipo ingenuo y respetable, oprimirá uno de mis botones, uno de esos botones de mi máquina, y obtendrá una reacción asesina. Recuerda que, mientras cenábamos, un día te dije que de buena gana ingresaría en una Iglesia tolerante, como la católica, por ejemplo. No te expliqué la razón. Pues la razón estriba en que estas Iglesias , levantan la mano sobre la cabeza de uno, le dan la bendición, dejándole limpio y nuevo en el nombre de Dios, y le permiten a uno irse a un desierto o a un monasterio, en donde uno puede regenerarse, y volver al mundo cuando uno se encuentre en 4 condiciones de tratar con el prójimo. Desde luego, ahora es demasiado tarde, debido a que mi orgullo me impidió, en el momento oportuno, gritar ¡basta!». Ahí es donde tú y yo, conjuntamente, fracasamos. Ninguno de los dos podía perdonar al otro que fuera lo que realmente era. Es una vergüenza, pero así es. Y ahora hablemos de mi partida, *seannachie*. Será limpia. Todos los documentos están en buen orden. He otorgado testamento. No he olvidado legado alguno. No habrá confesión, para no comprometer a los otros. La ley tendrá que contentarse " con lo que le daré, a saber, un caso concluso, y nada más. Luego, me tragaré la cápsula que he llevado conmigo durante todos esos años, y esta cápsula me matará en menos de cuatro segundos. No te escandalices, *seannachie*. Has oído hablar de casos semejantes, y quizás hayas relatado alguno en tus novelas. Haré uso de la última libertad del hombre, *seannachie*, la libertad de desconectar la electricidad, antes de que la computadora le avasalle. ¿Y el fuego? La verdad es que siempre he pensado en el fuego. Era lo que los antiguos vikingos empleaban, y es un medio limpio y definitivo. Además, tiene la ventaja de no dar ocasión a que cualquier médico de la Policía me ande con el bisturí en las tripas, para averiguar de qué he muerto, lo cual siempre me ha parecido una guarrada que más vale evitar. Cuando vayas camino de tu casa, vuelve la cabeza, vuélvela una vez solamente, y verás una luz en el cielo. Seré yo, camino de la Valhala. ¡ Es gracioso! El más allá nunca me ha preocupado. He visto tanto terror y tanto sufrimiento a este lado del tiempo, que no he pensado que hubiera necesidad de un infierno, al otro lado. Estar vivo es un castigo más que suficiente por todo lo que uno haya podido hacer. Sin embargo, sé cuál es la clase de cielo que me gustaría. Es un lugar en el que se ve todo, con calma y por entero, y en el que a uno le parece, honradamente, que lo que ve es bueno. Sí, todo es bueno porque hay bondad. Sin embargo, para gozar de ello es necesario tener cierto don. Maeve tiene este don, *seannachie*, a pesar de que es una loca entregada a la tarea de hacer retroceder las agujas del reloj. Tu Kathleen lo está adquiriendo, y esto quizá sea la consecuencia de amar. Creo que también tú lo estás adquiriendo, o quizá sólo lo estés recuperando después de haberlo perdido. ¿Y yo? No he conseguido este don. O quizá lo arrojé lejos de mí, en los tiempos en que era muy joven y desdichado. Estando contigo hubo momentos en que creí haber recuperado el don en cuestión, pero era un espejismo, era como el oro de los cuentos de hadas, que se esfuma cuando uno lo tiene en la mano... Sin embargo, tu sextante era real. Me lo regalaste con afecto y comprendiéndome. En fin, serás el último en desearme buenas noches. Y no discutirás conmigo. De nada serviría, y, además, si no discutes parecerá que me hayas comprendido. Ahora vete. He de hacer aún algunas cosas, y quiero estar solo por última vez. Sin lágrimas, *seannachie*. Llorar sería injusto. Y no me quedan lágrimas para llorar

contigo. Sólo te pido un favor. Cuando te vayas, no me estreches la mano, y no hables. Limítate a hacer lo que he visto hacer en las tierras de sol, y de lo que al principio me reí, aunque luego envidié. Dame un abrazo. Cógeme durante un instante, y pon tu cara junto a la mía. ¡Y luego lárgate con viento fresco! Quizá te parezca una tontería, pero nunca tuve un padre que me diera las buenas noches con un beso.

Cuando salí, cerró la puerta a mis espaldas y echó la llave. El cielo estaba limpio y la luna alta y fría, entre las lejanas estrellas. La carretera se encontraba desierta. Las colinas eran negras. Había encontrado a Rawlings dormitando en el asiento delantero de mi automóvil. Me dirigió una enigmática, sonrisa, y dijo:

-He pensado que a lo mejor le gustaría tener compañía en el camino de regreso a casa. Ha tenido usted una noche agotadora.

-Todavía no voy a casa.

-¿Espera algo?

-No. He de hacer una visita, y, si quiere, puede usted venir conmigo.

-¿Lo dice realmente en serio?

-Efectivamente.

-¿Vuelven a ser amigos?

-Todo lo amigos que jamás llegaremos a ser.

-¿A dónde me lleva?

-A un lugar que está muy cerca y muy lejos, inspector... Confíe en mí.

Le llevé al lugar de las piedras funerarias, y en su compañía caminé por la hierba húmeda, hasta llegar a la fosa. Le conté la historia de aquel paraje, la leyenda del Esplendente con gaviotas alrededor de su cabeza, y del cuclillo que anunciaba su aparición. Le expliqué lo importante que era hacer el amor y comprometerse en matrimonio en aquel lugar, y que en la isla todavía había familias ligadas a las Piedras, de un modo que no podían determinar. Me escuchó con mucha paciencia y cortesía, lo cual fue muy meritorio por su parte, ya que hablé mucho y, creo, con notable tendencia a divagar. Esperó a que me callara, y entonces preguntó:

-¿Por qué me cuenta eso? ¿Y por qué me ha traído aquí para contármelo?

-Porque éste es un lugar al que nosotros no pertenecemos. Es un gran monumento, en una isla muy pequeña. La historia de la isla comienza aquí, y la historia influye en la gente, tanto si ésta lo sabe como sino. No puede la gente hurtarse a la historia. Todavía vive las consecuencias de la Edad de Hielo, en que se formaron las turberas. Ahora, aquí hay muy pocos hombres y mujeres, y todo lo que les ocurre parece muy grande y pletórico de consecuencias, y todo es ampliamente comentado. Toda muerte representa una disminución mucho mayor de lo que usted y yo podemos imaginar. Toda pérdida es una tragedia y, cuando un individuo se va, su marcha significa un par de brazos menos y un corazón menos a la hora de amar esta tierra dura. Ahora a usted le gustaría formularme muchísimas preguntas, ya que, a fin de cuentas, en esto consiste su oficio. Aquí, en este lugar, puedo darle todas las respuestas. Mañana seguramente las habré olvidado a causa de la magia de este sitio y del aire nocturno. Quisiera cerrar un trato con usted, inspector. Y no será en mi beneficio, sino para evitar más dolor a quienes ya han sufrido bastante, a pesar de que les esperan más sufrimientos en el futuro.

- Nunca pacto, querido amigo. No tengo derecho a pactar. Sin embargo, alguna que otra vez tomo decisiones bajo mi responsabilidad, que es por lo que, a fin de cuentas, me pagan. También tengo conciencia, y me sentiría muy halagado si usted lo creyera.

Entonces, y debido a que hay ciertos instantes en que uno debe creer o de lo contrario enloquecer entre increíbles horrores, cogí a Rawlings y le puse, no de cara al Este, de donde podía venir el Esplendente, caso de venir, sino cara al Oeste, en donde podía ver, alzándose en la colina, las llamas de la pira funeraria de Ruarri.

Estuvo mirando largo tiempo, en silencio. Al fin dijo: -Desde luego, cuando usted le dejó vivía, ¿no es eso?

- Sí.

- ¿Estaba bien y de buen humor?

-Sí. Parecía algo fatigado, quizá. Dijo que quería descansar largamente.

-Supongo que la casa estaría todavía en desorden, con vasos, colillas y demás por todos lados, ¿no?

-Así es. Ha sido una fiesta muy loca, en todos los aspectos.

- Y un gesto generoso. Se consiguió bastante dinero para un buen fin. ¿No le ha dado cartas, ni le ha hecho declaraciones, ni nada por el estilo?

- No.

- ¿Algún mensaje que comunicar?

- No. Desde luego, tendré que dar la noticia a su padre... Y también tendré que hablar con Maeve O'Donnell, quien quería mucho a Ruarri.

-La encontrará en casa de Morrison, en compañía de la doctora McNeil. Me gustaría que le diera un recado de mi parte.

- Con mucho gusto.

- Dígale que mañana estaré muy ocupado y que me gustaría que saliera de aquí en el primer avión, y que el mismo día saliera también del territorio del Reino Unido de la Gran Bretaña.

- Es usted todo un caballero, inspector.

- Soy un policía. He cerrado un caso... Y, tal como usted dice, en el futuro habrá más sufrimientos todavía. ¿Podemos llegar a Stornoway, siguiendo esta carretera?

-Sí, pero el trayecto es más largo. Hay que dar un rodeo.

- No me gustan los incendios. Me dan miedo. Y allí se está formando un gran incendio. Estoy rogando para no tener que verlo.

Era la primera vez que un policía me confesaba que también él rezaba. Y esto demuestra lo ignorantes que pueden ser los hombres de letras y lo poco que se puede confiar en ellos.

Llegué a casa a las cuatro de la madrugada y encontré a Maeve O'Donnell y a Kathleen todavía despiertas, sentadas ante el fuego. Tenían que escuchar la historia, y yo tenía que contársela, sí, por cuanto el peso de lo que yo sabía y de las responsabilidades que Ruarri había echado sobre mis hombros era para mí, súbitamente, insoportable. Me sentía horrorizado al verme a mí mismo en el acto de obligar a un hombre programado a llevar a cabo un asesinato y la autodestrucción. Y, sin embargo, no podía poner en entredicho la veracidad de lo que Ruarri me había comunicado. Contrariamente, Maeve podía, y lo hizo.

Al cuerno con el de mortuis y demás sandeces! Era un hombre con una tara. Lo sabía, le molestaba a más no poder, pero nada hacía para remediarlo o paliarlo. Es más, le gustaba. Siempre encontraba alguna razón para justificar sus actos luego de cometerlos. Lo siento, *seannachie*, estás cansado y has tenido una noche muy dura, pero debes pensar con la debida claridad. La marcha de Ruarri no ha sido honrada. Seguía con su tara. Tú le habías ganado en todos los juegos que él te había obligado a jugar. Y Ruarri tenía que hacerte creer que, por lo menos, él ganaba el último. El se queda con la gloria y tú con la culpa, y, por esto, nunca le olvidarás. No, no es ésta la inmortalidad que el héroe verdadero desea. Sin embargo, Ruarri ha hecho algo bueno... Me ha curado. Le deseo mucha suerte, sea cual fuere el lugar al que haya ido... Y, desde luego, la va a necesitar. Pero, por fin, Ruarri ha salido de mi vida. Muchas gracias por todo, *seannachie*. Me iré a primera hora de la mañana. Buenas noches, pequeños. Y no os peleéis.

Maeve había realizado un valeroso esfuerzo que suscitó mi admiración. Pero lo dicho por Maeve no era toda la verdad. Me constaba, y también le constaba a Kathleen. Durante el resto de la noche, muy poco tiempo en realidad, ya que tenía yo que ir a ver a Morrison a primera hora de la mañana, Kathleen me habló con firmeza y ternura, sin permitirme que la contradijera.

-...Ruarri te quería como a un hermano. Y tú también le querías. La prueba está en que ahora te dedicas a poner en orden el formidable lío que Ruarri ha dejado tras sí. Lo que acabo de decirte es lo que, a fin de cuentas, recordarás. ¿Y lo demás? Estás obligado a perdonarte a ti mismo, tal como me enseñaste a perdonarme a mí misma por algo mucho peor...

-¿Y qué le digo a Morrison?

-La verdad.

-¿Podrá soportarlo?

-Tú mismo me enseñaste algo, mo gradh, que ahora debo enseñarte a ti. Sólo la mentira nos mata y sólo la verdad nos conserva la vida. Vamos, mi amor, cierra los ojos, apoya la cabeza en mi pecho, que te despertaré cuando sea la hora.

Hubo un momento, y se lo he dicho a usted, en que condené a Morrison por su debilidad, y en que me sentí irritado por la carga que había puesto sobre mis espaldas. Por esta razón, antes de cerrar la presente crónica, me considero obligado a mostrarles a Morrison a la luz del respeto que merecía. Le encontré todavía en cama, y pudo ver en mi rostro, sin necesidad de ser vidente, que le traía malas noticias. Me pidió que le diera la Biblia, y mientras yo hablaba se estuvo quieto, con los ojos cerrados, la Biblia en las manos. Ignoro hasta qué punto la Biblia le dio fuerzas. Pero sí puedo decirles que no lloró, que no lanzó exclamaciones, y que escuchó en silencio hasta que hube terminado el largo y amargo relato. Imaginé que ésta era la manera como el noble patriota o el mártir escucha la sentencia de muerte que le lee el sicario. Cuando habló, a mí estuvieron destinadas las primeras palabras.

-De nada puedo acusarte, muchacho. Al contrario, te doy las gracias por el bien que has hecho. Yo vivo y Ruarri está muerto. Esta es la ironía de Dios de la que tú y yo hablamos, el duro favor que debes aceptar para no caer en la desesperación. Quizás en esto consista mi castigo por cuanto hice a Ruarri. Mañana saldré de aquí, y se celebrará un funeral por su alma. Pero ahora debemos rezar una oración. Me gustaría que la leyeras tú.

Con mano firme abrió el libro y lo sostuvo ante mis ojos, y con firme voz recitó conmigo el salmo.

Ten piedad de mí, oh Dios, según tu gran clemencia.

Yen méritos de la multitud de tus dulces bondades, borra de mí la iniquidad.

Lávame de iniquidades y límpiame de pecado...

No me arrojes lejos de tu rostro, y no alejes de mí el santo espíritu.

Restaura en mí la alegría de tu salvación, y fortaléceme con el espíritu de la perfección...

Cuando hube terminado, me puso la mano en la cabeza, y dijo con dulzura:

-Vete, ve al lado de tu mujer. Mereces ser amado.

Pero no la encontré en casa. Había salido a cuidar a los enfermos. Por esto fui en automóvil cuan lejos pude, a la más desolada playa de Occidente, y nadé hasta quedar exhausto. El agua estaba muy fría, pero limpia. Y, cuando volví a la playa, las arenas estaban tan vacías como yo.

Librodot

EPILOGO

La vaciedad era como una muerte. Pude darme cuenta de ello por cuanto, muchos años atrás, había yacido en el lecho de un hospital, desesperadamente enfermo, esperando que el médico me dijera el resultado de sus últimos análisis. Si el resultado era positivo, yo era hombre muerto. Había esperado tanto y tan angustiadamente, que había pasado ya por gran parte de mi morir. No sentía tristeza, sino alivio, al pensar que el tiempo de la espera pronto terminaría. No sentía miedo, sino sólo arrepentimiento de no haber sabido compartir suficientemente la experiencia de vivir. Los seres amados me visitaban. Me alegraba verles, pero no me sentía desdichado cuando se iban, debido a que el esfuerzo de retenerles a mi lado era excesivo, y, además, tenían ellos que ocuparse de negocios que habían dejado de ser míos. Lo veía todo en una perspectiva diferente a la suya. Lo veía todo claramente delimitado, pero alejándose hacia el infinito, un infinito que veía con tanta claridad como el vaso de agua en la mesilla de noche, o los rojos tulipanes en la jarrita. Incluso mi cuerpo era un objeto separado que podía contemplar en toda su anatomía de hueso, musculatura y decreciente vitalidad. Por mucho que lo intentara, no podía regresar a mi cuerpo, y, al fin, abandoné las intentonas. Incluso después de que el médico, sonriente, me dijera que saldría con vida del trance, permanecí largo tiempo ajeno y desinteresado, por cuanto las palabras del médico sólo significaban que en otra ocasión tendría que pasar por la misma experiencia, y ahora, que ya me había acostumbrado, hubiera preferido llegar hasta el fin.

Después de la muerte de Ruarri viví varios días en este estado. Hice las declaraciones exigidas por la ley. Transporté a Morrison del hospital a su casa, y le acompañé siempre que consideró que necesitaba compañía. Presenté las correspondientes solicitudes para conseguir el permiso de matrimonio. Fui de pesca con Fergus William, a veces pesqué peces grandes y otras veces pesqué peces pequeños, escuché el parloteo de Fergus William, y, también a veces, me reía, sin dejar de observarme a mí mismo y de preguntarme a santo de qué me entregaba a aquel inútil rito. Con Kathleen y Morrison, asistí al funeral que el pastor Macphail celebró por el eterno descanso del alma de Ruarri, pero el servicio religioso me dejó frío y ajeno, como si se tratara de un culto exótico en el que yo fuera espectador y no partícipe. Siempre que podía, Kathleen venía a pasar la noche en casa de Morrison, y yo dormía con ella, y hacía con ella desesperadamente el amor, con la esperanza de que a la pequeña muerte sucediera una resurrección, y yo pudiera volver a vivir.

Kathleen me trataba con mucha paciencia, y no permitía que me avergonzara del extraño cuerpo -ni que intentara disculparme - que con tanta generosidad recibía ella en el suyo. Una y otra vez, me repetía la misma advertencia.

-He estado donde tú te encuentras ahora. Sé lo que se siente. Y la vida que perdí estaba dentro de mí, y era parte de mí. Fui mucho más culpable que tú. Debes tener paciencia, mucha paciencia... Enmendarse siempre lleva mucho tiempo. No me robas nada. Al contrario, ahora me siento rica y feliz...

Pero no podía estar siempre a mi lado, y, sin ella, los días eran muy largos, y las noches un erial. La vieja Hannah me trataba siempre con brusquedad y solicitud, siempre atenta a satisfacer mis menores deseos, así como los de Morrison. Ahora, Morrison parecía mucho más viejo, mucho más encorvado, más arrugado, y de habla más lenta. Cuando se encontraba bien, paseaba por el jardín, arriba y abajo, con las manos a la espalda, como un monje sumido en meditación.

Un día, un abogado de Stornoway me llamó por teléfono. Me dijo que acudiera a su despacho, a mi comodidad, ya que tenía que comunicarme algo «relacionado con unas últimas voluntades». Era un hombre menudo y nervioso, seco como un palo, con habla rebosante de formulismos legales. Me dijo que era el ejecutor del testamento del difunto míster Matheson,

en el que había un legado para mí. Desde luego, tendría que esperar algún tiempo, pero también era cierto que míster Matheson había dejado su patrimonio en buen orden y había en él bienes líquidos, por lo que el legado pasaría a mi poder, sin cargas ni dilaciones. Si yo lo quería, podía leerme íntegramente el testamento del difunto míster Matheson, pero quizá bastara con que me leyera la cláusula a mí referente... Sí, le dije que con esto bastaba. Leyó: «...A mi amigo... conocido también con el nombre de el *seannachie*, dejo mi velero, matriculado en Stornoway, con el nombre de El Lobo Rojo, juntamente con las velas y aparejos y cuanto se encuentre a bordo o de algún modo sea anejo a la embarcación. Le pido, aunque no le exijo, ya que bastantes cargas he puesto sobre sus hombros, que conserve el nombre del velero, sin cambiárselo, mientras sea de su posesión, y también deseo que, algún día, escriba mi epitafio. Nunca ha tenido buen concepto de mí, y no le culpo de ello, puesto que tampoco yo tengo buen concepto de mí; sin embargo, me gustaría que de vez en cuando me recordaran, y que me recordaran con cariño...»

El abogado se esforzó en explicarse con la mayor precisión. El legado no quedaba condicionado por mi cumplimiento de lo pedido por Ruarri. A nada estaba yo obligado. Una cosa eran los sentimientos del testador y otra cosa era su intención con respecto a la transmisión de sus bienes, etcétera, etcétera, y prosiguió la explicación hasta hacerme sentir deseos de decirle a gritos que se arrojara de cabeza al mar y me dejara tranquilo. Por fin quedé liberado de él, salí al sol y, caminando, me fui al muelle en el que El Lobo Rojo estaba atracado, plácido e inmóvil.

De repente, la agonía desapareció, volví a encontrarme dentro de mi piel, contemplando con mis propios ojos cosas sencillas y conocidas, tales como las gaviotas en vuelo circular, los hombres que charlaban en los muelles, las ajetreadas amas de casa, las grises casas, la tonta foca que asomaba el hocico a la superficie del agua, la lana ya embalada y lista para ser entregada a los tejedores, y los dos hombres que remendaban en sus rodillas las redes de pesca, como grandes piezas de encaje de color pardo. Eran dos hombres muy viejos, que forzosamente tenían que haber presenciado muchas partidas, muchas muertes, y todas las angustias del mar a lo largo de años y años. Pero aún estaban allí, entregados a su simple tarea, contentos de tener sol mientras lo hubiera, y contentos de poder acudir a la cálida y humosa taberna. Para ellos la vida se absolvía a sí misma, y el paso del tiempo lo curaba todo, tarde o temprano. Yo no era mejor que ellos y tampoco más sabio. Entonces, ¿por qué tenía que pedir más? Había llegado el momento de erguirse, hacer cosas y olvidarse del pasado...

Una semana después, Kathleen y yo contraíamos matrimonio en la sala de la casa de Morrison. Fue una ceremonia sencilla, ya que su única finalidad era la de sellar lo que ya estaba consumado por nosotros mismos. El pastor Macphail leyó el oficio, Hannah y Fergus William McCue fueron los testigos, y Morrison me entregó a la novia. Lo cual tampoco significó gran cosa, por cuanto Kathleen y yo nos habíamos entregado el uno al otro de una manera que significaba mucho más que la posesión.

Sin embargo, Hannah tuvo que decir la última palabra. Me dijo lo que había visto en visiones: los tres juntos, Morrison, Kathleen y yo, sin Ruarri Matheson. No están ustedes obligados a creerlo, y no estoy muy seguro de que yo mismo lo crea. Ahora bien, Hannah había visto el fuego, el amor entregado y el amor rechazado, y todos los oscuros hechos que, en resumen, representaban una verdad. Me dijo que tenía que comunicarme otra cosa, pero que no me la diría hasta el último instante, cuando partiéramos, camino del aeropuerto.

Luego, Hannah quedó como embriagada de excitación, de champaña, y de alegría de ver a Morrison casi totalmente recuperado. Me invitó a ir con ella a la cocina. Allí, me pidió que bajara la cabeza, y me dio un beso, sosteniéndome la cara con sus viejas y secas manos. Después, dijo:

-Es usted un hombre con suerte... Y si alguna vez se porta mal con esta dulce muchacha con la que se ha casado, me levantaré de la tumba y no le dejaré dormir tranquilo. Y ahora voy a decirle algo para que lo repita de vez en cuando y lo recuerde siempre: « Cha robh bás fir gun ghrás fir...» Nunca morirá un hombre sin el agradecimiento de otro.

Librodot

Era una frase muy dura para decirla en el día de la boda de uno, pero después la comprendí mejor y me di cuenta de los muchos significados que podía tener.

Ahora vivimos felices en un país viejo, muy viejo, en el que las margaritas florecen en bocas de hombres muertos hace largo tiempo, y las rosas brotan de los ijares de santas vírgenes que jamás parieron hijos, y éstos son epitafios más bellos que cuantos se leen en las lápidas. No habrá rosas para Ruarri, el Lobo Rojo, porque desapareció en el fuego, y lo que de él quedó, después de cumplir con los tristes requisitos de la ley, fue enterrado en tierras de Morrison, bajo una piedra de granito.

Pero tiene su epitafio -este libro-, y hay amor en mis recuerdos y en mi escritura. Estas son las últimas palabras:

Te echo de menos, Hermano Lobo... ¡Dios mío, cuánto te echo de menos!

Librodot